

PUELCHES:

Una historia que fluye junto al Salado

Claudia Salomón Tarquini, Paula Laguarda y Carlos Kuz.
(editores)

INDICE

Prólogo.....

Capítulo 1: Caracterización geográfica

María Eugenia Comerci y Leandro Altolaquirre.....

Capítulo 2: Arqueología de los Departamentos Curacó y Lihuel Calel. Una historia de cazadores

Mónica Berón.....

Capítulo 3: La odisea de la fundación y el ordenamiento institucional

Claudia Salomón Tarquini.....

Capítulo 4: Cuando la distancia era un abismo: la importancia de los medios de comunicación, los servicios y el transporte

Paula Laguarda, con la colaboración de Lorena Conchado

Capítulo 5: Comentarios sobre la estructura agraria y la evolución de la ganadería

Andrea Lluch y Leonardo Ledesma.....

Capítulo 6: Minería en la zona puelchina

Raúl Hernández.....

Capítulo 7: Pescadores en el desierto

Carlos Kuz.....

Capítulo 8: La actividad artesanal: tramas, urdimbres y trenzas

Carlos Kuz.....

Capítulo 9: Boliches y almacenes del Departamento Curacó

Andrea Lluch y Leonardo Ledesma.....

Capítulo 10: El conflicto por el agua

Raúl Hernández.....

Capítulo 11: Una escuela en el Oeste Pampeano: la Escuela N° 102

María José Billorou.....

Capítulo 12: Cuando no hay médico ni farmacia. Enfermar y curarse en Los Puelches

María Silvia Di Liscia.....

Capítulo 13: Retazos de la vida cotidiana

Stella Cornelis.....

Capítulo 14: Fiestas, juegos y reuniones para paliar la soledad

Stella Cornelis y Paula Laguarda.....

Capítulo 15: Sobre deportes y deportistas

Stella Cornelis.....

Capítulo 16: Entre estancias, ranchos y boliches. Misioneros volantes y “nuevos fieles” en estas “nuevas” tierras

Ana María T. Rodríguez.....

ANEXO I:

1. La comarca poética de Juan Carlos Bustriazo Ortiz
2. Maestra en Puelches: relatos de Renée Montesi

Recopilación y notas de Dora Battistón

ANEXO II: Cien años y Puelches sigue creciendo.....

ANEXO III: Proyecto “Gestión de Patrimonio Cultural y Natural en la Comunidad de Puelches, Pcia. de La Pampa: Conservación y Desarrollo”. Algunas de las instituciones participantes

1. Administración de Parques Nacionales: El manejo participativo del patrimonio como clave para el desarrollo cultural (Lorena Ferraro)

2. Subsecretaría de Cultura de la Provincia de La Pampa: Puelches y su museo (Angel Aimetta y Mónica Becerra)
3. Subsecretaría de Turismo de la Provincia de La Pampa: “La importancia de la conciencia turística en el desarrollo de una localidad del centro sur pampeano” (Oscar D. Folmer y Alejandra M. Otamendi)
4. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria: “Ejercer la memoria, para un presente vivo y un futuro posible” (Ricardo Dominic Thornton)

FUENTES

BIBLIOGRAFIA

INDICE DE IMÁGENES

SOBRE LOS AUTORES

Prólogo

Como el río Salado, la historia de Puelches ha transitado por momentos de prosperidad y bonanza, y por otros de carencias y dificultades. El hambre, la falta de agua y el despoblamiento amenazaron una y otra vez la supervivencia del pueblo. Pero el espíritu de sus habitantes pudo más y los esfuerzos por salir adelante se multiplicaron.

En este libro intentamos recuperar los episodios más significativos de esa epopeya emprendida y sostenida a lo largo de un siglo por los hombres y las mujeres que han sido protagonistas visibles e invisibles de la historia de Puelches. Aquellos y aquellas que eligieron estas sufridas tierras del sudoeste provincial para construir sus hogares y criar a sus hijos. Que las abonaron con sudor, sacrificios y esperanzas, y les arrancaron sus frutos a fuerza de empeño y constancia.

Quienes escribimos y editamos este libro nos hemos sentido conmovidos por las diversas historias individuales y compartidas que se entrelazan a lo largo de estas páginas. La escasez de fuentes escritas en los diversos archivos consultados nos llevó a apoyarnos fuertemente en el relato de los propios pobladores de Puelches, tanto de los actuales como de aquellos que por diversas circunstancias debieron emigrar. Fueron sus testimonios, impregnados quizás por la parcialidad de la memoria pero también dotados de la riqueza que adquiere la historia vivida, los que nos permitieron comprender mejor los hechos y acontecimientos que consignaban las fuentes escritas y los documentos fotográficos.

En el camino de reconstruir esta historia de Puelches que hoy ofrecemos no faltaron los obstáculos ni las dificultades. La falta de repositorios oficiales que permitieran recuperar datos sobre los períodos más antiguos de la localidad -recién en 1943 se creó la comisión de fomento de Puelches-, la destrucción parcial a causa de un incendio del archivo de la Escuela 102, una institución fundamental en la vida de la localidad casi desde sus inicios; la escasa atención prestada a Puelches por los periódicos de la capital provincial, especialmente durante la época territoriana, fueron factores que nos obligaron a buscar caminos alternativos y a desplegar estrategias que nos permitieran llenar los vacíos de información. En esta tarea fue fundamental el oficio de los autores que participan en los distintos capítulos de esta obra, quienes aportaron su amplio bagaje de conocimientos sobre la problemática particular abordada. Nos

complace haber reunido en este trabajo a reconocidos especialistas en el ámbito de la historia regional pampeana, quienes lograron sortear con éxito algunas de las dificultades que ofrecían las fuentes.

Sabemos que, a pesar del esfuerzo, quedarán espacios vacíos en esta construcción. Que faltarán nombres y hechos, y habrá diferentes opiniones sobre los acontecimientos y procesos que aquí se relatan. Que los datos de los documentos confrontarán con las percepciones parciales registradas en los testimonios, y éstas con las representaciones fijadas en la memoria colectiva. Pero de eso se trata el trabajo de la Historia, no de ofrecer verdades absolutas o interpretaciones acabadas, sino de tratar de comprender los disímiles y a menudo contradictorios materiales de los que está hecha la historia de los pueblos.

Agradecimientos

- A los habitantes actuales y ex vecinos de Puelches que brindaron su testimonio y facilitaron documentos y fotografías: María Elena Álvarez, Pedro Baldomé, María Echaves, Julio Ramón Gerez, María Julia Gerez, Blanca Guanchul, Luis Guanchul, Josefina Maldonado, Rosa Maldonado, Nora Mendoza de Tomás, Graciela Millot, Jorge Millot, Olga Millot, Lafarge Moreira, Isaías Ortiz, Ana Oviedo, Rubén Oviedo, Dora Patiño, María Patiño, Teodolina Patiño, Margarita Peralta, Elsa Aurora Rodríguez de Pumilla, María Rosa Rodríguez, Juana Talia, Enrique Tomás, Susana Tomás, y especialmente a Graciela Dalla Costa, que facilitó los originales de la documentación de su madre, Sara B. Chernavsky, que fuera maestra en Puelches.
- A los autores de este libro, que ofrecieron su trabajo y sus saberes desinteresadamente: Leandro Altolaguirre, Dora Battistón, Mónica Berón, María José Billorou, María Eugenia Comerci, Stella Cornelis, María Silvia Di Liscia, Raúl Hernández, Leonardo Ledesma, Andrea Lluch, y Ana María T. Rodríguez.
- A Renée Montesi, que cedió generosamente sus textos literarios sobre Puelches para esta publicación.
- A las instituciones participantes del proyecto “Gestión de Patrimonio Cultural y Natural en la Comunidad de Puelches, Pcia. de La Pampa: Conservación y Desarrollo”, que

colaboraron con el financiamiento de la presente edición: Administración de Parques Nacionales, Subsecretaría de Cultura de La Pampa, Subsecretaría de Turismo de La Pampa, Proyecto PICT N°26312 de la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (en la persona de Mónica Berón, investigadora de CONICET y docente de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires-Sede Olavarría), Asociación Alihuén, e Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

- A Susana Tomás y María Andrea Viano, quienes, en el marco de la línea de historia oral del proyecto mencionado, recabaron, desgrabaron y corrigieron algunos de los testimonios a antiguos pobladores de Puelches.
- A los compañeros y compañeras del Instituto de Estudios Socio-Históricos de la UNLPam, por la colaboración y el apoyo prestado en el marco del proyecto de extensión universitaria “Los pueblos de La Pampa en su Centenario” (aprobado por Res. N° 358/06 del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Humanas), que bajo la coordinación general de la Mgr. Ana María Rodríguez enmarcó el trabajo de investigación que dio origen a este libro.
- A la Subsecretaría de Cultura de La Pampa, que posibilitó la realización de los viajes a Puelches con el objetivo de recolectar información, especialmente a Mónica Becerra, siempre dispuesta a ayudar, y al paciente chofer de la Subsecretaría, Néstor Lang.
- A las autoridades y al personal de la Municipalidad de Puelches, al intendente Julio Gerez (h) y en especial al secretario Raúl Seibel, por su atenta disposición a nuestros requerimientos.
- A la directora de la Escuela N° 102 de Puelches, Liliana Gioyosa, y al personal docente por su colaboración.
- A los pasantes Lorena Conchado y Luis Apud, y a Mariana Annechini, estudiantes de la carrera de Historia de la Universidad Nacional de La Pampa que tuvieron a su cargo el relevamiento de repositorios y fuentes.
- A la Subsecretaría de Municipalidades y Comisiones de Fomento del Gobierno de La Pampa, que financió el trabajo de los pasantes mediante convenio con la UNLPam.
- Al ingeniero agrónomo Mario Frecentese y al periodista Rodolfo Marmioli por la documentación aportada y sus observaciones.

- A la licenciada Elsa Sotorres por la información suministrada para el capítulo de minería.

Capítulo 1: Caracterización geográfica de la zona

María Eugenia Comerci

Leandro Altolaguirre

El territorio de la provincia de La Pampa constituye un espacio heterogéneo que presenta diferentes realidades sociales, culturales, económicas y ecológicas que se yuxtaponen y coexisten. Producto de las combinadas y complejas relaciones entre los procesos geomorfológicos, climáticos, edáficos, biogeográficos y las dinámicas valorizaciones de los recursos naturales por parte de los grupos sociales, se ha construido diferencialmente el espacio pampeano.

El Oeste -denominado *espacio pastoril* por María Regina Covas - presenta la impronta de la semiaridez y aridez de su ambiente, materializada en el monte de jarillal. Las escasas rutas asfaltadas, infraestructuras y servicios convierten a este sector de la provincia en un “espacio de tránsito”, con escasa integración interna, organizado con redes de huellas y picadas poco densas que comunican localidades, parajes y puestos. En este marco, la ganadería extensiva constituye la principal actividad económica de la zona. Además de la cría de ganado vacuno, caprino y equino, las economías se sustentan con la venta de artesanías y la explotación minera, aunque de carácter puntual.

En el interior del Oeste pampeano pueden diferenciarse -de acuerdo con Covas- la “*depresión fluvial*” que integra la zona deprimida y drenada por el sistema hídrico del Desaguadero, e imprime un patrón de ubicación particular en gran parte de los asentamientos al estar situados en las márgenes del río. El desecamiento del sistema hídrico como consecuencia del uso del río Atuel aguas arriba ha promovido -desde mediados de siglo XX- procesos de desertización y despoblamiento. Al oeste de este espacio se desarrollan las “*mesetas occidentales*” que integran un complejo paisaje compuesto de mesetas, sierras, terrazas, “bardas”, depresiones, ondulaciones medanosas, salitrales y manantiales.

Foto N° 1.1: Salinas San Máximo.

En el centro de la Argentina, en plena depresión aluvial, se localiza el poblado de Puelches, cabecera del departamento Curacó. Su ubicación en la margen derecha en el tramo final del río Salado-Chadileuvú-Curacó, rodeada por las lagunas Urre Lauquen, La Dulce y La Amarga, las sierras de Lihué Calel y atravesada por la Ruta Nacional N° 152 y las rutas provinciales N° 106 y 107, convierten a esta localidad en un sitio estratégico del Oeste pampeano.

Foto N° 1.2: El río Salado.

El paisaje de la zona de Puelches está vinculado con los procesos hídricos y eólicos cuyo accionar dejaron su impronta en las geoformas características, entre las que se destacan planicies, depresiones, paleocauces, y mesetas. Los suelos, pertenecientes al orden de los Entisoles, son muy poco evolucionados, con materiales parentales escasamente alterados y débil estructuración.

Enmarcado en la diagonal árida sudamericana, este sector del *espacio pastoril* presenta un clima semiárido, con temperaturas medias anuales de 15 °C y grandes variaciones térmicas diarias y estacionales. Las precipitaciones promedio -entre 1965 y 2000- de 381,6 milímetros anuales, unidas a las altas amplitudes de temperaturas, los vientos permanentes y los suelos arenosos- salitrosos, permiten el desarrollo de un arbustal bajo abierto y pastizales con potencial forrajero mediano a bajo.

Estas condiciones operan como limitantes para el desarrollo de la actividad agropecuaria. De acuerdo con el Censo Nacional Agropecuario de 2002, se registraron en el departamento Curacó 114 explotaciones agropecuarias que abarcan una superficie de 810.370 hectáreas. Aparte de la ganadería, es destacable la importancia de la elaboración y venta de artesanías en telar, en cuero de avestruz y en sogá. Hilvanando saberes indígenas, hombres y mujeres realizan prácticas ancestrales que se materializan en ponchos, caminos, matras, tabaqueras, y billeteras, entre otros productos, como se verá en el capítulo 7.

Dentro de la localidad -poblada en 2007 por 478 habitantes-, se destaca entre las actividades comerciales, la venta de carne. Existen cuatro carnicerías que abastecen no sólo la demanda del pueblo, sino también la de la zona.

A mediados de 2007, el Ministerio de la Producción Provincial, mediante un crédito de promoción productiva, inauguró el “Primer Tambo Caprino de La Pampa” en una explotación ganadera situada en las cercanías de la localidad. La importancia territorial del tambo-fábrica no sólo radica en la generación de empleo directo e indirecto asociado con la promoción de la actividad caprina, sino también en la introducción de valor agregado en la cadena productiva.

Sin lugar a dudas, el recurso estratégico que ha marcado la historia de Puelches ha sido el agua, ya sea en relación con el río o con las lagunas, tal como se analiza en el capítulo 10. El sistema hídrico del Desaguadero-Salado-Chadileuvú-Curacó constituye una de las mayores cuencas íntegramente desarrolladas dentro del territorio argentino, con una superficie aproximada al cuarto de millón de km² (248.000 km²). Recorre de Norte a Sur una franja árida de 1.000 km de longitud con un sistema hidrográfico poco conocido y de implicancias ciertamente complejas para las provincias que atraviesa debido al uso de sus aguas que se hacen en Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, San Luis y La Pampa.

Asimismo, la localidad de Puelches, asentada en plena llanura aluvial, está circunscripta por bañados y lagunas que constituyen uno de sus recursos naturales más valiosos. La laguna La Dulce, destacada por su hermoso paisaje, es la que presenta mayor potencial para desarrollar actividades recreativas, deportivas y turísticas. La Amarga es un espejo de aguas saladas y cristalinas que constituye el cuerpo lacustre más grande de la región. Finalmente, la laguna Urre Lauquen, que quiere decir “Laguna de las Brumas”, bordea por el Norte a la ruta N° 152.

Foto N° 1.3: Laguna La Dulce.

La rica diversidad biótica así como el patrimonio cultural promovieron, en el año 1977, la creación del área protegida "Parque Nacional Lihué Calel", que cuenta con valiosos recursos arqueológicos, como se detallará en el próximo capítulo. Esta región, en su mayor parte, está dominada por el arbustal abierto perennifolio, donde se destacan como especies dominantes las jarillas (crespa, hembra y macho) y según el tipo de sustrato (médanos, salitrales, roquedales, etc.) encontramos diferentes comunidades vegetales. Dentro de la biodiversidad del parque existe un nutrido grupo de especies que por sus características específicas y usos son clasificadas en aromáticas, tintóreas, medicinales, cosméticas y endémicas. Entre ellas se destaca la margarita pampeana que fue descubierta e identificada por el ingeniero Guillermo Covas y se instituyó como Flor Provincial en 1997.

En la zona se encuentran especies autóctonas como el algarrobo, la chilladora, el llaollín, el piquillín, el piquillín de víbora, la margarita amarga, la pichanilla, la cebadilla pampeana, el centenillo tierno, la paja brava, la cola de zorro, el pasto crespo, el plumerito, la rama negra, el atamisque, la mata sebo, el monte negro, la rama, la rama blanca, la chilca, el malvisco violeta, el solupe, el tomillo, el coirón amargo, el pasto blanco, el pasto plateado, el manca caballo, el hualán, la yerba de la perdiz, la flechilla fina, el unquillo, el chañar, el alpataco, el romerillo, el tomillo macho, el pasto hilo, la peludilla, el té indio, la zanahoria silvestre, el jume negro, el llaollín espinoso, el palo azul, la zampa, el jumecillo, la pichana, el retortuño, la zampa crespa, la cortadera, el junco, el chañar brea, el quelén, el té de burro y la yerba amarilla. Entre las especies introducidas se destacan el pasto fino, el alfilerillo y el tamarisco.

Foto N° 1.4: Chilladora (*Chuquiraga erinacea*).

Respecto a los recursos faunísticos vale recordar que en tiempos no muy lejanos (poco más de cien años), como se relata en escritos históricos de viajeros y naturalistas y en crónicas militares, en esta zona se distribuían poblaciones de una fauna muy particular que actualmente se encuentra totalmente extinguida en la provincia de La Pampa, como es el caso del yagüareté, el ciervo de las pampas, el aguará-guazú, el

pecarí, el carpincho, el lobito de río y el mataco bola. Otras poblaciones han sufrido importantes retracciones, como por ejemplo, las de guanaco, vizcacha y mara. Las causas de estas extinciones locales y retracciones poblacionales pueden relacionarse con la modificación y la fragmentación de sus hábitats naturales, asociadas con una fuerte presión por la caza, así como también con los cambios climáticos menos favorables para algunas de estas especies.

La fauna de vertebrados actuales de la zona comprende especies de peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos que fueron menos susceptibles a estas presiones antrópicas. En algunos casos, presentan una amplia distribución en la región, y en otros, están asociadas a determinados ecosistemas circunscriptos espacialmente, tales como salitrales, serranías, lagunas, ríos, bañados, entre otros.

Entre los peces que podemos hallar en el río y en algunas de las lagunas de la zona, se destacan el pejerrey y la mojarra. Como especie introducida se encuentra solamente la carpa. Los anfibios más comunes son el sapo común, el sapito de la tierra y los escuercitos.

Los reptiles de la zona son la tortuga de tierra, los matuastos, las lagartijas, el geko, el lagarto colorado, la víbora ciega, las viboritas de dos cabezas, la coral, la yarará ñata y varias especies de culebras; mientras que las aves se encuentran representadas a través de una amplísima variedad de especies (ver recuadro).

Las aves de la región

Entre las aves se destacan el ñandú, el choique, el inambú de montaraz, el inambú pálido, la martineta común, el macá común, el macá grande, el biguá, la garza mora, la garza blanca, la garcita bueyera, la garza bruja, la bandurria, el flamenco austral, el sirirí pampa, el coscoroba, el cisne cuello negro, el pato barcino, el pato overo, el pato gargantilla, el pato maicero, el pato colorado, el pato cuchara, el pato picazo, el pato zambullidor chico, el jote cabeza negra, el jote cabeza colorada, el milano blanco, el gavián ceniciento, el águila mora, el águila coronada, el aguilucho de alas largas, el aguilucho común, el carancho, el chimango, el halconcito gris, el halconcito colorado, el halcón plumizo, la gallareta ligas rojas, la gallareta chica, el tero común, el chorlito de collar, el tero real, el pitotoy grande, el pitotoy chico, el playerito unicolor, la gaviota

capucho café, la paloma manchada, la torcaza, el calacante común, el loro barranquero, la cotorra, el pirincho, la lechuza de campanario, la lechuza bataraz, la lechucita vizcachera, el ñacundá, el atajacaminos tijera común, el carpintero bataraz chico, el carpintero real, el carpintero campestre, la bandurrita común, y el hornero. También el junquero, el coludito cola negra, el coludito copetón, el pijui cola parda, el curutié blanco, el canastero coludo, el canastero chaqueño, el canastero patagónico, el crestudo, el leñatero, el cacholote castaño, el cacholote pardo, el gallito copetón, el suirirí común, el piojito común, la calandrita, el cachudito pico amarillo, el churrinche, la monjita coronada, la monjita blanca, el sobrepuesto común, la viudita común, el pico de plata, el picabuey, el benteveo común, la tijereta, el cortarramas, la golondrina ceja blanca, la golondrina negra, la golondrina barranquera, la golondrina cabeza rojiza, la ratona común, la calandria mora, la calandria real, el pepitero de collar, el cardenal amarillo, el verdón, el misto, la monterita de collar, la monterita canela, la diuca común, el yal negro, el yal carbonero, el cachilo ceja amarilla, el chingolo común, el tordo renegrido, el tordo músico, la loica común y el cabecita negra común. Entre las aves introducidas se encuentran la paloma doméstica y el gorrión.

Entre los mamíferos podemos mencionar la comadreja enana, la comadreja overa, el peludo, el piche planicero, los murciélagos, el gato moro o yaguarundi, el gato del pajonal, el gato montés, el puma, el zorro gris, el zorrino, el hurón, varias especies de ratones de campo, el cuis chico, el cuis moro, el coipo, el tucu-tucu, la rata y la vizcacha colorada. Entre las especies de mamíferos introducidas se encuentran la liebre europea, el jabalí y la laucha casera.

Otros recursos naturales de importancia en la vida económica de Puelches son los mineros, entre los que se destacan el cobre, el sulfato de calcio (yeso) y el cloruro de sodio (sal común). Los yacimientos de cobre se encuentran al sur de las sierras de Lihué Calel; las reservas de yeso se localizan a pocos kilómetros hacia el sur de la localidad de Puelches; mientras que los yacimientos de sal se explotan en las salinas San Máximo ubicadas al sudeste del poblado. Sobre estas actividades, el lector podrá apreciar más detalles en el capítulo 6.

Desafortunadamente, la zona de Curacó y Lihuel Calel ha sufrido en los últimos años una serie de incendios de magnitudes importantes. Según información relevada por la Red Agro Económica de Administración de Recursos (RADAR, dependiente de INTA), las abundantes lluvias ocurridas durante los primeros diez meses del año 2000 contribuyeron al aumento en la producción de los pajonales naturales, que normalmente representan más del 70% de la cobertura de gramíneas, y al exceder las posibilidades de consumo de vacunos, ovinos y caprinos, aportaron el material combustible fino y necesario para que los incendios pudieran desarrollarse. Es así como entre diciembre de 2000 y febrero de 2001, potenciados por la escasez de precipitaciones, fuertes vientos y numerosas tormentas eléctricas, se generaron en forma ininterrumpida numerosos focos ígneos con devastadores frentes de incendio que afectaron las zonas aledañas a Puelches, Chacharramendi, Santa Isabel, La Reforma, Limay Mahuida, Gobernador Duval, Cuchillo Có y La Humada. En esa ocasión, resultaron afectadas en el departamento Curacó unas 446.765 hectáreas, un 33% de toda la jurisdicción departamental. También hubo otros incendios de menor entidad (32.000 has a fines de enero de 2002, 47.000 has en diciembre de 2002 y 14.000 has en diciembre de 2003), pero la vegetación y fauna han ido recuperándose.

A pesar de estas y otras dificultades como la permanente escasez de agua, los diversos recursos naturales de esta zona -valorados y explotados por las sociedades indígenas, criollas e inmigrantes- incluyen en resumen, una rica variedad de especies vegetales y animales que han posibilitado la caza, pesca y recolección, la explotación de recursos minerales metalíferos (cobre) y no metalíferos (sal y yeso); además de los escénicos, emanados de la belleza paisajística y del patrimonio cultural del lugar.

Capítulo 2: Arqueología de los Departamentos Curacó y Lihuel Calel.

Una historia de cazadores

Mónica Alejandra Berón

Los departamentos Curacó y Lihuel Calel forman parte de lo que en sentido amplio se denomina “el Oeste pampeano” o más dramáticamente “La Travesía”, zona evitada o apenas transitada por cronistas y viajeros, debido fundamentalmente a la escasez de aguas superficiales y todo lo que ello acarrea como consecuencia. Sin embargo esta amplia región pampeana cuenta con una larga historia de ocupación indígena prehispánica que hemos podido desentrañar a través de la investigación arqueológica. Efectivamente, los datos más tempranos de conocimiento y uso de estos paisajes y territorios por parte de grupos cazadores - recolectores se remontan a casi 9000 años antes del presente y su presencia fue continua y en progresivo aumento hasta su encuentro con los colonizadores de origen europeo, en su irrefrenable corrimiento de fronteras con el indio.

Los pueblos originarios de estos -aún hoy- solitarios parajes ya no están presentes como los agrupamientos que fueron conformando en distintos momentos, pero nos quedan testimonios de su presencia en los registros históricos, en los apellidos de algunas familias y en los rasgos de la fisonomía de algunos descendientes –asumidos o no como tales-, pero sobre todo en los restos materiales de su cultura, mudos testigos de los acontecimientos de su vida cotidiana, que es tarea de los arqueólogos convertir en fuente de información y rescate de esos modos de vida milenarios.

En este capítulo trataré de reflejar lo que las investigaciones arqueológicas en la zona de “la travesía” han permitido recuperar, y dar cuenta así de la importancia de la relación entre los hombres y el paisaje, al punto de doblegar en su beneficio las características adversas de un territorio que aún actualmente constituye un sector “alejado” de los centros de decisión y transformación.

Caracterización ambiental del área de trabajo

La amplia zona de la que nos estamos ocupando presenta un variado mosaico de ambientes y paisajes, cada uno de ellos con diferentes atractivos y/o dificultades para el desarrollo de la vida humana. Por eso la arqueología necesita tiempo para reconstruir el complejo rompecabezas de la vida de los cazadores pampeanos. Muchas piezas han sido colocadas y otras aún requieren ser descubiertas. Es así que el recorrido presenta discontinuidades espaciales y temporales. Los arqueólogos hemos elegido estudiar la organización de las actividades humanas con relación a ciertos paisajes locales correspondientes a tres grandes unidades geográficas y paisajísticas comprendidas entre los 37° y los 39° de latitud Sur. Esta definición combina límites culturales y naturales, contemplando las condiciones fisiográficas y ambientales sobre la cual los seres humanos imprimieron su propia marca. La primera de estas unidades comprende la cuenca media del río Colorado. Este río, que nace en la cordillera, es la única cuenca hídrica de carácter abundante y permanente que atraviesa el territorio pampeano. Recibe sus aportes en la región cordillerana y sólo excepcionalmente los del río Curacó en la cuenca media. El amplio territorio pampeano ubicado al norte de la cuenca del Colorado, entre su límite con Neuquén y la desembocadura del Curacó posee una historia geológica cuyo desarrollo está estrechamente vinculado con la historia del río Colorado y actualmente constituye una inmensa planicie elaborada y recortada por la acción hídrica. El río fue modificando el recorrido de su cauce y dejó su impronta en el paisaje. De tal manera, se observan terrazas y mesetas alargadas, cortadas por paleocauces, -es decir antiguos cauces del río, luego abandonados- cañadones, bajos sin salida y la planicie aluvial actual del río Colorado. Interesa destacar, como elementos de interés arqueológico, la presencia de la unidad de las calizas silicificadas o Meseta del Fresco y de los rodados de vulcanitas, también llamados rodados patagónicos o tehuelches, conglomerados que se distribuyen en el sur de la provincia y han constituido importantes fuentes de materia prima lítica para el aprovisionamiento humano en el pasado. Toda el área participa del paisaje transicional pampeano-patagónico. El área presenta un clima continental, con marcadas oscilaciones de temperatura entre invierno y verano y escasas precipitaciones que no sobrepasan los 200 mm anuales. Desde el punto de vista fitogeográfico puede incluirse dentro de la “Provincia del Monte”, como

la definió Cabrera en 1976. La fauna se halla comprendida en el distrito Pampásico, de la Subregión Andino- Patagónica, según la caracterización de Gollán.

La segunda de estas unidades comprende la cuenca inferior del Chadileuvú y la cuenca del Curacó, así como sus áreas de influencia. La cuenca del río Curacó tiene una longitud total, desde la salida de la laguna Urre Lauquen hasta el Colorado, de unos 140 km. La desembocadura se ubica a los 38° 50' de latitud Sur. El área investigada sobre la cuenca inferior del Chadileuvú se extiende, de sur a norte, desde la zona lacustre que rodea la localidad de Puelches (38° 10' de latitud Sur), hasta la localidad de La Reforma (37° 30' de latitud Sur), incluyendo la zona de bañados del Chadileuvú y abarcando alrededor de 75 km a lo largo de la cuenca hídrica mencionada. En la zona existen cuerpos lagunares menores (lagunas La Leona y La Brava), así como formaciones rocosas elevadas: sierras Carapacha Grande (319 metros sobre el nivel del mar) y Carapacha Chica (287 msnm), Sierra Chata (328 msnm) y algunas elevaciones aisladas como cerro Pichi Choique Mahuida, Cerro Negro, Cerritos del 2, del 6 y del 20, todos elementos destacados de la geología y del paisaje de gran interés para los objetivos de esta investigación.

Respecto a las características ambientales, en esta zona hay depósitos fluviales, palustres y eólicos a través de los cuales puede apreciarse la alternancia de ciclos áridos y húmedos, desde períodos geológicos muy antiguos hasta la actualidad en que se ha estabilizado en condiciones de definida aridez. Existen elevados registros de evapotranspiración, fuerte insolación y cauces secos de río que rara vez alcanzan su nivel de base, lo que da lugar a la acumulación de arenas que transportadas por el viento contribuyen a la formación de médanos, cuya presencia es característica en el este de la porción Chadileuvú-Curacó. En términos generales dicha cuenca se caracteriza por la escasez de caudales siendo los procesos de evaporación e infiltración los principales responsables de la pérdida de caudales superficiales, lo que da lugar a una intensa salinización de las aguas.

La tercera unidad son las Serranías Pampeanas Meridionales. Dentro de esta unidad se investigó el paisaje correspondiente a la Sierra de Lihué Calel y su área de influencia, y en menor medida la Sierra Chata, pero también incluye otros afloramientos terciarios como Cerro Negro, Sierra Chica, Sierra Gould, Sierra Choique Mahuida y

Sierra Pichi Mahuida. Este paisaje está gobernado por el control estructural que imponen las Sierras de Lihué Calel y Sierra Chica, que representa uno de los rasgos geográficos más destacables de la provincia de La Pampa por su fuerte relieve y gran extensión.

El área de Lihué Calel presenta recursos naturales abundantes y concentrados. El paisaje y el ambiente de Lihué Calel posibilita el establecimiento de un microclima más favorable y húmedo que el de las áreas adyacentes, constituyéndose en una “isla” geomorfológica y biológica. El relieve serrano contribuye a retener el agua de las escasas precipitaciones y modera las temperaturas estivales (mapa 1).

Mapa 1. Unidades de investigación arqueológica en los departamentos Curacó y Lihuel Calel.

Disponemos de escasa información acerca de las condiciones climáticas y ambientales del pasado del área de estudio pero todo indica que las mismas no habrían variado sustancialmente respecto a la actualidad, al menos durante los últimos 10.000 años. Sin embargo se registra un período húmedo entre 7000 y 5000 años antes del presente (en adelante AP) y un período árido con denudación de suelos, seguidos de un evento de depositación de sedimentos eólicos entre 5000 y 4000 años AP. De acuerdo a Stine, entre 3500 y 1000 años AP se estableció un clima seco, básicamente semiárido y luego un recrudecimiento de las condiciones de aridez alrededor de 900 años antes del presente. Este último período ha sido denominado Anomalía Climática Medieval (ACM), un fenómeno global durante el cual se produjeron sequías prolongadas y severas en amplios sectores del mundo, que como consecuencia más evidente redujo drásticamente la cantidad y distribución de agua superficial. Ello trajo consecuencias para las poblaciones humanas, que se relacionan con la habitabilidad de los diferentes paisajes y que ha sido posible analizar a través de la arqueología.

Historia de las investigaciones

Las investigaciones arqueológicas de este amplio sector de la provincia de La Pampa comenzaron a finales de la década del '70, cuando Carlos Gradin fue convocado por el Ente Ejecutivo Casa de Piedra para iniciar la evaluación del impacto y el rescate del patrimonio arqueológico que sería afectado por la construcción de la represa homónima sobre el río Colorado y la formación del lago artificial ahora existente. Los trabajos de campo se prolongaron entre 1978 y 1986, y nuclearon a un importante grupo de investigadores y estudiantes de distintas disciplinas. El área de trabajo se amplió más allá de la zona de obras, tratando de aunar los propósitos iniciales del rescate con los de la investigación arqueológica regional. Como resultado de ello se detectaron más de 60 sitios arqueológicos a lo largo de la cuenca media del río Colorado, sobre ambos márgenes, entre las poblaciones de 25 de Mayo y Gobernador Duval (Gradin *et al* 1984, Berón 2004).

Desde 1986 y hasta la actualidad se continúa investigando el extremo sur y centro-sur de la provincia tomando como punto de partida unidades de análisis o microrregiones en las cuales se profundizan las investigaciones a través de sucesivas etapas de trabajo que comprenden la consulta a pobladores locales, prospecciones -es decir, recorridos del terreno-, sondeos y excavaciones de sitios arqueológicos. Esta doble tarea es la que permite tener una visión que abarca tanto lo espacial -el uso del paisaje-, como lo temporal -el cambio a través del tiempo- y permite comprender de mejor manera la dinámica de las poblaciones prehispánicas de la zona. La primera de las unidades investigadas, entre 1986 y 1995, fue la cuenca del río Curacó, desde su nivel de base en la zona lacustre que rodea a la localidad de Puelches hasta su desembocadura en el río Colorado. En segundo término se trabajó en la cuenca inferior del Chadileuvú, entre las localidades de La Reforma y Puelches, y en tercer término en el área de Lihué Calel, donde aún continúan las investigaciones.

Como resultado de estos estudios fue posible detectar 29 sitios arqueológicos en la cuenca del río Curacó y 12 en la cuenca inferior del Chadileuvú, zona que aún resta indagar más exhaustivamente. En el área de Lihué Calel, los trabajos se centraron principalmente dentro de los límites del Parque Nacional. Se realizaron prospecciones arqueológicas conjuntas con los profesionales de la Administración de Parques Nacionales (APN), entre 1994 y 1995 y se iniciaron investigaciones sistemáticas a partir

de 1997. Como resultado de todas estas acciones conjuntas existe actualmente un registro de 35 sitios arqueológicos dentro de los límites del Parque Nacional Lihué Calel (PNLC) y dos fuera del área protegida. Entre los sitios relevados dentro del PNLC, tanto por nosotros como por personal del lugar, hay 13 sitios con manifestaciones de arte rupestre, 11 sitios históricos y 11 sitios prehispánicos, que están registrados en una base de datos desarrollada en el Departamento de Recursos Culturales de la Administración de Parques Nacionales.

Es decir que en el área comprendida en este trabajo se han registrado hasta el momento más de 130 sitios arqueológicos, todos ellos testimonios de las actividades, modos de vida, movimientos, intercambios y rituales de las sociedades prehispánicas del sur pampeano.

Modos de vida de las sociedades prehispánicas

La mayor parte del territorio de nuestro interés puede caracterizarse ambientalmente como un semi-desierto. Escasean las aguas superficiales, y muchos de los cuerpos de agua permanentes son salobres. Esta situación ha provocado un fuerte impacto en las posibilidades de habitabilidad, distribución, densidad, asentamiento y movilidad de las poblaciones pasadas y presentes en este ámbito. Sin embargo, el establecimiento de intrincadas y extensas redes sociales ha hecho posible que las sociedades cazadoras prehispánicas implementaran importantes mecanismos de reaseguro para la obtención de recursos de subsistencia ante las fluctuaciones ambientales desfavorables.

Los grupos humanos que habitaron este amplio territorio sustentaron un modo de vida cazador- recolector, desde sus primeras incursiones en la zona, hace casi 9.000 años, hasta el contacto con los colonizadores europeos y su retracción y casi desaparición en el siglo XIX. En los comienzos conformaron bandas no muy numerosas, pero que fueron acrecentando su tamaño a lo largo del tiempo. Mediante este particular modo de organización económica y socio- política, estas sociedades se adaptaron, colonizaron, explotaron y modificaron un ambiente de baja productividad como el descripto, implementando estrategias flexibles y cambiantes que les permitieron obtener los recursos que cada zona ofrecía a lo largo del año. Una de las

principales estrategias de estos grupos fue la movilidad, es decir, la costumbre de desplazarse hacia distancias variables, en función de las necesidades del momento. Sin duda la reciprocidad fue también una táctica importante en estos tiempos y lugares. Crearon así relaciones de vecindad, amistad, parentesco, pero también de hostilidad según las circunstancias.

Los arqueólogos sólo contamos con los restos materiales de estas sociedades que trascendieron y se conservaron en el tiempo, es decir que disponemos de una imagen parcial de su cultura. Tanto más si pensamos en los aspectos simbólicos, ideológicos, de las esferas de las creencias, prácticas sociales y rituales. Sin embargo contamos con una cantidad de herramientas analíticas que nos permiten intentar reconstruir esos modos de vida del pasado. Sabemos así que su subsistencia estuvo basada en la caza de grandes y pequeños animales y en la recolección y procesamiento de productos vegetales silvestres. Pero la importancia de cada tipo de alimento, así como las prácticas culinarias fueron variando a lo largo del tiempo. El guanaco fue siempre una de las presas preferidas, complementado con el ñandú, del que consumían tanto su carne como sus huevos. Otra presa importante fue el venado de las pampas, hoy ausente en estos territorios, cuya importancia en la dieta de estos cazadores se fue incrementando paulatinamente. Al parecer algunos individuos consumieron, aunque en baja proporción, alimentos marinos, quizás producto de sus largas travesías hacia o desde la costa atlántica. Los restos óseos, humanos y faunísticos nos proporcionan esta importante información.

La tecnología es uno de los elementos que mejor sobrevive en el tiempo, especialmente las herramientas de diferentes tipos de rocas y también la alfarería. Esta última, fabricada desde hace 1200 años, permitió facilitar el almacenaje y transporte de líquidos y modificar los hábitos alimentarios al poder incorporar los lípidos durante la cocción. Con anterioridad sabemos que el consumo de médula ósea (tuétano) era lo que permitía una rápida incorporación de calorías. Además, muchos recipientes cerámicos fueron decorados mediante distintas técnicas y con variados diseños. Los más abundantes en la región son los realizados mediante incisiones confeccionadas sobre la pasta de arcilla, aún fresca, conformando guardas de dibujos geométricos como zig-

zags, cruces, almenados, en distintas combinaciones y generalmente aplicadas en el borde superior, junto a la boca de las vasijas (Foto N° 2.1).

Foto N° 2.1: Fragmentos de alfarería con decoración incisa, sitio 1 de la Localidad Tapera Moreira.

Estas decoraciones, además de su propósito estético, son portadoras de la identidad del artista y de su grupo, e incluso tal vez de mensajes, indescifrables para nosotros. Por eso cuando encontramos en los sitios arqueológicos fragmentos de vasijas diferentes a las de fabricación local, sabemos que alguien más estuvo allí. Eso es lo que sucedió en Casa de Piedra y en Tapera Moreira, dos de los lugares arqueológicos más importantes de la zona. Allí se encontraron fragmentos de vasijas decoradas de manera muy diferente a la descrita antes. En este caso fueron pintadas con un baño de color claro y sobre él se pintaron a su vez guardas lineales en colores rojo fuerte y a veces también negro (Foto N° 2.2). La pasta de arcilla con la que fabricaron estas vasijas también es muy diferente. Esta alfarería es conocida con el nombre de Vergel-Valdivia y viene de muy lejos, del centro-sur de Chile, es decir, del otro lado de la cordillera andina. Su presencia en La Pampa tiene al menos 800 años.

Foto N° 2.2: Fragmentos de alfarería de tipo Vergel-Valdivia, procedentes de los Departamentos Curacó y Lihuel Calel.

La tecnología lítica incluye la fabricación de finas herramientas de piedra y de gruesos y pesados artefactos de molienda, destinados estos al procesamiento de vegetales, a la fabricación de pigmentos y a otras múltiples funciones. Los instrumentos de piedra tallada fueron los que utilizaron los cazadores pampeanos desde siempre, fueron muy variados y tienen denominaciones que se relacionan con sus funciones principales: puntas de proyectil como armas de caza; cuchillos y raederas para cortar y raspar; raspadores para el tratamiento de los cueros; pequeñas puntas perforantes y perforadores para realizar incisiones y agujeros, por ejemplo. También hubo

herramientas más simples, aunque menos duraderas, como las lascas que se obtienen con un solo golpe y permiten resolver una tarea en forma inmediata. Pero para confeccionar todos estos artefactos se necesitan rocas con determinadas características, ya que no todas las rocas se pueden tallar y/o formatizar. Muchas de estas rocas (sílices, basaltos, limolita, grauvaca, riolita, granitos finos) están disponibles en zonas cercanas a los campamentos indígenas, pero otras de mejor calidad o apreciadas por distintos motivos (obsidianas, cuarcitas, chert) se encuentran en zonas alejadas, a cientos de kilómetros. Y otra vez surge la idea de que fue preciso realizar un largo viaje para encontrarlas o que una (in)esperada visita las dejó por allí. O un intercambio de regalos y recuerdos....

Todas estas evidencias de la vida cotidiana las hallamos concentradas en los lugares donde estas poblaciones instalaron sus campamentos o viviendas. En el sur pampeano no hay reparos rocosos, por lo tanto debieron instalarse al aire libre, protegidos tal vez por toldos de cuero similares a los que se conocen para épocas de contacto con los hispanocriollos (Foto N° 2.3)

Foto N° 2.3. Toldo de cuero de familia tehuelche.

Generalmente, estos campamentos estuvieron estratégicamente ubicados junto a fuentes de agua como manantiales, pozones de acumulación de agua de lluvia, ojos de agua, o a orillas de los ríos como el Colorado y el Curacó. Sin embargo, en este último caso, la irregularidad de su régimen obligó a buscar fuentes alternativas. También fue muy frecuente que se instalaran en campos de médanos, más precisamente en las hoyadas que se forman entre ellos, dado que estos parajes brindan una serie de ventajas: reparo de los vientos, retención del calor, reservorio de agua potable, superficie cómoda para el descanso, etc. Esto es lo que sucedió en la zona de La Reforma, donde los médanos son abundantes y cubren grandes extensiones (Foto N° 2.4).

Foto N° 2.4: Médanos en el norte del Departamento Curacó. En las hoyadas intermedias se concentra el material arqueológico de los antiguos campamentos.

Algunos de estos lugares fueron tan adecuados que se los eligió recurrentemente para instalarse y vivir al menos gran parte del año. Es lo que pasó en el sitio 1 de Casa de Piedra o en Tapera Moreira, donde se encontraron restos de campamentos superpuestos, correspondientes a distintos momentos de ocupación del paraje, distanciados por cientos y hasta miles de años uno de otro. Otros fueron lugares ceremoniales y/o rituales, también de uso frecuente y prolongado en el tiempo, como cementerios o paneles de arte rupestre. En otros casos, los sitios que encontramos corresponden a lugares de actividades especiales, como paraderos de caza, talleres de aprovisionamiento y confección de artefactos líticos, campamentos temporarios, montículos de piedra o pinturas demarcatorias del paisaje, etc.

Toda esta información se redimensiona cuando es posible contar con la posibilidad de estudiar las características anatómicas y biológicas y el estilo de vida de una población, a través de restos humanos. Esto no ha sido muy frecuente en La Pampa ya que las condiciones ambientales no favorecen la conservación de este tipo de restos. En los departamentos Curacó y Lihuel Calel se han hallado enterratorios de cazadores-recolectores en tres lugares principales: el más antiguo, en el área Casa de Piedra, otros en la Localidad arqueológica Tapera Moreira (se denomina localidad a un conjunto de sitios arqueológicos muy próximos entre sí) y un importante cementerio en el área de Lihué Calel. Su recuperación y estudio científico ha implicado interrumpir el descanso de los muertos e intervenir en lugares sacralizados, lo que sólo se justifica por el enorme potencial de información sobre las poblaciones del pasado que es posible recuperar a partir de los restos óseos. Pero es necesario resguardar diversos aspectos éticos a la hora de emprender una investigación como esta, que incluyen la participación de los representantes de las culturas originarias y la observación de las leyes locales de protección del patrimonio. El estudio de los restos humanos recuperados en estos tres lugares de entierro ha permitido conocer aspectos de su vida cotidiana que se reflejan en los huesos, como por ejemplo qué actividades, trabajos y tareas realizaban principalmente hombres y mujeres; que afecciones y/o enfermedades de distinto tipo y origen (funcionales, congénitas, traumáticas, infecciosas) afectaron a sus miembros; cuál era la composición principal de su dieta, cuál era su contextura física, etc. Cuando

se tiene la posibilidad de analizar un conjunto importante de restos como los de Lihué Calel, son otros los interrogantes que también se pueden resolver. Por ejemplo, qué parte de la población está enterrada allí y por qué (hombres, mujeres, niños, adultos, ancianos); si existió alguna diferenciación de jerarquías sociales; cuál era la composición demográfica del grupo; ¿eran todos de la misma etnia? Además, los restos culturales que acompañan a los muertos nos brindan un gran caudal de información para contestar otros interrogantes. Estos restos corresponden a adornos personales (collares, pulseras, tocados), a elementos de uso cotidiano (artefactos líticos), a ofrendas dejadas a los muertos, o elementos necesarios para su traslado y entierro (envoltorios). También hemos tenido la posibilidad de conocer causales de muerte que no son naturales. Varios entierros presentan proyectiles de piedra clavados que habrían sido letales. También nos interesa saber qué materias primas se usaron para la fabricación de estos elementos, de dónde las traían, qué distancias recorrían para ello. Y ha sido gracias a este caudal informativo en su conjunto -tanto de los antiguos campamentos, lugares de trabajo, espacios de manifestación artística o ritual y cementerios- que hemos podido saber que además de su adaptación y conocimiento de estos ambientes, los antiguos cazadores establecieron desde muy antiguamente extensas redes de relaciones entre poblaciones de procedencia e identidad étnica diversa, a través de lazos económicos, sociales, y parentales, entre otro tipo de vínculos. Estas redes, con sus fluctuaciones y variantes, abarcaron desde la cordillera andina hasta el océano Atlántico. Seguramente cada grupo social reconocía un territorio como propio o referencial, pero también sabían que en territorios vecinos tenían aliados y/o parientes a quienes acudir en caso de necesidad. Estos lazos se perciben a través de la arqueología con mayor intensidad en los últimos 1000 años, pero seguramente surgieron con anterioridad. La arqueología también nos permite saber que esas relaciones se tornaron conflictivas en distintos momentos, uno de los cuales corresponde a la segunda mitad del siglo XVI, cuando seguramente el aumento demográfico de estos pueblos demandó otras necesidades, o bien cuando la presión e influencia de los colonizadores extranjeros aparejó cambios en el marco de relaciones anteriores.

Principales sitios arqueológicos de los departamentos Curacó y Lihuel Calel

Tal como se desprende de todo lo relatado, la reconstrucción de los modos de vida prehispánicos en el sur de La Pampa ha sido posible a partir de la investigación científica y sistemática de muchos profesionales y equipos de trabajo, a lo largo de décadas y a partir de un conjunto importante de sitios y lugares de interés arqueológico. Algunos de estos sitios han podido ser excavados y han brindado un mayor cúmulo de información, que incluye la posibilidad de conocer los diferentes jalones temporales de la presencia indígena. Es decir, de obtener fechados con el método del C^{14} mediante muestreos y técnicas específicas. A continuación haremos una síntesis de las características principales de algunos de estos sitios.

Las investigaciones en el área Casa de Piedra permitieron localizar uno de los más antiguos campamentos de la región pampeana, el sitio Casa de Piedra 1. En este sitio se detectaron al menos tres momentos de ocupaciones superpuestas. Gracias a los fechados radiocarbónicos efectuados a partir de carbones de antiguos fogones, fue posible saber que los primeros pampeanos recorrieron el extremo sur del territorio hace casi 9000 años (el fechado radiocarbónico más temprano del sitio Casa de Piedra 1 indica exactamente 8620 ± 180 años antes del presente), y lo siguieron habitando durante varios miles de años, volviendo a ocupar el mismo espacio sobre la costa del Colorado (el último fechado obtenido por Carlos Gradin indica que estuvieron presentes también hace 6080 ± 120 años antes del presente). Estos cazadores fabricaron instrumentos de piedra como raspadores, cuchillos, raederas (instrumentos de filos largos que sirven para raspar) y bifaces (instrumentos trabajados sobre ambas caras), utilizando rocas de las cercanías como basalto y sílices. También se localizaron fogones circulares y vestigios de postes que seguramente sostuvieron viviendas tipo toldos o ramadas. Si bien los restos de fauna son escasos, podemos saber que consumieron mamíferos grandes (probablemente guanacos), aves, pequeños armadillos (piches) y huevos de ñandú. En ese momento enterraron a uno de sus miembros en el lugar, un hombre adulto, cuyos huesos estaban acompañados de un pequeño pero importante ajuar funerario conformado por 2 puntas de proyectil entre otros elementos. El ajuar correspondería a un tallador de piedra y/o a un cazador. Justamente, las puntas de proyectil fueron las armas utilizadas por estos grupos para proveerse de una parte de sus alimentos. Las fabricaban mediante una cuidadosa talla sobre ambas caras de la roca, y

de formas y tamaños diferentes. Las más antiguas eran lanceoladas y triangulares espesas, mientras que las más recientes, también eran triangulares pero de tamaño algo más pequeño y más delgadas (ver Gradin *et al* 1984).

Los grupos de cazadores continuaron ocupando, esporádicamente, estas cálidas terrazas sobre el río Colorado hasta épocas muy cercanas a la llegada de los españoles al Río de la Plata, y alternativamente montaron también campamentos en las zonas interiores, alejados de las márgenes fluviales, allí donde lagunas temporarias o encharcamientos les ofrecían el agua tan vital. Seguramente, éstos fueron campamentos de invierno, momento en que, al igual que lo hacen los pobladores actuales, otros recursos están disponibles en el interior de las planicies. En otro sitio cercano, a escasos 200 metros de Casa de Piedra 1, denominado Rinconada Giles -en honor a un antiguo poblador de la zona- ha sobrevivido un registro que demuestra que este paraje continuó siendo aprovechado y transformado todavía hasta el siglo XVII, según los testimonios materiales de su cultura que se han podido rescatar y datar (Foto N° 2.5). Allí se recuperó un conjunto de artefactos líticos y fragmentos cerámicos fechados entre 700 y 300 años antes del presente. Luego, su presencia en la zona es ya comentada por los primeros cronistas y viajeros que osaron aventurarse -no sin dificultades- por estas “tierras de indios”.

Foto N° 2.5: Excavaciones en Rinconada Giles, área Casa de Piedra, en 1985.

Hace 5000 años aproximadamente nuevas zonas de la provincia comenzaron a ser exploradas, adentrándose en el interior del semidesierto, pero siempre teniendo el resguardo de contar con una cuenca fluvial como la del río Curacó y su entorno de manantiales y afluentes. A partir de entonces, el espacio recurrentemente elegido para asentarse y desarrollar su vida cotidiana fueron las suaves ondulaciones que rodean la margen derecha del río Curacó y cuyas señales quedaron enterradas en un conjunto de 5 sitios arqueológicos denominados Localidad Arqueológica Tapera Moreira. El más importante de ellos por la calidad de la información que brindó, es el Sitio 1, ubicado junto a un manantial permanente de abundante y exquisita agua. Además, hay pozones

en el río que conservan el agua de lluvia y permiten la concentración de bosques de chañares y presas de caza. En este sitio se detectaron múltiples ocupaciones recurrentes y superpuestas del lugar, que según los casi 20 fechados radiocarbónicos obtenidos, abarcan un rango entre 5000 y 500 años antes del presente (Foto N° 2.6).

Foto N° 2.6: Excavaciones en el sitio 1 de la Localidad Tapera Moreira, año 1991.

También en este lugar los cazadores practicaron rituales mortuorios, fuera de la zona de su campamento, aunque en lugares muy próximos: los sitios 3 y La Lomita. Esta costumbre de enterrar a los muertos a escasos 200 ó 300 metros de los toldos aparece entre 3000 y 2500 años antes del presente. Para estos momentos se localizaron los restos de al menos 4 personas adultas que compartían entre sí una característica muy peculiar: sus cráneos presentaban un tipo de deformación realizada intencionalmente cuando eran niños, y que en este caso, les dio un aspecto circular a sus cabezas. Las prácticas de deformación craneana sirvieron seguramente como un indicador de identidad étnica y/o de prestigio.

La industria lítica de Tapera Moreira muestra una gran variedad de instrumentos tallados: puntas de proyectil, raspadores, raederas, cuchillos, bifaces, perforadores, muescas, etc. El registro arqueofaunístico de la zona da cuenta del aprovechamiento preferencial del guanaco desde los primeros momentos, además del paulatino incremento del consumo de venado de las pampas, armadillos, ñandúes, aves y posiblemente roedores grandes y reptiles. Con respecto al guanaco, además del consumo de carne y médula ósea, se aprovecharon sus cueros, tendones y huesos para la fabricación, en este último caso, de instrumentos para la talla de la piedra (retocadores). La creciente variabilidad de elementos de la dieta fue de la mano del aumento demográfico que se registra en distintos aspectos de la secuencia arqueológica. Por ejemplo, hace 1200 años antes del presente se registra una intensificación en el consumo de vegetales silvestres y especialmente aquellos que proporcionan bayas y semillas. A pesar de que estos restos no han subsistido al paso del tiempo y de los múltiples agentes de destrucción que afectan a los sitios arqueológicos, han quedado los implementos

fabricados para su procesamiento: morteros, conanas, manos de moler, molinos. También en ese momento comienzan a fabricarse recipientes cerámicos, adornos personales, elaboración de pigmentos (ocre) y elementos con una fuerte carga simbólica, como placas grabadas (Foto N° 2.7). Todo esto coincide con la intensificación de los contactos entre pueblos y etnias que se registra hace un poco más de 1000 años atrás. En los Sitios 1 y 5 de Tapera Moreira aparecen fragmentos de cerámica Vergel- Valdivia, en el mismo momento cronológico en que ésta era fabricada por los grupos étnicos transcordilleranos (ver Foto N° 2.2).

Foto N° 2.7: Placas y guijarro grabados, procedentes del sitio 1 de la Localidad Tapera Moreira.

Para esa misma época se comenzó a utilizar un mismo lugar para el entierro de los muertos, es decir, que por primera vez en La Pampa se conformó un verdadero cementerio en el que grupos humanos de distintas procedencias y posiblemente hasta de grandes distancias, acudieran a enterrar definitivamente a sus ancestros y familiares. Se trata del sitio Chenque I que se encuentra emplazado en el área de Lihué Calel, sobre una lomada baja, rodeada de sierras, valles y quebradas. Este sitio es el mayor repositorio de restos humanos de la provincia de La Pampa. Fue utilizado como cementerio por sociedades de cazadores- recolectores durante por lo menos 700 años – desde 1050 hasta 320 años antes del presente-. El sitio está conformado por una gran estructura superficial oval de rocas que lo demarca, cuya extensión es de 210 m². Dentro de la misma existen pequeñas estructuras superficiales y subsuperficiales circulares que señalarían el entierro de uno o varios individuos. Se han excavado hasta el momento 49m², lo cual constituye un muestreo del 23 % de la superficie total del cementerio. Se registra una gran variabilidad, tanto en las modalidades de entierro como en las características de los individuos inhumados (niños y adultos de diferentes edades y de ambos sexos). No aparecen restos posthispánicos. El cementerio fue intensamente reutilizado a lo largo de los siglos y ello dio lugar a situaciones de superposición, remoción y alteración de tumbas. Por eso en los primeros 0,30 m de profundidad aproximadamente, los restos óseos presentan un alto grado de fragmentación y mezcla

de huesos y unidades anatómicas, mientras que en la porción inferior se han detectado estructuras rocosas subsuperficiales y unidades de entierro (tumbas) a distintas profundidades (Foto N° 2.8).

Foto N° 2.8: Vista general de tareas de excavación en el Sitio Chenque I, Parque Nacional Lihué Calel.

Considerando la totalidad de la porción excavada, el número mínimo de individuos estimado alcanza a 216, de todas las categorías de edad y ambos sexos, aunque esta cifra aún debe ajustarse y aumentará sensiblemente. Esto permite estimar que en la totalidad del sitio han sido inhumados varios centenares de personas. En la porción inferior se recuperaron 41 estructuras de entierro, simples, dobles y múltiples. Es decir, que se enterraron en un mismo momento de una persona sola hasta 15 individuos juntos, en una única fosa. Este último caso es especial ya que los cuerpos enterrados presentan múltiples señales de violencia conformadas por puntas de proyectil insertas o asociadas a distintas piezas óseas que en la mayoría de los casos habrían constituido la causa de muerte del individuo. Seguramente fueron muertos en una batalla.

Se ha recuperado un variado acompañamiento de los entierros: cuentas de collar de diversas materias primas, adornos metálicos, caracoles e instrumentos líticos. En relación al conjunto lítico recuperado, se encuentra conformado por distintos tipos de instrumentos, núcleos y desechos de talla, con predominio de los últimos. Entre los artefactos tallados puede mencionarse la presencia de puntas de proyectil triangulares, raspadores, raederas, muescas, bifaces y algunos artefactos manufacturados por picado-pulido como fragmentos de morteros, manos y bolas arrojadizas. Con respecto a las materias primas utilizadas, se determinó la presencia de materias primas de procedencia local como riolita gris y sílice, y otras de procedencia extra-regional.

Los elementos más numerosos de este sitio son las cuentas de collar. Éstas fueron fabricadas a partir de variadas materias primas. Las cuentas de valva de molusco sobrepasan los 4.000 ejemplares. También hay pequeños caracoles que fueron perforados y pintados con ocre. Un poco más de 100 cuentas fueron fabricadas con minerales de cobre (crisocola y turquesa). Es importante destacar que muchos de estos

materiales no son locales sino que proceden de grandes distancias. Varias de las especies de bivalvos y caracoles proceden de la costa atlántica. La turquesa es un mineral ausente en las Minas de Cobre cercanas a Puelches (ver capítulo 6 en este volumen) y sólo está presente en algunas minas cupríferas de Argentina (Mendoza y Córdoba) o bien en Chile.

Una costumbre de estos pueblos ha sido la de modificar la estructura anatómica de los cuerpos y acomodarlos en “paquetes funerarios”, contenidos en algún envoltorio, como por ejemplo un cuero. La presencia de restos de cuero pintado y de sustancias orgánicas en descomposición, con cuentas confeccionadas sobre valvas con rastros de ocre rojo adheridas a ellos, corroborarían la idea de que algunos envoltorios estuvieran cuidadosamente adornados. Esto hace pensar que tal vez los cuerpos fueran transportados al cementerio desde grandes distancias, como mencionan fuentes históricas referidas a rituales mortuorios en Patagonia, entre ellas el texto de R. Latcham de 1915. Se han observado diferencias en el entierro de los niños que implicarían algún tipo de adscripción de jerarquía social por nacimiento. En sólo dos casos –sobre más de 20 niños enterrados- los cuerpos presentan un importante ajuar funerario. Uno de ellos tiene un collar de 220 cuentas de valva, hueso y caracoles alrededor de su cuello. En otro caso, un niño de 2 a 3 años fue enterrado junto a un perro doméstico y portando un collar de cuentas de hueso y mineral de cobre. A su vez, la presencia de perro doméstico prehispánico es un dato único para la Región Pampeana que contribuye a pensar en un proceso de complejización y sedentarización crecientes de estas poblaciones en momentos tan tempranos como 900 años antes del presente. Muchas de las personas enterradas allí presentan sus cabezas intencionalmente deformadas, pero con una técnica distinta de la que relatamos antes, ya que se buscaba aplanar la parte posterior del cráneo, tal vez como otra manera de distinción de jerarquías.

Pero las manifestaciones simbólicas y rituales en Lihué Calel no se limitan a este cementerio. También están presentes otras formas de simbolizar y modificar socialmente el paisaje. En diversos puntos del área protegida hay manifestaciones de arte rupestre. Las más conocidas son el Alero de las Pinturas y El Dolmen, ambas en el Valle de las Pinturas, en los extremos norte y sur respectivamente. Sin duda estas concentraciones pictóricas constituyen lugares claves para el pensamiento y el

movimiento de las poblaciones en este paisaje tan especial. Hoy es imposible conocer su significado exacto. De igual manera existen señalamientos de piedra (acumulaciones de rocas visibles a la distancia) que se encuentran a la entrada y salida de quebradas o en coincidencia con los puntos cardinales, y que son resultado del uso consuetudinario de un paisaje con valores y características especiales. En algunos casos se trata de parapetos y en otros, de alineamientos que cierran grandes espacios, a modo de corrales, y que posiblemente se relacionen con los circuitos del ganado cimarrón que se trasladaba e intercambiaba hasta en zonas transcordilleranas.

Corolario de una larga historia

La historia de los primeros habitantes, exploradores milenarios del sur pampeano, se remonta a casi 9000 años, y en la zona de Puelches y sus alrededores, a no menos de 5000 años de antigüedad. Aproximadamente a partir de 3000 años atrás, momento conocido como Holoceno tardío, se estabilizaron las condiciones semidesérticas semejantes a las actuales, aunque con algunas sequías periódicas. Este sería el momento a partir del cual se ocuparon nuevos espacios como la cuenca inferior del Chadileuvú, la zona serrana de Lihué Calel, además de otras zonas hacia el norte y oeste de la provincia, que han sido analizadas por arqueólogos como A. Aguerre y A. Austral. Es decir que a partir de esta época se registra la máxima expansión de las sociedades cazadoras pampeanas. Entonces, es posible afirmar que este solitario y extenso territorio fue explorado y colonizado por grupos de aborígenes de diferentes parcialidades étnicas y políticas desde hace varios milenios. Dan testimonio de ello más de 100 sitios arqueológicos que demuestran la factibilidad de aprovechamiento de estos ambientes. También podemos saber a través de nuestras investigaciones que existieron amplios sistemas de interacción y complementariedad social, superando límites culturales y fronteras espaciales, lo que facilitó la integración social de la región. La puja por los espacios fronterizos en los cuales se dirimía el manejo del intercambio y el comercio con transcordillera dio lugar al surgimiento de conflictos y enfrentamientos, que también han quedado plasmados en el registro arqueológico. Sin embargo, la existencia de tales redes resultó de gran importancia al momento de requerir la colaboración de los

aliados o el cobijo en el territorio vecino cuando las huestes colonizadoras avanzaron sobre el territorio indígena, como ocurrió a consecuencia de la “guerra del Arauco” en Chile, a partir del siglo XVII. Entonces los mapuches acudieron a territorios vecinos ya conocidos, instalando sus costumbres y dejando huella firme de su presencia en la lengua y los topónimos. A este proceso se lo denominó “araucanización” y generalmente se lo catalogó - en pos de otros objetivos nacionalizantes- como un proceso unidireccional, expansivo y dominante. Pero la “gente del oeste”, de transcordillera, ya había estado allí antes, a través de sus objetos más preciados, de su sangre y de su cultura. Como todo proceso de migración forzada, no siempre fueron bien recibidos, no siempre llegaron pacíficamente. Pero esto ya es terreno de las crónicas históricas. Lo cierto es que las tierras de La Pampa fueron testigo de un flujo y reflujo de pueblos originarios, cuando a finales del siglo XIX el expansionismo hispanocriollo volvió a empujar hacia el oeste a las gentes de Namuncurá, hasta arrinconarlos en Lihué Calel y de allí, de nuevo a la cordillera. La exitosa estrategia de articulación regional indígena fue desmantelada y se pretendió destejer la intrincada trama de redes establecida hasta entonces. La mayor parte de las poblaciones nativas fue cercenada, mientras que algunos grupos fueron reducidos a ocupar tierras marginales. Otros prefirieron ocultar su adscripción indígena para sobrevivir. Pero La Pampa nunca había sido un desierto, en el sentido que las avanzadas militares le pretendieron dar para justificar la conquista y el reparto de tierras. Casi 9.000 años de historia indígena son la prueba de ello.

Capítulo 3: La odisea de la fundación y el ordenamiento institucional

Claudia Salomón Tarquini

“Lo peor de todo era la sé. La sé es una cosa terrible porque raspa la garganta y hay que aguantarse nomá, sin poder hacer nada, sufriendo nomá. A veces no teníamos agua para darles a los críos; eran muy chiquitos, de meses nomá, sufrían mucho por la sé, pero cuando no hay, no hay. Si la agua era poca pero alcanzaba para nosotros, teníamos que cercar la aguada para que los animales no se metieran a tomar. A ellos no hay que darles todo lo que quieren sino lo que se puede. El animal es distinto que el hombre, puede tomar el agua más salada, está más preparao para sufrir, especialmente la chiva, pero el cristiano no aguanta si no moja el garguero. Así fueron muchos años de nuestra vida en La Dulce, quejándose nomá, sin poder hacer nada, viendo cómo la tierra se secaba, mirando morir a los animales. Era mucha tristeza eso de ver que el cielo se iba quedando sin pájaros, así que nos vinimos un poco más al sur, acá, a Puelches, pero cuando el río no viene, el desierto se endurece nomá, y la vida se hace muy mala, hay que ir a buscar agua todos los días al pueblo porque la del pozo no sirve, hay que seguir viendo morir a los chivitos, y eso cansa mucho. Por eso se me fueron algunos hijos a la ciudad, allá están mejor, sufren menos. Yo me viá quedar acá, nomá hasta que me muera porque ya me acostumbré tanto que no vi andar cambiando. Tengo dos varones que viven conmigo, pero ellos se me van todos los años para la esquila, así que me quedo solita, aguantando nomá.”

Felisa Espíndola, descendiente indígena
declaración en *Revista 7 Días*,
Buenos Aires, 8-14 de octubre de 1973
(gentileza archivo personal de la familia
del Dr. Fernández Acevedo, Santa Rosa).

De esta manera, doña Felisa Espíndola resumía a principios de la década de 1970 la historia de gran parte de los habitantes de Puelches: la necesidad imperiosa de conseguir un lugar con algo de agua potable, donde poder vivir en paz, en una tierra donde aún se sentían los ecos de la violencia de las campañas militares de 1878-79 que habían terminado con la existencia autónoma de los grupos indígenas de la región. Tantos como ella no pudieron hacer más que sobrevivir, y migrar temporal o definitivamente. Para otros fue un poco más fácil, pero sólo un poco. Las dificultades

del emplazamiento de una localidad como Puelches, en un entorno cuyos recursos para la vida humana son tan escasos hablan a las claras de la extraordinaria capacidad de sus habitantes de vivir en este medio.

Pero aún así, es posible que pocos días después del 24 de febrero de 1900, el cacique Francisco Ñankufil Calderón haya reunido a su gente en General Acha con cierta esperanza, para comunicarles la feliz noticia de que llegaba a su fin una trabajosa gestión: se les habían adjudicado lotes para varias familias en el Departamento 11° (hoy departamento Curacó, como lo llamaremos de aquí en adelante), en lo que pasaría a llamarse Colonia Pastoril Los Puelches (ver recuadro). Las operaciones de mensura, a cargo de Lázaro R. Molinari, comenzaron en junio de 1900 con la citación a los linderos y a los interesados, y finalizaron con la entrega de lotes entre el 10 y el 15 de julio del mismo año, según las actas contenidas en el duplicado de la mensura reservado en la Dirección General de Catastro.

Acta de fundación

“Buenos Aires, Febrero 24 de 1900. Visto este expediente, iniciado por D. Francisco Namkufil Calderon, del cual resulta que en las inmediaciones de General Acha, capital del territorio de la Pampa Central, existen todavía numerosas familias indígenas que han pertenecido á diferentes tribus y que desean radicarse mediante la posesion de la tierra y que hay disponibles allí tres lotes contiguos de campos fiscales con 27.500 hectáreas de superficie libres de adjudicación- El Vice Presidente de la Republica en ejercicio del PE Decreta: -Art. Fundase bajo el nombre de los ‘Puelches’ y de conformidad con la ley N° [número ilegible] de 2 de Octubre de [1]884 y decreto reglamentario de 7 de Marzo de [1]895, una colonia pastoril en los lotes numeros veinte y veintiuno de la fraccion C y uno de la fraccion D todos de la seccion quince (15) del territorio de la Pampa Central, exceptuando una [ilegible] kilometrica en el angulo Sudeste de dicho lote numero uno- Art 2 El Ministerio de Agricultura dispondrá la subdivisión y entrega de los lotes, previa la reserva de ocho de estos, en el punto más adecuado, para las necesidades futuras de la colonización agrícola y la formación de un centro urbano- Art 3 Los indígenas que figuran en la lista presentada por D Francisco Namkufil Calderon, agregada á este expediente, serán preferidos en la adjudicación de lotes en dicha colonia, debiendo

ellos, como los demás ciudadanos que soliciten tierra dentro de sus límites, comprobar ante la Dirección de Tierras y Colonias que reúnen los requisitos exigidos por la citada ley para obtener su concesión.- Art. 4 Comuníquese, publíquese y dese al Registro Nacional- Quirno Costa-D.García Morón”.

Fuente: reproducido en publicación del Centenario de Puelches, año 2000.

Pero ¿quién era Francisco Ñankufil Calderón, y quién era su gente? ¿De dónde habían venido? Un error muy común es considerar que eran *puelches* (debido al nombre de la localidad). Los grupos que se conocen como “puelches” de manera específica habrían habitado el sur de Cuyo, pero en términos generales, la denominación de “puelches” para los grupos indígenas de la zona podría provenir del hecho de que así se denominaba a quienes habitaban no sólo el área de los actuales departamentos Curacó y Lihuel Calel, sino todo el Este de la cordillera. Los mapuche organizaban su territorio de acuerdo a los cuatro puntos cardinales (Puel-Mapu era el territorio al Este de la cordillera, Picun-Mapu, del Norte, Gulu-Mapu el del Oeste, y Willi-mapu, del sur). Como “che” significa “gente”, lo que se identifica como “puelches” serían las gentes del territorio del Este (los picunches, los habitantes del norte, y así sucesivamente). Dentro de este complejo conglomerado de grupos, Francisco Ñankufil Calderón había sido capitanejo de Namuncurá hasta fines de la década de 1870.

Los indígenas que poblaron no sólo los lotes asignados a Puelches sino también más al sur y al suroeste de esa delimitación no constituían un grupo homogéneo y cohesionado que podamos asimilar a un determinado “grupo étnico”, sino un conglomerado de familias pertenecientes a grupos indígenas que por distintos motivos habían perdido su autonomía durante el siglo XIX y residían en la provincia de Buenos Aires en calidad de “indios amigos” (ver recuadro) desde muchos años antes de las campañas militares. Así es como habían sido trasladados con todas sus familias para la fundación de General Acha en 1882, junto con algunas familias ranquelinas lideradas por Ramón Cabral y Linconao Cabral, tal como lo ha señalado José Carlos Depetris.

Los “indios amigos”

Desde el contacto entre españoles e indígenas en América, aquéllos trataron de establecer vinculaciones que les permitieran si no avanzar sobre más territorios, al menos evitar incursiones sobre aquellos en los que se iban asentando. La estrategia de dividir a los grupos indígenas y procurar enfrentarlos entre sí fue funcional a este objetivo desde la llegada de los españoles a la zona rioplatense. Esta política se encaró de manera sistemática con las gobernaciones de Juan Manuel de Rosas, mediante el “negocio pacífico de indios”, que había comenzado a delinearse en la década de 1820 y se consolidó entre 1830-1850, como ha demostrado Silvia Ratto en sus estudios. ¿En qué consistía? Básicamente en identificar tres categorías de grupos indígenas en función de su vinculación con el gobierno de Buenos Aires: en primer lugar se distinguieron a los **indios amigos**, que se instalaban de manera permanente, mediante acuerdos con el gobierno bonaerense, en territorio bajo control hispanocriollo, con el fin de defender sus fronteras, recibiendo a cambio raciones periódicas, además de obsequios a los principales jefes. En segundo lugar estaban los **indios aliados** cuya situación era más ambigua: se trataba de grupos que, asentados en territorio bajo control indígena, obtenían raciones y “regalos” por parte del gobierno de manera esporádica, y se mantenía con ellos un mayor o menor grado de contacto. Finalmente, los **indios enemigos** -por lo general buena parte de los ranqueles- eran aquellos con los que, de acuerdo a la visión de la política rosista, era imposible pacto alguno.

Durante mucho tiempo se catalogó a los indios amigos como “traidores a su raza” (lo cual no deja de constituir en definitiva, una perspectiva simplista y estereotipada de las relaciones sociales en un espacio de frontera), pero dos razones nos alejan de esta visión. En primer lugar, el concepto de raza ha sido utilizado demasiado a menudo por los sectores dominantes para justificar genocidios como para que los investigadores y los mismos pueblos originarios sigan empleándolo sin discusiones; y en segundo lugar, hay que tener presente que los grupos indígenas que habían tomado la “opción” de asentarse en territorio bajo control hispanocriollo lo hicieron en un contexto de alta presión, generado por los hostigamientos a los asentamientos más cercanos a los fortines, el fuerte impacto en su base demográfica que representó la pérdida de varios de sus miembros cuando concurrían a las guarniciones fronterizas a retirar las raciones pactadas (en más de una ocasión, eran puestos en prisión o directamente asesinados), y

la escasez cada vez mayor de ganado en cantidad suficiente para asegurar la subsistencia. Cuando estas condiciones coincidían con un enfrentamiento fuerte con algún otro grupo étnico, es muy posible que el único refugio fuera momentáneamente instalarse en territorio bajo control hispanocriollo, una opción que aunque se lamentara, no siempre implicaba un camino sin retorno.

Ñankufil Calderón había elevado una lista de 89 cabezas de familia que solicitaban tierras. De 471 personas en total, apenas 13 sabían leer y escribir; y salvo 2 casos con 2100 y 1500 lanares, el resto tenía entre 10 y 800 lanares, con un promedio de 270 ovejas y de 47 equinos por grupo familiar.

Foto N° 3.1: Carátula del expediente del Duplicado de Mensura de la Colonia Los Puelches (Dirección General de Catastro de la Provincia de La Pampa).

La Colonia contemplaba una extensión de 27.500 hectáreas, divididas en 44 lotes de 625 hectáreas cada uno, tal como lo preveía la Ley de colonización N° 1501, de 1884. Estas chacras estarían ubicadas en los lotes 20 y 21 de la fracción A y 1 de la fracción D, todos de la Sección XV (ver mapa). Sin embargo, de los 89 que solicitaron las tierras sólo 18 lograron una concesión (ver cuadro).

NRO.ORDEN EN PEDIDO	NOMBRE	NUMERO DE LOTE ASIGNADO	CANTIDAD DE INTEGRANTES DEL GRUPO FAMILIAR
1	Francisco Ñankufil Calderon	2	7
2	José Ñankufil Peralta	5	4
3	José Lazo?/Avalos		6
4	Antonio Lazo?		4
5	Juan Castreman Perez o Juan Perez Catrimay		4
6	Manuel Meliñan	11	2
7	Antonio Meliman Reyes	12	2
8	Manuel Meliman (Hijo)	13	6
9	José Isabel Perez		2
10	Jose Nahuenthal Avendaño	19	8
11	Luis Carriqueo Gonzalez		7
12	Martin Catreman Blanquillo		9
13	Ambrosio Blanquillo Gonzalez	10	4

14	Mariano Catreman Rapinao		7
15	Juan Reuque (Remique?)		6
16	Vicente Cayuman Novas(?)		7
17	Juan Tapayu (?) Ivarra(?)		1
18	Manuel Linconao	14	6
19	Juan Colman	6	10
20	José Minao		4
21	Celestino Mariqueo Colman		8
22	Mauricio Millaman Godoy		2
23	Manuel Millaman Godoy		10
24	José Pichihuincá Rawson	16	10
25	Bonifacio Zapiola	1	7
26	Cárlos Manquilepi(?) o Carlos Millahuil	7	8
27	Avelino Rosas		4
28	Luis Zapata(?) Faria		4
29	Carlos Utrogñan		6
30	Ramon Duarte		6
31	Pichinauel Ramirez		3
32	Domingo Huencan		6
33	Martin Zárate	15	9
34	Pedro Augusto Pichihuincá	9	3
35	José Miguel		3
36	Antonio Loncpuan o Avagan		4
37	Juan José Platero		8
38	Arturo Canihuepang o García		1
39	Martin Hualá (O Huele)	39	8
40	Juan Lefipi(¿) Huelé		3
41	Juan Pin--(?)		7
42	José Merillan Pinac-(?)		7
43	Lorenzo Tripailaf Nahuelquitruy(?)		7
44	Lorenzo Nahuelquitruy(?)		3
45	Juan Hueñin		6
46	Juan Loncon(?)		8
47	Carmelo Lapihui		6
48	Juan Namcuqueo		8
49	Dimghuy (¿) Peralta		6
50	Apolinario Martinez		7
51	Agustin Tripailaf		5
52	Martin Huincá Roca		1
53	Dimghuy (¿) Santiago		1
54	José Juan Santiago		1
55	Juan Colipe		1
56	Ignacio Me-Lman		1
57	Eleuterio Quentrel Medina		1
58	Ignacio Curruqueo		2
59	Martin(¿) Ponce		5
60	Martin Quiñispang		5
61	José Quimegher		5
62	Lorenzo Huincá		5
63	Roman Paillané		8
64	Antonio Peralta		3
65	José Maldonado		5
66	Amaro Frejo (Fraga?)		9

67	Juan Helao		6
68	Juan Loyero/Lovero(?)		5
69	Manuel Grande Diaz	17	9
70	Toribio Billar		6
71	Pablo Llancafil Ajenjo(?) Pablo Aveco	4	6
72	José Nancuvé/í Cárlos		1
73	José Nancú Solano		2
74	José Solano		7
75	José Pancho		5
76	Francisco Grande Diaz		6
77	Peregrino Grande Diaz		8
78	Caniau (?) Luisa Diaz		5
79	Manuel Chico Meliman		6
80	Manuel Pichihuinca Sosa		8
81	Toribio Sosa		7
82	Emiliano Huencalao Lopez		5
83	Pablo Vargas		3
84	Antonio Maldonado		7
85	Domingo Maldonado		8
86	Blas Romero		9
87	Antonio Silva		2
88	Ignacio Capataz Farias	8	2
89	Pailleman P. Rapiman(?)		6

Fuente: Duplicado de Mensura Original, Dirección General de Catastro de la Provincia de La Pampa (los signos de interrogación refieren a nombres ilegibles en el documento). Los nombres resaltados corresponden a las familias a las que se les concedieron tierras.

Entre los motivos de la escasa cantidad de terrenos adjudicados se encontraban los problemas para mensurar y amojonar provocados por la existencia de una laguna (la Urre Lauquen) que abarcaba buena parte de los lotes adjudicados. De hecho, de los 18 entregados, 11 estaban sobre el terreno de la laguna (ver Foto n° 3.2).

Foto N° 3.2: Toma de un mapa anónimo datado entre 1925 y 1930, archivo de la autora.

Ahora bien, la ley preveía, para el otorgamiento del título definitivo, la radicación sostenida en el lote adjudicado, con cría de hacienda así como la obligación de hacer plantaciones y cultivos. Pero estas obligaciones fueron casi imposibles de cumplir en los lotes entregados: hacer plantaciones y cultivos era una odisea en lugares donde la piedra impide el crecimiento de vegetación alta, así como criar animales en lotes anegados o completamente secos. Y entonces era imposible hablar de radicación definitiva.

La imposición de este tipo de lógica, que privilegiaba la cuadrícula de los lotes por sobre las posibilidades reales de supervivencia, y ofrecía a los grupos indígenas un terreno de tamaño irrisorio para subsistir en esas latitudes, era un intento destinado a fracasar. Poco a poco, las familias fueron agrupándose en función de una necesidad vital: agua potable. En ese sentido, las lagunas podían proveer ricos bañados cuando las aguas bajaban, pero en los imprevisibles momentos de crecidas del río los anegamientos eran muy peligrosos y podían representar pérdidas cuantiosas de animales. Por otra parte, se trataba de un agua salobre que sólo podían consumir los animales, mientras que, como decía doña Felisa Espíndola, “*el cristiano no aguanta si no moja el garguero*”. Y saciar la sed de cristianos significaba construir pozos para sacar agua que no siempre lograba ser potable. Esos pozos, llamados “jagüeles”, tenían una profundidad de entre 5 y 20 metros, dependiendo de la capacidad de las familias de cavar y calzar los pozos para que no se desmoronaran. Los más pudientes lograban calzarlos con chapas de zinc, mientras que otros más modestos eran recubiertos por dentro con palos de jarilla por ejemplo. Por supuesto era posible encontrar mejor agua si se cavaba a mayor profundidad, pero ello sólo era posible dinamitando, y no era esta una alternativa al alcance de la economía de la mayoría de los pobladores.

Así, cuando en 1906 los inspectores de tierras recorrieron el Departamento Curacó, hallaron que a unos 25 kilómetros al oeste de lo que es actualmente el centro de Puelches, fuera de los lotes asignados, había toldos para ser utilizados en invierno, seguramente para el traslado de las haciendas; mientras que en 1911 los inspectores no encontraron a ninguno de sus adjudicatarios en el lugar asignado. De muchos de ellos no hay más noticias en las fuentes, y a otros, como Ignacio Farías, Juan Colman, Carlos Millahuil, Francisco Ñankufil Calderón y Bonifacio Zapiola los encontraremos en lotes muy distintos. Por ello es que en este capítulo nos referiremos, más que a la colonia misma, a la zona vinculada con ella que se encuentra más allá de sus límites.

Es necesario señalar entonces que al sur y sudoeste de la colonia se asentaron indígenas que no habían formado parte de aquel listado inicial, o que habían solicitado tierras pero no les fueron concedidas: de los 28 cabezas de familia identificados en el Departamento Curacó entre 1906 y 1929 (el período para el que disponemos de Informes de Inspección de Tierras), la mayoría parece haberse concentrado en un grupo

nuclear en asentamientos relativamente aislados, en ranchos de paredes de chorizo y techo de zinc en el mejor de los casos, con jagüeles pequeños y una pequeña cantidad de ovinos o caprinos; un capital estimado por los inspectores de tierras entre \$300 y \$5.000, que en muchos casos implicaba la salida por temporadas en busca de trabajo asalariado que asegurara la subsistencia.

De estos “intrusos” indígenas se destacan dos casos: el de Domingo Maldonado y el de Bernardo Pichicurá, que llegaron a contar con capitales más importantes, estimados entre \$15.000 y \$25.000 entre los años 1906 y 1929.

Es cierto que estos capitales no se aproximaban ni remotamente a los productores de mayor fortuna de la zona: nos referimos a Manuel Belloni en los lotes 22-A, 23-D y 2-D (todos de la sección XV, ubicados al este de la Colonia), a Juan Narváiz en el lote 10-A (sección XV) o los varios propietarios de campos cuyo administrador era Pedro Suhaz. Estos establecimientos solían reunir capitales de \$70.000 a poco más de \$100.000.

Sin embargo, tanto Maldonado como Pichicurá extendieron largas redes de relaciones a través del matrimonio de sus hijos con familias (fueran indígenas o no) que contaban con un capital modesto pero importante para la zona, como Domingo Dalgarrondo o el chileno Antonio Silva Alacha, reforzando a la vez sus propias haciendas a través de la instalación en zonas estratégicas como la cercanía a los ríos.

Foto N° 3.3: Familia del cacique Maldonado, década 1920 (publicada en Ruez 1929).

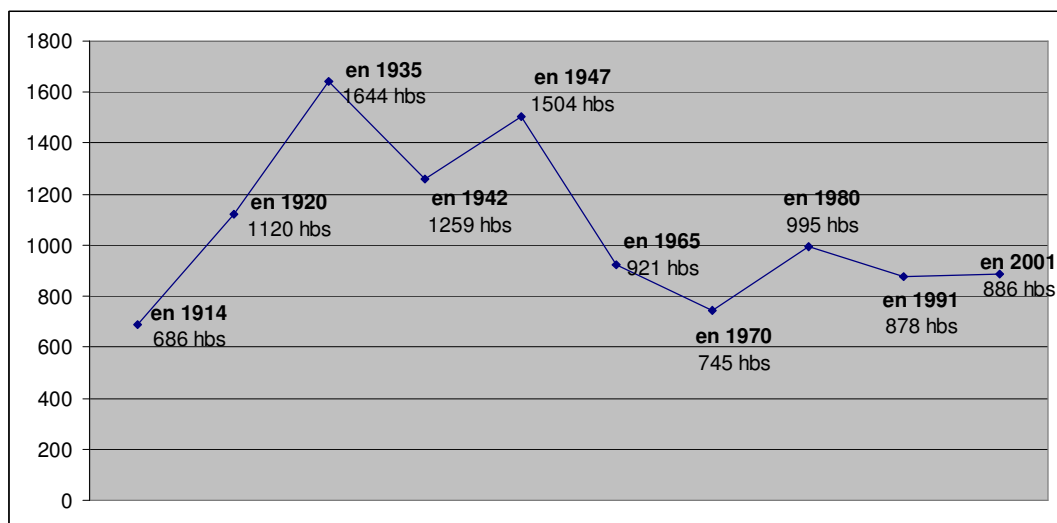
Según el sacerdote salesiano Celso Valla, que reproduce los escritos del padre Ángel Buodo, “*de todos [los caciques del lugar] el más conocido es **Domingo Maldonado** unido con Andrea Taconao, muy agria y silvestre como ninguna otra. El cacique conserva su tribu de 300 indios. Lo encontré ya achacoso y sin deponer su carácter vanidoso, siendo más amante de adornos que los niños de juguetes, baste decir que en los dos estribos de su caballo que son de plata, gastó 300 pesos. El cacique más progresista, de cuanto conocí en Puelches, es **Bernardo Pichicurá** casado con Enriqueta Unaeché, quien en 1920 contara con 20 familias propietarias. Era buen escribano con excelente letra y regular ortografía. Educado en el Colegio Don Bosco*

*mostró siempre una verdadera sed de instrucción, lo que disponía bien a él y a su gente para aprovechar las visitas del misionero. (...) El padre guardaba un buen recuerdo de don Bernardo Pichicurá. Cuando llegaba a Puelches estaba tan lleno de respeto que hasta sacaba a su madre, una viejita todavía guapa, para disponer una piecita para la misa y el catecismo. En 1922 un señor que había comprado a Tierras y Colonias sus tierras les quemó las chozas. El Padre tuvo que ir a Buenos Aires y secundado por María de Rodríguez, puso término a las vejaciones que recibían los indígenas” (pag.7 de la obra de Celso Valla, *Puelches: Primeros pobladores anotados por la Iglesia*, Editora L & M, General Acha, año 2000, los resaltados son nuestros).*

Además de las familias indígenas y de los grandes propietarios que dejaban encargados en sus campos, había en el Departamento Curacó una cantidad importante de pobladores criollos y extranjeros (franceses, rusos y españoles) que se afincaron con un capital modesto y la mayoría de las veces sin tener título de propiedad de la tierra. Nos referimos por ejemplo a Miguel Lahetjuzan, francés, que ocupaba en 1911 el lote 23-D-XV con 1.000 ovejas, 30 yeguas de cría, 100 cabras y 10 vacunos, un capital nada desdeñable para el momento; o a Eustaquio Gil, español que vivió en la chacra 31 de Puelches (ubicada en el lote 21-A-XV) desde 1907 con un capital de \$ 1.220; para 1927 se había naturalizado, y contaba con un capital de \$ 6.840, incluyendo el alambrado de su predio, una práctica poco habitual en la zona.

De todas maneras, las dificultades de establecimiento y transporte hicieron que la población de Puelches así como la del Departamento Curacó en general, evolucionara lenta aunque sostenidamente hasta mitad del siglo XX, como puede observarse en el grafico n° 1.

Gráfico N° 1: Evolución de la población del Departamento Curacó entre 1914 y 2001



Fuente: elaboración propia en base a censos nacionales, territorianos y provinciales.

Es casi seguro que la merma importante de población que se observa entre 1947 y 1965 guarde relación con la disminución del caudal del Curacó luego de que precisamente en 1947, la provincia de Mendoza construyera el dique El Nihuil, que redujo el paso de las aguas del río Atuel, como se analiza con más detalle en el capítulo 10. Una vez más, las frías cifras se condicen con los testimonios de los pobladores, si recordamos la parte del epígrafe en que doña Felisa Espíndola decía, “*cuando el río no viene, el desierto se endurece nomá, y la vida se hace muy mala*”.

Las primeras instituciones en Puelches

El proceso de institucionalización en el oeste pampeano fue mucho más lento que en el resto de las localidades situadas al este del por entonces Territorio Nacional de La Pampa, al punto tal que a pesar de sus reticencias, las autoridades territorianas delegaban frecuentemente en los misioneros salesianos tareas de registro civil hasta en aquellos parajes donde la acción estatal no llegaba o se revelaba insuficiente.

En Puelches, dos de las primeras instituciones estatales fueron la escuela primaria (ver capítulo 11), y la subcomisaría local, creada en 1907, cuyo primer encargado fue Juan Rincón (su nuevo edificio fue inaugurado en 1957, a cargo del oficial José Mansilla).

Foto N° 3.4: Edificio de la Subcomisaría, año 1938.

Por su parte, el Juzgado de Paz fue puesto en funciones el 16 de agosto de 1906, con Feliciano Hernández como encargado. Una comparación de fotografías del local donde funcionaba a fines de la década de 1928 (foto n° 3.5) y del edificio propio que obtuvo recién en 1983 (foto n° 3.6) puede dar una dimensión al lector de las diferencias entre estas localidades del oeste y las del este de La Pampa, en cuanto a la escasa atención que el estado territorialiano dedicaba a las primeras.

Foto N° 3.5: El Juzgado de Paz en 1928 (fotografía publicada en Ruez 1929).

Foto N° 3.6: El Juzgado de Paz antes de las refacciones de julio de 2008.

Estas dificultades también afectaban el funcionamiento de la institución policial. En un artículo publicado en el diario *La Arena* del 1° de agosto de 1936 se daba cuenta de la falta de medios de movilidad que tenían los efectivos del Departamento 11°, que no disponían de caballos ni de ningún otro tipo de vehículos, lo que dificultaba sus traslados para investigar denuncias o intervenir ante situaciones delictivas alejadas de la dependencia. En la década del '40 este panorama de precariedad comenzó a mejorar con la creación de la cooperadora policial en 1940, la obtención de un primer vehículo que se consiguió en su mayor parte con el aporte de 69 vecinos (encabezados por Feliciano Lana con la mayor suma donada), y la inauguración de un nuevo edificio en 1957.

Quizás haya que buscar en esas difíciles condiciones a las que venimos haciendo referencia el motivo por el cual a Puelches no se le permitió constituir una comisión de fomento sino hasta más de 40 años después de la fundación de la colonia. Las solicitudes de los vecinos no faltaban, pero no encontraban en las autoridades territorianas el eco requerido: en 1937 se hizo al gobernador Duval un pedido de perforación para obtener agua potable para la población, el mismo fue reiterado en 1938 y en 1940. En esta última ocasión se solicitó además la delineación del pueblo, la

asignación de un médico subvencionado y un botiquín, la instalación del telégrafo, la constitución de una comisión de fomento, el cambio del curso del río Salado, y el avance en la construcción de la ruta 152, que se había iniciado en 1938. Asimismo, se pidieron fondos para construir un internado, petición respecto de la cual hasta el momento no habían obtenido más que la cesión de algo de adobe.

Seguramente a raíz de este último pedido, en 1940 la gobernación del Territorio requirió a la policía local que informara sobre una serie de aspectos para evaluar la posibilidad de crear una comisión de fomento. El informe consignaba que:

- la población urbana, emplazada sobre una superficie de 8.000 hectáreas, era de 138 habitantes (65 adultos, 73 menores);
- no había propietarios de tierras, sino que todos eran arrendatarios: Mauricio Díaz, Eustaquio Gil, Basilio Montiel (ver foto N° 3.6), Gregorio Montiel y Feliciano Lana, con 625 hectáreas cada uno de ellos;
- el único comerciante (al menos mencionado) era Francisco Feliciano Marrón, con una “*casa de comercio de reducida importancia*”;
- entre las oficinas nacionales se encontraban la Comisaría, el Juzgado de Paz, la Escuela 102, la estafeta de correos, y la agencia de Yacimientos Petrolíferos Fiscales;
- y finalmente, acerca de los tipos de edificación, el informe mencionaba una situación de precariedad en términos generales, constituida por casas de “chorizo” como denominaban al tipo de construcción predominante en la zona (ver capítulo 13)

Foto N° 3.7: Familia de Basilio Montiel, hijo de un cacique de Puelches, década de 1920 (publicada en Ruez, 1929, fig.16).

En septiembre de ese mismo año el gobernador Duval decidió archivar el expediente por considerar que el lugar no reunía las condiciones suficientes para constituirse en comisión de fomento, y sus pobladores tendrían que esperar hasta junio de 1943 para volver a solicitarlo. En este último pedido informaron de qué manera quedaría delimitada la localidad y propusieron a quienes podrían ser los más aptos para integrar

la Comisión de Fomento en caso de que fuera creada: Santos López (comisario), Erasmo Olmedo (juez de paz), Eleodoro Quiroga (director de la escuela), Osvaldo Álvarez (encargado de la estación de YPF) y a Francisco Marrón, español, y Lino Godoy (propietarios de los almacenes locales).

También solicitaron: 1) una perforación para poder tener agua; 2) la provisión de radiotelegrafía y medios de movilidad para la policía (en esa ocasión se señalaba que la comisaría no tenía ni siquiera caballos –mucho menos vehículos con motor- y que ante un “hecho de sangre” no había podido ir a buscar al herido sino hasta tres días después, cuando el comerciante Francisco F. Marrón les prestó un camión); y 3) la delineación de la localidad con sus límites exactos. Al respecto, los pobladores señalaban: *“En el mes pasado, inspectores de la Dirección de Tierras han recorrido parte del Departamento visitando á los ocupantes de Tierras Fiscales, igualmente lo han hecho en la ‘Colonia Los Puelches’ y en esta localidad, recomendando a cada poblador que soliciten la tierra que ocupan. Ahora bien, los pobladores de campos podrán hacerlo por saber en que lote sección y fracción se encuentran, pero no así el poblador de esta localidad, donde no existe ninguna división del pueblo, por lo que sería muy necesario, la delineación, aunque mas no sea de una pequeña parte, tomando como base la ruta 152, la que no podrá ser desviada por ser directa al puente sobre el Río Salado o Cura-có”*.

El pedido tendría esta vez resolución favorable, al ordenar el gobernador Duval la creación de la Comisión de Fomento el 4 de septiembre de 1943, decisión que fue ratificada por la Presidencia de la Nación en septiembre de 1944. El 7 de diciembre de 1943 se reunieron por primera vez las personas designadas y en esa ocasión constituyeron el organismo de gestión comunal, designándose a Erasmo Olmedo como presidente de la Comisión (foto N° 3.8).

Foto N° 3.8: Acta de creación de la Comisión de Fomento (Expte. 1305/44, Fondo Gobierno, Archivo Histórico Provincial).

A partir de estas actuaciones, en 1944 el ejido de Puelches, que en el loteo original se encontraba previsto para los lotes 33, 34 y 35, quedó delimitado dentro de los lotes 30 y 42, como se observa en el croquis que reproducimos a continuación (foto N° 3.9).

Foto N° 3.9: Trazado original del ejido (Expte. 1305/44, Fondo Gobierno, Archivo Histórico Provincial).

La flamante Comisión de Fomento, que conseguiría su edificio propio treinta años después (en marzo de 1973), funcionó desde entonces hasta 1995, año en que fue constituida en municipalidad. En julio de 2008 se inauguró el nuevo edificio municipal (ver Anexo II).

Foto N° 3.10: Lino Rogelio Godoy, propietario de una casa de comercio y vice-presidente de la primera Comisión de Fomento.

Entre otras instituciones que datan de mediados del siglo XX se encuentra la Estación Meteorológica de Puelches, que inició sus servicios el 15 de diciembre de 1953 a cargo de Manuel Villalonga. A partir de 1954, luego del traslado de éste, su encargado sería Marcelo Lara (foto N° 3.11).

Foto N° 3.11: La familia Lara en el frente de la Estación Meteorológica de Puelches.

Ahora bien, ni en la primera Comisión de Fomento, ni entre los 69 pobladores que habían contribuido con la cooperadora policial en la década de 1940 para la compra de un vehículo se encontraban ya descendientes de los fundadores indígenas. Habían dejado de participar en la toma de decisiones de la localidad y fueron dispersándose lenta y silenciosamente, aunque hasta nuestros días forman parte de la población: la tumba del cacique Francisco Ñankufil Calderón (fallecido en 1912) fue descubierta recién en marzo de 1971, con mucha dificultad, en un cementerio abandonado a 30 km al oeste de Puelches, en medio del monte. Posteriormente se realizó un monumento en su homenaje, que se encuentra al ingresar a la localidad (foto N° 3.12).

Foto N° 3.12: Homenaje a Francisco Ñankufil Calderón.

La importancia de los pobladores indígenas de Puelches es innegable: en el Censo Indígena Nacional de 1966, de los 18 departamentos pampeanos el que mayor población indígena tenía era el de Curacó, con un 31% (307 habitantes sobre un total de 967), seguido en proporción similar por el departamento Chalileo (donde se encuentra la Colonia Emilio Mitre) con un 21% de población indígena. Según la misma fuente, sólo 20 de las 248 personas de más de 3 años de edad hablaban la lengua indígena.

Nuevas instituciones, nuevos servicios, viejos problemas

Recién a partir de la década de 1970, las esforzadas gestiones de sus pobladores lograrían obtener algunos servicios esenciales como la electricidad y el agua. Sin embargo, quizás siguiendo los repetidos consejos de los inspectores de tierras de principios de siglo, o por razones que no hemos podido establecer, surgió entre las autoridades provinciales *de facto* la idea de trasladar a Puelches de lugar. Pobladoras como Juana Talia recuerdan que a fines de la década de 1970 los vecinos fueron reunidos en el salón de la Comisión de Fomento, y allí el gobernador *de facto* Carlos Aguirre les propuso llevar la población al pie de las sierras de Lihué Calel, argumentando que allí había mejor agua. Así como en la década de 1940 habían propuesto a los pobladores cambiar el nombre de Los Puelches por “Coronel Bedoya” (un militar destacado en las campañas militares contra indígenas), nuevamente fueron los puelchinos quienes dejaron en claro que querían decidir su destino y se opusieron a la idea, argumentando que allí no podrían disponer de agua para sus animales, como dijo Eva Villegas. “*Acá –recuerda ‘Juanita’- casi todos tenían un pozo al lado del río, que aunque estaba seco había un agua que no era útil para tomar, pero para regar las plantas, para limpieza, para todo eso servía; para tomar los animales también. Entonces la gente tenía ese tipo de agua. Además conservaban un poco de agua para tomar mate y todo eso de las pocas lluvias que había en Puelches. Y después había algunas personas que tenían aljibes*”. Finalmente, la provisión regular de agua llegó en 1979 a través del aprovechamiento de un ramal del acueducto que partía desde Puelén y abastecía a La Reforma y Chacharramendi, como se verá en el capítulo 10.

Sin embargo, el emplazamiento de Puelches se modificaría años más tarde: el 22 de febrero de 1981, un fuerte tornado destruyó el salón del club, el depósito de la

municipalidad, y muchas viviendas, del lado este del puente (ver foto 3.13). Se trataba de una localidad cuyo trazado no estaba aún delineado claramente (ver recuadro).

Foto N° 3.13: Muestra de partes de edificios del lado oriental del puente.

Cruzar por el jarillal

Juanita Talia recuerda que a principios de 1980, *“aquí no había barrios, pero cuando yo vine había solamente un barrio que había hecho hacer Lara, que era de dos casitas (...) No estaba todavía formado el pueblo. Había una sola calle, que estaba por donde ahora está el negocio de Sepúlveda, un negocio que era de los Tomas. Yo para ir a la escuela de mi casa tenía que cruzar por el jarillal, y camino de chivitas, un camino de chivitas iba a la escuela el primer año, hasta que se empezó a armar el pueblo. Era la única calle, y después la última casa era la casa de la Florencia que era un rancho bastante lindo comparado con todos los otros, porque era más alto, que tenía Florencia y que tenía Juan Acosta. Y eran las dos últimas casas y ahí había ya chivos, y los chivos los llevaban, por eso no podían poner árboles en la plaza, porque los chivos tenían que ir por allá, para el río a tomar agua, y se comían las plantas. Y ahí era la lucha de la pobre Nora [Mendoza de Tomás, directora de la Escuela y presidenta de la Comisión de Fomento por entonces] que no podía tener una planta en la plaza.”*

Fuente: entrevista a Juana Talia.

En la actualidad, existen delegaciones locales de otras instituciones como Vialidad Nacional, así como una Delegación Departamental de la Subsecretaría de Asuntos Agrarios. En el año 2000, se creó un emprendimiento de huerta comunitaria llamado el Plan “5x5”, en el que un grupo de jóvenes desempleados podían obtener un ingreso monetario y las hortalizas para sus hogares. Estas actividades fueron coordinadas por el director de Agronomía Departamental de Puelches, Mario Frecentese, hoy jubilado. A su vez, la oficina de Veterinaria se encuentra a cargo de Rodolfo Kaplun.

Es así como destacamos que los pobladores de Puelches han hecho enormes esfuerzos para permanecer y hacer prosperar esta comarca. Más de cien años de esta historia que fluye junto al Salado son testigos de estas luchas.

Capítulo 4: Cuando la distancia era un abismo: la importancia de los medios de comunicación, los servicios y el transporte

Paula Laguarda,
con la colaboración de Lorena Conchado

Ubicada a sólo 154 kilómetros de General Acha y a 261 de Santa Rosa, la localidad de Puelches no parece tan alejada de otros centros urbanos importantes. Sin embargo, las dificultades que ha sufrido a lo largo de su historia en cuanto al trazado de vías de circulación, la habilitación de líneas de transporte y la instalación y continuidad de servicios indispensables para la vida moderna, como la electricidad, el correo, el teléfono y el telégrafo, han ampliado virtualmente esas distancias, convirtiéndolas en un verdadero abismo. En los últimos años algunos de esos inconvenientes han tendido a subsanarse, a partir de una progresiva mejora en los servicios y la llegada de algunos medios de comunicación; pero otros todavía persisten.

Foto N° 4.1: Distancia de Puelches a Santa Rosa por la ruta nacional 152.

Las rastrilladas, los primeros caminos

Los primeros caminos que conectaron las distantes zonas de nuestra provincia fueron las rastrilladas, utilizadas por las poblaciones originarias del territorio. En el libro *Una excursión a los indios ranqueles*, Lucio V. Mansilla define a las rastrilladas como “*los surcos paralelos y tortuosos que con sus constantes idas y venidas han dejado los indios en los campos. Apartarse de ellos un palmo, salirse de la senda, es muchas veces un peligro real; porque no es difícil que ahí mismo, al lado de la rastrillada, haya un guadal en el que se entierren caballos y jinetes enteros*”.

En proximidades de la actual localidad de Puelches se encontraban las rastrilladas de los chilenos y de la sal o el Carhué, que pasando por Salinas Grandes unían la laguna de Trarú Lauquen, la aguada de Pueltrél Toró, la laguna Urrelauquen, la sierras de Lihué Calel y el río Colorado (ver mapa 1). Y también conectaban, a través del río Colorado por Neuquén, los pasos andinos chilenos con el centro de la provincia

de Buenos Aires, según explican Santiago Guette y Javier Ayala en el libro *Al Oeste del Paraíso. La transformación del espacio natural, económico y social en la Pampa Central (siglos XIX- XX)*.

Fuente: elaboración de Daniel Cardin y Oscar Folmer.

Los caminos hacia Los Puelches

Ya en la época territorialiana, partían desde Santa Rosa múltiples caminos – algunos inexistentes hoy en día- que llegaban hasta las localidades más alejadas del sudoeste pampeano. Puelches encontraba su conexión con la capital territorialiana a través de General Acha. Los informes sobre la condición de los caminos que llegaban a Puelches eran reportados mensualmente por el corresponsal local del diario *La Arena* de Santa Rosa, manteniendo informada a la población lectora acerca del estado vial, en caso de tener que dirigirse hacia esos pueblos, o por turismo hacia el sur del país. En 1940, por ejemplo, el corresponsal de *La Arena* afirmaba: “*El camino a General Acha, se halla en bastante buen estado de tránsito, debido al arreglo que viene haciendo un equipo caminero. Solamente en las partes recién removidas, se halla un poco pesado. Inconveniente que se subsanará una vez pasado el rodillo y asentado el camino por el tránsito de vehículos*” (*La Arena*, 18/07/1940).

Un obstáculo importante en el tránsito de aquellos primeros caminos era el cruce del río Salado, que en las primeras décadas del siglo XX era mucho más caudaloso que en la actualidad. Cuando el río estaba bajo podía ser vadeado, pero cuando se producía una crecida debían utilizarse balsas para cruzarlo, servicio que era provisto por la casa de comercio Cura-Có, aunque era muy inseguro (véase capítulo 10). Por esa razón, en 1923 los pobladores pidieron la construcción de un puente, que fue edificado en 1928 bajo la dirección del ingeniero Mauro Lamariano. El puente de hierro sobre el río Salado se convirtió con los años en una imagen emblemática de Puelches.

Foto N° 4.2: El puente sobre el río Salado, una postal característica de Puelches.

Y la ruta llegó a Puelches...

La ruta nacional N° 152 comenzó a construirse en 1938 y fue terminada en 1941, según consigna el Libro Histórico de la Escuela 102. En 1942 el gobernador Miguel Duval solicitó a la Dirección Nacional de Vialidad la pavimentación del itinerario que unía la Capital Federal con Santa Rosa, General Acha, el puente sobre el río Colorado en La Japonesa y la localidad rionegrina de Chelforó, a través de las rutas nacionales N° 5, 35 y 152, con lo cual se logró establecer finalmente contacto directo con Río Negro.

Desde su construcción, la ruta nacional 152 se convirtió en una importante vía de circulación para el turismo, al permitir el acceso al Parque Nacional Lihué Calel, y más recientemente, a la villa turística y embalse Casa de Piedra. Por esta razón el Automóvil Club Argentino decidió instalar en los años '40 una hostería destinada al descanso de los automovilistas y visitantes (ver recuadro).

La hostería y estación de servicio del ACA

Con la construcción de la ruta nacional 152 se intensificó el tránsito de vehículos por la zona, especialmente de turistas, planteándose la necesidad de ofrecerles servicios de alojamiento y restaurante. En 1946 la Comisión de Fomento, Turismo y Deportes de La Pampa elevó al gobernador del Territorio, Juan L. Páez, un petitorio en apoyo a un proyecto presentado por el Automóvil Club Argentino para la construcción de una hostería destinada a los turistas que desearan descansar en su viaje hacia el sur.

En 1960 *La Arena* informó sobre la entrevista que autoridades del ACA mantuvieron con funcionarios del Ministerio de Obras Públicas de la provincia, acordándose que la obra sería encarada en conjunto ese mismo año. La hostería se construyó sobre la ruta 152, a 120 kilómetros de General Acha, en las sierras de Lihué Calel. La instalación de un hospedaje en ese lugar fue justificada por ser la zona intermedia entre General Acha y “Los Tamariscos” (otra hostería del ACA, próxima al río Colorado), además de la belleza paisajística de las sierras y la posibilidad de pesca en las lagunas aledañas a Puelches. Como anexo se abrió también una estación de servicio con naftas YPF.

En la actualidad la hostería continúa en funcionamiento, aunque la estación de servicio permanece cerrada. El hospedaje tiene ocho habitaciones y las reservas deben realizarse

en la Dirección Provincial de Turismo, en Santa Rosa, ya que en las sierras no hay teléfono. Cabe aclarar que en la localidad de Puelches también existen varias ofertas de alojamiento para el turista, a cargo de particulares (ver anexo actual).

Foto N° 4.3: Hostería del Automóvil Club Argentino.

Posteriormente, en 1947, un poblador de General Acha de apellido Domínguez elevó un pedido al entonces gobernador del territorio, Miguel Duval, para mejorar los caminos vecinales que vinculaban Puelches con Santa Isabel, 25 de Mayo, La Japonesa, Victorica y la localidad rionegrina de Fortín Uno. Ese mismo año comenzó a ejecutarse la obra.

En la década de 1970 se desató un conflicto por la creación de un camino hasta la localidad de 25 de Mayo, ocasionando el temor de la población de Puelches -que encontró eco en la prensa provincial- ante la posible desviación de la ruta 152 para conectarla con la ruta nacional N° 22. El reclamo estaba en directa relación con el aislamiento que padecían los pobladores y la solución que se encontró fue desviar un camino desde las sierras de Lihué Calel hacia 25 de Mayo, para evitar así la virtual desaparición de Puelches si el pueblo perdía el acceso a la ruta. En esta decisión también influyó una motivación estratégica, porque estaba previsto instalar en Puelches una estación de rebaje eléctrico de la línea proveniente desde El Chocón. Por lo tanto, mantener la ruta en las mismas condiciones y evitar el desvío era en ese momento la mejor opción, porque permitiría una vía de comunicación directa con las provincias limítrofes en caso de producirse algún problema en la futura estación transformadora.

En 1994 se realizaron obras en la ruta 152 en el tramo Puelches-Casa de Piedra, en virtud del proyecto de desarrollo turístico encarado por el gobierno provincial.

El transporte, un servicio fundamental

La historia del transporte en Puelches se cruza con las vivencias cotidianas de los habitantes del pueblo y con las necesidades relativas a su vida económica y social. Los primeros transportes que circularon por los caminos de la zona fueron los de los

llamados *correos*, que como se verá más adelante solían llevar no sólo correspondencia, sino también mercadería, y cuando el espacio lo permitía, algún ocasional pasajero.

Foto N° 4.4: Camión Ford 'A' modelo '34. Unidad afectada al Servicio de Correos a Puelches, propiedad de Laureano Cardin. En las fotos, sus hijas Eloísa e Hilma.

A comienzos de 1937 el vecino Manuel Fernández, transportista oficial de la Dirección de Correos y Telégrafos, oriundo de General Acha, elevó un petitorio al gobierno para brindar el servicio de transporte de pasajeros hacia Puelches. Dentro del recorrido que efectuaría figuraba la salida desde General Acha hacia La Angelita, pasando luego por Santa Clementina, el Lote 12 y por último Puelches. El pedido también establecía las tarifas que serían cobradas por transporte de pasajeros y encomiendas. Fue aprobado recién en 1942, otorgándole a Fernández no sólo la habilitación para prestar el servicio, sino también el aval del jefe de policía de Puelches para realizar el recorrido. En 1944 renovó el permiso por tres años más y en 1947 le transfirió la concesión a Francisco Marino Terrani, que también unía General Acha y Puelches pasando por El Veraneo, El Eucalipto, La Clementina, La Asturiana, Las dos Naciones, La Piloñesa, La Trinidad, La Florida Vieja y Francisco Villa. Terrani fue autorizado sólo por unos meses, perdiendo la concesión a fines de 1948. En octubre de 1941 también se habría establecido una línea de colectivos entre General Acha y Villa Regina, según consta en el Libro Histórico de la Escuela 102.

El 4 de diciembre de 1956 una nueva empresa de colectivos realizó su primer viaje entre General Roca y Santa Rosa. Según el dato consignado por el docente director Antonio Quiroga en el Libro Histórico de la Escuela, el servicio pertenecía al Ministerio de Transporte de la Nación. De acuerdo a la misma fuente, el 3 de abril de 1958 el señor "Poroto" Álvarez también realizó el viaje inaugural entre General Acha y Villa Regina con un colectivo de su propiedad, y se proponía unir la primera localidad con Santa Rosa.

Ya en los años '80 los habitantes que deseaban emprender viajes de larga distancia también podían llamar a General Roca, a las oficinas de la empresa El Valle,

para que los colectivos que cubrían la línea Santa Rosa-Neuquén pararan en la ruta a levantar pasajeros. En ocasiones la policía también detenía a los ómnibus para que la gente pudiera subir. Y si no, siempre quedaba la opción de “hacer dedo” y parar a camioneros y automovilistas. Además de El Valle, en la década de 1980 también circulaba la empresa El Zorzal, subsidiada por el gobierno provincial para llevar a los constructores del embalse Casa de Piedra, lo que permitía a los habitantes de Puelches viajar en forma gratuita a 25 de Mayo y General Acha. En 1993, al retirarse temporalmente el servicio de El Valle, se estableció una línea de mini-buses entre Puelches y Santa Rosa.

En la actualidad el servicio de transporte de pasajeros se encuentra un poco más extendido, pudiéndose tomar una combi que viaja desde Puelches hacia General Acha y Santa Rosa. También es posible parar a los colectivos de la empresa TAC o El Valle, que pasan por la ruta 152, llamando previamente a las oficinas en Santa Rosa o Río Negro.

Un aeródromo para Puelches

Conscientes del obstáculo que las distancias y las dificultades del transporte terrestre imponían al desarrollo local, a principios de los años '40 un grupo de vecinos decidió conformar una comisión destinada a instalar un aeródromo en Puelches y construir una pista de aterrizaje. Quedó integrada por el juez de paz Julio Guillerat, el encargado de la estafeta señor Olmedo, el comerciante Francisco Marrón, el vecino Osvaldo Álvarez y el director de la escuela Antonio Quiroga.

Se construyó una pista de aterrizaje de emergencia en forma de estrella, con tres calles de 50 metros de ancho y 550 de largo, que corrían de Norte a Sur, de Este a Oeste y de Suroeste a Noreste. En 1943 la Comisión de Fomento habilitó la ampliación de una de las calles a 850 metros de largo para que los aviones pudieran aterrizar con comodidad. La primera aeronave que aterrizó fue la del hacendado achense Rufino Otero. La pista fue utilizada con asiduidad hasta 1948, cuando a la subagencia local de combustibles YPF se le impidió seguir comercializando nafta de aviación.

De cartas y otras yerbas

En los primeros años de vida de Puelches el aislamiento de sus pobladores era mayúsculo. La precariedad de las vías de comunicación y las dificultades de transporte hacían que las noticias demoraran semanas y meses en llegar a destino. Si bien la estafeta postal se instaló en 1913, en ese contexto los *correos* cumplían un rol primordial. Se trataba de vecinos de la zona a quienes el Estado contrataba para que repartieran la correspondencia en los polvorientos caminos rurales. Según el Libro Histórico de la Escuela 102 la primera mensajería comenzó a funcionar en 1909. Uno de los primeros correos -de acuerdo a los datos disponibles- fue Carlos González Rojas, conocido como “el galerista Rojas”, que recorría la zona en los años ‘20.

Foto N° 4.5: Camión del correo General Acha-Curacó, década de 1920 (gentileza Graciela Millot).

Para la misma década, las fuentes dan cuenta del funcionamiento de un servicio de correo entre la estafeta de Minerales de la Pampa (ubicada en la estancia La María Luisa, de Enrique Millot) y la de Los Puelches, pero aparentemente presentaba dificultades para combinar su horario con la línea que salía desde la localidad hacia General Acha. Por este motivo, el 25 de septiembre de 1922 el comerciante Francisco Pérez manifestaba en el periódico *La Autonomía* la intención de establecer un servicio directo de correo con General Acha, sin pasar por Minerales.

Fotos N° 4.6 y 4.7: Edificio de la Estafeta de Minerales y estampilla (gentileza Graciela Millot).

En 1930 la estafeta Los Puelches estaba a cargo de Jerónimo Lana, mientras que Ezequiel Tomás cumplió la tarea de correo entre fines de la década del '30 y principios de la del '40, según el testimonio de su sobrino, Enrique Tomás. Además de repartir la correspondencia, a los correos se les permitía vender mercadería entre los dispersos

pobladores de la zona, así como comprarles cueros, lana y tejidos. En muchas ocasiones el correo debía leer las cartas cuando los destinatarios eran analfabetos. Otro de los correos recordados a principios de los años '40 era Adán Laborda, que llegaba a Puelches con su camión cargado de mercadería proveniente de General Acha, y posteriormente esta tarea fue desempeñada por Pío Gerez y Aurelio Superi.

Desde 1935 Juan Libour se hizo cargo del servicio de correos entre General Acha y Puelén, pasando por Puelches. Debía enfrentarse a toda clase de dificultades, como el mal estado de los caminos y la falta de auxilio en una travesía de 375 kilómetros. En una nota publicada el 18 de noviembre de 1940 en *La Arena*, el corresponsal de la localidad destacaba la tarea de Libour manifestando: “*Los que vivimos en estos apartados lugares, estamos en condiciones de apreciar en su justo valor la honradez de este funcionario a quien vimos llegar muchas veces en vehículos alquilados o prestados, porque su camión había quedado destrozado en medio de la huella solitaria*”. El 19 de septiembre de 1939 *La Arena* también informó que el servicio de correos modificaría sus horarios de salida de Puelches para adecuarse a la partida del ferrocarril desde General Acha, a fin de ganar celeridad. Además se habilitaba la posibilidad de que la estafeta local emitiera bonos postales, lo que facilitaba el giro de pequeñas sumas de dinero.

Según un artículo del periódico *El Parque* del 19 de marzo de 1944, en ese momento el señor Olmedo tenía a su cargo la recepción de correspondencia en la localidad. Recibía encomiendas, cartas certificadas, valores declarados y emitía bonos postales, cobrando por su tarea apenas 15 pesos, una suma que de acuerdo al autor del artículo no era “*como para comprar aperos en un día patrio*”. En aquel momento la correspondencia era enviada desde General Acha a Puelches mediante dos contratistas: Osvaldo Álvarez, que llegaba a la localidad los jueves y regresaba en el día, y Manuel Fernández Olivar, que permanecía desde el sábado hasta el lunes. A ellos se sumaba Cirilo Galván, que llevaba la correspondencia desde Puelches hacia Pichi Mahuida pasando por el paraje La Florida, donde supo estar la antigua casa de comercio de Feliciano Lana.

En 1945 la Dirección de Correos dispuso la creación de una nueva estafeta postal en Cura-Có, ubicada en el lote 23, Fracción B, Sección XX, a cargo de la señorita

Clelia Magdalena Themtham, según información del periódico *La Verdad* del 30 de agosto de ese año. En 1948, y a pedido de la gobernación, la Dirección también dispuso la reanudación del transporte de correspondencia entre Puelches y Pichi Mahuida, que había sido suspendido “*por considerarlo innecesario y no justificarse la retribución que para su ejecución se pretendía*”. A partir de ese momento el servicio fue prestado por la firma Gómez, Gómez y González en forma gratuita, con una frecuencia de tres veces por mes. En los '50 el almacén Tomás Hermanos también incorporó el servicio de estafeta.

Noticias en Código Morse

El 17 de octubre de 1936 un grupo de vecinos envió una nota al director general de Correos y Telégrafos, a través de la cooperadora de la Escuela 102, solicitando que se prolongara hasta Colonia Los Puelches la línea telegráfica que llegaba hasta General Acha. La respuesta fue negativa por el elevado costo de la obra, pero los vecinos no se amilanaron y volvieron a la carga pidiendo esta vez la alternativa de la radiotelefonía, un sistema que demandaba una menor inversión.

En el mismo sentido, el gobernador Miguel Duval elevó el 22 de junio de 1940 una nota al Ministerio del Interior en la que daba cuenta de la donación de tres estaciones completas de radiotelegrafía por parte de la Dirección General de Arsenales de Guerra a la policía pampeana, que fueron destinadas a las comisarías de Santa Rosa, General Acha y Telén. Y solicitaba que se proveyeran otros tres equipos del mismo tipo (D.G.C 1938, con un alcance de 6.600 kilociclos) para las localidades de La Japonesa (cercana a Puelches), Algarrobo del Águila y La Copelina. La gobernación se ofrecía a disponer su instalación, estableciendo para ello tres grupos electrógenos de 1.000 wats, debido a que en esos lugares no había electricidad. Al fundamentar el pedido, Duval destaca que permitiría “*establecer contacto con las zonas más apartadas del territorio que actualmente por falta de medios de comunicación, -exceptuando alguna mensajería que efectúa viajes quincenales- viven completamente aislados del resto de las poblaciones, con el riesgo consiguiente para sus habitantes en los casos de epidemias, atentados contra la vida, la propiedad, etc.*”.

El ministerio desestimó la solicitud por el alto costo que significaba y efectuó una contrapropuesta de unir esas localidades por servicio de radiotelefonía. Sin embargo, en 1941 La Japonesa ya tenía equipo radiotelegráfico en su comisaría, según consta en un mapa presentado por la Jefatura de Policía a la Gobernación del Territorio. El croquis acompaña un pedido de ampliación del servicio mediante la construcción de nuevas líneas y estaciones radiotelegráficas, entre ellas la de Puelches. La Jefatura informaba a la Gobernación que para ello ofrecería sus instalaciones a la Dirección de Correos y Telégrafos, a fin de que ésta suministrara personal que pudiera operar el servicio en forma pública. La única condición era que las comunicaciones de las dependencias policiales resultaran gratuitas.

En nota fechada el 13 de diciembre de 1943, el gobernador Duval puso al ministro del Interior al tanto de las graves dificultades de comunicación que enfrentaba esa zona del territorio: *“Las dos terceras partes de La Pampa –en una extensión de 100.000 kilómetros cuadrados- no cuentan con vías férreas ni líneas telegráficas ni telefónicas. Los pobladores de estas regiones se hallan, en consecuencia, en un absurdo aislamiento con relación al resto del Territorio y del país”*. Para graficar aún más la precariedad de la situación, Duval explicaba que cuando era época de deshielo, y los ríos Salado y Atuel se salían de su cauce, le era imposible a la Gobernación auxiliar a los pobladores por no enterarse a tiempo de lo que estaba sucediendo, al igual que en el hipotético caso de que se desatara una epidemia.

En 1944 la policía de Cura-Có (con asiento en Puelches) ya disponía de servicio telegráfico, según consta en un telegrama enviado a la Jefatura de Policía y conservado en el Archivo Histórico Provincial. Pero el servicio aún no estaba disponible para toda la comunidad y se limitaba a comunicaciones oficiales y de la dependencia policial. En agosto de 1944 el director general de Correos y Telecomunicaciones le informó a Duval sobre la ampliación de servicios prevista para el territorio en los años venideros, estimándose que en un período de 10 años se instalaría una oficina telegráfica pública en Puelches. Mientras tanto, se disponía que el equipo de la comisaría pudiera ser utilizado por la población, aunque limitado a situaciones de urgencia. Asimismo, el organismo nacional rechazó la posibilidad de instalar en varias localidades, entre ellas La Japonesa y Puelches, estaciones de comunicaciones radioeléctricas, por carecer de

equipos y material (el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial en Europa impedía el acceso a los insumos), así como de edificios adecuados para instalarlas.

En los años '50 el telegrafista de Puelches fue nada menos que Juan Carlos Bustriazo Ortiz, destinado a convertirse en uno de los grandes nombres de las letras pampeanas. Durante su estancia en la localidad escribió algunos de sus versos más conocidos, como los *Poemas Puelches*. La señora Elsa Rodríguez de Pumilla, que fue directora de la Escuela 102 entre 1952 y 1955, recordó a Bustriazo como uno de los vecinos más conocidos de Puelches en aquella época, junto al comisario y a los propietarios de los almacenes, Lino Godoy y Enrique Tomás, y del hotel, Francisco Marrón.

La primera comunicación telefónica

A mediados de 1945 el Ministerio del Interior accedió al pedido del gobierno pampeano de disponer la habilitación de la línea telefónica entre General Acha y Villa Regina (Río Negro), tendida hacía más de un año por la Compañía Unión Telefónica del Río de la Plata, y de una cabina en la localidad de Puelches, para lo cual la Gobernación contactó a la Comandancia de la 6ª Región Militar con asiento en Bahía Blanca. La construcción de la línea, según había informado el periódico *Noticias Gráficas* el año anterior, estuvo a cargo del ingeniero de larga distancia Camilo Croce, mientras que la instalación de la cabina en Puelches y de un amplificador de voz fue efectuada por un equipo de técnicos a las órdenes del ingeniero Jorge Welford. La primera comunicación de prueba tuvo lugar en agosto de 1944, con una llamada a Buenos Aires, pero el servicio público recién quedó habilitado en octubre de 1946. Durante ese lapso la Comisión de Fomento y un grupo de vecinos reclamaron insistentemente a la Dirección de Correos y Telégrafos, el Ministerio del Interior, la Secretaría de Salud Pública y la Presidencia de la Nación para que se concretara la habilitación.

En sus comienzos el servicio se prestaba en el edificio de la Unión Telefónica, a 100 metros del antiguo Juzgado de Paz. René Themtham era el guardahilos y su esposa la telefonista, de acuerdo al testimonio de Elsa Rodríguez. Posteriormente la Casa Tomás Hermanos también comenzó a ofrecer telefonía. Según recordó Enrique Tomás (h), descendiente de los fundadores del comercio, el discado era directo para

comunicarse con General Acha y Villa Regina. La operadora era su tía Damiana Tomás, hermana de Ezequiel y Enrique, todos socios en el emprendimiento.

En aquel entonces para comunicarse con el sur del país la operadora debía llamar primero a Regina, donde le informaban la demora que tenía la llamada, que podía ser de hasta 12 horas al tratarse de telefonía de hilos y no poder efectuarse más de una comunicación en simultáneo. Lo mismo pasaba con las llamadas al norte del país, que eran derivadas a través de General Acha. En los años '80 el servicio fue deteriorándose e inclusive desaparecieron los cables, según consigna el Libro Histórico de la Escuela 102.

Entre 1992 y 1998, tras la privatización de la empresa estatal ENTEL, se instaló en la localidad un enlace nacional por microondas (ver foto N° 4.8), permitiendo en sucesivas etapas el teledisco directo domiciliario y la realización de numerosas comunicaciones simultáneas, por lo cual los habitantes de Puelches se hallan conectados al instante con el resto del país. En los últimos años varios comerciantes instalaron locutorios y cabinas para brindar el servicio a quienes no cuentan con teléfono en sus hogares. Recientemente también se colocó una antena para teléfonos celulares.

Foto N° 4.8: Antena inaugurada en octubre de 1998 (gentileza Rodolfo Marmioli).

La estación de rebaje eléctrico

Otro de los servicios fundamentales para el desarrollo de una comunidad es la electricidad. Aunque a mediados del siglo XX existían en Puelches equipos generadores que permitían el funcionamiento del telégrafo y el teléfono, la mayoría de los pobladores debía recurrir a velas y a los famosos faroles Petromax para alumbrarse.

En 1970 se puso en marcha un proyecto que fue muy bien recibido por el gobierno pampeano, y especialmente por los habitantes de Puelches: la construcción en la localidad de una estación de rebaje de energía (de 500 a 132 Kv), de la línea proveniente de la central hidroeléctrica de El Chocón. Para concretar la obra, la provincia de La Pampa donó a la empresa Hidronor (Hidroeléctrica Nordpatagónica Sociedad Anónima) un terreno fiscal de 23 hectáreas, cercano a Puelches. La estación demandó una inversión de 1.500 millones de pesos moneda nacional y fue inaugurada

en 1974. En septiembre de 1976 finalizó la obra para la distribución de energía eléctrica a toda la población local.

Foto N° 4.10: En la construcción de Hidronor, año 1972. Oscar Suárez, Pele Molina y otro obrero no identificado (gentileza Juana Talia).

La prensa de aquellos años destacaba la importancia de esta obra para la localidad, porque según se creía, generaría fuentes de trabajo, mejores sueldos y otros beneficios menos inmediatos. El diario *La Arena* llegó a sostener: “*desde el punto de vista urbanístico, la localidad de Puelches verá engrosada su población notablemente, con lo que verá incrementadas sus perspectivas como centro urbano, en proyección aún imprevisible*” (*La Arena*, 05/07/1970). Las expectativas, como se comprobaría con el correr de los años, eran desmesuradas.

En el año 2005 el gobierno pampeano realizó una interconexión con la línea eléctrica Puelches - Chacharramendi, construyendo dos líneas de media tensión que tienen como misión abastecer al Parque Nacional Lihúe Calel y a las localidades de Chacharramendi y La Reforma. Una de las líneas vincula la estación transformadora de Puelches con las instalaciones del Parque, mientras que la otra parte desde allí y llega hasta la línea principal, que conecta a las dos localidades mencionadas. Tanto el Parque como Chacharramendi y La Reforma antes eran abastecidos por equipos generadores.

Actualmente La Pampa se encuentra integrada al Sistema Interconectado Nacional (SIN) a través de las estaciones de rebaje de Puelches y de Macachín, ambas operadas por la firma Transener, desde las que se abastece a la mayor parte de la provincia.

Acortando las distancias

Para superar el aislamiento geográfico impuesto por la distancia y la precariedad de los caminos, algunos vecinos de Puelches se compraron aparatos de radio, con los que podían sintonizar primero emisoras de Cuyo y Buenos Aires (por ejemplo, Radio del Estado), y luego de La Pampa (LRA3 Radio Nacional Santa Rosa comenzó a funcionar el 3 de julio de 1950, integrada a la Red Oficial de Radiodifusión, mientras que la emisora comercial LU33 se creó en 1970).

Según el relato de Ana y Rubén Oviedo, que pasaron su infancia en Puelches en los años '50, en la casa familiar se escuchaba la radio por la mañana y por la noche, y no se perdían la novela "El Malevo". Por su parte Dora Patiño contó que su padre solía escuchar los boletines informativos a la mañana temprano y al mediodía, y que toda la familia se reunía en torno a la transmisión del radioteatro "Nazareno Cruz y el lobo", a las 8 de la noche. La novela escrita por Juan Carlos Chiappe se emitió en el año 1951 por Radio del Pueblo de la Capital Federal, en 78 capítulos, según consignan el periodista Carlos Ulanovsky y sus colaboradores en el libro *Días de radio*. En aquella época los aparatos de radio no eran portátiles (la radio a transistores llegó al país en 1956 y no se masificó hasta los años '60), sino voluminosas cajas de madera que en su interior contenían el dispositivo receptor y el amplificador. Su falta de portabilidad tenía sin embargo una consecuencia deseable: toda la familia se reunía en torno al aparato y la escucha era colectiva. Ulanovsky asegura que en la década de 1950 *"una radio reina en cada casa"* (esta afirmación es excesiva en el caso de Puelches, pero igualmente varias familias ya tenían sus aparatos en aquel momento), y recupera palabras del estudioso Ernesto Goldar en referencia al impacto que este medio tuvo en el cambio de hábitos y prácticas sociales: *"Centro emisor al que todos atienden y respetan. La radio está ubicada estratégicamente en la cocina, sobre una mesa, en una repisa o en un banquito. En las noches de invierno se la lleva junto a la cama, en el verano se la saca al patio y en las fiestas sale a la vereda a meter sonido en los bailes"*.

A fines de los años '70 el vecino Antonio Talía instaló en Puelches una propaladora que llevaba su nombre, según recordó su hermana Juanita. La emisora fue inaugurada para el Día de Reyes y se obsequió a los niños de la localidad con caramelos y juguetes, en tanto "Mingo" López se disfrazó de Rey Mago. En la emisora se difundían avisos y noticias, además de leer los diarios de la capital provincial cuando llegaban. Primero funcionó cruzando la ruta 152 (donde Juana Talía tiene actualmente un residencial) y luego se mudó a otro local enfrente. Fue cerrada a principios de los '80.

El 24 de febrero del año 2000, en conjunción con los festejos del Centenario de Puelches, fue inaugurada una radio de frecuencia modulada en la localidad. Se trataba de FM Ucanantu 91.1, propiedad de Carlos Alberto Villegas y Lorena Cejas, que

mediante la instalación de una repetidora en Chacharramendi lograba llegar con su señal hasta Gobernador Duval. Además de una programación orientada al folclore, la emisora también transmitía mensajes provenientes de la zona rural. Permaneció en actividad hasta el año 2002. En el año 2006 se instaló FM Chimpay, cuyo propietario era oriundo de Río Negro, pero sólo duró unos meses en el aire. En la actualidad se retransmite en la localidad Radio 10 de Buenos Aires, se capta una FM de La Reforma, y acaba de inaugurarse la radio FM Municipal.

En cuanto a la circulación de libros, diarios y revistas, en Puelches siempre fue escasa. El 2 de julio de 1936 se creó en la sede de la Escuela 102 la Biblioteca Escolar y Popular “Luz”, que a partir de 1938 comenzó a recibir una subvención de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares para su funcionamiento y en 1948 eligió su primera comisión, presidida por Elvira de Emilio. Si bien los niños utilizaban la biblioteca escolar, engrosada por los aportes de la cooperadora y por numerosas donaciones, entre los adultos la tasa de analfabetismo fue muy alta durante buena parte del siglo XX (ver capítulo 11), lo que constituía un impedimento. Sin embargo hubo algunos vecinos que se preocuparon por mantener un acceso fluido al material de lectura, como es el caso del médico Raúl Millot, uno de los primeros pobladores de Puelches, que contaba con una nutrida biblioteca, o el de don Enrique Tomás, propietario del almacén. Recuerda su hijo Enrique que la familia era suscriptora de la revista *Selecciones* y que su padre recibió durante muchos años los diarios *La Nación* y *La Razón*. Un amigo comerciante de General Acha se los enviaba en colectivo cada tres o cuatro días, y él solía quedarse hasta la madrugada leyéndolos a la luz del farol. Después quedaban en el almacén para envolver la mercadería.

En los últimos años, con la mejora en las comunicaciones y los transportes, los diarios y revistas han comenzado a llegar a Puelches puntualmente. Aún cuando la comunidad no tiene publicaciones propias, ha tenido corresponsalías en medios de circulación provincial, como el diario *La Arena*, y una gran cobertura en otros como los periódicos *Comunicaciones en el Oeste* y *Acontecer*. La Escuela N° 102 también ha participado con producciones de sus alumnos en el programa educativo nacional “El Diario en la Escuela”.

La televisión llegó a Puelches tardíamente, el 18 de mayo de 1990. Según el relato de Enrique Tomás (ver recuadro) aquel año se jugaba el mundial de fútbol en Italia y algunos vecinos estaban ansiosos por verlo, por lo que se organizaron para instalar una antena satelital. Hasta ese momento, durante los mundiales los que podían viajaban a General Acha para verlos, y los que no, escuchaban los partidos por la radio.

La TV, un emprendimiento colectivo

“No había ningún televisor en Puelches, ni había señal tampoco, viajábamos a Acha. No sé quién leyó que en Bahía Blanca vendían las antenas (...) Entonces entre unos cuantos jóvenes de esa época se nos ocurrió comprarla. El costo era en dólares, no me acuerdo cuántos, pero sí me acuerdo que entre los cuatro o cinco dijimos que si conseguíamos treinta personas que pusieran 60 dólares cada una, ya teníamos un porcentaje muy importante pago y el resto podía poner lo que pudiera. Y si no alcanzaba entre ese pequeño grupo, que no seríamos más de ocho, veíamos como hacíamos para completar. En realidad la cuenta que nosotros sacábamos era que era un costo muy importante también viajar 180 kilómetros a General Acha a ver los partidos. Así que comenzamos a charlar, a convencer a los amigos (...) Después comenzó a hacerse alguna reunión, ya a nivel popular, y hubo gente que, yo no me acuerdo los valores en sí, pero había gente que a valores de hoy ponía 10 pesos. Y así logramos traer la antena satelital que se colocó en terreno municipal. Pero nadie tenía televisor. Había uno en el pueblo que no sé por qué habían mandado, que estaba en la escuela. Así que la directora o director del momento nos prestó el televisor, el presidente de la comisión de fomento de esa época nos prestó uno de los galpones de la municipalidad, y ahí empezamos a mirar televisión, cuando Argentina salió subcampeón [en el Mundial de Italia, en 1990]. Después se veían de 4 a 5 y de 9 a 10 las novelas, así que era la fila de mujeres a ver las novelas”

Fuente: entrevista a Enrique Tomás.

El 10 de junio de 1998 también llegó a Puelches LU89 TV Canal 3, a partir de la instalación de una antena receptora/transmisora de la señal estatal provincial. La

localidad se convertía así en una de las dieciocho repetidoras que mediante enlace con el satélite Nahuel Sat llevaban la televisión aun a aquellos pobladores que no podían acceder a sistemas pagos. A través de la antena primero captaban la señal de Canal 7, según recordaron Raúl Seibel, Graciela Millot y María Julia Gerez, y más recientemente la de Canal 3. En 1999 la Escuela 102 también instaló un equipo propio de televisión satelital.

En cuanto al cine, Puelches nunca ha tenido una sala instalada con ese fin, sólo se han realizado proyecciones de video en la Escuela y, a partir de la década de 1990, sus pobladores han podido disfrutar de las ocasionales visitas a la zona del Cine Móvil de la Subsecretaría de Cultura de la provincia.

En los inicios del siglo XXI, algunos de los inconvenientes que los habitantes de Puelches sufrieron durante gran parte de su historia se han solucionado, especialmente en cuanto a las vías de circulación, los medios de transporte y las comunicaciones. Los viajes a otras localidades ya no son odiseas interminables e inciertas, y el contacto con familiares que viven en lugares distantes resulta hoy en día más fluido. Aún quedan pendientes otros servicios como internet (hoy acotado sólo a la escuela) y la posibilidad de ofrecer a la población una mayor diversidad en los consumos culturales.

Capítulo 5: Comentarios sobre la estructura agraria y la evolución de la ganadería

Andrea Lluch

Leonardo Ledesma

La historiografía regional ha evaluado con preferencia el desarrollo histórico de las actividades productivas de la franja este de La Pampa. Por lo tanto, son escasos los trabajos que analicen las características tanto generales como particulares que adquirió el proceso productivo para las tierras del oeste, las cuales ocupan más del 50% del territorio de la actual provincia de La Pampa.

Las tierras

La Argentina a fines del siglo XIX se integró al mercado capitalista internacional como exportadora de productos primarios. La exigencia de incorporar superficies mayores de tierras para la producción mundial determinó que, hacia la década de 1870, tomase cuerpo el proyecto de ocupar rápida y definitivamente el área bajo control indígena. La invasión militar, iniciada en 1876 y finalizada entre 1878 y 1879, significó la desarticulación de un espacio económico-social que era incompatible con el de la estancia y la producción para los mercados capitalistas a los cuales el país se estaba conectando. Al proceso de expropiación y desafectación de los recursos naturales de las poblaciones indígenas le siguió la conformación de un marco político e institucional que asegurase el desenvolvimiento de la nueva organización social, ahora vinculada a las formas capitalistas de producción.

La legislación sobre tierras tendió a una rápida privatización, excluyendo a las poblaciones indígenas. Una de las leyes más importantes fue la Ley de Colonización de 1876 (o Ley Avellaneda), que codificó y unificó para todo el país las legislaciones sobre tierras y se propuso crear organismos estatales ocupados de desarrollar iniciativas y aplicar programas relacionados con la inmigración y la colonización de la tierra pública. Posteriormente otras leyes determinaron el ordenamiento de las tierras, tales como la Ley del Empréstito de 1878, la Ley 1882 de Venta de Tierras (Roca) y la de 1885, la conocida Ley de Premios que otorgó: a los jefes de frontera 8.000 has, a los jefes de

batallón 5.000 has, a los sargentos 4.000 has, a los capitanes 2.500, a los tenientes 2.000, a los subtenientes 1.500, y a los soldados 100 has. Cabe aclarar que la incidencia de esta última ley en La Pampa fue mínima. De hecho, en todo el departamento Curacó, sólo al sur de Puelches (en el lote 19 de la fracción D, sección XV) hay un caso de un militar que obtuvo un cuarto de lote por la Ley de Premios, Hipólito Oliva, que en 1927 vivía con su mujer y cinco hijos, pero sólo fue registrado en 1928 por los inspectores de tierras, aunque en este momento su capital había disminuido muchísimo (de \$13.000 a \$1.300) y se encontraba ausente al momento de la inspección, lo cual hace suponer que estaba trabajando en algún otro establecimiento fuera de su lote.

Para iniciar la privatización de tierras fue necesario organizar su mensura. En el Territorio de La Pampa las mensuras se desarrollaron entre 1882 y 1884. Comenzaron desde el meridiano 5° de Buenos Aires y cortaron el territorio en secciones de 40 leguas (1 millón de hectáreas) que se dividieron en 4 fracciones de 25 lotes cada una. La unidad de enumeración fue el lote de 4 leguas o sea unas 10.000 has. El posterior proceso de reparto y distribución de la tierra fue muy activo y, pasados diez años, más de la mitad de las tierras que componían el Territorio Nacional habían sido revendidas. Estudios realizados por Guérin, Marre y Lournagaray sobre el primer reparto –mediante las leyes reseñadas- muestran que en las zonas marginales y desérticas el porcentaje de superficie descendió al 1,5% (frente al 90% en las mejores zonas). Esto indica la fuerte regionalización en torno al proceso de reparto de tierras.

A medida que nos alejamos hacia el oeste, el proceso de compra y adjudicación de lotes se limitó a la zona de influencia del río Salado o las áreas en las que se concentraban aguas de filtración formando jagüeles. En tal sentido, el interés de los suscriptores fue menor cuanto más al oeste estuvieran ubicadas las tierras. Y a su vez se prefirieron las que estaban al norte antes que las del sur. Otro criterio importante fue la presencia de ríos, ya fuera el Salado o el Colorado, a cuyos márgenes se elevaban los porcentajes de enajenación y operaciones con tierras. Claro que, y como es ampliamente conocido, estos datos por sí solos no indican que estas tierras no estuvieran ocupadas (véase capítulo 3).

También debe destacarse el peso que adquirió el arrendamiento fiscal de propiedades. Los numerosos expedientes en manos de la Gobernación de La Pampa

Central, iniciados por el Ministerio del Interior (Dirección de Tierras y Colonias) desde fines del siglo XIX, muestran los distintos mecanismos que intervenían al momento de solicitar la ocupación de la tierra. También dan cuenta -en fechas posteriores y una vez realizada la adjudicación- de los problemas o conflictos por el canon de arriendo, por el incumplimiento del contrato o por la renovación del mismo. Las tierras que no habían sido adjudicadas (mediante los primeros remates y ventas) aparecían como de libre adjudicación, pudiendo iniciarse un pedido de ocupación ante la Dirección de Tierras, Inmigración y Agricultura. El mecanismo de adjudicación de las tierras se realizaba por medio de un remate llamado de arrendamiento.

En general las tierras a arrendar tuvieron una extensión de 2.500 hectáreas, aunque se han observado casos de arriendo por una extensión de hasta 10.000 hectáreas, tal como lo demuestra el certificado de arriendo emitido por la Dirección de Tierras y Colonias a nombre de Martín Larralde, firmado el 28 de diciembre de 1897. En el contrato podía leerse: *“La dirección de Tierras y Colonias expide el presente [certificado] determinando la ubicación, límites y linderos del terreno solicitado que es fiscal y libre de otra adjudicación (...) Gobernación de La Pampa. Dentro de mensura [de la] Sección X, Fracción E, del lote número uno -1- con una superficie de 10.000.”* El monto del alquiler era variable, observándose para este caso ya citado -y quizá sea un ejemplo que pueda emplearse como patrón general para fines del siglo XIX-, un canon cercano a los m\$N 330. El pago se estipulaba en anualidades anticipadas a cuyo fin el arrendatario firmaba letras a la orden de la Dirección de Tierras, Inmigración y Agricultura de la Nación.

Una vez realizado el acuerdo entre las partes -el Estado por un lado y un particular o sociedad por el otro-, entre las obligaciones iniciales del arrendatario figuraba la mensura, la cual corría por su cuenta. Si el terreno ya estaba limitado y la mensura había sido realizada, el arrendatario debía pagar su costo. Tales obligaciones se establecían por contrato. La legislación vigente esperaba que el arrendatario realizara inversiones, las que podían consistir en capital fijo -cercamientos, aguadas, construcciones diversas-, aunque también se estipulaba la introducción de ganado. Estas eran, además, una condición vigilada por el Estado para mantener el contrato. En este sentido, en los primeros contratos de arrendamiento analizados para fines del siglo XIX

y las primeras décadas del XX, es posible entrever que el incumplimiento de las obligaciones de trabajar esas tierras podía acarrear la consecuencia de dejar sin efecto el contrato, generándose conflictos y pleitos.

Algunas de estas tierras que comenzaron a ser explotadas tras la firma de un contrato de arrendamiento, luego fueron compradas y pasaron a ser propiedad de particulares. Muchas de ellas también fueron sometidas a remate, constituyendo éste, un mecanismo central de acceso a la tierra. En tal sentido, no pocas veces los arrendatarios u ocupantes debían trasladarse a otros lotes baldíos o enfrentarse judicialmente ante quienes habían comprado las tierras.

Igualmente, como ya se apuntó, a principios del siglo XX el interés por estas tierras fue escaso. Así lo ha indicado en su descripción de las tierras y ganadería del entonces Departamento 11°, Miguel De Fougères: *“Hace muy poco tiempo que este Departamento viene poblándose; la creencia que reinaba de que no existía agua en esta sección, o al lo menos a profundidades inconmensurables hacía que los pobladores no penetraran al interior de sus campos, sino que se quedaban no muy lejos del Río Salado. Recién desde pocos meses, algunos establecimientos de importancia se están formando en el distrito B”*.

En pocos años, y en un proceso similar a lo ocurrido con la Colonia Emilio Mitre (cuya población inicial también eran mayoritariamente indígena), la mala calidad de las tierras, la forma de subdivisión (en 625 has, cuando la unidad productiva mínima para el área se calcula actualmente en 5.000 has), la falta del capital, la entrega sólo de títulos precarios y el impedimento del acceso a un recurso estratégico como el agua, condenaron al fracaso a estos emprendimientos y obligaron a los pobladores indígenas a conchabarse o abandonar la zona buscando mejores horizontes (veáse capítulo 3). Al respecto, los inspectores enviados por la Gobernación Central hacia 1920, en las conclusiones del informe sobre las capacidades de las tierras, parecían afirmar las anteriores consideraciones al plantear que *“el valor de la tierra debe estar de acuerdo con lo que ella pueda producir, y según los obstáculos naturales que el poblador tenga que vencer: pues no es igual explotar una tierra favorecida por lagos, ríos, arroyos, manantiales, etc., que una donde el agua se halla a grandes profundidades, y por lo general [es] mala”*.

Otra vía para estudiar el proceso de privatización de la tierra, aunque limitada a quienes aparecen como propietarios, es la utilización de mapas catastrales. El mapa catastral oro-hidrográfico del Territorio de La Pampa de 1911, confeccionado por Félix Córdova (ingeniero civil) y el agrimensor José Camusso, para el caso del Departamento 11°, indica la dificultad de trazar generalidades. La fracción A aparece subdividida en sus lotes 1, 12 y 13. En la fracción B la parcelación aparece en los lotes 16, 17, 18, 23 y 24. Esta partición de las parcelas para producción básicamente ganadera –ovina y caprina- es un tanto menor a la observada para la fracción C donde los lotes 3, 4, 5, 7, 13, 14, 15, 18, 23, 24 y 25 se subdividen en una cantidad importante de propiedades a razón de herencias, nuevas compras y conformación de sociedades agrarias. Significativamente en la fracción D no se observan subdivisiones, constatándose una concentración de los lotes 1, 2, 3, 8, 9 y 10 en propiedad de Antonio C. Leloir. Los lotes 11, 12, 13 y 18, continúan siendo tierras fiscales.

Asimismo el mapa catastral de 1911 muestra la presencia de tierras fiscales en su fracción A y D. Dentro de la fracción A, las tierras fiscales cubren los lotes 2, 12, 13 y 22. Significativamente en la fracción D de la sección XV, los lotes 11, 13, 18, 19, 20, 21, 22 y 23 aparecen como tierras destinadas para *Colonización Agrícola*, observándose con intermitencia la presencia de algunos propietarios en medio de una gran extensión de tierras fiscales. Tal es el caso del lote 12, cuyo propietario según el mapa catastral sería Teodoro Bary. En medio de la sección, entre las fracciones A y D, también puede apreciarse ya para 1911 una subdivisión en 43 mini-lotes que se extienden bajo la denominación de “Colonia Los Puelches”. De otro modo y respecto de la concentración de tierras los datos disponibles sólo nos permiten una aproximación a la problemática pues aparecen algunos datos en la fracción D, donde Manuel Belloni figura como propietario del lote 10; de una estancia en el lote 3 y como titular de una parte de las tierras en arriendo fiscal del lote 22 en la fracción A. No obstante los niveles de concentración de propiedad nunca se dan a una escala tal como la observada para la sección IV. En principio, los datos relevados no permiten plantear la existencia de grandes latifundios, dado que en la actualidad la unidad económica para la zona es de

2.500 has a 5.000 has (según consta en la Resolución N° 2246/1949 del Ministerio de Agricultura y Ganadería).

Los censos nacionales también dan información al respecto. Por ejemplo, el censo nacional de 1914, en la sección sobre la cantidad de explotaciones y su destino para el departamento undécimo, arroja los siguientes datos relativos a la extensión de las explotaciones agropecuarias:

Hasta 25 has.	2 explotaciones	que hacen un total de 5 has
De 26 a 50 has	1 “	“ “ “ “ “ 50 has
De 101 a 500 has	2 “	“ “ “ “ “ 750 has
De 501 a 1.000 has	28 “	“ “ “ “ “ 17.750 has
De 1.001 a 5.000 has	37 “	“ “ “ “ “ 131.785 has
De 5.001 a 10.000 has	39 “	“ “ “ “ “ 363.900 has
De 10.001 a 25.000 has	6 “	“ “ “ “ “ 101.250 has
De 25.000 y más has	1 “	“ “ “ “ “ 40.000 has

De acuerdo con estos datos, la cantidad de explotaciones existentes para 1914 en el Departamento 11° era de 116, con un total de tierras en producción de 655.490 has. En virtud de su destino principal, las explotaciones de orientación ganadera eran las siguientes:

De 101 a 500 has	1 explotación
“ 501 a 1000 has	28 explotaciones
“ 1001 a 5000 has	35 “
“ 5001 a 10000 has	32 “
“ 10001 a 25000 has	6 “
“ 25000 y más has	1 “

Desconocemos cuál puede haber sido la unidad económica necesaria para la subsistencia el período de estudio, pero en base a que la actual es cercana a 5.000 hectáreas, y atendiendo a que la cría de ovejas implicaba mayor desgaste del suelo que lo que ocurre hoy en día con la producción vacuna, creemos factible pensar que había muchos productores apenas cubriendo –o por debajo de- el nivel de subsistencia con lo producido en cada parcela.

En 1923 el mapa catastral confeccionado por Chapeaurrouge ratifica la escasa subdivisión, en parte vinculada a la marginalidad de las tierras. Numerosos propietarios poseían lotes enteros aunque no en la Colonia Los Puelches, a la que nos referimos previamente. Asimismo este mapa catastral confirma la existencia de numerosas tierras fiscales.

El factor climático incidió directamente en el destino de las explotaciones que, como indicamos, fueron exclusivamente ganaderas. Esta situación a su vez se corrobora en el Censo Agropecuario de 1937. Sobre un total de 163 explotaciones, 97.930 has estaban destinadas a pastoreo, unas 356.275 has ocupadas con monte natural y cultivado, y sólo 9 has aparecen cultivadas con cereales. A esto se agrega un total de 18.763 has de tierra consideradas inaptas para la agricultura o ganadería.

Como se ha indicado, en toda la estructura agraria pampeana predominaron los productores arrendatarios. Y en el caso del Departamento 11° (luego Curacó) a su vez se observa que tan sólo el 6,7% de los productores eran propietarios de sus tierras en 1937. El Censo Agropecuario de ese año indica la existencia de 163 explotaciones, de las cuales sólo 11 pertenecían a propietarios y otras 64 estaban en régimen de arrendamiento. De éstas, 61 pagaban su arriendo en dinero y 3 lo hacían a porcentaje en especie. Las 88 restantes, habrían tenido otra forma de pago. De este modo, el 93,3% de las tierras que estaban ocupadas se trabajaban bajo un régimen de arriendo. De las propiedades arrendadas, sólo 30 tenían contrato (y de ellas, 26 poseían un contrato entre 1 y 5 años; y 4 de más de 5 y hasta 10 años). Las otras 34 explotaciones estaban sometidas a un arrendamiento sin contrato.

Testimonios de arrendatarios

La situación de arrendamiento parecía ser moneda corriente en Puelches y sus cercanías. En numerosas entrevistas realizadas a los pobladores, frente a la pregunta del entrevistador sobre el lugar de vivienda, las respuestas parecen ser unánimes, reflejando lo generalizada que estaba la práctica del alquiler del campo. Sirven como ejemplo los fragmentos de las siguientes entrevistas:

“IO- Claro, yo estaba al lado de Pichimahuida, en el campo.

Recopilador (en adelante R)- ¿Quiénes eran los dueños del campo?

IO- El campo era de un hombre, venido de Europa hace muchos años, en la época de todos los inmigrantes y eso, como había venido (Terrón), Don Calvo, y esos, y esas épocas como a lo mejor la de tu padre. En esos años, era de un Pedro Martínez Arteaga, que era el dueño de 8 leguas. Atendíamos 4.000 lanares y ahí vivíamos. Realmente en toda la zona.”

Fuente: testimonio de Isaías Ortiz.

“R- ¿Margarita cuáles son los recuerdos que más fijó de su infancia?

MP- Qué se yo. Mi infancia pasó entre los animales que criábamos, ovejas, caballos chivas... vacas. Vivíamos ahí en Puelches pero estábamos a su vez en el 25, un lote no sé a cuantas leguas de Puelches; ahí estuvimos unos años en un campo que mi padre alquiló.”

Fuente: testimonio de Margarita Peralta.

“R: ¿Y el agua del río? Porque ustedes contaron que vivían en la costa del Salado...”

RO: Y en ese tiempo no corría el río corría con la suelta, pero igual pasaba lejos, pero hoy en día pasa ahí nomás, la casa esta toda destruida.

R: ¿Y qué hicieron con eso, lo vendieron?

RO: Ese campo era campo fiscal y cuando papá murió, eran como 600 y pico hectáreas, eso se vendió.

R: ¿Sus papás donde lo habían conseguido al campo?

RO: Se lo dio el gobierno.

R: ¿Cuándo fue, recuerda?

RO: Venía ya de los abuelos, después papá y mamá se hicieron cargo y después llegó la escritura.”

Fuente: testimonio de Ana y Rubén Oviedo.

Además de las familias indígenas y de los grandes propietarios que dejaban encargados en sus campos, otros autores han logrado localizar en el Departamento Curacó un grupo de pobladores criollos y extranjeros (franceses, rusos y españoles) que

se afincaron con un capital modesto y la mayoría de las veces sin tener título de propiedad de la tierra (como ya indicamos). La ausencia real de propietarios en sus campos, también retrasó la organización de las autoridades políticas. En tal sentido, la presencia de pobladores sin títulos, junto a una variedad de extensiones y modalidades de explotación, lotes baldíos y acuerdos verbales, dificulta cualquier análisis lineal en el tema y pone en primer plano lo complejo de los asentamientos poblacionales en la zona del oeste de la provincia.

La ganadería

La actividad productiva predominante en la Pampa hacia fines del siglo XIX era la ganadería. Hacia 1890 recién se produjo una expansión del ganado ovino en el Territorio. Los datos brindados por el Segundo Censo Nacional de 1895 sugieren que la participación de los lanares en el total de las Unidades Ganaderas Mayores (UGM) era del 54%. No obstante, el oeste pampeano experimentaría en forma tardía este proceso. Los departamentos 7° al 15° presentaban, a diferencia del este pampeano, un 41% de UGM vacunas y un 37% de ovinos. Y esto era aún más notorio para el entonces 11° Departamento, con apenas un 12% de ganado ovino. Predominaba entonces el ganado bovino con el 57% de las UGM.

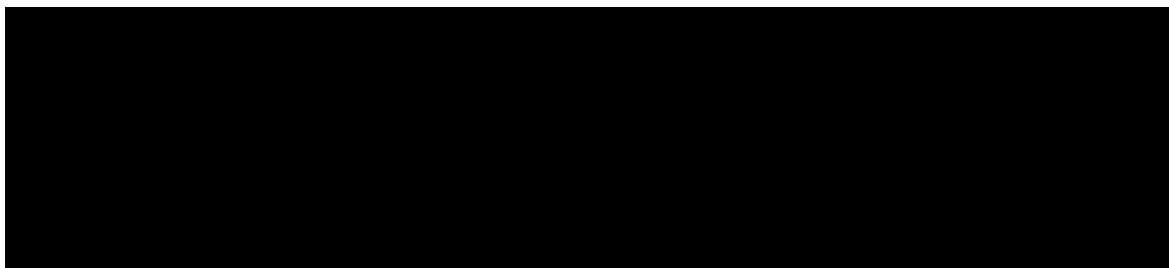
¿Qué son las UGM?

En el análisis de la evolución de la ganadería se utiliza la metodología empleada por Cortes Conde (1979: 144) en la cual se especifica que para hallar la relación de ganado por hectárea, es necesario establecer primero las equivalencias entre los diferentes tipos de ganado siguiendo los cálculos del Censo General de la Provincia de Buenos Aires de 1881. En esta oportunidad se tomó como Unidad Ganadera Mayor al ganado vacuno y se establecieron las siguientes equivalencias: 1 vacuno = 8 ovinos; 10 vacunos = 8 caballos.

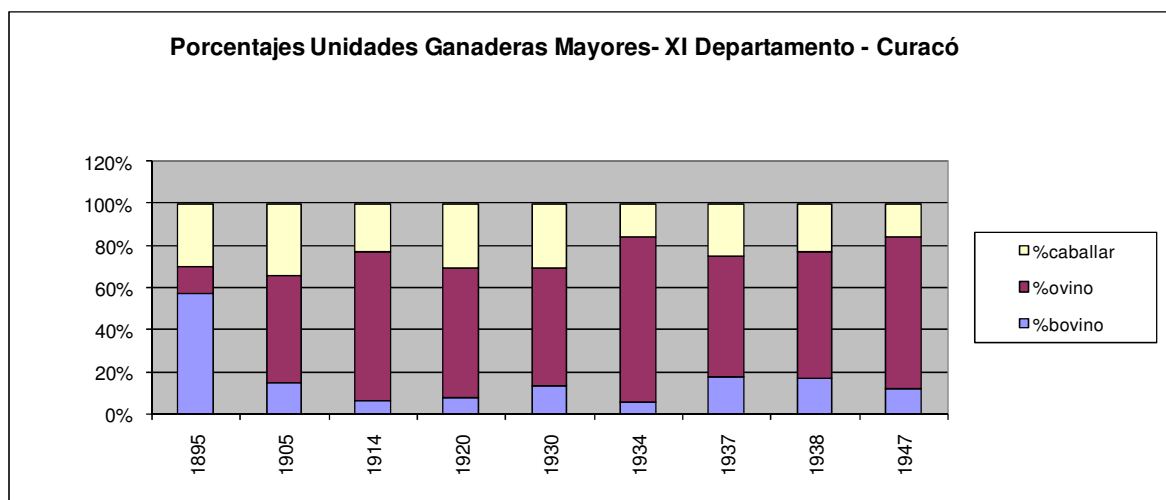
A inicios del siglo XX se produce un claro proceso de cambio. A partir de esos años y en coincidencia con la expansión agrícola y el mejoramiento del ganado vacuno en el este del Territorio, el lanar comenzó a reducir su importancia en los mejores

campos y a trasladarse a las tierras marginales del oeste. Como consecuencia se produjo un desplazamiento del ganado ovino hacia las tierras del oeste. De este modo estas tierras se constituyeron en las mayores exportadoras de lana del Territorio. Ya en 1905, de acuerdo a los datos brindados por De Fougères, los ovinos eran predominantes. Para 1914, los lanares representaban un 42% de las UGM del oeste. Su dominio se amplió en los años siguientes, alcanzando el 71%. Hasta 1947 la importancia del ovino no descendió nunca. Otro análisis que aporta rasgos claramente diferenciales es el de los datos del ganado cabrío. Así, los departamentos 7° al 15° concentraron el 90% del total, situación indicativa de una economía adaptada a mercados locales y regionales y con menor impacto en la estructura económica de la zona.

Foto N° 5.1: Trabajadores de Puelches rumbo a una esquila alrededor de 1965 (gentileza María Patiño).



Elaboración Propia. Fuentes al final del libro.



Fuente: Elaboración Propia. Fuentes al final del libro.

En cuanto a la agricultura, como se mencionó, prácticamente no existía, salvo para la subsistencia. De hecho en el registro censal de 1914 sólo se registró una explotación de alfalfa para corte, en el rubro de explotaciones de hasta 25 hectáreas. Y sólo se registraron entonces dos administradores de explotaciones agrícolas, uno argentino y el otro español, ambos arrendatarios. La extensión cultivada con cereales en el Departamento en 1914 era de tan sólo 10 hectáreas -8 de las cuales producían maíz, 1 avena y otra cebada- y de 8 para la producción de legumbres y hortalizas –básicamente papas, porotos y otras verduras y legumbres-. No se registra la existencia de producción de trigo, centeno, alpiste y arroz, ni tampoco la existencia de plantas industriales. La inexistencia de agricultura en el Departamento continúa hasta la actualidad, de acuerdo a datos del 2005, explicándose por el total predominio del monte natural en su suelo (1.127.989 sobre un total de 1.176.370 hectáreas de extensión).

Esquila y comercialización

“R- [Estaban] en el lote 19. ¿Y después dónde se fueron a vivir?

IO- Nosotros después, mi padre alquila el campo a Don Enrique Tomás, lote 16, y nos trasladamos del 19 al 16. Allí estuvimos como 3 años en el 16. Después empezaron a venir los años malos, esa sequía que después obligó a levantar campamento de ahí. Como quien dice o sea, salir con los animales ahí de vuelta para atrás, a colocarlos una parte ahí en el [lote] 25 que estaba Pilar Durán, de esa época, criollo, que estaba en todas las reuniones con nosotros, ¿te acordás? Y bueno, y ese tiempo quedó unos años sólo el campo por la sequía que había, la sección 20 estaba malo, así que nos volvemos para atrás, así que... Y el año '69 nosotros fue que pasamos al campo, al lote 16. Y ahí estuvimos toda la familia. Todavía en esos años las familias vivían todas en el campo.

R- Todas en el campo. ¿Y a qué se dedicaban ahí, los varones, qué actividades hacían?

IO- Y mirá, era una dedicación totalmente a la hacienda lanar. Porque vacuno no había casi, todo, todo era lanar.

R- Lanar.

IO- Lanar.

R- ¿Y con la lana qué hacían? ¿Esquilaban también ahí?

IO- Sí, se esquilaba, la lana se comercializaba casi directamente aquí a la casa de Tomás hermanos, como todo. Ellos al tener negocio de ramos generales y frutos del país, como aparecieron los almanaques y todo, acopiadores, ellos fueron, lo que fuese todo venía acá”.

Fuente: testimonio de Isaías Ortiz.

Desde 1914, año en que se detecta la preponderancia del lanar en el Departamento –y en la zona del oeste-, se registran una serie de variaciones. Por ejemplo, en 1937 y 1938 el lanar descendió su participación en las UGM a menos del 60%, registrándose un incremento de los bovinos. Más allá de cambios de estrategias productivas, a largo plazo fueron la crisis climática y el corte de los ríos los factores que terminaron por alterar a partir de fines de los años 40 la actividad económica del Departamento Curacó.

La crisis y después...

A inicios de la década del ‘30 se conjugaron tres años de sequía extrema. Esos años críticos tuvieron diversas consecuencias. Mientras en el este de La Pampa se profundizó la tendencia a la diversificación agrícola y al aumento de la actividad ganadera, el Departamento Curacó se vio seriamente afectado por la sequía.

En los años 1930, asistimos a lo que podríamos denominar una precarización generalizada de las condiciones de vida de los pobladores del Territorio. El estado de las haciendas empeoró, producto de la irregularidad en las lluvias y de un tiempo prolongado de sequías. En tal sentido, las contingencias climáticas acentuaron la crisis económica. Tras la sequía del invierno en 1936, la región de Puelches fue azotada por un temporal que provocó una enorme mortandad de hacienda. Estas situaciones naturales repercutieron en la esquila y en una de las principales actividades productivas de la región: la cría del ganado ovino. Mientras que en los tiempos de sequía fue necesario desarrollar estrategias adaptativas en busca de agua para el ganado ovino, las excesivas precipitaciones conllevaron también sus consecuencias negativas. Ambas

realidades desencadenaron una pérdida constante de animales en la zona durante los años 30.

Las condiciones en las que se encontraban los pobladores del oeste eran tales que el día 2 de mayo de 1936, un artículo aparecido en el diario *La Arena* narraba la crisis ganadera culminando el relato con la frase: “*los hacendados no tienen caballos en que recorrer sus campos*”. El año 1937 fue otro momento de sequía. Como consecuencia del mal estado de las haciendas, las esquilas estaban atrasadas. Ello se combinó hacia el mes de noviembre con una disminución de los precios de la lana y una paralización del mercado que repercutió directamente en los productores ovinos. La desvalorización de los frutos, sumada a los malos años, la pérdida de hacienda y las precarias condiciones en las que se encontraban los pobladores de los campos fiscales, ilustran y permiten comprender el frágil estado de los productores de la región en los ‘30.

Como se indicó, la situación de crisis se mantuvo durante toda la década, con un descenso de la cantidad de animales. Luego se produciría una recuperación, a tono con lo sucedido a nivel territorial, donde en 1947 se registró una cantidad de 6,17 millones de animales, acercándose al pico máximo alcanzado en 1906 con 7,25 millones. También por entonces el Departamento Curacó llegó a la cantidad máxima de animales registrada en los censos –que no siempre reflejan adecuadamente los datos- con un total de 185.660, y una ocupación de ganado por hectárea de 0,11.

Pero esta situación no implicó una real mejora. La marginalidad de sus tierras, las sequías, la interrupción en el escurrimiento de los ríos debido al uso intensivo aguas arriba de la cuenca, fueron provocando (como se verá en el capítulo 10) un deterioro en las formas de aprovechamiento del suelo y un creciente aumento en las condiciones de aridez. Como ha indicado María Regina Covas, estos factores profundizaron el aislamiento, el despoblamiento y el empobrecimiento de la zona. El Departamento Curacó, ocupa en la actualidad (de acuerdo a datos de 2005) uno de los últimos lugares en cantidad de existencias bovinas por Departamento de la Pampa, con sólo 66.610 animales (junto a los Departamentos Puelén, Limay Mahuida y Chicalcó). En cuanto al ganado ovino, es el Departamento que menos contribuye al total provincial con 1.303 animales. Esto implica que su participación en el total de ovinos es de 0,5%, es decir,

lejos del 6,4% que alcanzó en 1914 y el 4% en 1947, lo que muestra la marginalización aún mayor de esta zona con el paso del tiempo.

Foto N° 5.2: Pobladores de Puelches en una esquila (gentileza María Patiño).

Otro elemento que explica con claridad este descenso a lo largo del siglo XX es la reorientación nuevamente hacia la actividad ganadera, repoblándose con ganado vacuno como a inicios del siglo XX y a fines del XIX. En este caso, la participación del Departamento Curacó en el total de existencia bovina de la Pampa en el 2005 era del 2%, mientras que estos porcentajes eran todavía más marginales en la primera mitad del siglo XX (0,3 en 1914 y 0,2% en 1947). La producción caprina nunca alcanzó en este Departamento la importancia que en Puelén, por ejemplo, pero ocupa un lugar importante ya que les permite a los productores obtener ingresos para la economía de subsistencia y complementar la dieta alimenticia. La participación de Curacó en el total Provincial en el 2005 era de sólo el 8%.

Cambios en la ganadería

“R-¿Con respecto a animales? Como dijo el ganado vacuno...

JG- Claro, a partir del año 60 y pico, de la década del '60 al '70 ahí se cambió el ganado, desapareció el lanar y surgió el vacuno, que no había anteriormente. El cabrío sí, ese siempre estuvo, en mayor cantidad, o en menor, pero siempre estuvo, siempre era el medio de vida de la gente de acá, gente pobre, o humilde, y ha seguido existiendo y sigue nomás existiendo.”

Fuente: testimonio de Julio Gerez.

Durante los años 1985 y 1986 funcionó una feria en la que llegaron a realizarse remates con 900 a 1.100 cabezas de ganado. Sin embargo, a partir de la sequía de 1987 la producción comenzó a disminuir y esa feria pronto desapareció. Aún en 1992 las autoridades de Puelches resaltaban la crisis ganadera ante la nula producción bovina y lanar, y el predominio de la cría familiar de caprinos.

Recientemente, y en vinculación con esta actividad, en el marco de los festejos del centenario de la Escuela N° 102, en diciembre de 2006, se inauguró el Tambo Caprino, construido en un predio de propiedad de Eduardo Shae, donde se obtienen 200 litros de leche cada 4 días, para la producción de quesos de excelente calidad. Este tambo fue construido como una unidad demostrativa de producción en zona de secano, con aplicación y extensión de tecnología, y se enmarca en el Plan de Desarrollo Rural del Oeste, específicamente en el Programa de Desarrollo Sustentable de la Actividad Caprina. Participaron en el proyecto en forma conjunta el Gobierno provincial a través del Ministerio de la Producción, la Municipalidad de Puelches, la Universidad Nacional de La Pampa, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Programa Social Agropecuario.

Foto N° 5.3: Imagen de quesos producidos en el Tambo Caprino.

En resumen, a partir de los '60, el Oeste pampeano, donde se inserta el Departamento Curacó, se organizó en general sobre la base de una economía familiar de subsistencia. En esta zona, más allá de la existencia puntual de establecimientos productivos experimentales como el tambo mencionado, predomina hasta la actualidad la dicha organización productiva, con tareas no calificadas, basada en la cría de ganado caprino.

Capítulo 6: Minería en la comarca puelchina

Raúl O. Hernández

Pocas son las poblaciones de La Pampa que pueden citar en forma previa a su fundación, una actividad tan particular como la minería. En el caso de Puelches, mucho antes de la creación de la colonia pastoril, la actividad minera ya detentaba un lugar destacado a partir de la explotación de yacimientos cupríferos situados al sureste del actual emplazamiento del poblado.

Posteriormente, el aprovechamiento de salinas y de yacimientos de yeso permitieron instalar un perfil minero para el pueblo y la comarca que lo rodea, enclavados en el sector terminal de la cuenca del río Desaguadero-Salado-Chadileuvú-Curacó.

El cobre como actividad pionera

Desde fines del siglo XIX hasta 1915 aproximadamente, estuvo en producción un yacimiento de cobre de origen hidrotermal, localizado en inmediaciones de Puelches y designado “Minerales de La Pampa”. El mismo fue descubierto en el siglo XVIII por los sacerdotes misioneros que cruzaban suelo pampeano en su marcha desde Paraguay hacia Valdivia (Chile), ocasión en que transitaban por las inmediaciones de las sierras de Lihué Calel. Tales noticias fueron recogidas por Tomás Bovadilla, chileno proscrito, quien luego de muchos cateos logró hallar el sitio en el que existía el anhelado filón. Se asoció con otro chileno, Juan de Dios Sepúlveda, y así en 1887 comenzaron a extraer mineral de cobre del primer yacimiento al que llamaron “Elvira”.

Dicho mineral se extraía de pozos denominados “piques” que, en algún caso, llegaban a más de 60 metros; en otros se trataba de “chiflones”, es decir galerías inclinadas. Los mineros encendían las mechas de los barrenos cargados con dinamita para romper las rocas, mientras que los apires –peones especializados- se ocupaban de extraer los fragmentos de roca en una bolsa de cuero colocada en la espalda. Es de imaginar lo precaria que era la seguridad en el trabajo de los mineros, por lo que los accidentes eran bastante frecuentes (ver recuadro).

Una gimnasia penosa

“La posición incómoda de los mineros que tienen que estar gran parte del tiempo agachados y haciendo barrenos, ya abajo, de frente y muchas veces arriba, les acarrea dolores de cintura que ellos también curan, ó mejor creen curar, tendiéndose en el suelo de barriga, y haciéndose pisar la cintura por una niña que se llame Juanita (...) El apir tiene á su vez sus molestias y la principal es un fuerte dolor que sufren en los músculos del muslo, sobre todo en el derecho anterior ó triceps, causado por el ejercicio penoso de subir cargados por los chiflones, los que como no son bien arreglados, les obligan a hacer una gimnasia penosa, teniendo que agarrarse con manos y pies á sus paredes escabrosas. Una vez llegados afuera se agachan, bajando la cabeza y por este movimiento vuelcan el contenido de sus sacos de cuero, sin desprenderlos de las correas que los sujetan á la espalda por debajo de los brazos”

Fuente: J. B. Ambrosetti, *Viaje a la Pampa Central*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo XIV, Imprenta M. Biedma, Buenos Aires, 1893, p.57.

En 1893 existían 18 frentes de trabajo entre minas y calicatas (sondeos exploratorios) denominadas con nombres muy variados, por ejemplo “Descubridora”, “Flor de la Pampa”, “Estrella Solitaria”, “Dos Chilenos”, “Fraternidad Americana”, “Arturo Prat”, etc. La producción era enviada inicialmente en carros tirados por caballos hasta la estación Hucal; allí se la cargaba en el ferrocarril que la llevaba a Bahía Blanca y finalmente a Inglaterra, lugar donde se realizaba el proceso de extracción y purificación de los metales.

Con posterioridad se habilitó otra ruta de transporte que, partiendo desde el campamento minero transitaba por una picada construida por los propietarios de las minas (la “picada de Sepúlveda”), que llegaba a la estación ferroviaria Pichi Mahuida situada a la vera del río Colorado; y luego la producción seguía viaje rumbo a Bahía Blanca e Inglaterra.

La explotación se mantuvo aunque soportando diversos avatares sobre todo de tipo económico. La incorporación de nuevos socios, el interés de capitales ingleses en

fortalecer el emprendimiento y la llegada de mineros españoles, fueron situaciones que mantuvieron la explotación con altibajos hasta 1913 aproximadamente.

Pero la baja de los precios internacionales del cobre, el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial y un posible agotamiento de los filones que se explotaban, obraron como freno y se detuvo el trabajo en los piques y chiflones. Poco a poco los mineros y sus familias comenzaron a irse, y la soledad y el abandono comenzaron a ganar la zona otrora muy activa.

Posteriores estudios que realizaron organismos del Estado Nacional en 1953, prospecciones emprendidas por empresas nacionales y extranjeras, y otros análisis realizados en la zona, no han dado una respuesta precisa sobre el estado del yacimiento. En la actualidad, las concesiones se encuentran vacantes.

Es preciso hacer notar que, en relación a la existencia del manto cuprífero, se solicitaron permisos de cateos de oro y plata en el área de las sierras de Lihué Calel y sus alrededores, ante la presunción de hallar algún filón asociado al mineral de cobre aunque no se conoce que hayan tenido éxito aquellos sueños de la quimera del oro. La primera autorización fue solicitada en 1888.

Foto N° 6.1: Mina abandonada en una zona aledaña a Puelches.

Hoy sólo quedan vestigios de las construcciones en las que vivían los esforzados pobladores, galerías derrumbadas y chiflones habitados por jotes que han instalado sus nidos en los pequeños huecos de las paredes.

La extracción de yeso

La instalación en General Acha de una industria productora de paneles de yeso para construcción de viviendas, estuvo relacionada directamente con la existencia de un gran yacimiento de yeso (sulfato de calcio) pulverulento en inmediaciones de Puelches. La perspectiva de su explotación fue vislumbrada por Carlos y Hugo Lara, pobladores de Puelches desde principios de la década de 1950, que proyectaban su extracción basándose en un sistema cooperativo. La prospección se demoró por diversos motivos, pero una vez finalizada reveló la gran magnitud de los yacimientos, y pese a las

expectativas previas de los Lara, fueron empresas privadas las que comenzaron su explotación. Así fue que la empresa Durlock S.A. tomó la concesión de 10.000 has en 1974 con vistas a situar el área extractiva, que quedó localizada a la vera de las rutas 107 y 152; esto permitió una fácil salida de los camiones cargados con yeso destinados al área de industrialización.

Por un largo tiempo fue parte del paisaje la gran nube de polvo que se desprendía del yeso al ser extraído y cargado, pero debido a que la calidad del material que se sacaba no cubría las expectativas de la empresa por la presencia de muchas impurezas, se decidió desafectar la concesión parcialmente en el año 2003 (3.244 has) y en 2007 (1.250 has), destinando esa superficie a un tambo caprino en zona de secano, actualmente en explotación.

Otro yacimiento que estuvo en producción fue “La Fragata”, cantera de yeso que fue operada por la firma Cholino Hnos –que tiene una intensa actividad minera en el área de 25 de Mayo- y abastecía a Durlock S.A., pero paulatinamente fue dejada de lado en la medida que, al profundizarse las excavaciones, la calidad del yeso desmejoró por la presencia de materiales arcillosos.

La producción de cloruro de sodio

La explotación salinera se centra fundamentalmente en el yacimiento “San Máximo” ubicado a unos 35 kilómetros al sur de Puelches. La superficie del cuerpo salino es de unos 34 km² y dentro de sus contenidos se hallan cloruros de sodio y magnesio, y sulfato de sodio; los que se reparten en una secuencia de sales y capas de fango. Es un cuerpo grande con algunos “ojos de agua” y una costra permanente de un grosor que alcanza los 2,90 metros. La cosecha o recolección se efectúa anualmente.

Foto N° 6.2: Salina, área de extracción.

Los titulares de concesiones son: Luis Arévalo, Carlos Kairuz, Maxal S.R.L., C.I.B.A.S.A. y Canteras Toay Sur. En el caso de la firma Compañía Introdutora de Buenos Aires S.A., el mineral extraído es trasladado a la planta procesadora que posee en Macachín debido a la degradación sufrida por el yacimiento de Salinas Grandes.

Algunos valores indicativos de producción de esta minera indican que la cosecha oscila alrededor de unas 25.000 toneladas anuales.

Por otra parte es de destacar que otra empresa, Transportes Arévalo SRL, embolsa y transporta sal hacia el norte del país y la provincia de Buenos Aires. El envasado se hace en la localidad de Puelches y representa una interesante fuente de trabajo para una decena de personas; allí se arman bolsas de 50 y 25 kg de sal con destino al uso industrial, no comestible.

Foto N° 6.3: Envasado de bolsas de sal, planta de Puelches.

Arena y canto rodado

Si bien los yacimientos no se encuentran muy próximos a Puelches, los grandes mantos de canto rodado como de arenas apropiadas para la construcción representan una importante actividad extractiva.

Merece citarse el caso de la laguna Urre Lauquen, en la que se encuentra una cantera de arena originada por el acarreo de material sedimentario y por la meteorización de rocas por parte de las aguas del río Salado.

En el caso del canto rodado es frecuente su utilización debido a la gran disponibilidad de materiales, lo que hace que se abran canteras en inmediaciones de rutas o caminos donde son utilizados en la base o como parte de los distintos tipos de mezclas que se realizan para pavimentos.

Un cierto aroma a petróleo

El sector sudoeste de nuestra provincia se halla comprendido en la gran cuenca petrolífera denominada “Neuquina”, precisamente en el noreste de la misma. De allí que ya en inmediaciones de 25 de Mayo, Gobernador Ayala, Casa de Piedra y Puelén, se encuentren áreas en producción.

Teniendo en cuenta la presunción de la existencia de nuevas áreas productoras, el gobierno provincial ha implementado un plan de licitaciones con el fin de explorar nuevas áreas dentro de las cuales se halla la Zona de Curacó, localizada al sur de Puelches. En este caso, el bloque exploratorio podría corresponderse con una pequeña

porción oriental de la Cuenca Neuquina delimitada por la Provincia Geológica San Rafaelino – Pampera, aunque cabe preguntarse qué resultados podrían surgir de estas prospecciones.

Una de cal y una de arena...

Por las características morfológicas y geológicas regionales, Puelches y sus áreas aledañas ofrecen diferentes minerales y rocas de aplicación que, en líneas generales, brindan buenas alternativas económicas.

Lamentablemente, distintos factores tales como precio de mercados, distancia a los centros de consumo, descenso de calidad, etc., han motivado la desafectación de algunos yacimientos. Queda la esperanza de que en un futuro próximo la existencia de nuevas tecnologías, requerimientos productivos o impulsos políticos y económicos tanto del sector público como del privado, reactiven o pongan en producción nuevas áreas productivas en beneficio de Puelches y su comunidad.

Capítulo 7: Pescadores en el desierto

Carlos Kuz

En una provincia con relativa escasez de agua como La Pampa, la pesca resulta una actividad excepcional. Su historia, breve en el tiempo, se concentró en torno a Puelches y al complejo lacustre Urre Lauquen. En esta región no sólo escasean los cursos de agua dulce sino también la lluvia: los registros acerca de la recurrente sequía en Puelches se remontan a, por lo menos, 1918. Ese año, como tantas veces, la amenaza de agotamiento del agua potable que ha aquejado históricamente a la localidad, retrocedió con las lluvias.

La sequía persistente afectó a Puelches a lo largo de las dos décadas siguientes. A fines de los años '30 su intensidad fue numerosas veces registrada; entre 1937 y 1938 se extendió durante meses enteros. Entre enero y junio de 1939 sólo cayeron 15 milímetros de agua; durante ese año numerosos pobladores abandonaron la región.

El interés de las autoridades del Territorio por la capacidad productiva existente y potencial se expresó, en 1920, en el Informe de los Inspectores de Tierras. Al igual que para otras regiones, en el Departamento Curacó se registró la cantidad de ovejas que se criaban por leguas, la capacidad ganadera de los campos de pastoreo y la profundidad de las aguas en las fracciones y lotes. En sus conclusiones se menciona un “Proyecto general de regularización de las aguas del Salado y Atuel” - del que se hablará más en detalle en el capítulo 10- que en el mes de septiembre del mismo año se elevó al director de Tierras y Colonias del Territorio.

El proyecto de embalse del río Salado en Curacó proponía dotar a La Pampa de un puerto de ultramar y aprovechar el potencial de las aguas del río en la irrigación de tierras ganadas para la agricultura (10.000 hectáreas en el caso de Puelches). La navegación del Salado impulsaría además el desarrollo industrial vinculado a lanas y cueros ovinos, y a la exportación de productos locales y de las provincias de Cuyo. A pesar de las posibilidades que el embalse y la canalización parecían ofrecer, la actividad pesquera no se menciona como una de ellas en el documento.

Es difícil precisar cronológicamente el momento en que se comenzó a pescar en las lagunas; la pesca como actividad con cierta regularidad para los pobladores de Puelches existió, probablemente, desde los primeros momentos del poblamiento. Antes de los comienzos de la pesca comercial como una actividad de mayor escala y a nivel “empresarial”, en los años ’40, los pobladores de la zona complementaron sus actividades productivas habituales con la captura de peces en las lagunas o en el río Chadileuvú. El pescado obtenido se destinaba, en esos momentos, al consumo local.

Al iniciarse la década, en 1941, Puelches fue visitada por viajeros aficionados a la pesca deportiva que venían de General Acha y Santa Rosa. La especie más abundante, incluso en la actualidad, cuando la actividad ha dejado de tener significación económica, es el pejerrey. Las noticias de aquel entonces hablan de “abundantes piezas” de esa especie y también de trucha y carpa.

Desde sus comienzos, Puelches sufrió prolongadas sequías que afectaron muchas veces el cauce del río. Sin embargo, una crecida en el año 1943 es recordada por su magnitud y su duración. Luego de este acontecimiento se registró el comienzo de la actividad pesquera en las lagunas que rodean a la localidad. La Dulce ya es mencionada por su nombre por el agrimensor que subdividió la Colonia Los Puelches en el año 1900. Esta laguna fue más apta para la actividad pesquera, pues estaba rodeada de barrancas, era menos profunda y con menos oleaje que La Amarga. Esta última no sólo fue siempre considerada como más peligrosa por su profundidad y su oleaje; sino que además la alta concentración de sal fue un impedimento para la abundancia de peces.

Los comienzos

“allá por el año ’43, vino una creciente que se mantuvo por cuatro años, cinco años, continuó la creciente, y era grande... Y bueno, entonces se llenaron las lagunas, La Amarga es una, La Dulce y la Urre Lauquen. Se llenaron de agua por bastante tiempo (...) así que hubo mucho pescado que se explotó, alguno que ve las cosas un poquito más allá, se aventuró, compró un camión, lanchas, redes, lo demás y comenzó a explotar la pesca. En ese tiempo había trucha que actualmente no existe. Primero

porque no hay agua, segundo porque, aunque haya agua, tampoco no viene la trucha, no sé si desapareció del todo o no”

Fuente: testimonio de Julio Ramón Gerez.

El historiador Miguel Guérin habla, en su trabajo “Pesca comercial en el departamento Curacó entre 1940 y 1950”, de pescadores que contando sólo con un bote y algunos espineles para la captura, destinaban una parte del pescado obtenido, que excedía el consumo familiar, a la comercialización local.

Entre 1944 y 1945 se inició la pesca comercial; las especies destinadas a la comercialización eran las mismas que buscaban los pescadores deportivos: perca, trucha y pejerrey. La producción obtenida abasteció, en primer lugar, al mercado de Santa Rosa.

Pejerrey se vende

“Pejerrey de Cura-Có pescado en el día. Reparto a domicilio, por teléfono o al puesto municipal de García y Pesce. Se necesitan muchachos para repartir en canastas. Dirigirse a frutería Las Delicias de Manuel Millán, esquina C. Gil e H. Irigoyen.”

Fuente: Diario *La Arena*, 19-09-44

En el trabajo antes citado, Guérin señala que la activación de la red caminera - rutas nacionales 35 y 152- contribuyó al desarrollo de la explotación pesquera, tanto comercial como deportiva, en Puelches. Esos caminos unen la localidad y el Departamento Curacó con Córdoba, Bahía Blanca y Santa Rosa. Desde la capital de la provincia, la ruta nacional N° 5 une La Pampa con Buenos Aires, cuyo mercado consumidor comenzó a recibir pescado pampeano en 1946; el producto también llegaba a la Capital Federal en tren, desde General Acha.

La producción de pescado extraído de la laguna La Dulce en los momentos de mayor auge llegó a las 45 toneladas mensuales. Tales cifras motivaron la inversión, de modo que llegaron a la región tanto capitales como mano de obra, además del trabajo que aportaron los pobladores de Puelches y zonas cercanas. De todas maneras, la información respecto de los volúmenes producidos así como de los precios y sus

variaciones es muy escasa, dado que no han quedado registros de contabilidad de la actividad.

Los empresarios que se abocaron a la pesca comercial fueron los encargados de la fase extractiva, de la conservación y el transporte del producto hasta las estaciones de ferrocarril y algunos centros de consumo como Santa Rosa; para el transporte en camiones contaban con la estación de servicios YPF de Puelches.

Foto N° 7.1: Pescadores en Laguna La Dulce. De izq. a derecha: N.N., Ubaldo Cuevas, Jorge Calvo y Lubones (de Guaminí).

La distribución a localidades más lejanas así como la comercialización quedaron en otras manos. En Puelches, el pescado llegaba a la población local a través de almacenes de ramos generales como los de Lino Godoy, la familia Tomás o Feliciano Lana.

Los permisos anuales para la pesca comercial –por los que se abonaban \$50- eran otorgados por el Ministerio de Agricultura de la Nación a través del gobierno del Territorio. Entre 1948 y 1949 hubo diez permisionarios; siete estaban autorizados a pescar tanto en la laguna La Amarga como en La Dulce, dos para hacerlo sólo en la primera y uno en la última exclusivamente. De todas maneras, la actividad pesquera se realizó principalmente en La Dulce y más espaciadamente en La Amarga, que como señalábamos anteriormente, tenía mayor oleaje y profundidad. Cabe aclarar que en ninguna de las lagunas hubo muelle.

La pesca comercial fue llevada a cabo por grupos, algunas veces familiares, y más excepcionalmente por empresarios individuales. Estos grupos e individuos eran los propietarios de los medios utilizados en la obtención del pescado así como de la conservación y el transporte. Estos empresarios no eran antiguos residentes de Puelches ni de localidades cercanas necesariamente. En cambio los empleados -pescadores y conductores de los camiones que transportaban el pescado- sí lo eran. Estos grupos de trabajo eran exclusivamente masculinos; la pesca se realizaba a lo largo del día e inclusive de noche, mientras que la selección de las piezas, el pesado y el embalaje fueron tareas diurnas. Los pescadores, en particular, residían por épocas –como sucede

en muchos otros lugares donde se desarrolla esta actividad- en viviendas más o menos precarias: “campamentos” que se instalaban a orillas de las lagunas.

Foto N° 7.2: pescadores en Laguna La Dulce, “12 de Mayo de 1948. Míguez (de Guaminí), Carlos Magallanes, Nicolás Fernández y Solferino (sic) Calderón (nieto del cacique Ñ. Calderón)”.

Aunque la cantidad de grupos dedicados a la pesca y la cantidad de miembros en cada uno fue variando durante el período -hasta 1948 en que la pesca comercial comenzó a decaer- trabajaron en la actividad alrededor de ochenta personas.

Los instrumentos usados en la pesca comercial eran: redes para tender o para arrastre que elaboraban y reparaban los mismos pescadores con distintos tipos de hilo; con las redes de arrastre podían hacerse dos o tres redadas diarias. También se utilizaron espineles y butrones. El espinel consiste en un aparejo, puede ser un canasto, en el cual se pueden colocar una gran cantidad de anzuelos y se usaba en épocas de veda, colocando varios juntos. El butrón consiste en un cilindro de alambre tejido que se ensambla sobre aros de hierro y lleva un extremo cerrado y en el otro un cono –por el cual entran los peces- con el vértice inserto en el cilindro. La navegación en las lagunas se hacía con botes a remo o lanchas, que eran botes con motor.

Foto N° 7.3: Pescadores con sus redes, Laguna La Dulce.

El transporte del pescado se hacía en cajones provistos por las firmas que lo comercializaban. El hielo que se usaba para conservarlo era abastecido por la fábrica de Gerónimo Roulier ubicada en General Acha. Hasta el momento del transporte, el pescado se mantenía en “conservadoras” que eran unas construcciones hechas de cemento en las que se colocaban barras de hielo y se cubrían con ramas. Las “conservadoras” estaban ubicadas en Puelches y el pescado que se depositaba allí permanecía un máximo de tres días hasta su salida a los centros de comercialización y consumo.

Foto N° 7.4: N. Fernández y Carlos Magallanes en un camión Ford 1946, para transporte de peces desde la Laguna La Dulce.

Si la pesca existía en Puelches, como actividad productiva de pequeña escala, desde los inicios del poblamiento, podemos inferir que el pescado se introdujo como un cambio en los hábitos alimenticios de sus habitantes. Algunos pobladores cuentan que, a la dieta tradicional centrada en el consumo de carne de chivo y cordero se agregó como alternativa el “pescado frito” principalmente.

El debilitamiento de la actividad pesquera fue provocado por la progresiva salinización de las aguas de las lagunas. Esto fue provocado por los aportes de agua cada vez más escasos del río Chadileuvú (ver capítulo 10). Ya en 1947, según testimonios rescatados por Miguel Guérin en la obra antes citada, el comisionado municipal de Santa Rosa supo, de boca de los pescadores cuando visitaba la laguna La Dulce, que la pesca podía terminarse. La explicación de los trabajadores fue que las lluvias arrastraban la sal de los salitrales hacia las lagunas y que eso, sumado al escaso cauce del río, estaba provocando gran mortandad de peces y comenzaba a dificultar la reproducción de las especies que se venían capturando.

La disminución progresiva del caudal de aguas del Salado y la salinidad de los suelos se incrementaron con la inauguración, en 1948, del Dique El Nihuil, en la provincia de Mendoza. Esta situación ya era advertida unos años antes en La Pampa y denunciada por el periodismo. En el año 1949, al recorrer la zona de Puelches, el gobernador del Territorio encontró la laguna La Dulce sin agua. Para ese momento, los empresarios pesqueros comenzaron a rescindir sus permisos de pesca. Un año después, en 1950, la pesca comercial se paralizó.

En el diario *La Arena* del 18 de enero de 1960 apareció una nota titulada “Se ha dejado perder en La Pampa una importante industria pesquera”, en la que se criticaba la falta de iniciativa del gobierno para estimular la producción de alimentos alternativos a la carne vacuna apuntando específicamente al abandono de la actividad pesquera. En la nota se señalaba la capacidad productiva que habían tenido las lagunas La Dulce y La Amarga y, en particular, la primera. Hasta diez años antes de esa fecha –consigna el artículo- se extraían “peces con redes” y la producción había alcanzado entre 1947 y 1948, las 300 toneladas. Esos números constaban en los despachos del Ferrocarril en General Acha. Según el columnista, la calidad del producto había sido evaluada por el

sensible termómetro que representaban los restaurantes de categoría de Buenos Aires, en los que se ofrecía “pejerrey o trucha de Cura-Có”.

Foto N° 7.5: Pescadores en Laguna La Dulce

En el texto también se afirmaba que *“El Nihuil puso una barrera infranqueable a la corriente de agua que hacía la vida más llevadera y más humana en el extenso sur y noroeste pampeano”*. Y termina aludiendo a la iniciativa de un antiguo poblador de esa zona que intentaba en la época convencer a las autoridades de la provincia acerca de las ventajas que aportaría una canalización del río Salado. De acuerdo con esta propuesta, *“sencilla y de poco costo”* el cauce del río podría derivarse a la laguna La Dulce para mantenerla con agua suficiente y, de ese modo, repoblarla con las especies de valor comercial que se extraían una década antes.

Hace algunos años, pobladores de Puelches recordaron que desde fines de la década del '70 hasta mediados de los '80, hubo un segundo momento de actividad pesquera en las lagunas, sobre todo en La Dulce. Ese período es referido como “el renacimiento del río Chadileuvú”. Según estos testimonios, esta vez el pescado se trasladaba en cajones con barras de hielo hasta General Acha y desde allí a Buenos Aires en tren.

Para la captura se usaron, nuevamente, redes de 150 y 200 metros de longitud y 32 centímetros de malla para atrapar sólo a los peces más grandes, de 500 a 700 gramos de peso. De acuerdo con algunos relatos, en aquellos años la iniciativa empresaria fue de gente que vino desde la localidad rionegrina de Cinco Saltos.

Hoy en día, la pesca en las lagunas ha vuelto a desaparecer. Los cambios en el curso del río obligaron a una nueva ocupación del espacio y Puelches fue relocalizado. Los recuerdos en torno a la breve actividad pesquera confluyen en una memoria colectiva que reivindica la presencia del agua como esencia de la vida. Tal como expresa la autora María Elba Ceja en su poema “Sol y Luna de Pampa”: *“Si un día llora el río, viejo Salado, revivirán los montes y tu pasado”*.

Capítulo 8: La actividad artesanal: tramas, urdimbres y trenzas

Carlos Kuz

Para algunos pobladores de Puelches, el trabajo artesanal “siempre existió” en la localidad. La recuperación y transmisión de estilos y técnicas “tradicionales” –diseños, instrumentos, materias primas y procedimientos- que refieren al pasado, se materializan en obras que se producen hasta la actualidad. La dedicación al trabajo artesanal se vincula en la memoria local a un universo de relaciones definidas por la familia, la vecindad y la amistad. Y es en el ámbito familiar donde se realizan las tareas de obtención de materia prima y transformación, a través de una serie de actividades que los niños y niñas van observando para adquirir las técnicas de elaboración.

En términos generales, aunque no hay una marcada división del trabajo, es la mujer quien suele realizar los tejidos (aunque a veces los hombres participan de los trabajos de hilado y tejido) y las cáscaras de huevos de avestruz decoradas; mientras que el hombre trabaja en cuero, madera, metales y huesos. En Puelches la producción artesanal se caracteriza por la producción en textiles y de sogas en cuero.

Según testimonios orales y bibliográficos, las artesanías en cuero fueron y siguen siendo una destreza común a muchos pobladores de la localidad; en particular la técnica de sogar el cuero para confeccionar riendas y cabezadas, bozales y cabestros. Para este trabajo se empleaba sobre todo, cuero crudo o sobado de vaca o de potro, así como pieles de vizcacha, liebre mara, chivo o avestruz. Una vez cuereado el animal, el cuero se cuelga o se estaquea, se lava y por último se soba para hacerlo resistente.

Foto 8.1. Sogas hechas de cuero (Archivo Histórico Provincial).

Con cuero de chivo se confeccionan, desde hace décadas en la localidad, rodilleras que protegen del frío; y con el cuero del lomo del caballo, tientos finos usados en distintas labores para atar y coser.

En Puelches, la producción de cueros que no se usaban localmente así como de algunas artesanías, en particular los tejidos, se vendía a comerciantes ambulantes (“mercachifles”) que pasaban por la localidad varias veces al año, o en el almacén de ramos generales Tomás Hermanos (ver capítulo 8). De acuerdo con el testimonio de algunos pobladores, hace tres o cuatro décadas, algunos “mercachifles” que llegaban a Puelches en busca de cueros venían desde provincias del Noroeste como Catamarca y desde otras provincias de la Patagonia, en particular de Río Negro.

Para las tabaqueras, yerbateras y billeteras, al igual que en otros lugares de la provincia de La Pampa, se empleaba habitualmente el cuero sobado de cogote de avestruz que se extraía en forma de bolsa. Para la confección de estas piezas se humedece el cuero, se lo rellena y estaquea. Luego es limpiado y sobado hasta conseguir una textura suave. La ornamentación es bordada con hilos de seda o algodón y recrea diseños hispanos; habitualmente se trata de ramilletes de flores de distintos colores. En la actualidad, algunos materiales, como el cuero de ñandú, ya no se consiguen con tanta facilidad y han sido sustituidos por otros.

Foto N° 8.2: Billetera de cuero de avestruz (<http://www.puelcheslapampa.com.ar>)

Tanto en el tejido como en el hilado y el bordado fue notable la creatividad de algunos pobladores que hace años o décadas dejaron Puelches para afincarse en Santa Rosa, en General Acha o en otros lugares de evocación incierta. Una de las más renombradas artesanas pampeanas, Rosa Maldonado, proviene precisamente de Puelches. Actualmente dirige un taller de tejido en telar en Santa Rosa, cuyas alumnas exponen en salas culturales, y ha ganado numerosos premios, entre ellos el “Alicia Moreau de Justo” en 1992, en reconocimiento a su tarea cultural. Ella fue la primera pampeana en recibirlo desde que este premio nacional fuera instituido en 1985.

Los tejidos continúan recreando motivos indígenas y también hispanos u otros sin filiación étnica precisa. Las manos que los producen en la actualidad amalgaman esos estilos y los tornan “locales”.

La lana de las ovejas y cabras criadas en Puelches es la principal materia prima en la producción de los tejidos. El proceso comienza con el hilado; para ello se utilizan

huso y tortera. El huso se fabrica con una vara fina, habitualmente de jarilla, de 20 a 30 cm de largo; la tortera es un disco de piedra con un orificio donde entra el huso para hacerlo girar. Con el movimiento, que puede ser hacia la derecha o hacia la izquierda, la tejedora va determinando el grosor del hilo con sus dedos, estirando más o menos la hebra. Para lograr un hilo más grueso se unen los de dos husos y vuelven a hilarse. A medida que la lana se va hilando se la limpia de pastos, abrojos y espinas. Antes del teñido, la lana se lava para quitarle la grasitud natural (“lanolina”).

Para el tejido en telar se usaban y se continúan usando el telar mapuche vertical y también el telar español de pedales. En ellos se tejen alfombras, mantas y caminos. También prendas como ponchos y fajas o piezas para el recado: matras, maletas y peleros. Algunas prendas, como los guantes, medias y bufandas, se realizan con agujas.

Foto N° 8.3: Matra hecha en telar (en <http://www.puelcheslapampa.com.ar>)

Aunque pueden utilizarse, a veces, lanas de teñido industrial o anilinas industriales para teñirlas, los colores se obtienen de tinturas naturales. Las de origen vegetal, siguiendo la tradición indígena, se extraen de hojas, tallos, raíces, cortezas, semillas, frutos, virutas, aserrín o resina. Las raíces del piquillín dan el morado, con las del olmo se obtiene un color beige y con las de la jarilla, amarillo oscuro o marrón –este color también se obtiene de la corteza del chañar-; la manzanilla o el té pampa se usan para el amarillo. Algunos colores derivan de especies vegetales no autóctonas: el lila se obtiene con el repollo morado; con el membrillo un rosado, con el ligustro tonos verdosos, con el eucalipto también beige y la cáscara de la cebolla da un matiz dorado.

De los techos y enramadas cercanos a cocinas, fogones o chimeneas se extrae hollín. Con él se logran, según la cantidad que se agregue al agua, tonalidades que van desde el amarillo azafrán al negro intenso. Se utiliza también una especie de cochinilla (“grana”), parásito de distintas plantas, para obtener color rojo.

Para el teñido, el producto que proporciona el color se hierve durante treinta y cinco a cuarenta minutos. Al enfriarse el agua se sumergen las madejas y se vuelve a calentar para que el agua con la lana hierva otros cuarenta minutos. La lana se deja en la

tinta; luego se enjuaga y se lava con jabón para que no destiña; por último se forman los ovillos.

Tradicionalmente, los telares verticales eran armados por las mismas tejedoras; en esta tarea –que demanda un día-, es fundamental montar correctamente los puntos que darán origen al motivo o dibujo de la prenda. El telar consiste en cuatro palos atados con tientos que pueden ser de cuero. Dos son los parantes o “largueros” y dos los travesaños o “quilvos” que se apoyan verticalmente contra una pared. Si el tejido es liso, los puntos se arman formando ochos y los hilos se cruzan en dos planos. Para ajustar la trama y dar forma al tejido se utiliza una madera combada de bordes redondeados, la “pala”; puesta de canto permite separar los dos planos del tejido. Con el peine –tablita de madera en la que se enrolla la lana y funciona como una aguja- se separan los hilos a través de los que pasa la trama.

Desde el año 2002 existe en Puelches un taller de artesanías organizado por iniciativa de la Municipalidad, que comenzó a funcionar en un salón de la Escuela N° 102. Se originó con la capacitación de un grupo de artesanas en técnicas de tejido, y se les proveyeron los materiales necesarios: telares, ruecas, navetas e incluso algunos animales que permitieran disponer de lana. Con el tiempo se fue agregando la producción de otras artesanías tales como cerámica y trabajos en cuero.

A fines del 2004, el Taller de Artesanas fue trasladado al edificio que se encuentra al lado de la antigua capilla. A comienzos del año siguiente ya se contaba con el interés del Mercado Artesanal de Santa Rosa (que funciona desde 1978) desde donde se organizó un curso para las artesanas con el propósito de vigorizar la producción artesanal en la localidad. El impulso adquirido por estas actividades permitió que el edificio usado como Taller fuera refaccionado en función de las necesidades de las artesanas. Para fines del año 2005 trabajaban allí seis artesanas organizadas en turnos para la utilización de los telares que se han instalado.

Con el impulso de las iniciativas de los últimos años, el trabajo artesanal en Puelches ha adquirido un lugar destacado en la vida cotidiana. La continuidad de las tareas que recrean y mantienen objetos, diseños y técnicas tradicionales ligadas a la historia de la comunidad, favorece el reforzamiento de la identidad cultural y la preservación de las raíces culturales.

Capítulo 9: El comercio: boliches y almacenes del Departamento Curacó

Andrea Lluch

Leonardo Ledesma

En La Pampa, desde fechas muy tempranas se sucedieron cientos de fundaciones de boliches, almacenes, fondas y tiendas. A su alrededor se tejían múltiples relaciones: económicas, sociales, políticas, vecinales y de paisanaje. Su rol era múltiple. Aun en los pequeños boliches asentados en zonas rurales y de escaso desarrollo económico, como Puelches y su zona circundante, es complejo resumir las múltiples actividades y vínculos que se entretejían alrededor de los mostradores de los comercios rurales.

Recuerdos sobre los viejos almacenes de la zona

Los censos apenas han registrado los almacenes de Puelches y su zona. Recuentos parciales y sin duda insuficientes, permiten no obstante rescatar del olvido a algunos de ellos. Miguel de Fougères, en su *Guía de La Pampa*, editada en 1906, indicaba “*pocos habitantes y poca hacienda no pueden fomentar un vasto negocio*”. De todos modos, no puede afirmarse la inexistencia de comercios, sino más bien su reducido tamaño y la dificultad de rastrearlos por el alto grado de informalidad. Si el Departamento 11° no registraba comercios en 1905 oficialmente, distinto era el panorama en el undécimo Departamento. Aquí se censaron 9 establecimientos que empleaban a 53 personas. Algunos de ellos, por su cercana ubicación a las tierras del Departamento 11°, estimamos habrían aprovisionado de bienes y servicios a sus habitantes. Estos comerciantes eran: Álvarez Eugenio (La Escondida), Ardohain y Cía. (El 5), Balma Hnos. Domingo (Lihué Calel), García y Cía. (Cuchillo-Có), Marisquinina y Bruno (Curacó Seco), Lercano A y B (Monte Redondo), Masbon Manuel (La Aguada), Otero Ramón (La Asturiana y El Agua Blanca y Curacó Seco), Palacio y Graciandía (El Puntudo), Urcola y Cía. Ignacio (Cuchillo-Có).

En 1911, un expediente judicial (Expte. 327, Legajo 150) por lesiones recíprocas remitido por la policía de Cura-Có, descubre un boliche en el Paraje “La Chata”, en donde los productores, carreros y jornaleros podían obtener permiso para desensillar y

descansar de sus travesías por la zona. Posteriormente en los Informes de Inspección de Tierras del año 1927, encontramos una mención a la actividad comercial de Atanasio Mayor quien aparece en actividad para 1927 en el lote 34, donde está asentada la población de Puelches.

El Anuario Kraft en su edición de 1929 muestra la preponderancia de un comerciante para entonces: Lana, Colado y Cía. Esta sociedad aparece solicitando su inscripción en el Registro Público de Comercio del Territorio Nacional de La Pampa en el año 1924 (Expediente 812, Legajo 659). Y más tarde, Colado aparece como habilitado y encargado de la casa de Feliciano Lana (de origen español), quien a su vez, también era ayudado por sus familiares, habiéndose instalado en la zona unos años antes, pues para 1922 se registra su solicitud de inscribir un contrato social bajo la razón social de Lana Feliciano y Cía. (Expediente 534, 1922). Desde entonces, y por el espacio de los próximos años, se convirtieron en los principales comerciantes de la zona, concentrando distintas funciones.

Pero no eran los únicos. También se descubren comercios en otros puntos del Departamento, localizados en puntos estratégicos que servían de postas para los viajeros. Por ejemplo, en 1926 (Expediente 73, legajo 1627) se denuncia un hecho policial ocurrido en la Casa de Comercio La Esperanza de José Roth, ubicada en la Sección XX. Este comerciante era de origen ruso y en 1927 tenía 45 años de edad. Era un viejo poblador de la zona pues para ese año contaba con 20 años de residencia. El local funcionaba como anexo al establecimiento rural de idéntico nombre. Su comercio, inscripto como de ramos generales, quedaba durante sus viajes a cargo de su esposa, Margarita Bergeer, y sus tres hijos. Otro suceso ocurrido en 1927 (Expediente 92, Legajo 1627), lo encuentra denunciando que su comercio había sido incendiado. Más allá del confuso episodio, el expediente permite ratificar dos cosas: primero que los comerciantes más pequeños se aprovisionaban en el local de Lana, Colado y Cía. funcionando como revendedores, y su rol era proveer los elementos más básicos de consumo y ser centros de recreación (de allí la importancia del rubro bebida); segundo, que el propio José Roth había mudado su establecimiento en los últimos años (desde un paraje conocido como “La Montañesa”, según Expediente N° 92, Legajo N° 1627), y que Lana habría tenido casa en Cura-Có (al margen este del río Salado) y en La Florida.

En este paraje (a 7 leguas de la comisaría de Puelches) también funcionaba un establecimiento de nombre precisamente Casa La Florida (Expediente 444, Legajo 2151).

Foto N° 9.1: Hotel Cura-có.

Junto a este número de almacenes y boliches debe agregarse la presencia de vendedores ambulantes desde inicios del siglo XX. Indirectamente a partir de menciones por otros litigios, encontramos que para 1928 se hace referencia a Miguel Abdala (árabe), cuya profesión los documentos consignan como mercachifle y propietario de una tienda en General Acha llamada “El Castellano”, reputada como *baratillo* (Expediente N° 109, Legajo N° 2221). En 1930 volvemos a encontrar noticias sobre estos vendedores ambulantes que pasaban con sus mercancías por Puelches. En este caso se trata de Abraham Ali (árabe), a quien los registros aluden como “*turco mercachifle de General Acha*”, quien compró cueros lanares y yeguarizos, brindándonos el expediente un detalle de las transacciones informales en los ámbitos rurales; en este caso, el arreglo de tres cueros por un par de alpargatas (Expediente N° 340 y 341, Legajo N° 1698).

Posteriormente, en 1933, un comerciante de nombre Jacobo Mench (polaco) domiciliado en Choele Choel, denuncia haber sido víctima de un hurto mientras pasaba la noche, descansando de sus travesías, en el paraje El Bagual (Depto XI). Los elementos que le habían sido robados claramente ilustran un hecho típico: los productos en venta eran especialmente de tiendas y ropa de cama. El accionar de estos comerciantes itinerantes ha quedado plasmado en la memoria, como queda demostrado en el relato de Margarita Peralta: “*recuerdo de los turcos que vendían. Iban muchos turcos desde Acha. Vendían de todo un poco. Vendían y después al regreso llevaban la lana y los cueros. Con eso cobran*”. También don Isaías Ortiz recupera parte de un relato que un indígena le transmitiera sobre el comercio de mercachifles. Su testimonio narra “*decía Yanquinao, ‘vamos a tener que estar un año más’, y dijo que dijo el otro, el compañero, ‘mirá, yo, cuando venga alguna de las carretas de los turcos a..’ marcachifles que llegaban, dice que traían barriles de aguardiente. El aguardiente dice*

Yanquinao que venía en barriles. Y hacían cambios, dicen que cambiaban los cueros, las plumas de avestruz, para que les dejaran los barriles porque les gustaba tomar. Y después les dejaban (mucho azúcar, tabaco,...). Entonces llega una noche, una tarde, un marcachifle de esos y dice que ese día fue una fiesta. De grandes asados, de picana de avestruz, porque ellos cazaban mucho, costillar de yeguarizo, había también potrancas, vacunos, y era fiesta”.

No sabemos con exactitud cómo ni cuándo se produjo el cierre de la empresa controlada por Feliciano Lana (ni de los otros pequeños boliches de la zona), pero en 1930 se lo detecta activo y operando su casa de comercio y hospedaje. Por entonces este almacén había crecido en tamaño, pues tenía varios empleados, y hasta se había instalado un surtidor de nafta en el patio (Expediente 54, Legajo 2072). Otros sucesos penales ocurridos en su local permiten suponer que se mantuvo en funcionamiento hasta bien entrada la década del '30. Sabemos por testimonios que el edificio fue vendido a otra empresa de Acha (Sarasola), hasta que en la década del '50 se asentó allí Casa Tomás.

Al respecto, Casa Tomás se organizó en los años finales de 1940, aunque instalados primero en otro lugar de Puelches. Enrique Tomás, hijo de uno de los fundadores, no recuerda con precisión la fecha pero relata quiénes fueron los tres hermanos socios de la empresa: su padre Enrique, su tío Pascual y su tía Damiana. Casa Tomás perduró hasta diciembre del 2005, siempre bajo control de la familia de los fundadores.

También por su testimonio, y a partir de documentación de Gobierno, puede establecerse que desde la década de 1940 existía otra casa importante, “La Mabelita”, de Lino Rogelio Godoy (actualmente Haras Pampa), en cuyas hojas membretadas figuraban las actividades de “Almacén-Hospedaje-Compras de Frutos del País”. Una de estas hojas fue la que usó Godoy en 1943 para remitir al Gobernador del Territorio de La Pampa una nota de aceptación de su cargo como integrante de la primer Comisión de Fomento que tuvo Puelches. A partir del mismo tipo de fuentes, sabemos que existía una casa comercial similar a cargo de Francisco Marrón, español, que fue propuesto junto con Godoy para integrar aquella comisión. También utilizó para agradecer el

nombramiento una hoja con su membrete, en la que podía leerse “Ramos Generales-Acopio de frutos del país-Haciendas-Hotel. Agente de todos los productos Esso”.

Foto N° 9.2: Membrete de la casa de comercio de Francisco Marrón en 1943.

Al recordar su paso por Puelches, la docente Elsa Aurora Rodríguez de Pumilla también señalaba la presencia de los almacenes de Godoy y Tomás en los años ‘50, descriptos por ella como un “*tuti-fruti*”.

Foto N° 9.3: Frente de la casa de comercio de Godoy con su auto Chevrolet modelo 1928.

Los productos en venta

En cuanto a qué tipos de bienes vendían en sus comercios, los testimonios y documentos hallados registran todo tipo de productos de los rubros de alimentos no perecederos, bebidas, tabacos, ropería, zapatería, bazar, ferretería, equipamiento rural, entre los principales ítems. Su función era satisfacer las demandas de la población rural como consumidores y productores.

En términos generales, el acceso a información procedente de la Casa Tomás, para los años ‘50, ratifica estudios previos sobre comercialización minorista en áreas rurales. Y permite analizar la continuación del rol múltiple de estos comercios luego de 1930. Los papeles de Casa Tomás Hermanos ilustran la enorme variedad de artículos en venta. Además de productos de almacén, se distingue también la sección tienda, a partir de las ofertas y ventas de batones, alpargatas, medias y pañuelos. También los registros de clientes que han sido rescatados muestran la provisión de repuestos para maquinarias y motores, como correas de ventilador, cables y bobinas.

Foto N° 9.4: Enrique Tomás y su nieta en su casa de comercio, alrededor de 1970 (gentileza Susana Tomás).

La modalidad típica de operación era que cada cliente operara por medio de una cuenta corriente donde se asentaban los retiros de los productos. Una nota de venta librada el 4 de enero de 1958, a nombre de Alberto Rodríguez, nos brinda un ejemplo de

la modalidad de registro en las operaciones comerciales, a la vez que ilustra los precios de los productos. La nota de venta solía adjuntarse a la cuenta del titular, en el registro de ventas.

Alberto Rodríguez		4-1-1958
1	Batón	\$ 11.000
1	Par Alpargatas	\$ 1.250
1	“ Medias Sra.	\$ 1.090
5	Ptes. Pastillas	\$ <u>500</u>
		\$ 13.840

La reconstrucción de la cuenta de Desiderio Quiroga, del año 1957, puede ilustrar mejor los detalles en cuanto al arreglo de cuentas, el momento del pago de la deuda, el precio de los artículos y las modalidades de asiento de las transacciones. Un tema obvio, pero no por ello menos cierto, es que el pago de la deuda estaba vinculado con la estacionalidad del trabajo, pues los abonos se registran luego de actividades como la

DEBE		Desiderio Quiroga			HABER			
		Del libro N° 4		1185399			Del libro N° 4	1280422
		n/e o. Ismael Maura 23/6	31600	1216999	Oct	3	s/ Devolución 1 Barril	11000 1290422
		n/e en efectivo 10/7	10000	1316999			s/e 150 Corderos a \$ 66.-	990000 2280422
Ag	26	Bot. Caña	3500	1320099			Nota de Credito 4888	3300 2283722
	"	2 " Grappa	2680	1324179			Por error en suma	500 2284222
	"	113 l vino	74580	1398749				
	"	1 Barril	10050	1408759				
		10 l vino	6600	1415759				
Sept	5	Boleta N° 6133	69805	1485569				
Oct	3		6575	25170				
Nov	3		7071	113240				

esquila.

Entre las múltiples operaciones no se explicitan ventas de verduras, hortalizas, carnes y otros productos derivados de los animales de corral. Al igual que sucedió en otros lugares, y desde tempranos períodos, estos alimentos por su carácter perecedero eran provistos por otros canales. Dentro de una economía rural, productos como éstos eran obtenidos generalmente –entre quienes no poseían huerta y animales propios- de las estancias, poblados y otros centros cercanos.

Tomás Hermanos, además de ser un almacén, brindaba servicios de restaurante y hotel, algo que, como indicamos, también había provisto la firma de Feliciano Lana. Según el testimonio de Enrique Tomás, *“la gente en aquella época se movía fundamentalmente a caballo, así que ahí contaba con un lugar para dejar el caballo, porque el hombre de campo cuando llegaba al pueblo estaba uno, dos o tres días, entonces el caballo descansaba; había parvas de pastos”*. Esto es una especificidad en zonas rurales. Era menor a medida que nos movemos hacia el este de La Pampa, máxime para mediados del siglo XX. Junto a la venta en el local de Puelches, se sumaban las recorridas que Enrique Tomás en su entrevista denominó de *“la campaña”*. Era una vieja práctica que incluía ventas y entregas de pedidos. Para los años ‘50 ya se realizaban con camión. Estas recorridas eran especialmente importantes durante la temporada de esquila.

Además de los productos de almacén, tienda, ferretería, bazar, hotel y restaurante, luego se sumaron otros rubros. Desde los años veinte, por ejemplo, vendían naftas y combustibles. Ya el comercio de Feliciano Lana parece haber tenido un surtidor en el patio. Casa Tomás, años después, tuvo la agencia de la empresa YPF. La entrevista a Enrique Tomás indicó que la venta de combustible se realizaba desde una cisterna localizada al lado del río. *“Los surtidores eran de algo así como 2 metros y medio de alto, en forma de pirámide con una base de 70 centímetros, con dos tubos de vidrio con una capacidad de 5 litros cada uno, que se marcaba con un reloj entre los dos tubos y te marcaban cuántos litros querías. Eran manuales y tenías que marcar cuántos litros querías mientras se iban llenando, cuando saltaba el relojito en la marca que habías puesto comenzaba a bajarse el que estaba lleno y empezaba a entrar en el otro tubo. Mientras el que se vaciaba iba vaciando en el vehículo. Hasta que comenzó a llegar la*

‘tecnología’ en Puelches, y mi padre consigue, no sé si lo compra o se lo mandan, un surtidor muy parecido a los que se usan ahora, pero también con manija. Pero ya los tubos de vidrios y el relojito no existían más”.

Un producto que debería sumarse, aunque de difícil cuantificación, es el acceso a la información. Entre otros rasgos, estos comercios eran usinas de informes y acceso a información de variado tipo: de la zona, de los clientes, de la política. Y no sólo por ser centros de reuniones y encuentros, sino también porque en general los comerciantes por su oficio debían estar informados de lo que sucedía cotidianamente. Como recordó Enrique Tomás, su padre estaba suscripto a distintas publicaciones y periódicos nacionales. El sistema, claro, no era inmediato, sino que por ejemplo, a los diarios *La Nación* o *La Razón* se los mandaba un comerciante de General Acha cada dos, tres o cuatro días por colectivo. Pero servía para reducir el aislamiento y mantenerse informado.

La financiación y las tareas de acopio

La centralidad de estos agentes en la economía zonal se debió en gran medida a la concesión de crédito a sus clientes, proveniente de distintas vías y por medio de diferentes mecanismos. Aquí nos referimos a *crédito* entendido en un sentido amplio, como la compra de bienes, dinero o servicios en el presente con el compromiso de devolverlos en el futuro. Como se indicó, en estos negocios, en general, el fiado se canalizaba mediante la apertura de cuentas corrientes, donde además de devengarse los consumos, se realizaban adelantos en efectivo y se atendían los gastos productivos por medio de vales. La modalidad era otorgar crédito a un año de plazo, aprovisionando a sus clientes de mercaderías e insumos a lo largo del año productivo. Además, la mayoría se dedicaba al acopio de frutos, y los beneficios de esta actividad fueron una de las principales fuentes de ganancias de estos comercios.

Distintos testimonios alertarían sobre el grado de informalidad y el peso de los acuerdos verbales, así como el uso de vales en vez de dinero en efectivo como forma de operar típica, al menos a principios del siglo XX. A medida que se retiraba mercadería, crecía la deuda. Una vez que se terminaba la esquila o se contaba con hacienda u otro producto, era momento de arreglar las cuentas. No contamos con información que

permita analizar el grado de sujeción al aparato comercial a lo largo del tiempo, pero si se repiten patrones analizados para otras zonas podría indicarse que a mayor deuda y de mayor plazo, los deudores se encontrarían con menor capacidad para negociar precios y condiciones. Casi no se detectan, incluso en períodos más contemporáneos, pagos en efectivo, aunque con el tiempo esta práctica fue menguando.

Como indicamos, el crédito no puede ser separado de las tareas de comercialización de productos primarios. La función de los almacenes rurales fue por lo tanto la de comercializar todo tipo de excedente, variando claro la escala en cada caso. Algunos registros parciales de Casa Tomás de los años '50, cuando la zona era predominantemente ovina, ratifican que la lana era el principal producto de explotación. Pero también se comercializaban corderos, capones, vacunos, borregos y toros. Del mismo modo se detectan productos como cueros de oveja, lanas, cueros de cabra y lienzos. Los registros comerciales evidencian la estacionalidad de la producción en consonancia con el arreglo de las cuentas. Los meses de marzo / abril se detectan como el período especial de entrega de lanas y lienzos. Las mismas consideraciones caben para los meses de octubre / noviembre. En general la entrega de productos se liquidaba en el haber del cliente, y no se registran en general liquidaciones en efectivo sino descuentos directos en cuenta corriente.

Las ventas de los animales solían implicar la entrega de comprobantes de la transacción. Ello da cuenta de que no toda la economía estaba dominada por un carácter informal ya a mediados del siglo XX. Las ventas de animales fueron una de las operaciones mercantiles que dejaron mayor cantidad de comprobantes y, a manera de ejemplo, mencionaremos la certificación firmada el día 20 de mayo de 1959 por Luciano Villa, quien escribía en un improvisado papel que oficiaba de documento: *“certifico a ber vendido á los Sres. Tomás Hnos. Diez animales lanares de las señales siguientes que son de mi propiedad (...) y para que conste firmo el presente en el Lote 1º del 11 Dpto”*.

Para poder efectuar las compras y arreglos con sus clientes, los comerciantes recibían información sobre los precios de los productos por medio de sus consignatarios en Bahía Blanca o Buenos Aires. Con esta información constituían un rango de precios para efectuar las compras de las lanas y cueros, y así poder arreglar los saldos deudores.

A inicios de siglo, una vez en poder de los acopiadores locales, la lana se trasladaba a Acha y de allí a Bahía Blanca, en un esquema característico de toda la zona sudoeste. Para ello los comerciantes –e incluso los más grandes productores en forma independiente- utilizaban los servicios de los acopiadores locales.

Enrique Tomás y su firma, por ejemplo, recurrían en Puelches a los servicios de José Segatori como consignatario en Bahía Blanca. Los consignatarios de frutos del país eran los únicos agentes de los identificados hasta aquí en contacto directo con los compradores extranjeros. Las cartas entre Segatori y Enrique Tomás, y entre éste y algunos clientes, dan cuenta de todo un universo de relaciones, cambiante y activo; sustentando un entramado de vínculos comerciales de comerciantes y clientes, y de clientes entre sí. En tal sentido, eran numerosas las recomendaciones recibidas y enviadas sobre cómo manipular los productos y la hacienda destinada a ferias y remates. Tal como lo plantea Andrea Lluch en “Las manos del mercado...”, los agencieros eran también los responsables de cuidar la hacienda hasta su destino final, es decir, la oficina de los consignatarios. Este cuidado era entendido por las partes y su incumplimiento podía llegar a deshacer un negocio. Al respecto resulta ilustrativa la carta enviada por Víctor Aurelio Themtham en la cual expresaba: *“Don Ernesto. Lotes 13 y 18. Diciembre 31/58. Señores Tomas Hnos. Cura Co. Muy señores míos: me dirijo a ustedes para decirles , que referente a la venta de capones, de (90) a (100) capones, ustedes en mes de Nbre día 17, me dijeron, que enseguida los retirarían, y hasta fecha, no los han retirado, pues debido á que los capones se han retrasado, he resuelto dejar el negocio, por que debido al tiempo que ustedes han tardado, el negocio no va ha hacer como hemos hablado y para no incumplir con ustedes prefiero desligar el negocio por estos motivos ya expresados”*.

La estacionalidad de las actividades ganaderas en la zona, las crisis climáticas, los vaivenes en los precios de los productos primarios y el perfil de los clientes, otorgaban un carácter volátil a estos negocios a principios de siglo y pudieron perdurar en el tiempo. En Puelches si bien se encuentra el caso de larga perdurabilidad de la Casa Tomas, muchas prácticas habrían ido cambiando a lo largo de estas décadas tanto en fisonomía como en escala. Luego de 1960 habría sido menor el papel del crédito comercial, mayor la bancarización y formalización de las operaciones, habría mejorado

el acceso a información y comunicaciones, y además, como se indicó, se acentuaron las labores mercantiles por sobre las de acopio. Lamentablemente es imposible por el momento conocer el volumen exacto que aportaba la zona a los volúmenes comercializados desde General Acha. Pero como se señaló en el capítulo 5, la lana fue decayendo en su importancia en las últimas décadas, reorientándose la producción a la cría del bovino.

Los comerciantes también realizaban adelantos de efectivo u otro tipo de operaciones de carácter bancario, máxime en la primera etapa donde no había bancos cercanos (hasta la fecha no existen sucursales de entidades bancarias en Puelches; la filial General Acha del Banco de La Pampa ha implementado una sucursal móvil que se traslada a la localidad una vez al mes para realizar los trámites necesarios). Para comprar mercadería, los comerciantes obligadamente mantenían contacto con bancos, directamente o mediante sus proveedores en Buenos Aires, Bahía Blanca y otras zonas de La Pampa, como Casa Ruiz Pérez de General Acha. Y éstos, al conocer el funcionamiento del sistema, recibían giros postales a nombre de otros o los realizaban, acreditando importes en las cuentas de sus clientes. Aun tardíamente, así lo explica el hijo del fundador de Casa Tomás: *“lo que da la sensación era que le pagaban a Tomas Hnos. para que de ahí le giraran a otra gente también... Por ejemplo el que era esquilador... éste tenía máquina esquiladora, Roberto Díaz por ejemplo, él iba a esquilarse a Río Colorado, y le debía a mi papá porque le decía, ‘por favor llévele mercadería a mi familia que yo le giro luego’. Y también estaba el tipo que era esquilador simplemente, que a lo mejor iba a Chubut o Santa Cruz, y que estaba generalmente seco y mi padre tenía que proveerle la mercadería al tipo para la familia. Entonces cuando pasaban unos días y el tipo hacía unos pesos, el dueño de la máquina le hacía un giro al Banco Nación a mi padre. Banco Pampa no existía en aquella época. Después se empezó a usar ya no los giros sino algo parecido a esto con las firmas ferieras de Acha. El tipo vendía hacienda, firmaba algo parecido a esto, como por ejemplo... ‘Señores Ganaderos de General Acha, sírvase pagar por la orden por no sé cuántos pesos, al señor Enrique Tomás...’ (...) entonces mi papá iba con este papelito, a veces firmado con el dedo, y allá le pagaban”*. Por tanto los comerciantes

también en algunos casos funcionaban como nexos con los bancos y facilitaban los medios de pagos zonales.

Además, el comerciante era, por sus funciones, un gran conocedor de los habitantes del lugar y su opinión solía ser requerida al momento de averiguar antecedentes sobre grado de cumplimiento e historia crediticia, si bien cabe aclarar que se trataba de una práctica extendida en otras zonas de La Pampa. Sirve como ejemplo el pedido de informe crediticio del 11 de septiembre de 1959, demandado por el Banco de la Nación Argentina –sucursal General Acha-, en el que solicita a la firma Tomás Hnos. que: *“tenga la gentileza de proporcionarnos los informes más amplios posibles sobre la firma anotada en el anexo; especialmente los relacionados con su capital, moralidad y modo de trabajar. Agradecemos anticipadamente sus informe”*. De este modo la función de intermediación, sea de productos, de servicios y/o de financiación, con sus costos y problemas, limitaciones y abusos, era un oficio complejo, que si bien fue cambiando con el tiempo, en zonas como Puelches se caracterizó por su multifuncionalidad.

Sociabilidad en los almacenes

En forma paralela a su actividad comercial, crediticia y de acopio, los almacenes funcionaban como “centros de servicios” proveyendo distintos tipos de prestaciones y favores relacionados, denotando el papel de la mediación como eje central en el ejercicio y funcionalidad de estos comercios. Enrique Tomás recuerda que además de la venta concreta de mercadería, en el almacén se prestaban otros servicios como el de teléfono (ver capítulo 4).

En las zonas rurales, los almacenes de ramos generales representaban también el principal ámbito de diversión, y se convertían en un lugar de intercambio social, además de económico. Por esa razón, los comercios eran los lugares elegidos para celebrar fiestas patrias, bautismos y bodas (ver capítulo 14).

Las bebidas muchas veces traían aparejados problemas por el abuso de alcohol y eran frecuentes las denuncias por hechos de violencia (peleas y lesiones especialmente). Sin duda, la sociabilidad generada en los almacenes presentaba múltiples facetas, entre ellas también el hecho de ser los ámbitos por excelencia para los juegos de azar. Estas

prácticas, más allá de la persecución, se imponían de muchas maneras. En el caso de Argentina, se reconoce una larga atracción por los juegos de azar desde tiempos coloniales. Pero siempre existió polémica a su alrededor y hubo intentos tempranos para su prohibición. En 1902 por ejemplo, se sancionó la Ley N° 4097 donde los juegos de azar fueron penados y perseguidos. En 1928 un expediente judicial (Expte. 494, Legajo 2128) remitido por la Policía de Cura-Có ilustra su intento de aplicación en Puelches, al ser acusado el comisario José J. Rizzo Montenegro, bajo la imputación de “Supuesta Infracción a la Ley de Juegos de Azar y Violación Deberes de Funcionario Público”. Los sucesos denunciados se produjeron durante los festejos de las Fiestas Mayas entre el 25 y el 28 de mayo de ese año. Por entonces habría llegado a Puelches Rizzo Montenegro acompañado de Idelfonso Cabral, una persona de apellido Iriart (definido como jugador profesional), más otro grupo de personas, movilizados en autos y en el camión “Rugby” de la policía. Los juegos se instalaron precisamente en la casa de comercio de Feliciano Lana. Entre ellos se encontraban una ruleta, golf, cuadreras y cancha de tabas. Y el propio comisario, de acuerdo a la denuncia, atendía algún juego.

Lo que motivó las actuaciones judiciales no era en sí misma la práctica habitual de los juegos de azar sino el hecho de que un policía estuviera atendiéndolos directamente. El expediente no continuó por vencimiento del plazo legal, pero en todo caso y más allá de la anécdota, permite detectar lo extendido de la costumbre, que permeaba a todas las clases sociales y ocupaciones, y cómo sólo en determinados momentos parecen haberse producido hechos que trastornaban en algún modo los vínculos cotidianos. Al mismo tiempo, destaca la función del juego en tanto válvula de escape y elemento de recreación social. La práctica de juegos de azar continuó además expresada en múltiples actividades recreativas que se organizaban cada año alrededor de los boliches y almacenes. Como recordó Enrique Tomás, décadas más tarde, “*se apostaba sí, pero no mucho. La zona no era muy rica, pero si hablamos del poder adquisitivo de la gente podemos decir que era mucho. Algunos se iban con el bolsillo dado vuelta*”.

En suma, estas páginas han pretendido ilustrar algunos de los protagonistas y rasgos que caracterizaron al oficio de comerciante en esta zona del oeste pampeano, alejada de los centros urbanos y sin comunicación directa con el tren. Estos rasgos

impusieron, durante toda la primera mitad del siglo XX, características diferenciales a la actividad, otorgando a los almacenes de ramos generales un lugar central en la vida de las comunidades pampeanas.

Capítulo 10: El conflicto por el agua

Raúl O. Hernández

Al situar en un mapa la localidad de Puelches, es fácilmente apreciable que la misma se halla situada entre un grupo de grandes lagunas y a la vera del cauce de un río. Ello puede inducir a la creencia de que es una zona húmeda y favorable para las actividades humanas. Pero quien crea esto estará cayendo en una grave equivocación.

Puelches está localizada en el sector terminal de la gran cuenca hídrica Desaguadero-Salado-Chadileuvú-Curacó y se caracteriza por estar rodeada por el grupo de lagunas genéricamente denominadas “de Puelches”, conformado por La Brava, La Leona, La Dulce, Urre Lauquen y La Amarga. Estas enormes extensiones de miles de hectáreas de superficie conforman un gran nivel de base en el que el río pierde su capacidad de arrastre quedando detenido en las lagunas para llegar esporádicamente al río Colorado.

Foto N° 10.1: Laguna de Puelches.

En realidad lo que sucede es que la cuenca está profundamente alterada a partir de los usos que el hombre ha realizado aguas arriba. En efecto, esta gran unidad hidrológica que engloba las provincias de Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, San Luis y La Pampa, es testigo del manejo más inadecuado que puede realizarse sobre un río.

Tales usos se remontan por lo menos a dos siglos atrás – y en algún caso mucho más – y se vinculan estrechamente con las actividades de riego, consumo humano, industrial, energético, ganadero, etc. Si bien en la época de los pueblos originarios se hacía uso de los ríos del norte de la cuenca para regar las huertas, a la vez que abrevar la población y al ganado, los volúmenes utilizados eran ínfimos comparados con la potencialidad de la misma. La llegada de los españoles a esa zona norte introdujo cambios más notables a partir de la fundación de poblaciones a la vera de los ríos afluentes y la ocupación de tierras para destinarlas a la producción de alimentos para la

población y forrajes para el ganado pero aun así, los usos no eran muy representativos. Aquí es preciso hacer notar que sí se construyen algunas obras de derivación y alteración de los cauces cuyo impacto posterior fue importante: la separación de los ríos Diamante y Atuel en la primera década del 1800 es un ejemplo de ello.

Avanzado el siglo XIX y ya constituidos como país independiente, el crecimiento poblacional de las provincias de San Juan y Mendoza comenzó a impactar más severamente sobre las subcuencas de los ríos San Juan, Mendoza y Tunuyán, sitios donde se instalaron colonias productoras de vides, frutales y hortalizas, todo ello a partir de la derivación de aguas para el regadío. El rápido crecimiento productivo y la necesidad de encontrar rutas de salida de la producción impulsaron la idea de utilizar el río Desaguadero-Salado como vía de transporte. Es así que, a semejanza de lo que ya ocurría en Europa, se pensaba que el río sería el sitio por el que chatas, bergantines y aun fragatas navegarían hacia el sur y, articulando con el río Colorado, saldrían hacia Bahía Blanca y de allí se irían hacia los mercados consumidores. Esta idea que puede parecer descabellada para nuestra actualidad no lo era en aquella época en que el país estaba en plena conformación y las ideas y proyectos bullían por doquier.

La presentación de diversos proyectos en la Cámara de Diputados de la Nación postulando el uso del río como vía fluvial cuajó en leyes tales como la N° 2559 (1889) orientada al estudio de la construcción de un canal de Urre Lauquen al río Colorado o la Ley N° 5564 (1908) que autorizaba los estudios para canalizar el Desaguadero-Salado-Chadileuvú-Curacó. De todas maneras, si bien se efectuaron tareas de reconocimiento, la extensión de líneas ferroviarias a la zona cuyana hizo que se dejara de lado la idea de navegar la cuenca.

Aquella realidad del norte de la cuenca hallaba una seria limitante por el sur: la presencia de los pueblos aborígenes a partir de una frontera no bien demarcada sobre el río Diamante; de allí hasta el extremo sur del continente grandes extensiones eran consideradas “tierra de indios” o “desierto”. La pretensión de expulsar a los indígenas y ocupar sus tierras fue un viejo deseo acuñado en el siglo XVIII y que hacia fines del siglo XIX se concretó con la expropiación de las tierras a los indígenas y la desarticulación de sus sociedades. Es entonces que centenares de miles de kilómetros

cuadrados pasaron a ser ocupados por la “civilización”, en nombre de la cual esas tierras fueron privatizadas, y puestas en producción para el mercado capitalista.

Esta etapa influyó notablemente sobre la cuenca porque al ocuparse los valles de los ríos Diamante y Atuel, últimos afluentes por el sur, se radicaron miles de colonos y productores que utilizaron el agua de los mismos, generando drásticas alteraciones que repercutieron aguas abajo.

Foto N°10.2: Cuenca Desaguadero-Salado-Chadileuvu-Curacó.

Ya en el siglo XX el crecimiento de los grandes oasis de riego en San Juan y Mendoza, el aumento de la población, la construcción de diques y canales, la extracción de agua destinada a usos diversos pero fundamentalmente para riego, han generado una alteración tan notable que resulta cuanto menos difícil poder precisar cuáles eran las características originales de la cuenca y sus afluentes.

Esta descripción -muy sucinta por cierto- tiene una relación directa con Puelches y su comarca, y ayuda a comprender la dura y cotidiana lucha que libran sus habitantes por el agua y por la vida.

Los momentos iniciales

El río fue desde la más remota antigüedad un hecho geográfico trascendente para la región. Estudios realizados por diversos investigadores revelan que el valle fluvial del Desaguadero-Salado fue una de las rutas seguidas por los primeros habitantes que ingresaron al actual suelo pampeano hace miles de años.

La existencia de agua y peces, además de la presencia de animales terrestres y frutos que aseguraban la alimentación, favorecieron la llegada y establecimiento de aquellos pobladores. Los yacimientos arqueológicos regionales, tales como Casa de Piedra, Lihué Calel y Tapera de Moreira permiten corroborar tal presencia, como se indicó en el capítulo 2.

Mucho más cerca en el tiempo, ya en el siglo XVI, la posible llegada de los españoles a la región en busca de la mitológica “Ciudad de los Césares” tendió un manto de misterio que perduró por largo tiempo, hasta que el paso de los sacerdotes que

unían el Paraguay con el sur chileno permitió ampliar el conocimiento geográfico. Según consta en documentos y cartografía de la época, el viaje se iniciaba en Asunción del Paraguay y hasta Santa Fe se navegaba por el río Paraná, luego proseguía por territorio bonaerense para ingresar al actual suelo pampeano por el noreste en dirección a lo que hoy es Toay; se pasaba por las sierras de Lihué Calel, las lagunas de Puelches y se transitaba hacia los pasos cordilleranos, los que eran cruzados hasta llegar a Concepción y Valdivia, importantes centros que buscaban afianzarse en una zona en disputa con los reche-mapuche. Es probable que ellos hayan sido quienes implantaron los duraznales que por largo tiempo fueron característica destacada de las sierras.

El proceso de ingreso de población indígena transcordillerana fue otro hecho histórico que tuvo incidencia directa sobre la comarca puelchina. En efecto, por allí pasaba una de las grandes rastrilladas – tal vez la más importante – conocida como el “Camino de los Chilenos”, que conectaba las pampas bonaerenses con tierra chilena. Por ella circulaban las cabezas de ganado vacuno que integraban los circuitos de intercambio. El itinerario unía Carhué, Quiñe Malal (valle Argentino), las sierras de Lihué Calel, el paso por el Salado; luego por el río Colorado y de allí en dirección a Los Andes y el sur de Chile. Este largo camino se hacía uniendo aguadas, pastizales, zonas de bosque y leña, reparo, y duraba varios meses hasta que cumplía su cometido. La actual ruta nacional N° 152 se ubica en gran parte del recorrido sobre la vieja e histórica rastrillada, como se vio en el capítulo 4.

En el marco del proceso de expansión ganadera iniciado en 1920, para la incorporación de la llanura herbácea bonaerense, la política de Juan Manuel de Rosas combinó las relaciones estrechas con algunos grupos de indios considerados “amigos” y “aliados”, con el ataque a otros considerados “enemigos”. Así es que en 1833 se decide realizar la denominada “Expedición al Desierto” con la finalidad de ocupar las tierras ubicadas al norte del río Negro en la convicción de que este gran curso de agua pudiera representar la tan anhelada frontera contra el indio. Aquella campaña estuvo integrada por tres columnas, dos de las cuales recorrieron la zona y recolectaron información que sirvió para aumentar el interés por conocer estas tierras entre los gobernantes de las provincias fronterizas. Una de estas columnas comandada por Rosas desprendió una partida al mando del coronel Ramos quien recorrió las márgenes del río Colorado hasta

las nacientes cordilleranas aunque no dejó nota sobre la desembocadura del río Curacó; en tanto la otra, dirigida por el “fraile” Aldao lo hizo desde Limay Mahuida hacia Mendoza pero con un detalle muy interesante: un indígena cautivo le comentó de la existencia de grandes lagunas, sierras y duraznales en dirección hacia el sur, lo que hizo que enviara un pelotón a verificar la información. En todos los casos la existencia de agua era la preocupación constante de los militares en campaña.

El paso de las columnas armadas no puso fin al conflicto y la llegada de Calfucurá al cacicazgo de Salinas Grandes fortaleció el poder de los nativos y por ende aumentó el tránsito de las tropas de ganado por el sitio que hoy ocupa Puelches. En un contexto de creciente debilitamiento de la capacidad bélica indígena ante el frente homogéneo que podía constituir un estado nacional en avanzado proceso de formación, se llevaron adelante las campañas militares de 1878-79, que terminaron con la existencia autónoma de los grupos indígenas de la región.

Poco más de un año después, el doctor Estanislao Zeballos llevó adelante su “Viaje al País de los Araucanos” siguiendo en líneas generales el mismo rumbo de la rastrillada. Dentro de los distintos objetivos que se había fijado había uno que lo desvelaba: hallar la conexión entre el río Salado y el río Colorado. En cumplimiento de esa meta, recorrió toda la zona de lagunas buscando el cauce que permitía desagotar el “lago de las Brumas” en dirección al río sureño.

El hallazgo del mismo lo llenó de alegría por un lado pero de desazón por otro, puesto que su idea de hallar un río potente no se corroboró con la realidad: lo que veía era un pequeño cauce con muy poca agua y escasa corriente. Es probable que la época del año y la disminución histórica que venía sufriendo el río influyeran pero de todas maneras ponía fin a una gran intriga: la de conocer el vínculo entre ambas cuencas.

La dominación y una nueva valorización de los recursos hídricos

En la etapa de mensura y enajenación de la tierra (véase capítulo 5) las propiedades beneficiadas por la presencia del río o de la laguna “La Dulce” adquirieron mucho más valor que aquellas distanciadas del valle y solamente regadas por las aguas de lluvia que, en general, eran y continúan siendo más bien escasas. La llegada de grandes majadas de ovejas y cabras, además de la presencia de equinos y vacunos,

confirieron una dinámica netamente ganadera a la zona, matizada con la actividad minera que se registraba en el establecimiento “Minerales de La Pampa”.

El hecho de ser una zona estratégica -puesto que permitía la comunicación de la región bonaerense con los valles del sur- hizo que la importancia del paso por el sitio que hoy ocupa Puelches fuera más que relevante. Asimismo al articularse con caminos y huellas que iban hacia Limay, Puelén y Pichi Mahuida, se convertía en una especie de nudo caminero.

Foto N° 10.3: El río Salado en la actualidad.

Viajeros en la zona en 1892

Resulta importante destacar el paso de un notable investigador como el doctor Juan B. Ambrosetti quien en 1892 realizó su “Viaje a la Pampa Central” y dedicó varios capítulos a la descripción de la región: las sierras, la minería, la economía y las posibilidades de crecimiento que podía darse por la posición estratégica de la zona; todo quedó plasmado en su ameno relato. El aspecto hídrico impactó, al igual que a otros viajeros, a este estudioso, quien se asombraba por el paisaje que presentaba la laguna Urre Lauquen y así lo relató: *“al Oeste el grandioso lago Urrelauquen rompía la línea del horizonte con su bajo nivel, inmenso, sin costas aparentes, orlado de blanco mate y con sus aguas pesadas de aspecto funerario. Visto desde lo alto el Urrelauquen semejaba a un pequeño Mar Muerto. ¡Qué masa enorme de agua inservible! ¡Cómo es de desear que algún día se sepan utilizar de alguna manera! Tanto más cuanto que toda el agua que el solitario Chadileuvú conduce desde su nacimiento viene á depositarse allí, después de haber recorrido una extensión enorme”*.

Un poco más adelante en su relato volvió a referirse a la laguna y manifestó: *“Urrelauquen quiere decir lago de las brumas y ocupa una extensión enorme; según el Dr. Zeballos el eje mayor (...) es aproximadamente de 5 leguas, mientras que el menor tendrá 2 leguas, (...) lo que daría un área total de 10 leguas”*. Prosiguió haciendo notar que en época de inundaciones llegaba a 16 leguas cuadradas, y cuando coincidían lluvias y crecientes, se unía con el salitral Levalle, alcanzando unas 45 leguas cuadradas y conformando un verdadero mar interior.

Sobre el río también volcó sus observaciones describiendo la periodicidad de crecientes y bajantes de acuerdo a la época del año así como la incidencia que tenía sobre la calidad de las aguas subterráneas. Citaba casos de jagüeles que en determinados momentos del año eran aptos para la bebida y de otros que no podían ser consumidos ni por los animales. En estos casos era necesario ir a buscar agua apta para consumo en alguna zona de médanos que a veces se localizaban a varios kilómetros del puesto.

Un paso importante en la historia regional lo constituyó la creación de la colonia pastoril “Los Puelches” en 1900 por parte del gobierno nacional. La misma, como se vio en el capítulo 3, estaba ubicada en la Sección XV, fracciones A (lotes 20 y 21) y D (lote 1); y comprendía 44 lotes de 625 hectáreas cada uno. El inspector de tierras fiscales que la visitó en 1919 la describió de la siguiente manera: *“Toda la Colonia de Norte a Sud, es cruzada por el río Salado, el cual crece periódicamente inundando todos los lotes aquellos situados en terrenos bajos. Al salir de la laguna Urre Lauquen y penetrar en el lote 34, se hace encajonado hasta salir del lote 44 y vaciarse en la laguna La Amarga, situada ya fuera de la Colonia”*.

La ocurrencia de inundaciones periódicas obligaba en algunos casos a que los colonos debieran mudarse con sus tropas de ganado a las partes altas, más protegidas aunque muchas veces necesitadas de aguas de lluvia. En tanto, los ocupantes de estos lotes tomaban las precauciones necesarias para contar con reservas de agua a través de la construcción de aljibes calzados con chapas de zinc y sunchos con capacidad de hasta 16.000 litros, jagüeles calzados y sin calzar con profundidades entre 1 y 4 metros, tanques australianos, represas de tierra (en algún caso de 30 m por 40 m de extensión) y algunas otras formas de colectar aguas en previsión de las épocas de escasez.

Foto N° 10.4: Jagüel (se observa en la fotografía la estructura de ramas y el sistema de roldana desde el que se elevan los recipientes).

Informe de 1919

El inspector de Tierras Espeche, en su visita de 1919, señalaba al referirse al tema aguas: *“Las principales aguadas que existen en la Colonia son la laguna La Dulce y*

algunos charcos que persisten en las partes aquellas encajonadas del río Salado; dichas aguas al iniciarse las épocas de lluvias ó las primeras avenidas del río Salado son potables, pero una vez avanzada la época se tornan salobres. Las aguas subterráneas, se encuentran a una profundidad que varía entre 10 y 25 metros en la zona alta, esta agua, aunque no completamente potable, son buenas para la cocina y el ganado. En la zona baja, el agua se encuentra a profundidades que varían entre 1 y 3 metros, éstas, que no son otra cosa que filtraciones, en un principio son relativamente aceptables, pero luego de transcurridos algunos días de servicio se tornan salobres; este es el motivo por el cual con frecuencia se encuentran numerosos pozos cerca de algunas viviendas. Lógicamente aquellos mantienen sus aguas por un espacio de tiempo limitado, puesto ¿que? como ya digimos, se trata de filtraciones y no de napas permanentes.”

Fuente: Informes de Inspección de Tierras, 1920, Fondo Tierras, Archivo Histórico Provincial.

¿Proyectos o sueños?

Adjunto al informe del inspector Espeche, se halla un trabajo de autoría de otro integrante del equipo de inspección, Emilio Frey, quien bajo el título de “Proyecto sobre embalsamiento de aguas y navegación del río Salado en el territorio de La Pampa” formuló una ambiciosa propuesta de desarrollo regional sustentada sobre tres ejes: embalse del río Salado en Curacó, construcción de un puerto de ultramar en La Pampa y la recuperación de 600.000 has para ser dedicadas a la ganadería y la agricultura.

En el primero de los ejes, el embalse del río, se planificaba la construcción de un dique aproximadamente en el sitio en que se encuentra el actual puente vial, aprovechando la estrechura que presenta el valle y la altura de las barrancas. Se creía que esto generaría un amplio lago alimentado por las crecientes, que permitiría controlar las mismas, además de contar con riego para la colonia Los Puelches, con fuerza hidráulica para instalar industrias regionales que aprovecharan la materia prima (lanas, cueros, etc). Asimismo, implicaría un posible beneficio climático por la humedad del lago, y la posibilidad de navegación.

Desde el dique se desviaría el curso en dirección hacia Hucal y la Colorada Grande vinculándose con el segundo eje del proyecto: la construcción de un puerto

dentro de La Pampa. Ello ocurriría a partir de la eliminación del manto de arena que obstaculizaba el ingreso del mar al gran bajo salino que se encuentra a unos 30 metros por debajo de su nivel, y de esta manera se esperaba que pudiesen entrar navíos de un cierto calado hasta el puerto que se construiría al oeste de la laguna. De esta forma las cargas que pudieran llegar desde Cuyo por el río Salado, pasarían por el embalse, derivarían por el nuevo cauce y llegarían al puerto para luego salir hacia el océano.

Con estas obras se evitarían los grandes derrames laterales en el valle del río, se recuperarían tierras incultas y se abrirían amplias posibilidades agroganaderas. No cuesta mucho pensar qué distinta hubiera sido la realidad actual con estas obras.

Dificultades en la circulación

A raíz de la instalación de la colonia y el posterior poblado sobre el valle fluvial se generaron una serie de problemas desde el punto de vista de la circulación de personas y bienes. En efecto, tanto en los períodos en que el río corría normalmente como en las crecientes anuales existían serias dificultades para pasar de una margen a otra. El paso por vados a caballo, a la cincha o en carruajes era la forma habitual de cruzar el río pero cuando el caudal aumentaba se complejizaban las comunicaciones. De allí que tempranamente surgiera la instalación de botes, maromas y alguna balsa doméstica para facilitar la comunicación intertribeña.

La primera referencia oficial al respecto la constituye el permiso concedido en el año 1906 por el Ministerio de Obras Públicas de la Nación a los señores Ardohain y Bereterbide para instalar una balsa en el paraje Curacó. En dicho permiso –otorgado por decreto firmado por el presidente Figueroa Alcorta- se fijan las condiciones de prestación al igual que las tarifas que debían pagar quienes hicieran uso de ella, fueran pasajeros a pie, a caballo, animales, carros vacíos o cargados hasta con 3.000 kg; atención especial les cabía a empleados y gendarmes quienes transitaban sin cargo.

Años después, sin que quede claro hasta cuándo prestaron el servicio los mencionados balseros, formula un pedido de autorización para instalar una balsa “exclusivamente para uso particular” la firma Lana, Colado y Cía. Según argumentaban en su nota de enero de 1928, el artefacto era imprescindible para comunicar la casa de

comercio Cura-Có con la casa central en La Florida, y establecimientos ganaderos ubicados a un lado y otro del río.

Estos problemas fueron solucionados posteriormente con la construcción del puente vial aún existente, emprendimiento dirigido por la Dirección General de Puentes y Caminos que ya en esos momentos había celebrado el contrato con la firma Talleres Metalúrgicos San Martín S.A. para la provisión de la parte metálica. Poco después se licitó su construcción y así al iniciarse la década del '30 el puente se convirtió en un hito que, sumado al otro que posteriormente se construyó sobre el río Colorado, permitió conectar la región pampeana con el alto valle del río Negro y Neuquén, y con el área turística cordillerana. Puelches pasaba a ser de esta forma un punto de referencia en el largo camino desde la costa a la cordillera.

Foto N° 10.5: Puente del Salado en Puelches.

La escasez de agua para consumo humano

Como se mencionara en los comienzos del artículo, el agua apta consumo humano es una de las carencias más serias en la extensa historia puelchina. La presencia de un río de aguas salobres, las vastas extensiones de suelos salinizados y la infiltración de sales al subsuelo, hicieron del agua dulce un bien inapreciable.

La mayor fuente de aprovisionamiento proviene del agua de lluvia y por ello el acopio de la misma ha sido una constante frente a la escasa o nula disponibilidad de aguas subterráneas de buena calidad; las pocas reservas siempre se localizaban en áreas medanosas que actuaban como reservorios de agua de lluvia. Pero, si se tiene en cuenta que las precipitaciones oscilan en unos 350 mm anuales en una zona semiárida como es ésta, con altas temperaturas veraniegas, el consumo de agua consecuentemente es elevado y se agota con rapidez.

Estas circunstancias, y en la medida en que el caserío inicial fue creciendo a la par que el río perdía su entidad, llevaron a los pobladores a reclamar al gobierno territorial una solución a la problemática de la escasez hídrica. Ello sucedió fundamentalmente durante la década del '30, etapa en la que también descendieron los valores de precipitación.

En 1938 se formuló un pedido a través de la comisión cooperadora de la escuela N° 102, en el que se manifestaba la necesidad de una perforación pues el problema del agua se había agudizado, al haberse bajado las napas y haberse agotado el agua de los aljibes. Por entonces, hacía cuatro meses que no llovía y la situación era alarmante. Ante esta situación, el gobernador transfirió el pedido al gobierno nacional, que respondió por medio del decreto 8341 del año 1943, asignando fondos para realizar un estudio en búsqueda de agua potable. Debido a que no hallaron tal fuente, se decidió la construcción de un aljibe comunal que abasteció a los habitantes pero con los riesgos y problemas que son de suponer.

El agua para consumo humano: los testimonios de los pobladores

1- *“En Puelches nunca hubo agua, ni en los campos ni en el pueblo, a veces el pueblo era peor porque si no llovía no tenían agua. Ellos tenían un aljibe grande de chapa, con esos se juntaba agua para todo el pueblo. Había también un pozo de agua dulce de donde se sacaba el agua, estaba en el cajón del río, de ahí se sacaba (...) [la gente que sacaba agua] era del pueblo porque en el campo siempre había agua, lo que pasa es que el agua no era linda, era fea pero estábamos todos acostumbrados”.*

Fuente: Testimonio de Josefina Maldonado.

2- *“El agua era el problema más grande que teníamos. Cuando nos fuimos a vivir allí el agua del río Salado estaba muy cerquita de la casa... ya cuando fuimos a vivir ahí estaba salada pero igual la tomábamos y lavábamos con eso y después mi papá hizo el pozo donde había agua buena y mucho más lejos quedaba; entonces la traían en damajuanas, botellas. Se hacían más o menos dos viajes por día...”*

Fuente: Testimonio de María Elena Álvarez.

3- *“La señora Andrea Guanchul tenía un aljibe hecho de piedra, muy lindo, un rancho feo y un aljibe lindo. Lara también tenía. La Inocencia Fresco, allá en la casa hecha de piedra, también tenía una aljibecito chico. La escuela, construida por Guancarra tenía también una aljibe grande. Doña Nora también les daba, que no les faltara para los chicos, pero les daba a los vecinos para que lavaran los pañales de los chicos, para que*

tomaran agua sobre todo, para que tomaran unos mates. Varias personas que vivían en el río hacían pozos sobre el río seco y tenían agua para la higiene, para regar y para los animales de ellos”.

Fuente: Testimonio de Juana Talía.

Con posterioridad a los intentos de obtener fuentes de agua potable, la situación se agravó aún más con el corte del río Atuel en Mendoza en 1947. La construcción del dique El Nihuil implicó una marcada disminución en los caudales que escurrían por el río Salado que llegan hasta su desecamiento causando un tremendo impacto ambiental y social sobre toda la comarca ribereña.

Entre los muchos perjuicios pueden citarse el desecamiento generalizado de los campos de pastoreo próximos al río, la disminución de ganado, el empobrecimiento de los pobladores, la emigración hacia otras latitudes, y daños ecológicos; además de castigar duramente a la actividad pesquera que se desarrollaba en la laguna La Dulce desde los años '30. En este caso significó lisa y llanamente la desaparición de las pesquerías como consecuencia del secado de la laguna. Todos aquellos pescadores y sus familias, los transportistas que llevaban el producto a otros mercados y los comerciantes de la producción perdieron su fuente de trabajo (véase para más detalles el capítulo 7).

Importando agua

Con la provincialización de La Pampa se dieron diversos pasos hacia el conocimiento de las características hidrológicas provinciales: se crearon organismos específicos, se efectuaron prospecciones y estudios de fuentes de agua seguras y confiables aunque, lamentablemente no se daba respuesta al reclamo de la población de Puelches que, en muchos casos, debía abastecerse con agua transportada en camiones desde el Valle Argentino o General Acha.

Buscando una solución surgió la posibilidad de abastecerse por medio de un ramal del acueducto que, partiendo desde Puelén, abastecía a La Reforma y Chacharramendi. Es así que se construyó un ducto de 81 km de longitud para abastecer de agua potable a Puelches y a la subestación transformadora de la línea eléctrica de alta tensión que viene desde El Chocón con destino a Buenos Aires.

Esta obra, inaugurada en 1979, significó un notable adelanto aunque con el paso de los años y el crecimiento poblacional se hizo necesario fortalecer la provisión de agua potable, contándose en la actualidad con el aporte de otro acueducto que llega desde Casa de Piedra. Aun así, en ocasiones suelen plantearse inconvenientes en el funcionamiento de las bombas o por roturas de cañerías, y se repite el drama de la falta de agua. Pareciera que el estigma de la escasez es una constante histórica de la que es muy difícil desprenderse.

Reclamos pampeanos por los cortes de los ríos

Los reclamos pampeanos tendientes a lograr la restauración de los caudales del río Salado y su afluente Atuel constituyen toda una epopeya histórica. Desde diversos organismos, instituciones, poblaciones y variados actores sociales se han elevado voces reclamando la vuelta de los ríos. No es suficiente el espacio disponible como para extendernos en la larga lucha sostenida por pobladores y gobernantes para obtener el recurso hídrico tan ansiado pero recuperaremos algunas instancias que muestran cómo en el paso del tiempo los reclamos se han mantenido e intensificado.

Un documento muy interesante, elaborado durante el gobierno de Miguel Duval en 1946, incluyó un subtítulo denominado “Sobre el libre curso de los ríos interprovinciales Atuel y Salado”. En este capítulo, que se presentó al Primer Congreso Argentino del Agua celebrado en Mendoza, se hicieron notar los tremendos daños que sufrían los departamentos regados por el río Salado-Chadileuvú debido a los cortes realizados aguas arriba. Esta presentación (publicada en el documento *Aprovechamiento de la riqueza hídrica del Territorio Nacional de La Pampa*, de Miguel Duval) mereció una respuesta formulada desde el Congreso del Agua que expresó: “*El Poder Ejecutivo Nacional regulará por intermedio de la Administración Nacional del Agua, el uso y el aprovechamiento de las aguas de ríos y corrientes subterráneas que atraviesen dos o más provincias ó una provincia y un territorio ó cuando nacieren en una provincia o territorio y murieren en otro, a fin de asegurar su racional y armónica utilización en todo su curso de acuerdo con la población y necesidades de cada provincia o Territorio*”.

En el documento original también se hacía referencia a la problemática del abastecimiento de agua para los pueblos pampeanos y ello se analizaba bajo el subtítulo “En La Pampa es urgente realizar perforaciones profundas para la provisión de agua potable a las poblaciones”. Allí se señalaba a Curacó como un área de suma escasez y la búsqueda iniciada en 1943 ya descrita anteriormente.

En el año 1950 se realizó una gran movilización en la capital territorial que derivó en una asamblea popular dirigiéndose al presidente de la Nación para efectuarle reclamos por la interrupción del Atuel y sus consecuencias sobre el Salado y la población.

Pero sin duda es el año 1973 el momento que marca una fuerte revitalización de los reclamos pampeanos. La creación de la Comisión Popular de Defensa de los Ríos Pampeanos (C.O.P.D.R.I.P.) en abril de ese año es un ejemplo de participación de la comunidad puesto que fueron 56 las entidades santarroseñas que se aglutinaron, a las que luego se agregaron representaciones de otras localidades. Uno de los actos más destacados lo constituyó la “Marcha al Salado”, que impulsada desde Victorica pedía por el regreso del agua.

La efervescencia popular alcanzó al gobierno democrático instaurado ese año, y así el gobernador José Aquiles Regazzoli junto a todo su gabinete y administración inició una política que aún perdura, orientada a intensificar los reclamos acudiendo a todos los foros disponibles. En ocasión de celebrarse la Semana de La Pampa, el 21 de octubre de 1973, se realizó la “Marcha a Puelches”, en la que no sólo se contó con las características protocolares habituales de este tipo de celebraciones, sino que fue una toma de posición muy firme en cuanto a la restitución del agua. La convergencia de representantes del gobierno y organizaciones sociales logró un multitudinario acto en el que se reunieron más de 800 personas, y que contó con la presencia de enviados de los medios nacionales como radios, diarios y canales de televisión.

Se entendía que la recuperación del río contribuiría a mejorar notoriamente la calidad de vida de todos los esforzados habitantes del Oeste en general y de Puelches en particular. Según la publicación gubernamental llamada *Semana de La Pampa*, decía el gobernador en un párrafo: “...nuestra presencia de hoy aquí a las márgenes del Salado, reviste un profundo significado para la historia provincial. Esta creciente, que después

de veinte años, escurre bajo el Puente de Puelches coincide con un enérgico despertar de pueblo y gobierno pampeanos en torno a los indiscutibles e imprescriptibles derechos de nuestra Provincia a compartir los caudales de la cuenca del Desaguadero-Salado”.

La participación de la comunidad en ese reclamo fue amplia y masiva, y quedó como testimonio del reclamo pampeano la colocación de una placa recordatoria en el viejo puente de hierro. Por otra parte, las noticias sobre el acto alcanzaron repercusión nacional lo que quedó reflejado en los periódicos más importantes de la época.

Obras y proyectos

Mientras estos sucesos ocurrían hubo gente que se planteaba realizar algún tipo de obra que ayudara a paliar la falta de agua pensando, en este caso, realizar una pequeña obra de endicamiento con la finalidad de captar el escaso caudal de agua que llegaba por el cauce. Este es el caso del conocido “Dique Los Lara”, el que fuera construido por la familia de ese apellido a fines de la década del `60 y puesto en servicio en 1970. Fue construido sobre el cauce del río Curacó a unos 5 km aguas abajo del puente de la ruta N° 152, y se solventó gracias a un crédito del Estado y fue cumpliendo su función aunque paulatinamente se colmató –es decir, se rellenó- por el acarreo de sedimentos fluviales. Hoy en día constituye un pequeño escalón que el río salta en los momentos en que crece periódicamente.

Foto N° 10.6: Dique Lara (gentileza Secretaría de Recursos Hídricos de la Provincia de La Pampa).

Poco tiempo después desde el ámbito oficial se contrató un estudio con vistas a encauzar el río Salado-Chadileuvú desde su ingreso en La Pampa hasta la zona de Puelches, buscando aprovechar los caudales que discurren por su cauce. La empresa consultora propuso un plan de obras que, para la comarca de Puelches, implicaba la construcción de un canal artificial en el tramo final anterior a la localidad a fin de conducir las aguas hasta el embalse terminal en Puelches, *“a establecerse mediante la construcción de dos pequeñas presas de tierra sobre el cauce del Salado, básicamente*

destinado a actividades recreativas”, según consta en el informe elaborado por Interconsul Consultorios Asociados.

Aunque condicionado por las crecidas, la alta evaporación regional y la infiltración, el lago a crearse alcanzaría a unas 1.000 has con una profundidad de unos 14 m y un volumen próximo a los 40 hm³. Según el informe mencionado en el párrafo anterior, *“el posible cuenco que se ha podido detectar se extiende desde unos siete kilómetros aguas abajo del cruce de la ruta nacional N° 152 – donde se ubica el cierre principal – hasta uno cuatro kilómetros aguas arriba de dicho puente, incluyendo la depresión lateral conocida como Bajo de Patiño”*. El estudio, si bien no se ha aplicado realizando las obras previstas, mantiene su vigencia y es objeto de revisión como una alternativa para evitar los grandes derrames laminares que se producen con las crecidas, así como para almacenar agua frente a los períodos de escasez.

El río Curacó y sus llegadas al Colorado

A lo largo del artículo se ha mencionado en varias oportunidades al río Curacó como tramo terminal del gran sistema hídrico del Desaguadero-Salado; si bien este tema no está relacionado directamente con la historia de Puelches, tiene que ver con el hecho de la gran alteración sufrida por el curso de agua.

El Curacó (Agua de la Piedra) se alimentaba con los desbordes de la laguna La Amarga cuando ésta llenaba su cuenco. En la medida que los aportes se redujeron la laguna dejó de desbordar y el río dejó de llegar con sus aguas al Colorado, haciendo que el cauce quedase seco.

Foto N° 10.7: Confluencia Curacó-Colorado (gentileza Administración Provincial del Agua).

Durante el siglo XX en muy contadas ocasiones llegó a producirse el encuentro entre ambas cuencas pero cuando ello sucedió –sobre todo en los últimos veinte años– se produjeron grandes inconvenientes en la zona de riego del valle inferior del río Colorado debido a la alta salinidad que llevaba el río Curacó, lo cual dañó severamente los cultivos de la provincia de Buenos Aires. Para evitar este problema se construyó un “tapón” que con un sistema de compuertas controlaría los derrames cuando los hubiese.

Dicha construcción, conocida como “Tapón de Alonso”, ha generado un pequeño embalse que es habitado por una miríada de aves acuáticas.

Foto N° 10.8: “Tapón de Alonso” (gentileza Secretaría de Recursos Hídricos de la Provincia de La Pampa).

Un párrafo especial lo merece el manantial de Curacó, ubicado unos kilómetros aguas abajo de Puelches, el que era alimentado con aguas semisurgentes que provenían de aguas arriba. Si bien eran saladas, el proceso de filtración ayudaba a disminuir su tenor salino y las hacía aptas para la bebida.

Una epopeya que continúa

Puelches, población situada en el sector terminal de una inmensa cuenca hídrica, se presenta como un ejemplo paradigmático de lo que sucede cuando el hombre altera el funcionamiento de la naturaleza en aras de un supuesto desarrollo económico y social. La construcción de los grandes oasis de riego en el norte de la cuenca perjudicó notablemente a quienes viven en el sur sin que nada ni nadie pudiera impedir tal agresión ambiental y condenándolos a una situación de marginalidad no querida.

De allí que la lucha por el agua sea un problema cotidiano para quienes viven en la comarca, ya sea el agua para los pobladores, para el ganado, o para cualquier otro emprendimiento. Su búsqueda es una epopeya que no ha concluido y seguramente proseguirá. Cuesta pensar que los estoicos habitantes no puedan merecer un destino mucho mejor que el actual, muy distante de aquellos que soñaron generaciones anteriores. Seguramente de haberse contado con el agua tan ansiada, su futuro hubiera sido muy distinto.

Capítulo 11: Una escuela en el Oeste pampeano, la Escuela N° 102

María José Billorou

Puelches y su escuela, la N° 102, están indisolublemente unidos; es imposible entender el desarrollo histórico de la localidad sin analizar la historia de su único establecimiento escolar. En gran parte se debió a que el nacimiento del pueblo y el de la institución educativa se realizaron en forma simultánea; además, la escuela se convirtió en uno de los pocos referentes estatales que permanecieron a lo largo del tiempo. Poco a poco, se construyó un vínculo entre la comunidad y la escuela, que fue más allá del objetivo inicial de educar a los niños y alcanzó nuevas dimensiones.

“Los dueños de estas tierras eran indiecitos ávidos de progreso y con sed de educación”

El Libro Histórico de la Escuela -iniciado en 1946 por el director Antonio Quiroga, padeció las consecuencias del incendio que afectó las instalaciones en 1959 pero fue recuperado en su mayor parte y transcrito en 1960- presenta dos versiones en torno a los actores responsables de la creación del establecimiento escolar. Esta imprecisión reconoce variadas causas: en primer lugar, las características del archivo escolar en el cual los datos aparecían de manera fragmentaria, situación que se debía al escaso registro institucional y burocrático existente, *“mal que padecían la gente de aquella época”*. En segundo lugar el organismo estatal responsable de su origen, el Consejo Nacional de Educación, tampoco poseía un archivo acabado de las circunstancias de su fundación; de ahí la ausencia de respuesta ante una nota de pedido de información detallada promovida por las autoridades escolares el 15 de junio de 1946. A esto se sumó el alejamiento de la localidad y la consiguiente dificultad para su localización de los dos primeros directores, Silvio Bianchetti y Atanasio Mayor, organizadores centrales de la institución escolar en sus primeros años de vida. Esta inexistencia de información oficial transformó a los relatos orales de los primeros vecinos en referentes clave.

Sin embargo, en el vecindario se construyeron dos explicaciones diferentes sobre la fundación de la escuela que develan a su vez diferentes visiones sobre la relación entre la escuela y la comunidad. El Sr. Feliciano Lana, propietario de una casa de comercio, antiguo vecino y representante de los sectores más acomodados de la pequeña población, sostuvo que el responsable de efectuar el pedido de instalación de la escuela fue el Sr. Feliciano Hernández, encargado del Registro Civil de la localidad. De esta manera, este relato enfatizó el accionar del propio Estado a través de sus instituciones y agentes en la construcción de su desarrollo. La segunda interpretación, en la voz de Don Francisco Ñankufil Calderón (h), uno de los primeros alumnos y perteneciente al grupo indígena de la población fundadora, identificó a su padre, el cacique Calderón, como la figura que propugnó la creación. El tiempo consolidó esta descripción del proceso de surgimiento de la Escuela, en tanto brindaba un panorama más certero de las relaciones entre la sociedad y las frágiles instituciones estatales. En el discurso elaborado en 1966 por la directora Nora Mendoza de Tomás, durante las celebraciones del sesenta aniversario, rescató el protagonismo del cacique Calderón, *“quien se presentó ante las autoridades escolares en Buenos Aires para pedir la creación de la casa de estudios”*.

El surgimiento de la organización educativa institucional en el Territorio Nacional de La Pampa, en la mayoría de los casos, tuvo como principales gestores a los respectivos vecindarios movilizados a través de sus incipientes instituciones municipales. De esta manera, la instauración de escuelas fue el objetivo esencial en los primeros años de vida de los nacientes pueblos pampeanos. En el caso de Puelches, la comunidad formada mayoritariamente por indígenas, en pos de este propósito, recurrió a su autoridad política tradicional: el cacique.

La escuela se inauguró el 11 de junio de 1906, bajo la dirección de Silvio Bianchetti, que constituía el único personal docente, con catorce alumnos. Durante el año lectivo se incorporaron cuatro alumnos más y el total de la población escolar en el primer año de vida alcanzó los dieciocho estudiantes. Sin embargo, una gran parte del alumnado, cuatro del total (el 22%), poseía la edad máxima impuesta por la ley: los 14 años.

Las clases comenzaron en un local alquilado, la elección del mismo recayó en el director que, según el Libro Histórico, se puso en contacto con los Sres. Otero y Francisco Ñankufil Calderón “*con el objeto de elegir el local para la escuela*”.

Cuadro N°1: Nombre y Edad de los primeros Alumnos (1906)

Froilán Rodríguez	6 años
Emilio Díaz	7 años
José Pichihuinca	7 años
Juan Anquito	8 años
Margarita Huelén	8 años
Florentina Tripailau	9 años
Rodríguez	9 años
Mauricio Lallana	10 años
Antonio Montiel	10 años
Dolores Colman	11 años
Francisco Ñancufil	12 años
Martiniano Colman	12 años
Casiano Linconco	12 años
Florentino Villaguil	12 años
Ceferino González	14 años
Nicasio Lallana	14 años
Sixto Álvarez	14 años
Juan Zapiola	14 años

Fuente: Libro Histórico. Escuela N° 102. Elaboración propia

“Los desterrados en el desierto”

La escuela, desde su creación en 1906 hasta noviembre de 1914, fue de *ubicación fija*; luego se convirtió en *escuela ambulante* desde marzo de 1915 hasta noviembre de 1920. María Marta Cayre y otras autoras analizan cómo la creación de estas escuelas respondía a los lineamientos de la Ley N° 1420 en su artículo 11, que las

había previsto como respuesta a las necesidades educativas de poblaciones “muy diseminadas” para las cuales las escuelas fijas no presentaban “ventajas”; asimismo en el artículo siguiente, el 12, se establecieron los contenidos mínimos a dictar en ellas: “*lectura, escritura, aritmética; moral y urbanidad; nociones de idioma, geografía e historia nacional*”, así como una explicación general de la Constitución Nacional.

Desde los inicios del Territorio Nacional de la Pampa, las máximas autoridades educativas, los inspectores, reclamaron el establecimiento de este tipo de instituciones escolares. En 1912, Raúl B. Díaz, inspector general, en su *Informe Anual* planteaba que la dinámica demográfica de los territorios nacionales generaba inconvenientes para la organización de una estructura educativa; en tanto el movimiento permanente de la población imposibilitaba un acompañamiento adecuado de sus necesidades de educación. En 1913, el inspector del Territorio Nacional de la Pampa, Mariano Arancibia, reiteraba en una nota publicada en la *Revista de Educación de los Territorios Nacionales* la importancia de la instauración de escuelas ambulantes para las zonas del Territorio donde la estructura productiva basada en el arrendamiento no facilitaba la instauración de colonias agrícolas permanentes. Así, la estructura productiva generaba un poblamiento que provocaba desigualdad, al excluir de los servicios educativos “*a más de seis mil niños en toda La Pampa*”. Entre las propuestas elevadas por el inspector Arancibia se hallaba la creación de “*dos escuelas ambulantes para la región del Salado*”.

La transformación de la escuela de Puelches -originariamente concebida para admitir a los alumnos de la localidad- en ambulante, respondió a diferentes situaciones específicas de las necesidades educativas de la región. En primer lugar, de esta manera se intentaba, con una inversión mínima que maximizaba los insuficientes recursos humanos así como de infraestructura disponibles, atender a los alumnos de las zonas aledañas imposibilitados de concurrir a instituciones escolares cercanas. En segundo lugar, permaneció la oferta de servicios educativos a una muy reducida población escolar en Puelches los primeros seis meses de cada ciclo lectivo; las razones de esta continuidad se enraizaban en la existencia de una comunidad pequeña pero estable. En 1918, la escuela residió todo el año en Puelches, los dos años siguientes, tal como lo muestra el cuadro siguiente, circuló entre Puelches y La Japonesa, localidades que se

consolidaron en el área como núcleos de población permanente. El 10 de septiembre de 1920, las páginas del diario *La Capital* reflejaban la decisión de reestablecer en forma permanente la escuela infantil en Puelches donde existía, para esa época, “suficiente población escolar”. Así, para el inicio del año escolar de 1921, la Escuela N° 102 abrió las puertas en Puelches.

Cuadro N° 2: Localización de la Escuela Ambulante N° 102 (1915-1920)

Año	Desde	Hasta	Ubicación
1915	Marzo	Julio	Puelches
1915	Julio	Noviembre	La Florida
1916	Marzo	Julio	Puelches
1916	Julio	Noviembre	La Estrella
1917	Marzo	Julio	Puelches
1917	Julio	Noviembre	Santa Nicolasa
1918	Marzo	Noviembre	Puelches
1919	Marzo	Julio	Puelches
1919	Julio	Noviembre	La Japonesa
1920	Marzo	Julio	Puelches
1920	Julio	Noviembre	La Japonesa

Fuente: Libro Histórico. Escuela N° 102. Elaboración propia

Durante esos años, a pesar de poseer un ciclo lectivo más corto, de sólo cinco meses, la comunidad escolar no permaneció inactiva; adoptó, con diligencia, aquellas iniciativas propiciadas por los inspectores zonales en todo el Territorio Nacional de la Pampa. Dos inspectores de escuelas en los Territorios Nacionales, Mariano Arancibia, a cargo de la inspección con sede en Santa Rosa, y Eduardo Sosa, con sede en Posadas, estimularon durante la década de 1910 la creación de sociedades de escolares. La investigadora Sandra Carli analizó estas acciones dentro de un marco más amplio, la difusión de las ideas del pedagogo Carlos Vergara que intentaron mejorar y democratizar la estructura del sistema educativo oficial. Así, Vergara configuró un nuevo discurso acerca de los niños, basado en su naturaleza bondadosa, la

espontaneidad y el estímulo a la autonomía infantil en el espacio escolar. Sus ideas sobre la posibilidad del *gobierno propio escolar* fueron especialmente impactantes; de este modo, buscaba alentar la autoeducación. En la realidad escolar concreta, la autonomía infantil podía lograrse con un cambio en la dinámica del funcionamiento escolar que implicaba la generalización de nuevas prácticas: la elección de autoridades, las reuniones de alumnos en los patios, la formación de sociedades infantiles.

Estas ideas se pusieron en práctica parcialmente en las escuelas de los Territorios Nacionales, a partir de la creación de las asociaciones infantiles “Todos A la Escuela”, estimuladas por las autoridades educativas a cargo del área: los inspectores. Hacia 1911 surgieron estas sociedades en las escuelas de Naicó, Telén, General Pico, Ingeniero Luiggi, Villa Mirasol, Anguil, entre otras localidades del Territorio. La *Revista de la Asociación de Maestros “Primer Centenario de Mayo”* planteaba claramente los objetivos de esta asociación: se buscaba con la creación de sendas instituciones escolares que “*las niñas y los varones*” desarrollaran “*libremente su acción*”; con este objetivo se organizaron diferentes actividades “*tendientes a mejorar la personalidad moral e intelectual de los mismos*”. Una amplia gama de tareas se desplegó bajo este marco: organización de fiestas escolares, actos patrios, instauración de bibliotecas escolares, colectas para reunir útiles, ropa y todo elemento necesario para el desarrollo institucional. En Puelches, encontramos un registro de la existencia de la Sociedad “Todos a la Escuela” en las notas dirigidas por dicha entidad al director del periódico *La Capital* durante los años 1916 y 1917. La asociación, que fue presidida primero por Luisa Gil y luego por Domingo Mayor, aspiró, a través de la correspondencia con el principal diario territorial para el período, tanto a materializar su existencia con “*un pequeño rinconcito en el periódico*” como a obtener una bandera que flameara “*movida por el puro aire de estas hermosas pampas*” a través de un “*pequeño óbolo por intermedio de la prensa*”. Esta estrategia exitosa, en tanto consiguieron ambos objetivos, revelaba el compromiso de la comunidad, especialmente de los alumnos, en el sostenimiento de la escuela.

La Sociedad Cooperadora, “la única entidad organizada existente”

En mayo de 1936 se organizó la Cooperadora Escolar en pos de colaborar con el sostenimiento de la institución. Según la edición del 15 de mayo de *La Arena*, satisfacía “una sentida necesidad”, ya que buscaba con los pocos “recursos sociales que pueden obtener” dar respuesta a las permanentes penurias que atravesaba la población escolar. Esta situación se debió a que el “90% del alumnado mal vestido y alimentado provenía de hogares indigentes”; a esto se sumaban las “largas caminatas para llegar a la escuela”. El vecindario, movilizado, intentó transformar esta situación.

Cuadro N° 3: Primera Comisión Directiva de la Cooperadora Escolar (1936)

Presidente: Julio Guillerat

Vicepresidente: Diego Plumkerlt

Secretario: Erasmo Olmedo

Prosecretario: Francisco Marrón

Tesorero: José Luis Tabarés

Protesorero: Bernardo Cueto

Vocales: Raúl Bouchés, Angelino Mayor, Jacinto Matus, Laureano Cardín, Cipriano Durán y Domingo Etchecopar.

Fuentes: Diario *La Arena* (15 de mayo de 1936) y Libro Histórico de la Escuela 102. Elaboración propia.

La actividad de la cooperadora fue incesante; en un primer momento se abocó a remediar las carencias más indispensables del alumnado. Precisamente, una gran parte de los esfuerzos se concentró en la obtención de los elementos indispensables para el aprendizaje. La adquisición de cuadernos, útiles escolares, libros y revistas, se convirtió en el objetivo inicial que convocó a los miembros de la comunidad local organizados en la novel institución. Recibieron donaciones tanto de pobladores de Puelches (en 1936, de Juan Finochetto y Mónaco) como de diferentes personas residentes en Santa Rosa y en Buenos Aires. Su obra en favor de los niños también se orientó a responder a las carencias de vestimenta de los alumnos. El jefe de policía, José Marco Carioni, el 26 de agosto de 1937 fue el responsable de “disponer la donación de ropas” para los niños necesitados que se distribuyeron a través de la Asociación. *La Arena* describía la condición de los alumnos, “en su casi totalidad indigentes”, y relataba la importancia

de la iniciativa. Otra de las acciones llevadas adelante por la institución fue la adquisición, en marzo de 1941, de un equipo radiotelefónico compuesto por un “receptor, fono y micrófono” que constituyó un valioso “elemento de cultura”. Permitió romper el aislamiento de la localidad y los niños a través de la escucha de programas ampliaron su vinculación con el mundo. La radio se transformó en un instrumento colaborador “eficaz del maestro y motivo de educación placentera para el niño”. De esta manera, la propia comunidad a través de diferentes estrategias, como rifas, fiestas y donaciones, no sólo respondió dentro de sus posibilidades a las más urgentes carencias materiales del alumnado, también intentó generar lazos más allá de la localidad que posibilitaran un mayor acceso a los bienes culturales.

Foto N° 11.1: Actividades en la Escuela en 1938.

La Asociación implementó como una de sus primeras acciones, el 31 de julio de 1936, la elaboración de un Boletín cuyo propósito inicial, según sus propias palabras, era el “informar a los asociados y vecinos la labor desarrollada”. Al año siguiente, en 1937, se incorporó dentro de la humilde publicación la Hoja Escolar, donde se publicaban los trabajos de los niños. La publicación destacaba: “los pequeños colaboradores han trabajado con constancia y dedicación”, e informaba que eran responsables de la elaboración de “composiciones, de colorearlo y últimamente de la redacción de la parte noticiosa”. Los diarios del Territorio recibían el modesto periódico y resaltaban la importancia de su labor: “única publicación periódica que se edita en esa lejana localidad pampeana”. Consideraban que, más allá de “su modesta presentación mimeográfica”, servía tanto a “los intereses de la Escuela N° 102 y los de su entusiasta Asociación Cooperadora” como al progreso general del Territorio al instituirse en “la única publicación que aparece en la localidad y en muchas leguas a la redonda”. De este modo, su meta no podía circunscribirse a la elevación del “nivel cultural de la población infantil de esa escuela” en tanto facilitaba sus medios de expresión; sino que su misión era mucho más integral, “una plausible tarea de divulgación”. Toda la sociedad pampeana, entonces, debía respaldar y “auspiciar en

toda forma” esta iniciativa que desde Puelches se convertía en baluarte de civilización y progreso.

Paulatinamente, a partir del éxito obtenido en las diferentes actividades realizadas, la Asociación Cooperadora se transformó en destinataria de los problemas de la comunidad. De esta manera, se movilizó por la implementación de soluciones a los problemas de la localidad; según una nota elaborada por su Comisión Directiva, “*se ha hecho un deber interesarse por iniciativas generales de bien colectivo*”. El nombre del pueblo, la colocación de un mástil en el poblado, la instalación del telégrafo nacional, la perforación para la obtención de agua potable, el establecimiento de un tanque cisterna, se establecieron como propósitos que movilizaron a la Cooperadora en las décadas del ‘30 y del ‘40. Este protagonismo no sólo fue el producto de la inexistencia en Puelches de otras asociaciones civiles, ni de la eficacia de sus acciones en pos de la educación, sino de la acción de sus integrantes. Ellos consideraban que solamente “*logrando una mejora a favor de los pobladores de la región*”, su objetivo inicial, el fomento y apoyo de la educación, se consolidaría.

Foto N° 11.2: Acto en la Escuela, 25 de Mayo de 1938.

En noviembre de 1944 también se organizó la Asociación de Ex Alumnos, que sin embargo no perduró en el tiempo. Fue reorganizada sucesivamente en dos ocasiones, primero en 1946 y luego a principios de los años ‘50, por la entonces directora Elsa Rodríguez de Pumilla que estableció el estatuto de la entidad.

El comedor escolar: una batalla contra el hambre

La crisis económica mundial de la década del ‘30 afectó a la población pampeana. A las dificultades que se generaron en el comercio internacional, especialmente los cambios en los mercados de productos primarios, se sumó otro factor de incidencia local. En los primeros años de la década, el territorio fue afectado por una dura crisis agroclimática, una sequía prolongada que perjudicó en especial a las áreas rurales. Ambos fenómenos provocaron un fuerte impacto económico social, ya que la

desocupación y las migraciones aumentaron en el Territorio. El impacto social provocado por la crisis agrícola y económica afectó especialmente a los niños en edad escolar que vieron restringidas sus posibilidades de acceso a la educación.

Desde comienzos de la década de 1930, los docentes de varios pueblos pampeanos sostuvieron con 50 centavos mensuales de su salario un comedor escolar para más de cincuenta niños. El sostén presupuestario de los comedores, originalmente a cargo de los docentes de Santa Rosa, General Pico, Trenel, Anguil, Eduardo Castex, Victorica, General Acha e Intendente Alvear, se trasladó primero a los vecinos y luego a las respectivas municipalidades, como ha explicado María Silvia Di Liscia. El mantenimiento del Comedor Escolar en Puelches recayó exclusivamente, desde los primeros tiempos de su funcionamiento a partir de 1937, en los vecinos organizados en la Asociación Cooperadora.

La generalización de los comedores en La Pampa indujo a que las autoridades territorianas buscaran financiamiento en las distintas dependencias del Estado Nacional. La Comisión Nacional de Ayuda Escolar del Consejo Nacional de Educación comenzó a realizar aportes para su funcionamiento. A partir de 1938, ante la situación cada vez más acuciante descrita por el diario *La Capital*, de “*centenares de niños que no pueden concurrir a las aulas por falta de ropa y de útiles y los hay, esto es lo más triste y lo más grave, y en cantidades, que no pueden asistir porque carecen de alimentos*”; resolvió la instalación de seiscientos comedores a su cargo en todo el país. Sin embargo, su efectiva concreción se dilató en el tiempo. Las páginas de *La Arena* del 14 de julio de 1939 sostenían que, a pesar de “*la oficialización del Comedor Escolar*”, éste aún no se había concretado en la localidad. La ayuda estatal se hacía imperiosa para mejorar su servicio y asegurar su estabilidad. Además, permitía que la cooperadora pudiera “*destinar sus recursos y acción a otros aspectos de la vida escolar*”. Finalmente, los datos de la Guía Escolar de 1942 demostraron que el comedor recibió subsidios para su mantenimiento tanto de la Comisión Nacional de Ayuda Escolar como del Consejo Nacional de Educación. El comedor, bajo la supervisión del director de la escuela y de la Asociación Cooperadora, brindaba alimentos diariamente a cincuenta niños. Hacia 1945, los escolares atendidos en el Comedor alcanzaban los cuarenta y siete, pero la

labor desarrollada era insuficiente para satisfacer las demandas alimenticias de la población infantil.

Sin embargo, esta institución no lograba resolver los problemas más graves que afectaban a los pobladores de la zona. *Noticias Gráficas* en su edición del 14 de agosto de 1943, bajo el título “Desnutrición y analfabetismo en el oeste pampeano”, describía las condiciones de vida de los pobladores del Oeste del Territorio Nacional de La Pampa. Los niños que acudían a la escuela pertenecían a “hogares que se desenvuelven en medio de gran pobreza”; por lo tanto, en muchos casos, “el niño no tiene más alimento que el proporcionado por el comedor de la escuela a la que concurre”. Estas raciones, lejos estaban de responder a la totalidad de “las necesidades del organismo del niño”. La desnutrición, por lo tanto, afectaba a gran parte de los niños del Oeste pampeano.

Esta situación fue denunciada nuevamente en 1947 por uno de los pocos agentes estatales existentes en la región, la policía. Detallaba, en su informe, la condición de quince familias “carente de recursos en su totalidad” debido a la prolongada sequía que había provocado la pérdida de los pocos animales, único medio de subsistencia. La insuficiente alimentación, sustentada básicamente en la caza de piches y vizcachas, ocasionó la desnutrición. A raíz de la denuncia, a partir de 1948 se generó una Comisión Pro- Ayuda al Oeste que instrumentó el reparto de mercadería indispensable: azúcar, yerba, arroz, fariña, maíz pisado, harina de trigo y de maíz, trigo y fideos.

La creación de un internado regional

La Arena, en su edición del 9 de marzo de 1937, señalaba las dificultades que enfrentaban los alumnos para concurrir a la escuela con regularidad; la insuficiencia de “elementos con que hacer la concentración de niños (camión o charrets)” de las inmediaciones se planteaba como un obstáculo para lograr el cumplimiento de la obligatoriedad escolar. La cantidad de inscriptos alcanzó en 1937 los setenta alumnos; esta cifra permaneció constante en los siguientes años. La *guía escolar* realizada en 1942 por el Ministerio del Interior recabó un número similar de inscriptos, setenta y uno -cuarenta y siete varones y veinticuatro mujeres- para octubre de ese año. Sin embargo, esta cifra se encontraba muy lejos de comprender la totalidad de la población en edad

escolar. Los diarios territorianos, especialmente *La Arena*, incesantemente denunciaban el incumplimiento por parte de las autoridades nacionales de la escolarización obligatoria establecida por la Ley N° 1420; así el 26 de agosto de 1937 manifestaba que el analfabetismo en la región llegaba “a la preciosa cantidad del 90% del total de la población a groso modo considerada”.

Como observamos en el cuadro siguiente, la cantidad de niños que concurrían a la escuela en la zona rondó casi sin variaciones en sesenta alumnos a lo largo de los siete años analizados -de 1935 a 1942-; sin embargo, la población en edad escolar residente en el Departamento creció. Por lo tanto, la escuela de Puelches, única institución educativa estable del Departamento, no cumplía con la misión encomendada. La oferta educativa disponible en la región convergía en Puelches, puesto que la otra escuela presente en el área circundante, establecida en La Japonesa, tal como indica José Álvarez, tuvo una vida errática. Este establecimiento, fundado en 1921, a partir de la clausura de la experiencia de la Escuela N° 102 como ambulante, se cerró en 1938. Aunque reabrió sus puertas en 1942 bajo la denominación de Escuela N° 78, dos años después se trasladó a una localidad, Chelforó, distante a 40 kilómetros de La Japonesa pero fuera del ejido departamental.

Cuadro N° 4: Datos sobre escolaridad y analfabetismo. Departamento Curacó (Años 1935-1942)

Años	Concurren a la Escuela	No concurren a la Escuela	Total de niños en edad escolar	Porcentaje de asistencia sobre el total de la población en edad escolar
1935	61	359	420	14%
1940	59	373	432	14%
1942	60	256	316	19%

Fuente: *La Arena*, Año 1940 y 1942. Elaboración propia

Así, la inscripción de todos los posibles alumnos y la constancia en la asistencia a la escuela de Puelches, se convirtieron en estrategias centrales para desterrar el analfabetismo de la región. *La Arena* del 26 de mayo de 1937 recogió esta iniciativa en

sus páginas al sostener la importancia del aumento de la efectiva presencia de los niños en las aulas. Aunque lentamente, se produjo el crecimiento de la matrícula, gracias a que, en primer lugar, *“una creciente cantidad de niños”* concurría regularmente. A esto se sumó la creciente gravitación que la escuela desempeñaba en la zona, situación que se observaba en que *“mes a mes se ha venido notando la mayor afluencia”* de niños. La escuela había logrado estos resultados gracias al interés puesto en pos de su concreción. Sin embargo, para resolver completamente la situación era necesaria una transformación institucional. La estructura productiva regional, así como la dinámica demográfica, determinaban la dispersión en la localización de la población. Sólo era posible cumplir con la obligatoriedad escolar a través de la concentración del alumnado. En la inmensa mayoría de los casos las familias carecían de los medios indispensables para asegurar diariamente el traslado hacia la escuela. La distancia entre escuela y hogares sólo podía ser cubierta a pie, y según el diario esto era *“un sacrificio superior a la voluntad que puedan tener los padres, por brindar a sus hijos el pan de la instrucción”*.

Foto N°11.3: Acto del 9 de Julio de 1939.

Desde comienzos de la década de 1930, los funcionarios gubernativos del Territorio exigieron a las autoridades educativas nacionales la modificación de los planes de estudio y la construcción de nuevos establecimientos que respondieran a las necesidades de la población rural, especialmente en las zonas más alejadas de los centros urbanos. Sin embargo, más allá de la coincidencia de autoridades nacionales y locales sobre el valor de las escuelas hogares como estrategia para generalizar la educación, su creación fue un proceso lento y complejo. Para 1939 se concibió la instalación de las dos primeras en las localidades de Telén y General Acha; sólo esta última se concretó recién hacia 1942. En 1940, el gobernador Miguel Duval solicitó al Consejo Nacional de Educación la instalación de una escuela hogar en Puelches, en pos de responder a las demandas educativas del Oeste pampeano, claramente evidenciadas en los datos de asistencia escolar y analfabetismo recogidos, especialmente en el Censo Escolar de 1940. La comunidad compartía el diagnóstico de la situación educativa

elaborada por los agentes estatales; de esta manera, no sólo apoyó las iniciativas oficiales sino que generó estrategias particulares. En abril de 1941, la Sociedad Cooperadora comunicaba en las páginas de su *Boletín* la apertura de una cuenta en el Banco Nación de la ciudad de General Acha “*para depositar los aportes pro Hogar Escuela*”. Numerosos vecinos entregaron sus contribuciones, entre los cuales se nombra a Andrés Arrese, Víctor Otero, Isidro López, Juan José Otero, Erasmo S. Olmedo, Eusebio Arrese, Alberto Gómez Huarte, Osvaldo Álvarez, Juan Mora, Ramón Gerez, Juan Arrese y Francisco Marrón.

El Consejo Nacional de Educación se mantuvo inexpugnable a los pedidos planteados, sin embargo el gobernador del Territorio, Miguel Duval, reclamó en variadas oportunidades con el apoyo de distintos argumentos. En 1943, dentro del análisis sobre “La instrucción pública en La Pampa”, se destacaba la importancia de las escuelas hogares, especialmente en “*los departamentos del Oeste y Sud Oeste de la Pampa*”. En ellos el problema educacional que estaba “*planteado por la dispersión de la población escolar en áreas extensas*”, sólo podría resolverse “*eficazmente mediante la creación de escuelas-hogares*”. Dentro de las ubicaciones convenientes para la instalación de establecimientos de este género, el Boletín mencionaba a “*Puelches (Departamento de Curacó), Colonia Veinticinco de Mayo (Departamento de Puelén) y Santa Isabel (Departamento de Chalileo)*”.

La instalación de una escuela hogar en la localidad de General Acha implicó la organización de tareas de divulgación y difusión del nuevo establecimiento que permitieran la inscripción y el traslado de niños. En 1943, con un año de vida, el número de alumnos internados alcanzaba los setenta; la llegada del visitador de Escuelas Hogares, Nicolás Ortiz, en octubre de ese año, promovió la organización de una gira de propaganda por el Oeste pampeano. Tres comisiones se dispusieron: la primera se dirigió a la zona comprendida entre la Reforma y Limay Mahuida, la segunda abarcó el trayecto que unía Chacharramendí con Limay Mahuida, mientras que la tercera se trasladó a Puelches donde abarcó “*la zona de influencia del lugar*”. El maestro Hernán Jiménez de la Escuela Hogar de Acha fue el encargado de este tramo, contó con la colaboración y compañía del juez de paz de Puelches, Julio Guillerat, “*quien puso su automóvil y la nafta necesaria al servicio de la comisión*”. Entre los

días 15 y 18 de octubre recorrieron las zonas de La Amarga, Curacó y La Japonesa hasta llegar a las orillas del río Colorado. Fueron visitadas quince familias que, según el informe, vivían *“miserablemente siendo pocos los que aspiran a mejorar sus condiciones de vida tanto en lo material como en lo espiritual”*. El éxito de la gira en el lugar se vio reflejado en el compromiso de asistencia de 22 niños.

En consecuencia, la consolidación de la Escuela Hogar en General Acha determinó la eficacia de la nueva organización para educar a la población rural dispersa y avivó la trascendencia de la creación de instituciones similares en el resto del Territorio. En una nota dirigida el 24 de febrero de 1945 por el gobernador Miguel Duval al Poder Ejecutivo, señalaba que los establecimientos fundados en Telén y General Acha *“llamados a ser modelos en su género”*, eran sólo el *“comienzo de la solución del problema del analfabetismo originado por la dispersión de la población escolar en La Pampa”*. El gobernador requería un plan de organización de instituciones similares para educar a *“cuatro mil niños pampeanos diseminados por la zona occidental del Territorio”*. Faltarían varios años para la construcción de escuelas hogares que atendieran las necesidades educativas de los niños del Oeste pampeano, sin embargo, en Puelches nunca se instaló una.

“Debemos concurrir a los actos patrióticos. Quien pueda, no debe faltar a ellos”

El proyecto educativo argentino, cristalizado a partir de la sanción de la Ley N° 1420, respondió a la necesidad de consolidar el Estado e incorporar a la Argentina al mercado mundial. La función recomendada a la escuela pública fue fundamentalmente de orden moral, orientada hacia la formación del ciudadano, figura que garantizó la unidad nacional y el funcionamiento de la estructura política. La educación primaria se convirtió en la herramienta central para la consolidación estatal, amenazada tanto por las tensiones regionales como por la llegada de la inmigración masiva. La institución escolar nació, pues, con un sentido misional, destinada a la inculcación de un nuevo mensaje: el amor a la escuela, a la ciencia y a la patria.

Los actos patrios fueron la manifestación más clara de la misión impuesta por el Estado a la estructura educativa, constituyéndose en articuladores de la vida escolar; ya que su preparación demandaba esfuerzo, tiempo y dedicación prioritaria.

La vida cotidiana de la escuela se alteraba con la proximidad de las fechas nacionales del período: las fiestas mayas y las fiestas julias. El desempeño de los alumnos brillaba en estas ocasiones al demostrar a toda la comunidad los conocimientos adquiridos; así todos los niños participaban en diferentes números que exhibían los saberes aprendidos en las aulas.

Programa de festejos del 9 de Julio de 1941

“Himno Nacional Argentino” cantado por todos los niños.

Palabras alusivas.

Los niños prestaron el juramento a la Bandera.

“Saludo a la Bandera” cantado por todos los niños.

“9 de julio” Poesía a cargo del niño Horacio A. Mayor.

“Patria, dulce patria” a cargo de Víctor Adan Gerez.

“En el día de la Patria” a cargo de Nélide Bruegno.

“Viva la Patria” cantado por todos los niños.

“Las fechas de la Patria” a cargo de Benito Navarro.

“Romancillo de la Bandera” a cargo de Josefa Amelia Cáceres.

“9 de Julio” a cargo de Julio Ramón Gerez.

“Bandera” a cargo de Delia Isabel Barbier.

“La lección del Escudo” a cargo de Marcelino Calluqueo.

“El Himno es un juramento” a cargo de Horacio Díaz.

“Mi Bandera” cantada por todos los niños.

Fuente: Libro Histórico. Escuela N° 102

La asistencia del vecindario no alcanzaba el brillo de los centros urbanos; sin embargo, a medida que se consolidaba el lugar de la escuela en la vida de la comunidad, los actos se transformaron en lugares de encuentro. En las páginas de *La Arena* del 24 de noviembre de 1937 se relataba el acto de fin de curso del año lectivo en curso, y la concurrencia del vecindario llamaba la atención. “*Más de cien personas asistieron al acto, considerándose como extraordinaria, dadas las características de la región*”. Así, los vecinos se acercaban cada vez más a la escuela. La popularidad de

los actos escolares provocó que en torno al calendario festivo se organizaran verdaderas fiestas populares. El 22 de octubre 1940 *La Arena* describió la realización de los festejos en conmemoración del Día de la Raza; al acto escolar efectuado el día 12 se sumaron tres días de fiestas populares, los días 11, 12 y 13, que giraron en torno a las carreras de sortija, el bazar, los bailes, y fundamentalmente un concurso de danzas regionales.

Desde los orígenes del sistema educativo territorial, las escuelas festejaron el Día del Árbol el 11 de septiembre. El origen de este festejo radicaba en la figura de Domingo Faustino Sarmiento, quien promovió la difusión de la importancia de la forestación a través de la escuela. Así, los actos escolares del Día del Árbol culminaban con la plantación de árboles, generalmente en los terrenos de la institución escolar. Hacia 1940 se estimuló desde la Inspección Seccional de Escuelas, en la figura de su encargado Juan B. Sanchos, la creación de viveros escolares. En Puelches se recibieron semillas de diferentes especies procedentes del Territorio Nacional del Chaco: jacarandá, lapacho, naranjo, palo borracho, viraró, para ser aclimatadas. La huerta escolar también fue una práctica que se desarrolló en la localidad a instancias de las experiencias de práctica agrícola llevadas adelante por varias escuelas del Territorio. Los niños desarrollaban actividades en la huerta los miércoles y sábados; las niñas atendían el jardín los lunes. Lo producido en la huerta contribuía al sostenimiento del Comedor Escolar.

Sin embargo, el fomento del arbolado se proyectó más allá de la escuela, la constitución de una Comisión del Arbolado que contaba con la colaboración de Vialidad revelaba la importancia del tema en la comunidad. Así, las ideas enseñadas desde la escuela, plasmadas en las páginas del Boletín Escolar de julio de 1941, sostenían que *“plantar árboles es demostrar ser bueno; cuidar los árboles es ser patriota; destruir los árboles es actuar en regresión a la barbarie”*, y rápidamente se difundieron en el pueblo. Las iniciativas de consolidar la plantación en la escuela y de arbolar tanto el ejido urbano como el trayecto de la ruta N° 152, se basaron en las enseñanzas y prácticas escolares. De esta forma, los maestros transmitieron una nueva imagen: el árbol no sólo era sinónimo de belleza sino también era el símbolo de la transformación humana de un espacio hostil. La máxima *“plantar árboles es servir a*

la patria, cuidarlos es obra de cultura” demostró tener una fuerte acogida en la localidad, que intentó, de esta manera, demostrar el grado de belleza y progreso alcanzado.

“La inercia oficial”

La comunidad educativa debió superar variadas dificultades para desarrollar plenamente su tarea. En primer lugar, una serie de obstáculos se plantearon en torno al edificio escolar. Desde 1912, la escuela alquiló un local situado a 800 metros del puente y a 100 metros al norte de la ruta 152. Hacia finales de la década de 1930, este inmueble no brindaba las comodidades necesarias; por lo tanto, el Consejo Nacional de Educación autorizó el traslado a un nuevo local más cómodo. La propiedad pertenecía a Francisco Marrón y estaba ubicada a 300 metros al sudeste del puente y a 100 metros al sur de la ruta 152. A pesar de que este nuevo edificio cumplió mejor con las necesidades escolares, se instaló en la localidad el anhelo de la construcción de un edificio escolar conveniente y adecuado.

Una nota de felicitación

“Puelches, 22 de noviembre de 1939.

Esta Dirección se complace en dejar constancia de la grata impresión que la tarea del personal ha causado en el concepto del Sr. Visitador, que en la fecha inspeccionara la escuela. Impresión que sintetiza en distintos párrafos de su informe, entre los que destaco los siguientes: ‘Es así como la escuela, por la acción inteligente del Director primero y ahora también de su personal, se ha conquistado el aprecio y el aplauso unánime del vecindario’... oportunidad en que también se hará una exposición de labores y se exhibirán trabajos primorosos y prácticos, confeccionados por las alumnas hábilmente dirigidas por las señoritas maestras, que en esa disciplina como en otros aspectos de la tarea prueban su voluntad para la escuela. Señalo también la felicitación de la C. N. de A. P. (Caja Nacional de Ahorro Postal) Notifíquese. [Fdo:] Director”

Fuente: Registro de Actuación Profesional de la docente Sara B. Cherñarsky. 1938-1967 (gentileza de Graciela Virginia Dalla Costa).

En los primeros años de la década de 1940 la Compañía de Unión Telefónica, que construyó la línea de teléfonos desde General Acha hasta Villa Regina, instaló un equipo de energía eléctrica en Puelches, que suministraba luz en forma gratuita a la escuela. Lentamente, se modernizaba la infraestructura escolar. En 1965, el Estado provincial durante la gobernación de Ismael Amit donó el terreno en el que se levantaron aulas prefabricadas. En el año 1970 se construyó finalmente un nuevo edificio educacional, obra a cargo de José Carra. Esta iniciativa provincial, en pos de otorgar finalmente un edificio propio a la escuela, revelaba la debilidad de las autoridades nacionales, garantes y responsables del sistema educativo, para su efectivo sostenimiento.

La imposibilidad de garantizar la continuidad del personal docente se erigió también como obstáculo para el desenvolvimiento de la tarea educativa. El plantel de la escuela lo formaba, en los primeros años, sólo el director; las escuelas rurales del Territorio, eran, en su mayoría, de personal único. Con el transcurrir de los años se sumó un maestro. En junio de 1939 el crecimiento de la matrícula escolar provocó la creación de un nuevo puesto docente, de esta manera se dividieron los grados y la enseñanza se personalizó en mayor medida. Sin embargo, los maestros no se instalaban en el pueblo mucho tiempo. Los traslados eran incesantes, aunque la movilidad de los docentes, especialmente de aquellos destinados a las escuelas rurales, constituyó una de las características del sistema educativo en los Territorios. De esta manera, muchos maestros en su carrera profesional transitaron por la escuela de Puelches, generalmente por un corto período; entre ellos Silvio Bianchetti, Atanasio Mayor, Joaquín Avalo Actis, Nicasio Maguna, Juan José Andrade, Alberto Gómez Huarte, Julio César Armagno, Sara B. Cherñavsky, Eleodoro Antonio Quiroga, Lorenza M. de Quiroga, Amadeo R. Fernández, Zenón Mateos, Francisca Martínez, Elsa Aurora Rodríguez de Pumilla, Rosa Esther Fernández, Carina Pérez Díaz, Hilda Valle, Nora Betty Mendoza de Tomás, entre otros.

En el caso de Puelches, este rasgo se intensificó, probablemente por las duras condiciones de vida y un contexto riguroso de ejercicio profesional. El diario *La Arena*, en sus páginas del 26 de agosto de 1937, demandaba respuestas institucionales ante la escasez de maestros en la localidad; el nombramiento se había efectuado desde “*más de*

dos meses” atrás, pero aún no se había hecho *“cargo del puesto”*. Un año después, repetía la exigencia y acusaba al Estado Nacional de *“inercia oficial para la designación del personal mínimo necesario para la buena marcha de la escuela”*. En mayo de 1941, la situación se acentuó a causa de la *“situación anómala creada en la escuela, con el traslado de dos de sus tres maestros”*. La Asociación Cooperadora, luego de tres meses de silencio gubernamental, dirigió una nota al Consejo Nacional de Educación en la que demandaba acciones concretas de solución ante la situación creada; la respuesta escueta, transcrita en el *Boletín Escolar* publicado por la Asociación, señalaba que *“las vacantes se tendrán en cuenta para cubrirlas oportunamente”*. Las autoridades educativas nacionales se demostraban incapaces de brindar soluciones concretas y efectivas, en gran parte producto de un engranaje burocrático difícil de eludir, y tampoco eran capaces de transformar las condiciones laborales que hicieran de la Escuela N° 102 un destino profesional atractivo. La distancia, las dificultades de transporte y fundamentalmente la soledad en la que vivía el maestro atentaban contra la estabilidad en los cargos. Al respecto, Elsa Rodríguez de Pumilla recordó que cuando fue directora de la escuela de Puelches, a principios de los años '50, solía dormir con dos armas junto a su cama: un Winchester y una pistola, y ataba un hilo a la campana de la escuela para hacerla sonar desde su cama en caso de peligro. Poco tiempo después dejó el cargo por problemas de salud.

Cuadro N° 5: Directores de la Escuela N° 102

Silvio Bianchetti
Atanasio Mayor
Joaquín Avalo Actis
Nicasio Maguna
Juan José Andrade
Alberto Gómez Huarte
Eleodoro Antonio Quiroga
Elsa Aurora Rodríguez de Pumilla
Rosa Fernández
Nora Betty Mendoza de Tomás
Antonio Esteban Velásquez
Liliana Iris Gioyosa

Fuentes: Libro Histórico de la Escuela N° 102 y entrevista a Elsa Rodríguez de Pumilla. Elaboración propia.

En 1947 el Congreso Nacional legalizó la enseñanza religiosa en las escuelas, que había sido instituida por un decreto de 1943. En esos años la escuela de Puelches fue visitada por distintos representantes del clero católico que impartían las clases de religión. Los sacerdotes Myles Somonte King y José Durando realizaron sendas visitas en 1946 y 1949 respectivamente, y nuevamente ese último año en compañía del obispo Germiniano Esorto, mientras que el misionero Enrique Olivares efectuó dos viajes en 1953. En 1961 fue el turno de Juan Doll, en tanto el salesiano Celso Valla tuvo a su cargo la enseñanza religiosa durante los años 1962, 1963 y 1964.

Si bien la mayor parte del tiempo los maestros de Puelches debían dictar sus clases en soledad, a veces llegaban delegaciones interesadas en conocer el modo de vida en el Oeste pampeano y permanecían varios días en la institución. Es el caso del grupo de artistas, docentes e investigadores de la Universidad Católica de Valparaíso (Chile) que en 1965 visitó la institución en el marco de una misión cultural por América Latina. Presenciaron la inauguración de dos aulas prefabricadas, el 29 de agosto de 1965, y obsequiaron a la institución con obras teatrales y plásticas.

La transferencia de los servicios educativos: la escuela bajo jurisdicción provincial

La dictadura que gobernó la Argentina desde 1976, entre otros aspectos, transformó la organización del sistema educativo nacional. Aunque la idea de la transferencia de los servicios educativos desde la jurisdicción nacional a las provinciales se gestó desde 1971, con la creación del Consejo Federal de Educación, la implementación efectiva se realizó en 1978 a partir del decreto N° 21809 que facultó al Poder Ejecutivo a ejecutar el traspaso de escuelas de nivel primario a las provincias.

De esta manera, el cambio de las autoridades responsables del nivel primario en el sistema educativo modificó la atención que recibía la escuela de Puelches. Su transformación en escuela provincial estuvo acompañada de la instauración de una serie de políticas públicas de asistencia, que complementaban la tarea educativa. El 23 de julio de 1979 se organizó el reparto de leche a través de “la copa de leche”; en 1982, se instaló el Comedor Escolar y se designó a la cocinera Rosa Felicevich de Velásquez. En 1983, se creó un mini-hogar anexo al establecimiento educativo que contó con dos serenos a cargo, el matrimonio Pérez. A partir de 1985 la institución se convirtió en escuela de segunda categoría; esta jerarquización permitió que el director dejara de desempeñar funciones como maestro de grado. Su tarea se concentró todo el tiempo en las actividades de gestión escolar; de esta manera, la función directiva adquirió una centralidad en la vida escolar que enriquecía tanto su desarrollo administrativo como pedagógico. Conjuntamente, el establecimiento contó desde ese momento con cuatro secciones: primer grado, segundo y tercer grados, cuarto y quinto grados, sexto y séptimo grados. Finalmente, se admitió la enseñanza de una mayor complejidad de contenidos con la incorporación de una maestra especial de Manualidades, Alicia Inés Abisturria. En 1987 el abanico de posibilidades educativas se amplió con la creación del nivel inicial: el jardín de infantes.

Nuevamente, un cambio en la legislación educativa nacional modificó la organización escolar. En 1993, la sanción de la Ley Federal de Educación extendió a nueve los años de obligatoriedad escolar; en consonancia con los requisitos planteados, la provincia de La Pampa sancionó la Ley Provincial de Educación (Ley N° 1682) en 1996. La legislación provincial siguió los lineamientos nacionales e incorporó dos nuevos años de educación obligatoria. El tercer ciclo de la Enseñanza General Básica en

Puelches se integró bajo una nueva modalidad, ante la inexistencia una institución de estudios secundarios en la localidad, el tercer ciclo ruralizado. De esta manera, surgió una modalidad educativa alternativa a la escuela presencial tradicional. Los maestros desempeñaron el rol de tutores en el aprendizaje de los alumnos, acompañados esporádicamente por profesores itinerantes que asistieron periódicamente a las escuelas.

Foto N° 11.4: Alumnos de la Escuela N° 102, año 2006.

La extensión de los años de obligatoriedad escolar implicó tanto la creación de nuevos puestos docentes como la ampliación del edificio en 1998, que contó por primera vez con el suministro de gas mediante un zeppelin. La primera promoción del tercer ciclo ruralizado finalizó sus estudios en 1999. A partir de mayo de 2006 la escuela lleva el nombre de “Silvio Bianchetti”, en honor al primer director. Ese mismo año se festejó el centenario de la institución, con un acto del que participaron el gobernador Carlos Verna, la ministra de Educación María de los Ángeles Zamora y distintas autoridades provinciales y municipales, así como ex alumnos y docentes del establecimiento.

Foto N° 11.5: La directora actual, Liliana Gioyosa, en los actos por el Centenario de la Escuela.

La Escuela N° 102 permaneció en la localidad desde su fundación, como una de las pocas instituciones estatales. Paulatinamente, en medio de las dificultades, desempeñó su función educativa e incorporó, dentro de sus limitadas posibilidades, diferentes estrategias para suplir las demandas elementales de salud y alimentación de la población. La comunidad defendió y sostuvo a la escuela, que se transformó con el correr de los años en una institución prestigiosa que aglutinó la vida social y comunitaria. Los actos patrios, los festejos, así como las comuniones y confirmaciones realizadas en la escuela se establecieron como momentos de encuentro; los lazos contruidos en torno a ella fueron elementos fundamentales en la constitución de una identidad para una comunidad dispersa y olvidada, gran parte de su existencia, en el

Oeste pampeano.

Capítulo 12: Cuando no hay médico ni farmacia. Enfermar y curarse en Los Puelches

María Silvia Di Liscia

Decía una breve nota aparecida allá en los años '30, en un diario capitalino: *“Aún están frescas las causas por las cuales se tomaron las medidas tendientes a que todo el mundo se revacunara. En las regiones como éstas, apartadas y lejos del ferrocarril, muchos son los que quedan sin cumplir ese requisito. Ya nos hemos ocupado de la orfandad en que se vive en lo que se refiere a asistencia médica. Mucha gente hace una vida miserable en ranchos sucios. Habría que incitarlos y a veces obligarlos a que se higienizaran mediante desinfecciones, limpieza en general, etc. Por estas circunstancias, la Asistencia Pública del Territorio debiera arbitrar y solicitar a quien corresponda los medios necesarios para enviar a sitios lejanos como éste, Misiones sanitarias, con permanencia de dos o tres meses, munidas de todo lo que fuera útil para proveer a la higiene y la cura en casos sencillos. Enfermedades de los ojos, oídos, piel son muy comunes. Una misión sanitaria tendría por objeto, además de lo apuntado, mediante propaganda oral y escrita (reuniones de vecinos, conversaciones directas en los hogares, etc) ilustrar e indicar el medio de conseguir una vida más sana, mediante la prevención, por el cumplimiento de las reglas más imprescindibles de higiene”.*

Estas palabras, publicadas en 1937 en *La Arena*, pedían imperiosamente la solución a graves problemas sanitarios y sociales, pero a pesar de las evidentes razones y de la solicitud a una urgente acción, poco se hizo hasta muy entrado el siglo XX. Si hubiese una historia de Puelches y nosotros los llamados a contarla, no podríamos dejar de notar las dificultades enormes de la población, producto de un ambiente difícil y de un sistema económico ingrato, donde las desigualdades sociales y étnicas conspiran contra la posibilidad de medrar o simplemente, sobrevivir.

Curanderas, hierbas y cocidos: sanar y parir en Los Puelches

Así y todo, en Los Puelches la gente nacía y moría, se enfermaba y sufría. Y no podía depender de la llegada de una ambulancia que los llevara al hospital cercano, de medicamentos adquiridos en una botica, ni de la revisión y el cuidado de médicos y enfermeros. A principios del siglo XX se registró la llegada de un profesional, el médico francés Raúl Millot, afincado desde entonces y hasta los años veinte en “La María Luisa” (Paraje Minerales). Quedan en el recuerdo postales que evocan su actuación como médico, enviadas por agradecidos pacientes, y parte del instrumental que dejó en la misma estancia.

Foto N° 12.1: Postal enviada al Dr. Raúl Millot (gentileza Graciela Millot).

Foto N° 12.2: Instrumental utilizado por el Dr. Raúl Millot (gentileza Graciela Millot).

En las memorias del cura salesiano Ángel Buodo, recopiladas por el sacerdote Celso Valla en el año 2000, existen varias menciones a Millot, quien habría atendido a Buodo en 1912, luego de que éste fuera aplastado por un caballo. Sin embargo, no consta en los archivos su actuación como médico oficial y la población consultada años después da por sentado la carencia de profesionales en Puelches y zonas aledañas.

Foto N° 12.3: Dr. Raúl Millot (gentileza Graciela Millot).

Para un gran conjunto de necesitados de atención médica, la estepa, el río y la sierra eran parte de la subsistencia y también podían brindar los remedios; pero para eso, era preciso mirar atentamente el crecimiento y las formas de reproducción de las plantas, cortar las ramas y hojas en el momento adecuado, preocuparse por recoger bayas y flores, respetando sus ciclos naturales para dar a luz pociones, pomadas, jarabes y cocidos. Las aves y reptiles también podían proporcionar los medios; la experiencia iba unida así a una cuidadosa observación del paisaje: animales, plantas y personas conformaban una unidad para sobrevivir al paso del tiempo y los avatares diarios de la existencia.

Ya en los años '20, la *Encuesta Nacional del Folklore*, a la búsqueda de tradiciones que estaban por perderse (según una visión de la sociedad donde la ciudad moderna avanzaba sobre los campesinos del interior argentino), proponía “rescatar” las prácticas de una medicina que llevaba siglos en la Pampa. Un maestro de la escuela de la localidad, Atanasio Mayor, escribió las recetas para curar heridas, paspaduras, llagas y dolor de muelas que le transmitieron sus informantes, mujeres del lugar con siglos de tradiciones a sus espaldas.

Para el reumatismo, se recomendaba la grasa de cuervo pisada; para purgar, el buche de avestruz pisado y cocido y el olivo cocido; los huevos de tortuga bien secos para cicatrizar heridas sin dejar señales; las llagas se eliminaban con el tamisque y orines sin cocer; los golpes de animales, con un compuesto de orines, ajíes y sal; el alfilerillo era útil para desinfectar heridas y sacar espinas, y la malva para cataplasmas y lavativas. Los jabones y tinturas también podían obtenerse del campo si se prestaba atención y se experimentaba con sus productos día a día: la lengua de vaca proporcionaba el añil para los tejidos. Para lavar la ropa en las aguas duras del desierto se usaba “la rampa-fume blanco y negro” y la “pidrania-Marr-cadru”, con cenizas. Dos curanderas acreditaron estos conocimientos frente al maestro Atanasio Mayor, Balbina Ledesma y Paula Calderón, la última, indígena de unos 60 años. Ambas desgranaban un saber heredado de sus mayores, traspasado con las modificaciones que implica el propio uso y con generosidad a sus familias y al resto de la comunidad.

La llegada al mundo y el cuidado de la salud de los niños más pequeños, en estos apartados confines de la Pampa, tal y como la resolución de la salud, también era cuestión de mujeres. Distintos testimonios dan fe de la profunda implicancia de las parteras en los nacimientos, cuyos nombres también nos llegan en los relatos que transcurren hacia nosotros décadas después: Petrona Gómez, una vecina de aguas arriba del Salado, quien tanto podía ayudar a la parturienta como predecir los males de toda la comunidad, y Dominga García Yaupi, quien curaba el empacho tirando el cuerito y con ventosas.

Eran mujeres y generalmente ancianas quienes, con un antiguo mandato de género, viajaban en los primeros dolores de parto leguas y leguas a caballo, para reconfortar y “ayudar” en el difícil trance del nacimiento a toda la familia. La artesana

Rosa Maldonado recuerda el nacimiento de su primer hijo en los años '70, en el campo y sin médico pero con cuidados especiales para las parturientas: fajas, lavajes con té de jarilla, evitar caminatas, esfuerzos y comidas pesadas.

El curanderismo era, sin embargo, una actividad apartada de la ley, que la legislación prohibía en Argentina desde el siglo XIX sin poder eliminar a sus practicantes, sobre todo en los espacios rurales y más apartados del control nacional. La policía del Territorio Nacional de la Pampa, en varias oportunidades, recibió instrucciones para extirparlos: un documento de 1923 expresaba que *“los causantes pretenden explotar la ignorancia de la gente campesina sugestionándolos para hacerse de una clientela a base de un procedimiento no autorizado por ley alguna”*. El Código Penal preveía la represión considerándolos *“delitos contra la salud pública”* y por lo tanto, la policía podía actuar de oficio y sin denuncia, dando luego parte al juez letrado.

La iniciativa policial sin embargo no tuvo éxito, dado que se reiteraron los pedidos para solucionar el curanderismo una y otra vez. Pocos años después, en 1926, se volvía reclamar a la misma policía que hiciera lugar a las denuncias porque el curanderismo iba en desmedro del grado de civilización del territorio y porque además, se afirmaba rotundamente que había hasta en las más apartadas regiones, profesionales con títulos idóneos. En la documentación de la época se lee que la policía debía velar y perseguir la *“plaga de curanderos y comadres vulgares e ignorantes charlatanes que siempre atentan contra la vida o la salud de los pacientes”*.

Epidemias y campañas: la salud itinerante

La confianza anterior sobre la existencia de profesionales merece sin duda algunas aclaraciones: en la Pampa, como en otros sitios del interior argentino, faltaban médicos: en 1895, cuando había en el Territorio 25.914 habitantes, sólo se registraron 4 médicos, en 1912, ya eran 42 con una población total de 88.683; en 1935, se censaron 146 personas como “profesionales sanitarios” (incluidos médicos, odontólogos, farmacéuticos, enfermeros), con una población de 175.077. En 1947, la población era de 170.549, con un total de 237 médicos (1 cada 700 habitantes aproximadamente).

La mayoría de los profesionales se concentraban en las ciudades más importantes, y aunque algunos se aventuraban a las comarcas más lejanas, los lamentos

por su falta eran constantes y se enfatizaban aún más cuando aparecían epidemias. Una de las primeras de las que tenemos noticia fue la gripe española: esta pandemia, que afectó el mundo entero y se cobró millones de víctimas, llegó a Los Puelches en 1918 y afectó a cinco alumnos en la escuela. De acuerdo a los comentarios aparecidos en el periódico *La Capital*, policías y maestros actuaron con presteza para impedir su avance y dieron todos los remedios a su alcance: “*Son muy aplaudidos y felicitados siendo más meritoria su obra por tratarse de indígenas indigentes que en su mayoría viven en míseros ranchos (un gran peligro para su propagación)*”.

En los años ‘30, una rara enfermedad que se detectó en Lihuel Calel, región vecina, impulsó el traslado de médicos del organismo central sanitario, el Departamento Nacional de Higiene. Se había producido la muerte de un niño de ese lugar, supuestamente a causa de la infección de la temida bacteria *Y. Pestis*, transmitida por la mordedura de roedores. En la investigación, realizada en 1934 y 1935, se encontraron cuises infectados, pero la enfermedad no avanzó mucho más, dada la baja densidad demográfica. Paralelamente, se detectaron las casas de barro con piso de tierra, la falta de agua potable y la constante necesidad de sus habitantes, que favorecía el avance de muchas otras patologías.

Poco después, el azote de una epidemia de difteria, infección que podía provocar asfixia en bebés y niños pequeños, hizo sentir nuevamente las carencias sanitarias. Ya en 1927, Gregorio Araoz Alfaro, reconocido facultativo y director por entonces del Departamento Nacional de Higiene, había señalado que la vacunación antidiftérica podía derrotar la enfermedad si se realizaba en masa. Para que dejase de estar entre las principales causas de mortalidad infantil, sólo se requería la organización y coordinación de actividades y un presupuesto mayor. No se trataba de una medida muy onerosa y sus beneficios eran notables.

Pero a pesar de que ya había una larga experiencia en la necesidad de la vacunación antidiftérica, faltaba generalizar la medida a toda la población. En el Oeste y Sur de la Pampa, hay registros de numerosos casos de difteria con resultados mortales: en 1934, se declara una epidemia en Colonia Emilio Mitre y en 1938 hay otro brote importante, en casi todo el Territorio.

Foto N° 12.4: Certificado de vacunación antivariólica, 1937.

Los Puelches no estuvieron al margen de estos sucesos luctuosos, que quedaron registrados en la memoria de María Elena Álvarez, pobladora del lugar. En los años '40, cuando contaba pocos años, una epidemia de “difteria negra” se llevó la vida de una hermana y afectó a dos familiares más. El padre acudió a caballo a consultar a una curandera, Petrona Gómez, quien diagnosticó la gravedad del mal y les dio el primer remedio, hasta que pudieron llevar los niños enfermos en el camión de un vecino al Hospital de General Acha.

También esta localidad era el destino de quienes querían avanzar por el lento camino de las letras; a pesar de la existencia de una escuela local, muchos padres enviaban a sus hijos a la Escuela Hogar “Raúl B. Díaz”, inaugurada en 1942. Un año después, la gira realizada por el Oeste por el director, Cervantes Gascó, expresaba con no disimulado horror las condiciones paupérrimas de sus habitantes: las casas eran de paredes de barro y pisos de tierra, sucias y antihigiénicas, donde vivían en promiscuidad todos los numerosos miembros de la familia; los lechos sólo tenían cueros de animales, sin sábanas ni cobijas. Gascó apuntaba no solamente a las costumbres higiénicas, sino también a modificar cuestiones morales, porque se registraban casos de poligamia y de niños ilegítimos e incluso, en el lenguaje de la época, los habitantes del Oeste pampeano eran amigos del alcohol, negando a su prole la instrucción necesaria con una corta visión, simplemente para que cuidaran de los rebaños de cabras y ovejas.

Sin embargo, había padres que les permitían a sus hijos asistir a la escuela hogar, como consta en los relatos de Ana Isabel y Rubén Oviedo, quienes recuerdan que tanto la instrucción como la vacunación eran parte inseparable de la vida escolar. Durante años y años, la mayoría de los habitantes de Puelches debieron viajar a General Acha para conseguir atención médica. Las autoridades del Territorio tenían en claro las necesidades de un amplio conjunto de la población pampeana, pero los bajos presupuestos, unidos a la concentración de las instituciones en los pueblos y ciudades del Norte y el Este, conspiraban contra la extensión del cuidado sanitario.

Podemos leer en la prensa de mediados del siglo pasado cierta preocupación oficial sobre el tema, pero con resultados inciertos: desde 1933, aparecen frecuentemente en el diario *La Arena* menciones respecto a la necesidad de brindar ayuda a los pobladores del Oeste pampeano, en situación desesperante tanto por epidemias como por la pobreza y el abandono.

Se enviaron en primer lugar vacunadores, como a otros puntos de la Pampa, para eliminar la peligrosa difteria y la no menos preocupante viruela: Nicolás Paladino, recordado vacunador, recorrió los difíciles caminos llegando hasta las vecinas provincias de San Luis y Córdoba, en una de las campañas de las que tenemos documentación. En 1938 vacunó en Puelches a 1.120 vecinos, en la escuela a 76 niños y luego visitó a los enfermos de gripe, ante una nueva y preocupante epidemia que se había instalado ese invierno y el anterior.

En 1946, uno de los primeros informes exhaustivos sobre la asistencia social en la Pampa elaborado por el entonces gobernador Miguel Duval, expresaba las carencias institucionales en todo el territorio pero sobre todo en las extensas zonas del Oeste y Sudoeste; en el Departamento Curacó, así como en los de Chical-Có, Limay Mahuida, Chalileo, Puelén, Lihuel Calel y Caleu Caleu, *“cada uno de ellos con una extensión territorial de más de 400 leguas cuadradas y con una población de un total de 20.000 almas aproximadamente, y en donde no existe no sólo la más rudimentaria estación sanitaria o botiquín, sino tampoco un solo médico”*. El informe aseguraba que la gente estaba librada *“a la buena de Dios”*. Los pobladores, además, no tenían recursos para trasladarse a los centros poblados, en procura de asistencia médica u hospitalaria, y en *“esas vastas comarcas privadas de la ciencia médica, las epidemias se originan y se desarrollan en forma alarmante, la mortalidad infantil acusa porcentajes elevados y el abandono, la desidia, la ignorancia de las más elementales reglas de la higiene, aliadas con la nefasta obra del curanderismo en sus más variadas formas, conspiran constantemente contra la existencia de los seres allí radicados”*. De hecho, en los pocos documentos donde es posible recabar información sobre la mortalidad infantil del Territorio pampeano, el Departamento Curacó habría tenido un total de 65 nacimientos en 1939, de los cuales un 76,92 por mil habían muerto antes de llegar al primer año de

vida. Esta situación era sin duda preocupante pero no más que en otros lugares sin médicos ni hospitales, que tenían tasas tan altas como las de Curacó.

En la visión de Duval, el problema podía solucionarse con la construcción de estaciones sanitarias que brindasen sobre todo atención materno-infantil: se traía a colación que, gracias al centro fundado con esa finalidad en Santa Rosa, se había limitado la mortalidad infantil de 51 por mil a 15 por mil en pocos años; por lo tanto, era preciso crear entidades análogas en los pueblos de mayor importancia y también en los núcleos poblados de los departamentos del Oeste, tales como Los Puelches, en Curacó. Así planteado el tema, en 1943 el Gobernador había enviado una nota ante la Dirección Nacional de Salud Pública (como se denominaba el organismo central sanitario, luego del golpe de ese año), expresando la necesidad de construir medio centenar de salas de primeros auxilios de manera escalonada: las más urgentes en el Plan A de ejecución inmediata, y el Plan B, de ejecución mediata. Los Puelches estaba entre las del primer grupo, a través de un crédito votado por el Congreso Nacional, pero no se encuentra en el listado anexado por el mismo documento del año 1946.

De hecho, y a pesar de los continuos reclamos de la población y de la percepción de los funcionarios, la Sala de Primeros Auxilios no se organizó ese año ni la siguiente década. Los habitantes de Puelches siguieron dependiendo de la ocasional visita de médicos y guardias sanitarias en las campañas itinerantes por el Territorio que no siempre tenían cómo llegar a todos los puestos del interior, y de las posibilidades de curación proporcionadas por la propia comunidad: el curanderismo y la medicina casera, impugnadas por todas las voces pero que terminaban siendo la única opción de la población. Según el Libro Histórico de la Escuela 102, el médico Ángel Barni realizó dos visitas oficiales a Puelches en el año 1948, una en 1949, y dos más en 1956 y 1957. En 1957 los pobladores también recibieron atención del médico oculista Gjurkovich y en 1960 el registro consigna una nueva visita médica aunque no establece quién fue el profesional a cargo. Ese mismo año una escueta nota de *La Arena* señalaba la próxima apertura de propuestas para la construcción de una Unidad Sanitaria, inaugurada efectivamente muchos años después.

Un centro que está en los márgenes: la salud a finales del siglo XX

Este lugar, declarado en 1978 el centro del país, estaba en realidad lejos de todo: sin caminos y con una bajísima densidad demográfica, era difícil que su población recibiera el cuidado y la atención sanitaria necesaria. En 1973 se organizó finalmente la única institución con ese fin, la Sala de Primeros Auxilios, inaugurada formalmente el 23 de julio de 1974 a cargo del médico Mario Masa Vergara y de la enfermera María Isabel Navarro, oriunda de Puelches. Además de coordinar la atención primaria (vacunación, por ejemplo), el centro de salud también se ocupó de las campañas contra el Mal de Chagas y el sarampión realizadas en los años '80, que supusieron cierto interés oficial en las geografías más olvidadas de La Pampa.

María Echaves, agente sanitario en Puelches desde 1984, es una de nuestras principales informantes sobre esta etapa cercana pero también apasionante. Desde ese año hasta el presente ha participado en las actividades oficiales de información médico-sanitaria para prevenir las enfermedades más comunes en el medio rural: la diarrea infantil, las infecciones epidémicas ocasionales y los males crónicos. Así, recuerda la “campaña grande” contra el sarampión, informando a los pobladores más lejanos de las ventajas de la vacunación contra esta temible enfermedad infantil e incluso, los continuos desplazamientos a caballo, para cruzar el río y llevarles a las familias de los puestos apartados leche, pan y frazadas.

Foto N° 12.5: Centro de Salud en la actualidad.

En la campaña contra el Mal de Chagas, organizada por el Ministerio de Salud de la Provincia, acompañó al resto de los organizadores para realizar las fumigaciones de los puestos en los campos para eliminar las vinchucas y con ellas, el peligro del contagio de esta patología a través del vector. Esta enfermedad parasitaria, que produce a lo largo de los años una malformación cardíaca y puede ocasionar la muerte a adultos jóvenes, se conocía en la Pampa desde por lo menos cuarenta años antes. Ya el Departamento Nacional de Higiene, en el examen sanguíneo realizado a pobladores de la zona a mediados de 1930 había considerado que se trataba de una patología extendida por amplias regiones del territorio nacional, y que estaba circunscripta a la existencia de

las vinchucas. Su exterminio aseguraba la detención de la enfermedad, pero a su vez, eso dependía de la posibilidad de acceder a viviendas que pudiesen ser encaladas o fácilmente fumigadas, donde no se refugiasen los insectos, y a mantener lejos aves de corral y otros animales de sangre caliente. Ambas cuestiones iban en contra de la normalidad en ese momento en el Oeste para la población rural más carenciada, caracterizada por la existencia de ranchos de adobe y paja, así como la cercanía de corrales y gallineros a la vida familiar.

Muchas de las más graves enfermedades infantiles, como la diarrea, son de fácil prevención y tratamiento si se dispone de agua potable y del acceso a mínimas condiciones higiénicas en la vivienda para la preparación de alimentos de bebés y niños pequeños. El agua, en primer lugar, requiere una mención especial, dado que desde muy temprano nuestras fuentes señalan que era escasa y de mala calidad (véase capítulo 10). Pasado el tiempo la situación no sufrió mejorías, ya que en los años '40 fueron frecuentes las solicitudes para canalizar el río cercano para abastecer al menos Los Puelches, aunque el resto de los puestos debió continuar con el uso de pozos y la dependencia de agua subterránea. Ante problemas graves de gastroenteritis que aparecían cada verano, se hacían derivaciones al Hospital de General Acha, siguiendo la tradición de años antes.

Pero lo que se modificó respecto a otros momentos fue la percepción de las prácticas populares de salud, que habían sido denigradas por su marca de atraso y superstición. Así, los saberes de curanderas y parteras empíricas se reivindicaron por su proximidad a las costumbres de los pobladores y los agentes sanitarios; a diferencia de otras épocas en las que se les indicaba claramente que debían ser combatidos, los incluyen como complementos sanitarios. Medir el empacho, curar a los que les han echado el mal de ojo o incluso regirse por la luna frente a un nacimiento que tardaba en llegar se permiten como prácticas corrientes en la comunidad, porque proporcionan la tranquilidad de lo propio frente a las ansiedades de lo desconocido.

Como decía María Echaves, refiriéndose al interés de los pobladores en informarse respecto a su propia salud, *“es que la gente quiere vivir cada vez mejor”*. Sin médicos ni farmacias, pero con la fortaleza que dan siglos de experiencia, Puelches

sigue siendo un modelo de una comunidad que se preocupa por el bienestar de sus niños, de sus familias y de los mayores en un territorio aún estragado por la necesidad.

Capítulo 13: Retazos de la vida cotidiana

Stella Cornelis

La cotidianeidad se nos manifiesta entre otras formas, como argumenta la investigadora Sandra Fernández, en la organización del tiempo, el consumo, la recreación, los vínculos, las formas de amar, de nacer, de enfermar y morir. Cada persona vivencia su vida cotidiana de acuerdo a su forma de comprender simbólicamente el mundo, desde el lugar que habita y en función de su experiencia social. Estas formas de percibir el mundo le otorgan a cada grupo social una identidad particular.

De esta manera, vida cotidiana e identidad están en estrecha vinculación y se despliegan en un espacio. La autora citada explica que en el transcurrir de la cotidianeidad se percibe al espacio como algo propio, algo característico, algo distinto; un entorno que va determinando cómo cada persona se apropia de su hábitat. Esa relación con el entorno quedó plasmada en los *Poemas Puelches* del poeta Juan Carlos Bustriazo Ortiz cuando escribió estos fragmentos extraídos de distintos versos: “...*en un paisaje de adobes y de piedras solitarias (...) loco el viento de junio castiga, pardo y fuerte (...) encendida greda, blanda como un lecho, ramitas reseca, hueso vegetal. La tierra era pobre como el lugareño (...)*”.

En este capítulo procuraremos reconstruir algunos retazos de la vida cotidiana de Puelches desde tiempos remotos, anteriores a su fundación, hasta la actualidad.

Los primeros tiempos (fines del siglo XIX y principios del XX)

A partir de los datos relevados en la *Encuesta Nacional de Folklore* (realizada el 15 de agosto de 1921, en la Escuela N° 102 de Puelches, por el maestro Atanasio Mayor con la colaboración de alumnos y ex alumnos) es posible reconstruir ciertos aspectos de la vida cotidiana. Algunas de las personas entrevistadas fueron Paula Calderón, quien contaba en ese momento con 60 años, y Lorenza Cupailao, viuda del cacique Francisco Ñankufil Calderón, de 76 años de edad.

El relato que fueron hilvanando estos testimonios reconstruye algunas características de la vida de las personas en aquellos tiempos. Así, podemos saber cuáles eran y cómo se desarrollaban algunos acontecimientos centrales en la cotidianidad de los habitantes, entre los que destacamos el casamiento, el bautismo, la llegada a los quince años o la muerte. Otros aspectos relacionados con la vida cotidiana eran la alimentación, las formas de vestir y los juegos.

Las apreciaciones de doña Paula y doña Lorenza se refieren a su vida en forma previa a las campañas militares, en zonas que si bien eran lejanas al área donde luego surgiría Puelches, presentan rasgos comunes a muchas de las sociedades indígenas de la región pampeana y patagónica, tal como se verifica en todas las crónicas más o menos detalladas de quienes recorrieron la Pampa y Patagonia durante los siglos XVIII y XIX: nos referimos a rituales como el *lakutún*, la *casa bonita* (al momento de pubertad de las muchachas) o los tipos de matrimonio.

Acontecimientos importantes en la vida de las personas

Según la narración de los informantes que participaron de la mencionada encuesta, cuando un hombre pensaba casarse consultaba con la novia, y si ella estaba de acuerdo por la noche se la llevaba a su casa. Al día siguiente, el padre del novio o el pariente a quien se había pedido consejo se presentaba en casa de la novia y pedía disculpas. Luego se procedía a invitar a parientes y amigos, designándose el día para el casamiento.

Este acontecimiento implicaba una serie de rituales relacionados con la entrega de presentes. Los invitados traían regalos para los novios que consistían en animales o prendas y que a su vez el novio regalaba. Si el regalo era un estribo, el novio lo entregaba a la hermana de la novia; al hermano le otorgaba un caballo (en caso de que fueran varios hermanos debía entregar un caballo a cada uno); al suegro le obsequiaba una espuela y a la suegra una cabezada de plata. Por otra parte, los padres de la novia le regalaban a ésta una fina manta; la suegra entregaba también un freno de plata al yerno.

Luego de ese intercambio de obsequios, se servía la comida y finalmente todos bailaban. Antes de retirarse de la fiesta los hombres le daban consejo al novio y las

mujeres a la novia, posteriormente pedían a una fuerza espiritual mayor por los contrayentes.

Otro evento a destacar son los *bautismos* (identificados de esta forma por las fuentes, pero cuya descripción corresponde a la celebración indígena del *lakutun*), ceremonia en la cual se realizaba la imposición del nombre. Los padres del recién nacido elegían el padrino y la madrina, señalaban el día apropiado para el *bautismo* y avisaban a los invitados. El padrino se presentaba con su mejor caballo, lo maneaban y volteaban cerca del rancho o *rucú* o *ruka*. La madrina (*lakú*) trasladaba en brazos a quien recibiría el *bautismo*; colocaban al niño sobre del caballo, que debía mirar al sol, y en esa posición le agujereaban las orejas y todos le daban varios pinchazos en la mano derecha. Una vez terminada la ceremonia le ponían el nombre del padrino si era varón; si era mujer el nombre de la madrina. Luego desfilaban todos los convidados y depositaban sus regalos. Entre los obsequios que se ofrecían se encontraban vacas, chivas, prendas de vestir, plata, y otros. El padrino era quien convidaba a la fiesta y los invitados comían y bebían bebidas embolsadas en cueros de liebre, vizcacha o chiva. La fiesta duraba según la posición o riqueza del padrino.

Según dicha encuesta, la llegada a los 15 años era un suceso destacado en la vida de la mujer. Cuando una joven cumplía 15 años (*mariquichuaños* en la expresión de las informantes) era considerada mayor de edad y se realizaba una ceremonia en la que participaban todos sus parientes. El día antes del cumpleaños encerraban a la muchacha en una pieza acompañada por otras dos jóvenes que ya habían pasado por el ritual. Debía permanecer hasta las 8 del día siguiente sin comer, sólo podía beber agua. Llegada la hora de la fiesta un soltero joven, ya designado, pedía permiso al padre para sacarla al hombro de la habitación y luego la presentaba en la reunión. La joven se sentaba sobre una matra en la rueda de invitados, junto a la mujer más anciana, la cual le daba consejos. Después comenzaba la fiesta, y los presentes ofrecían sus regalos (animales y prendas para la joven y para el sacrificio, bebidas en cueros). Todos compartían el desayuno; la primera que se servía era la joven, que comía un preparado con la sangre de los animales, ajíes y sal, para que se hiciera fuerte y resistiera el cansancio y el hambre. Luego cortaban trozos de tripa gorda y corazón, que debía tragar sin masticar para la buena suerte. Una vez finalizada la fiesta levantaban los brazos y

pedían a *Gnechen* protección. Comían y bailaban durante cuatro días seguidos, para finalizar esa jornada de festejos felicitaban a los padres por el buen comportamiento de la muchacha y se retiraban comprometiéndose a ayudarla.

Otro aspecto de la vida cotidiana, que no podemos obviar, era la llegada de la muerte. La defunción de alguna persona se denominaba *Lay*. Los cuerpos eran enterrados forrados con cueros; se hacía una sepultura muy profunda en el lugar elegido por los familiares del difunto y se colocaban toscas en el interior. El fallecido era enterrado con sus bienes, primero ubicaban todas las piezas de plata que poseía así como las monedas, luego las armas, la ropa, el recado y alimentos (de preferencia carne asada y sal). El cuerpo era colocado sobre el recado y rodeado de alimentos, para que no pasara sed ni hambre. Sobre su tumba ponían su caballo preferido y degollaban todos los animales que le habían pertenecido, para que el muerto no los reclamara. La viuda no se peinaba ni volvía a casarse nunca más.

En caso de que el difunto fuera un niño, se avisaba a los padrinos, parientes y amigos para que asistieran a la ceremonia del velatorio. Éste se extendía durante dos días si era verano y tres en invierno. Allí se comía, bebía y se realizaban grandes obsequios para el muerto.

Otra ceremonia diferente se realizaba si el que moría era el cacique. En este caso su cuerpo era mantenido durante un año en su casa, dando tiempo a que los otros caciques fueran avisados y pidieran a Dios por su descanso y buena suerte. Cuando se realizaba el acto del sepelio, el caballo del cacique era enterrado junto a él. Todos se reunían para rezar, pidiéndole que no los olvidara, que pronto se le unirían, y que les fuera eligiendo buenos sitios y terrenos. Ante dicha pérdida, el sucesor ya había sido designado de antemano por el cacique fallecido.

Otros aspectos de lo cotidiano

Otros aspectos característicos de la vida cotidiana están relacionados con la vestimenta, la alimentación, las actividades diarias y las diversiones. Con respecto a la vestimenta, por un lado las entrevistadas mencionaron en 1921 algunas prendas y accesorios que usaban las mujeres indígenas como las carabanas (*chaguay*), pulseras (*traicui*), prendedores (*trupu*), mantas para envolverse (*chamale*), pañoletas o rebozo

(*equilla*), corsé o faja cinturón (*traique*) y los collares (*llif-llif- nitripel*). Por otra parte, los hombres utilizaban calzoncillo con fleco (*chiñaicharanila*), botas de potro (*canello-sumel*), ligas para las botas (*traisumelgue*) y chiripá (*fontón tiadol*).

Asimismo, en la encuesta se hace referencia a los aperos utilizados para ensillar los caballos y otros elementos empleados para montar y cazar. Entre los mismos se mencionan el recado (*chañu-...*), el bozal (*fozal*), el cabestro (corrón y cabrito), la cabezada (puntal y *guichanhurrague*), el freno (*piña* y *gunelque*), las boleadoras (*leca*), lazos (*llazú*), la cincha (*cinta*) o el cinchón (*trarrinmague*), el correón (*guitraguen cinta*), el prendedor (*traftarrique* o *tratraigue*), el rebenque (*trupué*), maneadas (*mainagué*), bastos (*chillá*), cojinillo (*Chichanun-tacú*), matra (*lamatrá*), poncho (*macún*), chiripá (*folón tiadol*), espuela (*apuela*), cuchillo (*cuchillú*), bota de potro (*caguel* y *sumel*), rastra de botones de plata, faja (*chamal-tue*) y cabecera (*meltrei*).

Como argumenta la investigadora Paula Caldo, entre el sinfín de prácticas que caracterizan al universo de la vida cotidiana se encuentra una cuyos productos seducen, atraen y disciplinan el gusto, la sensibilidad y las emociones de los sujetos... Sin más rodeos, se trata del conjunto de las prácticas culinarias y su consecuente resultado: la comida.

Con respecto a la alimentación, la encuesta señalaba como alimentos más característicos el asado (*cacaniño – afuniño*), el guiso (*gisau*), el maíz (*ua*), el trigo (*cachilla*), la mazamorra (*pillquiñgua*), la harina (*murque*), las papas (*poñi*), los choclos (*gua*), el zapallo (*sapalla, penca*), y la sandía (*santia*). Sin embargo no contamos con datos que nos permitan reconstruir cómo era la elaboración concreta de estas comidas.

Con respecto a las diversiones, uno de los juegos habituales era el denominado *Alillin*. El mismo se jugaba con cuatro palitos cuadrados en forma de dados que tenían las dos caras opuestas pintadas de blanco y las otras de negro. Se lanzaban al aire y si salían todas las caras blancas era la mejor suerte, si salían dos negras significaba suerte, en cambio si el tiro implicaba tres negras el participante perdía su turno y le correspondía a otro tirar los dados. También podía ocurrir que salieran todas las caras negras, lo cual significaba suerte. Los tantos se apuntaban con huesos chicos de animales y se apostaban piezas de plata que se usaban como alhajas. En este juego tomaban parte tanto los hombres como las mujeres.

Los informantes de la *Encuesta de Folklore* también recuerdan los bailes pero no aclaran cuándo se realizaban y si perseguían algún objetivo a través de su práctica. A partir de sus relatos podemos saber que para bailar los hombres se vestían de *mau-can*, desnudos y empolvados. Llevaban en la faja muchos cascabeles, la cabeza adornada con plumas de avestruz. Todos los varones se tomaban de las manos e iniciaban el baile. Las mujeres iban desnudas y llevaban en la cintura una prenda llamada *trady-gué*, llena de piezas de plata, en su mayoría botones en forma de rastra que combinaban. Otros adornos que utilizaban eran las piezas de plata en el cuello, pulseras en manos y pies, y en la cabeza peinetas de plata (a las que llamaban *llavey*). Ellas también se tomaban de las manos y comenzaban a bailar, pero por turnos, separadamente. Algunos miraban, aplaudían y hacían comentarios sobre los bailarines.

Por otra parte, entre los datos aportados por los testimonios se explicita que quienes alteraban el orden en las fiestas eran estaqueados entre cuatro palos, de pies y manos, para que no volvieran a ofender a *Gnechen*.

La vida cotidiana: avanzando en el siglo XX

Los aspectos de la vida cotidiana desarrollados en los puntos anteriores, rescatados a partir de la *Encuesta Nacional de Folklore*, hacen referencia a tradiciones y costumbres de los grupos originarios.

A principios del siglo XX y a lo largo de las décadas siguientes, las costumbres y actividades de los pobladores fueron cambiando, fruto por un lado de los desplazamientos y la desestructuración de la vida comunitaria, así como las relaciones con otros actores no indígenas, con prácticas culturales diferentes.

Resolver las necesidades diarias

Entre las necesidades más apremiantes de la vida cotidiana podemos destacar los recursos necesarios para la subsistencia como agua y alimento, el fuego para cocinar y calentarse y la vivienda.

En las primeras décadas del siglo XX las viviendas –rurales en su mayoría- eran construcciones de barro, con piso de tierra y techo de chapa. Los ranchos eran de adobe o de una estructura de jarilla, que luego era rellena con un “chorizo” hecho de paja y

barro, de allí que se los conociera como “casas de chorizo”. Poseían pocas habitaciones, en muchos casos una sola habitación que todos compartían. El baño era un pozo o una letrina ubicada fuera de la casa, bien alejada para evitar olores e insectos, y los materiales utilizados para su construcción eran la madera o el adobe. Otro espacio característico de las viviendas eran las ramadas de jarilla, que se utilizaban para comer en la época de verano.

Foto N° 13.1: Construcción de paredes de chorizo (Archivo Histórico Provincial).

El lugar más importante de la vivienda era la cocina, de amplias dimensiones, que podía dar cabida a varias personas. En épocas más remotas las familias tenían fogones pero luego fueron incorporando la cocina a leña, que era utilizada para cocinar y calefaccionar en invierno. Por las noches las habitaciones se iluminaban con velas, candiles, lámparas a kerosene o en el mejor de los casos los faroles *Petromax*.

Muchas viviendas poseían una quinta, en la cual se cultivaban productos de huerta para la subsistencia diaria, y gallineros con aves de corral. Además tenían animales como chivas, ovejas, caballos, vacas, etc. Las chivas por lo general se encontraban en las cercanías de la casa, en corrales hechos de ramas de caldén, alpataco o zampa, piquillín o chilladora, materiales que la naturaleza brindaba. Otra de las tareas cotidianas era el cuidado de las chivas, que también se ordeñaban para obtener leche y derivados como el queso.

Foto N° 13.2: Corral de chivas con ramas de jarilla (Archivo Histórico Provincial).

El agua, necesaria para el consumo de la familia y para el riego de las plantas, se obtenía de pozos. Estos pozos muchas veces se construían en las cercanías de la casa, sin embargo en varios casos estaban alejados, por lo cual los pobladores debían acarrear el líquido en damajuanas, botellas y otros recipientes. Cuando el agua era para consumo familiar se sacaba a mano del pozo, con un balde atado de una soga. En cambio cuando se extraía para los animales se lo hacía con una roldana y tirando con caballos el recipiente o una bolsa hecha de cuero.

La construcción del pozo de agua era todo un arte. Había que excavar varios metros, algunos pozos debían calzarse con maderas o palos para evitar el desmoronamiento (véase capítulo 10). Si se volvía necesario realizar esta última tarea era imperioso contar con varios hombres, por la peligrosidad de la empresa. Generalmente los propios moradores eran los que realizaban la tarea de emplazar un pozo, con la colaboración de toda la familia, desde la esposa hasta algunos de los hijos mayores. La docente jubilada Juana Talia, que llegó a Puelches en 1975, recuerda que en esa época *“varias personas que vivían en el río hacían pozos sobre el río seco y tenían agua para la higiene, para regar y para los animales de ellos. También tenían Espíndola y Ñancucho Paulino, ‘la Pupa’ Robledo, Eva Villegas; esta gente vivía sobre el río, sacaba agua de los pozos que hacían (...) Maldonado Florencia, ‘la Ela’ Díaz, Quintín ‘viejo’, todos esos vivían allá, al lado del río; Rodríguez Pedro con su mujer Florinda Salas, ‘la Martina’ Roldán que era un familiar, Isabel... que hoy es de Calzada”*. Además del consumo de agua, esencial para la vida, otro elemento fundamental era el fuego. La leña utilizada se extraía del entorno, de distintas plantas de la región. La cocina era el lugar en el cual se mantenía encendido el fuego.

Foto N° 13.3: Jagüel con roldana.

Los productos necesarios para la vida diaria como velas, faroles, harina, azúcar, pan, galleta, alpargatas, ropa, papas, cebolla, entre otros, se conseguían haciendo un pedido a los camiones que mensualmente pasaban por todos los puestos repartiendo la mercadería y también la correspondencia. Los pobladores de la zona le vendían a la persona que llegaba lana, cueros y cerda, a fin de obtener algún dinero para comprar los artículos que no producían y mantener al grupo familiar, aunque era más frecuente el intercambio de un producto por otro. Del mismo modo, pasaban los mercachifles ofertando toda clase de mercaderías, los más recordados son los *turcos* (llamados así en forma genérica, aunque a veces eran árabes, sirios, libaneses y de otras nacionalidades) que viajaban desde General Acha. Otra posibilidad era adquirir esos productos en los almacenes de ramos generales, allí se entregaban cueros, lanas y se compraban mercaderías. A partir de las alusiones de los informantes, vecinos de Puelches, se

reiteran los nombres de Casa Tomás Hermanos en Puelches o Casa La Moderna, de General Acha, entre los más destacados (para más detalles, ver capítulo 9).

Los alimentos habituales eran la leche de chiva y la carne de chivos, ovejas, vacunos; también se consumían avestruces, piches, peludos y otras especies no domesticadas. Estos alimentos perecederos se conservaban envueltos en arpillera dentro de pozos tapados con chapas, para mantenerlos frescos y evitar el contacto con las moscas. Con la leche ocurría lo mismo, las damajuanas o botellas se recubrían con arpillera y se enviaban al pozo.

Otros productos que se consumían eran los obtenidos en la quinta familiar como zapallitos o choclos, aunque a veces era imposible mantener una huerta por la calidad del agua, que era muy salada. Algunas de las comidas que se preparaban diariamente eran el asado, el puchero (carne hervida a la cual se le agregaban papas, cebollas, arroz, fideos o harina), guiso estofado, bifés con huevos fritos y cebolla, pan casero, tortas fritas, tortas horneadas, y para las fiestas no podían faltar las tradicionales empanadas y los pastelitos.

El entorno natural les brindaba chauchas de alpataco, que se masticaban y chupaban para extraer una especie de almíbar dulce; también se fabricaba *patay*. Otras delicias de la naturaleza eran el piquillín y el fruto del chañar, a partir del cual se elaboraba un dulce (se hervía y limpiaba muy bien, luego se exprimía con una tela hasta obtener un jugo similar a una gelatina).

La familia y sus actividades

La familia del pasado rememora en los testimonios una imagen acerca de una autoridad paterna indiscutida, frente a la cual los demás miembros, en particular las mujeres, se subordinaban sin cuestionar. Según esta visión, que persistió durante buena parte del siglo XX, la maternidad era por excelencia el rol social que debían cumplir las mujeres, complementándose con las tareas desarrolladas en el ámbito doméstico.

Las familias eran por lo general muy numerosas, con diez, once o más hijos. Las mujeres realizaban las actividades domésticas (cocinar, lavar, planchar, cuidar a los niños, entre muchas otras) y algunas actividades en el campo, aunque estas últimas eran responsabilidad de los hombres. Los niños por lo general hasta los 6-8 años se quedaban

con la madre en la casa, pero una vez que superaban esa edad podían trabajar en tareas como el cuidado de las chivas, abrir portillos, cerrar alambres, ordeñar, cuerear, ayudar a recolectar la lana después de la esquila, llevar leña o agua para la casa, etc. Desde muy pequeños se les enseñaba a adquirir la responsabilidad implicada en el trabajo diario.

Foto N° 13.4: Zona rural, alrededor de 1965 (gentileza María Patiño).

Las niñas mayores colaboraban con la madre en los quehaceres domésticos y en el cuidado de los hermanos menores. Los niños mayores muchas veces se iban a trabajar a otros campos, o a casas de familia en el caso de las mujeres.

Una actividad realizada por las mujeres eran los tejidos en telar. Obtenían la lana de las ovejas, luego la hilaban y por último tejían matras que servían de abrigos. Muchas veces la lana se teñía con productos naturales como la raíz del piquillín, que daba una tonalidad rojiza, la jarilla, que otorgaba un color verde amarillento y otras matas de pasto que daban un color marrón. Algunas mujeres transmitían estos conocimientos a sus hijas o nietas, las que desde temprana edad se iniciaban en el arte de hilar y tejer con telar (para más datos véase capítulo 8).

A pesar de sus obligaciones diarias, los niños disponían de tiempo libre para jugar. Entre los juegos infantiles que rememoran los entrevistados, era frecuente que las niñas jugaran a “la casita” y a la mancha, y como los juguetes no eran habituales, los niños/as improvisaban vacas, ovejas y chivas con los huesos de esos mismos animales.

La vida en los puestos era una vida de trabajo rutinario, con escasas diversiones y poco tiempo libre. Las visitas que podían realizar a los vecinos eran esporádicas, a veces pasaban hasta un año sin salir a visitar a los pobladores más cercanos. Los pocos ámbitos de sociabilidad y de reunión eran las fiestas patrias, alguna yerra o baile, y las reuniones en casas particulares (ver capítulo 14).

Foto N° 13.5: Cumpleaños en el campo de Millot, 1975. De izq. a derecha: Julio Tanuz y su esposa, Mabel Godoy, Raúl Enrique Millot, Zenona de Capurro, María Delia Fresno, Yayi de Trefz, Josefa Modaffari de Talia, Capurro, Juana Talia, Nilda Echaves de Millot, Sra. de Durán, hombre no identificado, “Nena” Durán, Pilar Durán, Jorge Amores Millot y Ernesto Corral. Niños: Griselda Millot, Graciela Millot, Jorge Millot, Alberto Echaves, Jorge Echaves y otros (gentileza Juana Talia).

Los habitantes de la zona rural viajaban a Puelches o General Acha en contadas ocasiones. Los viajes al pueblo eran por lo general en casos extremos, cuando había alguien enfermo o fallecía algún familiar o conocido. Para que los enfermos acudieran al pueblo tenía que ser por algo de gravedad, y en ese caso se los derivaba a General Acha porque en Puelches no hubo médicos ni enfermeras durante gran parte del siglo XX. Los partos generalmente eran realizados en la casa por alguna mujer o el propio esposo. También solían recurrir a la curandera o partera. Petrona Gómez es recordada como la persona que se encargaba de traer los niños al mundo y de hacer otras curaciones en la segunda mitad del siglo XX. Algunas plantas de la zona como la malva rubia, así como ungüentos y sal, servían a doña Petrona para realizar esas curaciones, que a su vez iban acompañadas de rezos varias veces al día.

Ocasionalmente pasaban los agentes sanitarios por los puestos, realizando vacunaciones contra la poliomielitis, la varicela y otras enfermedades, y atendiendo a quienes lo necesitaban. Pero en forma más habitual los pobladores se curaban con remedios caseros. Así, por ejemplo, los empachos se curaban midiendo con cinta, “tirando el cuerito” o con té de paico. También se utilizaba el eucalipto medicinal para los resfriados, leche de yegua para la tos convulsa, la panza del sapo se frotaba contra la cara para el dolor de muelas, las encías se curaban con leche de perra, y en caso de sufrir un golpe fuerte se frotaban con orín y sal. También la *untura* blanca (también conocida como unto sin sal, realizada con grasa de animales), la yerba de pollo, el ajenjo, la ruda, la manzanilla y la cáscara de chañar, entre otros, formaban parte de los enseres curativos caseros. Recién en 1974 se inauguró una sala de primeros auxilios en Puelches, que actualmente cuenta con personal capacitado: un médico y enfermeras (para más datos ver capítulo 12).

La vida en el pueblo no era muy diferente a la vida en el campo. Sus habitantes también obtenían el agua de pozos, pues eran muy pocos los vecinos que tenían la posibilidad de poseer un aljibe. Juana Talia recuerda que en los años’70 la Casa Tomás Hermanos sacaba agua de un molino ubicado sobre una loma cercana y luego la transportaba mediante caños hasta unas grandes cisternas con las que abastecía a la población. También había aljibes en las casas de Guillermina Marrón, Andrea Guanchul, la familia Lara, Inocencia Fresco y en la Escuela N° 102.

Lo que cambiaba en el pueblo era la posibilidad de dialogar con los vecinos, en la vereda o en el almacén de ramos generales. En éste último, la gente podía reunirse para beber, entablar largas conversaciones o jugar a los naipes y la taba entre otras diversiones.

Foto N° 13.6: Parte trasera del almacén de Tomás, 1970. A la izquierda, Renée Montesi, docente; la cuarta mujer es María del Carmen Altamirano, el cuarto hombre con anteojos en Rubén Themtham, el siguiente es Hugo Lara, luego Enrique Tomás, Nora Mendoza de Tomás y Carlos Lara (gentileza Susana Tomás).

La creación del salón de usos múltiples

En 1975 la necesidad impuso la creación de un nuevo espacio comunitario para los habitantes de Puelches: el salón de usos múltiples ubicado junto a la capilla vieja, a la vera de la ruta 152, que nació como sala velatoria y con el correr del tiempo fue destinado a diversas actividades. Cuenta Juanita Talia, que era la encargada de la iglesia local, que una tarde llegó a su casa el señor José Arrese, *“traía del campo un peón fallecido y me preguntó si podía velarlo en la capillita del pueblo, ya que no había lugar en los locales de don Enrique Tomás, que en ocasiones como estas solía desocupar una habitación y habilitarla para ese fin, para velar muertos. En ese momento todas las habitaciones estaban alquiladas, entonces ante la duda llamé por teléfono al señor cura párroco de General Acha, que era el padre Roberto Grosso, consultándole sobre el caso. Su respuesta no se hizo esperar: “la iglesia no es para velar muertos, podría utilizarse en oportunidades ante el fallecimiento de algún obispo o sacerdote; por esta vez dígame que sí, y cuando voy a Puelches hablamos sobre construir al lado de la capilla una sala de usos múltiples, que a la vez se pueda utilizar para que los pobladores velen a sus muertos”*.

A los pocos días llegó el párroco y reunió a un conjunto de vecinos, entre los que se encontraban Juanita, Felipe Echaves, Olga Millot y Damiana Tomás, para avanzar en la construcción del salón. Se hicieron varios bailes y actividades para recaudar fondos, lográndose comprar la estructura para una sala de 5 por 12 metros. Una de esas acciones derivó en la realización de un remate de hacienda, algo inédito en Puelches. La comisión pro-salón -integrada además de los mencionados por Pinky Lubones y Eulogio Baldomé- *“decidió solicitar un ternero a los hacendados vecinos, y once respondieron*

regalando hacienda. Una de la mejor hacienda que venía era la de Guanchul, Abdón Guanchul, que regaló para hacer esa sala velatoria una relinda vaquillona. Domingo Maldonado se ofreció para arriar los frutos de esa generosa donación. Vino un martillero de General Acha y se remató esa hacienda. El dinero que se recolectó, ese y otros dineros, estuvieron siempre en el banco o en la parroquia, o en manos del tesorero o del intendente del lugar”.

Además de funcionar como sala velatoria, el salón prestó importantes servicios a la comunidad, fue refugio para varias personas en estado de emergencia ante inclemencias climáticas como el tornado ocurrido en 1981, lluvias copiosas y tormentas; y funcionó como academia de labores y costura, con la colaboración de las Hermanas de María Auxiliadora que misionaron en Puelches (ver capítulo 16). A una de ellas, Sor Lidia de la Cruz, el gobierno pampeano le asignaba el viático para que se trasladara a Puelches a enseñar labores. También ofrecieron talleres la señora Mariela Cejas, que enseñó cocina en las instalaciones, y la señora Analía Bus, que dictó clases de pintura y dibujo. En los años '80 se le puso piso y cielorraso, cerrándose el espacio entre la sacristía y la sala velatoria para construir un baño y una cocina; en tanto a fines de los '90 la construcción fue refaccionada por completo.

Un velatorio en Puelches

Como en otros lugares, también en Puelches la muerte tenía rituales específicos, varios de ellos vigentes aún en la actualidad. La vecina Juana Talia recuerda los pasos que se seguían en los años '70, cuando era llamada con frecuencia para coordinar la ceremonia en la sala velatoria del pueblo.

“Cuando fallecía un habitante, se preparaba la capilla ardiente en el salón de usos múltiples. Se colocaban todos los bancos y sillas que había en las instalaciones y se esperaba el cadáver, pues como no había médico la policía trasladaba el cadáver hasta el hospital de Acha para la autopsia, en caso de muerte dudosa, o para llenar las formalidades del caso y contratar el cajón (...) Se rezaba siempre a pedido de los parientes, en ningún caso se dejó de hacerlo y se lo velaba la noche entera, uso de la gente era eso. Cuando el cadáver provenía del campo, los dolientes traían leña, y en las inmediaciones preparaban un asado, porque debajo de los árboles había unas mesas y

bancos, y con mucho respeto se cenaba ahí afuera (...) Al retirarse el cadáver se lo despedía según el ceremonial de los laicos, esta ceremonia era presidida generalmente por mí” (relato de Juana Talia, 16/04/2008).

El féretro era trasladado hasta el cementerio por el vehículo de la comisión de fomento o por algún vecino, seguido por una caravana de coches. Los mismos familiares preparaban la fosa y luego amigos y vecinos arrojaban puñados de tierra. Los presentes colocaban piedras de yeso sobre la sepultura, formando un túmulo coronado por una cruz y adornado con flores.

En Puelches hubo varios cementerios en distintas épocas. En la primera mitad del siglo XX se usó un cementerio en el que se colocaban adornos realizados en hierro. Luego quedó en desuso y fue cubierto por la vegetación, estableciéndose otro a 500 metros. En los últimos años la municipalidad también abrió otra sala velatoria junto al nuevo edificio de la iglesia católica.

Foto N° 13.7: Actual sala velatoria.

En estas páginas reconstruimos, a partir de los datos relevados en las fuentes, algunos retazos de la vida cotidiana de Puelches. Prestando atención a las formas de organizar el tiempo, el consumo, la recreación, los vínculos, las formas de amar, nacer, enfermar o morir, intentamos rescatar la experiencia de los habitantes de esta localidad desde tiempos remotos, mucho antes de su fundación, hasta avanzado el siglo XX.

Esta experiencia cotidiana fue moldeando la forma de ser y la identidad de sus habitantes, hombres y mujeres que lucharon por sobrevivir ante las inclemencias climáticas o condiciones físicas del entorno. Ellos fueron, son y serán, teniendo en cuenta que continúan esa labor sus descendientes, los artífices de la historia, la actualidad y el futuro de Puelches.

Capítulo 14: Fiestas, juegos y reuniones para paliar la soledad

Stella Cornelis

Paula Laguarda

En las primeras décadas del siglo XX los bailes, fiestas de campo y reuniones sociales eran un punto obligado de encuentro para los habitantes del sudoeste pampeano, los que debido a la baja densidad poblacional, las grandes distancias y las dificultades de transporte, no tenía demasiadas oportunidades para el entretenimiento y la sociabilidad.

Como plantea Sandra Fernández, el término sociabilidad remite a las relaciones internas que se dan entre los grupos, donde se crean pertenencias, solidaridades, dependencias, y alrededor de las cuales se construye un sistema de lazos de solidaridad, que alimentan, regulan y sustentan tales relaciones. Según la mencionada autora, esta sociabilidad adquiere diferentes formas: desde la institucionalizada avalada por el Estado (corporaciones, asociaciones, etc.) hasta las íntegramente informales que involucran los núcleos de relación más íntimos y afectivos.

Uno de los espacios en el que esas relaciones surgían y se consolidaban a comienzos de siglo eran los almacenes de ramos generales. Si bien a estos locales acudía toda la familia, la sociabilidad y el intercambio que permitían eran básicamente masculinos. Allí convergían la bebida, los juegos y las charlas de los más variados temas. También eran lugares en los que podía alterarse el orden público, y eran frecuentes los enfrentamientos armados y los juegos ilegales, entre otros inconvenientes.

Como se señaló en el capítulo 9, en Puelches existieron en los años '20 y '30 el almacén de Feliciano Lana, y en la década del '40 el almacén de Lino Godoy y el hotel de Francisco Marrón, que tuvieron continuidad en los '50. Otro comercio que surgió en esa década fue la Casa Tomás Hermanos, que perduró hasta hace pocos años.

La investigadora pampeana María Inés Poduje sostiene que además de la función comercial que desempeñaban, los almacenes eran también centros sociales, de intercambio de información y de actualización de noticias. Allí se conocía quién quería

vender o comprar algo, cuánto pedía, quién era el responsable de la operación, por qué se vendía, cuándo era el baile, quién estaba por casarse, cuándo llegaría el cura. Haciendo las veces de fonda, brindaban al viajero hospedaje y alimentos. Cuando había oportunidad se jugaba a las cartas, a la taba o se organizaba una corrida de caballos. Muchos almacenes se convertían en escenario donde actuaban payadores, guitarreros y otros artistas populares.

Foto N° 14.1: Bar del almacén de Tomás Hnos, 1966 ó 1967. Entre los presentes, se observa a José González (de bigotes, detrás de los dos hombres que sostienen vasos al frente); detrás de él, Enrique Tomás. María Isabel Navarro es la mujer con el bebé en brazos, detrás de ella, Zenona de Capurro, y a sus espaldas, Sr. Capurro, levantando un papel (gentileza Susana Tomás).

Hacia el año 1928, en el almacén de don Feliciano Lana se instalaron varios juegos, entre ellos la ruleta -la chica y la grande- y el golf, se hacían carreras cuadreras y también había una cancha de taba. Un detalle curioso es que el comisario aparentemente era el encargado de esas diversiones, por lo que debió comparecer ante la Justicia acusado de infracción a la Ley de Juegos de Azar y de violar los deberes de funcionario público. Según el expediente judicial, estos juegos eran frecuentes en el lugar así como también las “coimas” (véase capítulo 9).

Yerras, señaladas y fiestas de campo

Otros espacios propicios para la sociabilidad eran las fiestas realizadas en viviendas rurales particulares. El más importante de estos festejos, que se convirtió en una fiesta tradicional en el campo pampeano, era la llamada “yerra y señalada”. Esta actividad, que se realizaba una vez al año, implicaba tareas como marcar con hierro caliente al ganado, señalarlo con diversos cortes en las orejas, efectuar castraciones o descolar corderos.

Foto N° 14.2: Asado después de una señalada.

Los vecinos se ponían de acuerdo para no superponer las fechas de la yerra, así todos podían acudir al evento. Los invitados colaboraban en los quehaceres, que a su vez se convertían en una diversión colectiva, y demostraban sus habilidades con el lazo

o como domadores jineteando a los animales. A cambio de su trabajo y colaboración en esta faena, los asistentes eran agasajados con un almuerzo criollo, que consistía en el típico asado, sin faltar comidas tradicionales como las empanadas o los pastelitos.

Para continuar con la diversión se realizaban destrezas como carreras hípicas o la habitual carrera de sortija, y también se jugaba a la taba, al truco, al mus o algún otro juego de naipes. Las carreras cuadreras eran muy atractivas, ya que en ellas se apostaban sumas de dinero importantes en relación con la flaca economía de la región. Por último, para cerrar la velada, se organizaba un baile con vitrola o bien una guitarreada. Estos festejos muchas veces duraban varios días.

Foto N° 14.3: Carrera de sortija, fines de la década de 1930.

Además de las yerras, otros eventos que congregaban a la población del pueblo y las zonas rurales eran las domas. Los antiguos pobladores de Puelches recuerdan que a esas diversiones acudía gente de otras localidades, como General Acha. Las carreras de caballos también atraían a la población, porque en ellas se apostaba mucho dinero. En los años '60 y '70 el banderillero solía ser don Felipe Echaves, un hombre al que se le tenía un gran respeto y cuyo dictamen sobre el caballo ganador era aceptado aún cuando se equivocaba, según recordaron su hija María y su yerno.

En el campo solían organizarse fiestas que duraban hasta cuatro días. Además del condimento obligado del baile, la música, la comida y la bebida, se jugaban diversos juegos con naipes y el *tuti fai* con los dados, que estaba prohibido. Quien corría con los gastos era el dueño de casa, que carneaba ovejas o vaquillonas para agasajar a los invitados con el tradicional asado y otras comidas típicas. Estos bailes cumplían una función social adicional: en ellos los jóvenes del lugar tenían la posibilidad de encontrar pareja.

Foto N° 14.4: Asado, casa Tomás, alrededor de 1966, el primero de la izquierda es Paulino Rosas, también están el Sr. Mauna y Laureano Roldán entre otros (gentileza Susana Tomás).

Bailes y músicos populares

Tanto en el pueblo como en el campo los bailes solían ser animados por improvisados músicos lugareños, aunque en ocasiones llegaban orquestas de poblados mayores. Rubén Evangelista, en una recopilación sobre folklore y cantores populares en La Pampa, da cuenta de una formación musical oriunda de General Acha, que en las primeras décadas del siglo XX supo animar las reuniones del sudoeste pampeano llegando hasta Puelches, Perú, Ataliva Roca y Unanue, entre otros sitios. Se trataba del terceto “El Pájaro Negro”, integrado por la guitarra de Juan López, el violín de Benigno Campos y el bandoneón de Felipe Miranda. Posteriormente la agrupación derivó en sucesivos cuartetos, como el que integraban Lorenzo Fonseca, Marcelino Suárez, Pedro Lavié y Juan López (bandoneón, violín y guitarras), y el que conformaron Justo Marillán, Luqui Atala, Felipe Miranda y Juan López (dos bandoneones, violín y guitarra).

Ocasionalmente también se realizaban cenas sociales en la casa de comercio Cura-Có (hasta los años '30) y posteriormente en el hotel de Francisco Marrón, para agasajar a algún visitante o despedir a personajes ilustres, como la cena oficiada en agosto de 1921 en homenaje a Marcial Mazorriaga Iturriz, gerente de la firma Cura-Có que dejaba el pueblo. Sin embargo, el reducido tamaño de la “sociedad” puelchina hacía que los convidados fuesen siempre los mismos: el juez de paz, el director de la escuela y el comisario de turno, sumados a un puñado de comerciantes y hacendados.

Más habituales eran los festejos patrios y los bailes populares, ocasiones en que la gente llegaba al pueblo desde varios kilómetros a la redonda. El 24 de noviembre de 1937 el diario *La Arena* informó sobre el éxito obtenido por la fiesta de fin de año organizada el día 21 de ese mes en la Escuela N° 102. Asistieron más de 100 personas, entre ellas familias que vivían en parajes distantes. Hubo un interesante programa de actos y los comerciantes locales donaron alimentos destinados a los alumnos (véase capítulo 11). Terminado el acto tuvo lugar un baile en el hotel de Marrón. Según la publicación, el evento “*se realizó dentro del mayor entusiasmo, bailándose animadamente*”.

La investigadora María Inés Poduje afirma que, a lo largo de la historia de cada paraje, colonia o pueblo, hubo -y sigue habiendo en muchos casos- una escuela o un club que convocaban “al baile”. Allí se reunían periódicamente las familias y los grupos

de jóvenes que sorteaban distancias o incomodidades para estar presentes. Pero el esfuerzo valía la pena. Los bailes y sus preparativos eran verdaderas instancias de unión de la comunidad, que servían para estimular liderazgos, poner en práctica distintos roles sociales y ejercitar normas de convivencia. Además, antes del encuentro, cumplía un papel muy significativo el trabajo que realizaban las personas encargadas de, por ejemplo, preparar las ensaladas, las tortas para el postre, acondicionar las bebidas, conseguir los premios en caso de que hubiera sorteos, las bebidas, los alimentos; adornar el salón, hacer el asado, buscar al amenizador de la noche y contratar a los músicos, entre otras tareas.

A buscar las bailarinas

Cada vez que había baile en el pueblo, era un verdadero acontecimiento social. Llegaba gente de los campos en el medio de transporte que tenían más a mano. A mediados de los años '60, según recuerda Enrique Tomás, segunda generación de la Casa Tomás, en el almacén solían organizarse grandes fiestas, para las cuales se desalojaba el galpón y se limpiaba el piso de tierra. *“Cada tanto se paraba el baile para regar el piso con agua porque el ambiente era importante... Podía ser una palangana, regadera o lo que hubiese a mano. Por supuesto que no había mesas ni sillas. En las paredes del galpón, que eran de chapa, no de material, se colocaban bancos; que algunos eran bancos y otros eran tablones asentados en ladrillos o lo que sirviera para que se sentaran las mujeres. No había lugar para todo el mundo, así que el varón si no era demasiado viejo tenía que estar parado toda la noche. O bailaba o se quedaba parado”.*

En esas ocasiones llegaban a juntarse entre 200 y 300 personas provenientes de varias leguas a la redonda, y a veces los propios dueños del almacén ofrecían el transporte. *“Todo el mundo vivía en la zona rural. Cada baile de esos, yo recuerdo que camión, camioneta de mi padre, algunos muchachos de aquí le pedían los vehículos a mi padre y salían a los campos a buscar las bailarinas. Y el bailarín a caballo. Inclusive al músico, realmente era bastante sacrificado organizar un baile en aquella época”*

Fuente: testimonio de Enrique Tomás.

En 1938, y en coincidencia con movimientos de similar índole desarrollados en otros lugares del territorio, se formó en Puelches una Comisión de Fiestas Patrias. Estaba integrada por el juez de paz Erasmo Olmedo, el maestro Alberto Gómez Huarte, el comerciante Francisco Marrón y los vecinos Domingo Etchecopar y José Alonso, entre otros. Fechas patrias como las del 25 de Mayo y el 9 de Julio eran buenas ocasiones para reunirse y organizar actividades diversas. Los alumnos recitaban poemas y actuaban, entonaban canciones e interpretaban danzas criollas. Indefectiblemente luego del acto se organizaba algún baile, en el mismo edificio de la escuela o en los locales comerciales del pueblo. En los años '30 y '40 era frecuente que los bailes se realizaran en el hotel de Marrón (antes en la casa de comercio Cura-Có, de Feliciano Lana), y después de los '50 el almacén Tomás Hermanos se convirtió en la sede de festejos y entretenimientos. Las fiestas solían ser amenizadas por algún vecino que se le animaba a la música, como el popular Antonio Quintín, que en los '50 tocaba el acordeón en los bailes de Tomás y Godoy, según el relato de Margarita Peralta, mientras que en los '60 y '70 el músico más conocido era Isaías "Cuqui" Ortiz, que tocaba pasodobles y rancheras con su acordeón. Enrique Tomás recuerda que el artista se había autoapodado "El Quitapenas", bordándose el seudónimo en la espalda del chaleco. En la guitarra se destacaba "Mingo" López, pero no solía tocar en bailes, sino en reuniones más íntimas.

Foto N° 14.5: Guitarreada en casa de los Tomás, Puelches, alrededor de 1966 (gentileza Susana Tomás).

La Cooperadora Escolar y la Cooperadora Policial también organizaban diversas actividades con el objetivo de recaudar fondos para sus cajas sociales, como kermeses y bailes.

Sin demasiadas ocasiones para socializar, era frecuente que a veces chicos y jóvenes fueran a quedarse durante varios días a las casas de amigos y vecinos. No faltaban los juegos y entretenimientos, y la cosa se ponía mejor si la familia anfitriona tenía una vitrola. Valses, tangos y otros ritmos hacían las delicias de chicos y grandes, según recordó María Elena Álvarez, cuya familia solía visitar en los años '40 a sus vecinos los Villa, dueños de un aparato musical de ese tipo. A veces también se

organizaban pic-nics y excursiones, por ejemplo a las Sierras de Lihué Calel, donde una de las actividades frecuentes era buscar piedras, puntas de flechas y otros vestigios de los pueblos que habían habitado antiguamente el lugar. Por su parte los alumnos de la escuela solían festejar la llegada de la primavera con un pic-nic en los médanos aledaños a Puelches.

Foto N° 14.6: Pic-nic en los médanos.

Música “a dedo”

Así como algunas viviendas rurales disponían de aparatos de radio, otros “privilegiados” llegaron a tener fonógrafos o vitrolas, con las que reproducían una y otra vez gastados discos de pasta.

“De lo único que me acuerdo era de una vitrola vieja que tenía mi mamá. Queríamos recuperarla porque era nuestra diversión. La hacíamos arrancar con el dedo... dando vueltas con el dedo y los otros bailaban. Esa era la diversión que teníamos nosotros. Era una vitrola vieja, con la bocina y todo. Me hubiera gustado conseguirla”

Fuente: testimonio de Margarita Peralta.

El folklore musical pampeano

Los dos tomos de la *Encuesta Nacional de Folklore* dedicados a Puelches - elaborados en la Escuela N° 102 por el maestro Atanasio Mayor en base a testimonios de antiguos pobladores, alumnos y ex alumnos- reservan un importante espacio a la recopilación de diversas composiciones musicales y danzas vigentes en el período, como el gato con relaciones, el triunfo, la firmeza, vidalitas, milongas, chacareras y décimas. Un ejemplo es el gato con relaciones atribuido al ex alumno E. Etchecopar (la encuesta no aclara si fue el autor de la pieza, o sólo la recopiló):

Gato con relaciones

Cuando dos se quieren bien

Y no se pueden hablar
Los ojos sirven de lengua
Para más disimular.

No me fío de ojos negros
Porque tiran a matar
Unos ojos negros fueron
Causa de todo mi mal.

Las penas que por ti pasé
No me salen a la cara
Como las pasé por ti
Las pasé de buena gana.

No pienses mozo querido
Que yo te podré olvidar
Lo que en mi pecho se encierra
Las obras te lo dirán.

Tu cabello linda rubia
Se los ha robado el sol
Y a mi me robaste ahora
La vida y el corazón.

Considera por tí mismo,
Si tú con otro me vieras
Si tú me quieres mucho
Que fatigas no te diera

Todas las composiciones enumeradas anteriormente forman parte de lo que la investigadora Ercilia Moreno Cha llama el folklore musical, es decir “*aquella música (canción o danza, toque instrumental o juego cantado) que forma parte del inmenso patrimonio cultural que el hombre va adquiriendo por vía tradicional, de generación en generación, recreándolo permanentemente y sintiéndolo como algo absolutamente propio*”. Moreno Cha afirmaba a fines de la década de 1970 que el pueblo pampeano era en general amante de la música y que había enormes zonas, como por ejemplo el Oeste, donde era raro encontrar una casa sin guitarrero ni guitarra.

Inclusive la *Encuesta Nacional de Folklore*, que recopila relatos de pobladores de Puelches que en 1921 ya eran ancianos y se refieren a la época de su juventud -es decir en la segunda mitad del siglo XIX-, da cuenta de la utilización de instrumentos

musicales para acompañar las celebraciones. Según esta fuente, para hacer música en las fiestas se partía una caña en dos partes iguales, se le sacaba la parte leñosa y se unía nuevamente, cubriéndola con un intestino de vaca. En la punta se le ponía un asta del mismo animal, con una cazuela de madera cubierta con una piel de chiva pelada. Quedaba así diseñado un instrumento de percusión que se tocaba con dos palos, a modo de tambor.

Con posterioridad a la mal llamada “Conquista del Desierto”, dos instrumentos pasaron a dominar la expresión musical y el entretenimiento en el campo pampeano: la guitarra y el acordeón. Rubén Evangelista recuperó en los años ‘70 el testimonio de Santiago Aróstegui, quien vivió en Nerecó desde finales del siglo XIX. Refiriéndose a los bailes de campo que se organizaban, Aróstegui sostenía: *“Los bailes (alrededor de 1910) los hacíamos en el campo. Un acordeón costaba cinco pesos; nos juntábamos cuatro o cinco, comprábamos uno; comprábamos botellas de algún licor, y nos íbamos donde habíamos avisado (...) El acordeón se compraba en las casas de negocio, en los boliches; hasta en la costa del Salado, en los boliches había acordeón para vender. Ahora no hay. Las cuerdas de la guitarra eran de tripa, y había también de las de acero”*.

El folklore musical pampeano se caracteriza por la confluencia de elementos culturales cuyanos, patagónicos y de la región pampeana, lo que se observa en las danzas recopiladas por la Encuesta de Folklore. Por su parte Augusto Raúl Cortazar, un gran estudioso de la cultura “folk”, afirmaba que en su constitución se mezclaron tradiciones hispánicas, coloniales, criollas y autóctonas. Rubén Evangelista apunta que también la corriente inmigratoria aportó algunos rasgos propios a la música pampeana. Durante el poblamiento del Territorio, además de agricultores llegaron también cantores y guitarreros procedentes de otros lugares del país, quienes contribuyeron con elementos de sus propias tradiciones. Aquellos que provenían de la provincia de Buenos Aires trajeron consigo composiciones líricas como el estilo y la milonga (para ser cantadas y no bailadas), y danzas como la huella, el remedio, el prado y la firmeza. A través de San Luis y el sur cordobés llegaron elementos propios de las regiones norteñas, como la cueca, la zamba y la chacarera. Dice Evangelista que para 1910 los llamados “bailes de

dos” (gato, chacarera, zamba, etc.) fueron quedando para “los viejos” y comenzaron a ser dejados de lado por las nuevas generaciones.

Sin embargo, dos especies líricas como la milonga y el estilo sobrevivieron en las zonas rurales hasta nuestros días. Según Ercilia Moreno Cha, la composición de los textos para ser cantados se hace casi con exclusividad sobre la décima espinela, una estrofa sumamente difícil de estructurar, compuesta por diez versos octosilábicos. Su rima es asonante y combina el primer verso con el cuarto, el segundo con el tercero, el sexto con el séptimo, y el décimo y el octavo con el noveno. La *Encuesta Nacional de Folklore* ofrece un ejemplo recopilado en 1921 en la Escuela N° 102 de Puelches:

Décima

Aunque el poncho del olvido
Sobre mi hombro he colgado
Y los recuerdos del pasado
Deben haberte seguido
Como abrojo prendido
En cola de mancarrón
A decir tu corazón
Como dándote un pinchazo
Cuando mi nombre de paso
Cruza tu imaginación.
Mi nombre siempre ha de andar
Dando vuelta a tu memoria
En junta con el pensar
Dormida me has de soñar.
Pero qué vamos a hacer
Porque es alñudo forcejear
En la huella del querer
El tiento que tenía
Acollarado alrededor
Lograste cortarlo vos
Tanto tironear mucho
Y a la percha con alegría
Vos te fuiste a gozar
Y yo qué querés que hiciera
Rumbié campo afuera
Con mi desgracia a la par
Me dejaste tiritando
Por eso no andés bolaciando
Por lo mal que has dejado
Si soy árbol deshojado

Con el tiempo pueda ser
Que vuelva de fruta cargada
Porque no tiene duración
Y en este mundo mezquino
Y en desparejo camino
Cualquiera da un tropezón
Me has dado una lección
Si la he de aprovechar
Como también lo he sentido
Que con el poncho del olvido
También te quiero tapar.

Ex alumno Pedro Castro

En definitiva, en un medio en el que las viviendas estaban desparramadas y distantes entre sí, y los espacios de sociabilidad formal eran escasos (la escuela era el principal), las posibilidades de intercambio social y de relación entre los pobladores eran esporádicas y se volcaban frecuentemente hacia el ámbito doméstico, Las fiestas de campo, las yerras y señaladas, ocuparon un lugar preponderante en los hábitos de sociabilidad de los habitantes de Puelches.

Foto N° 14.7: Fiesta en el campo de doña Elvira Espíndola, en la que tocaba la guitarra "Pato" Espíndola. Principios de la década de 1970 (gentileza Juana Talia).

Los rituales anuales impuestos por el trabajo rural se convertían en ocasiones propicias para la diversión, el festejo, la música y el baile. Las penurias y dificultades cotidianas se olvidaban por unos días en los que las tareas y los recursos se compartían. Comer, beber, bailar, jugar, eran acciones que establecían un paréntesis en una rutina regida por los tiempos del trabajo y las labores rurales, pero que también fortalecían los lazos entre vecinos y el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

Capítulo 15: Sobre deportes y deportistas

Stella Maris Cornelis

Pensar el deporte desde una perspectiva histórica supone imaginarlo en la encrucijada de distintas dimensiones de la vida social. Así, como plantean los investigadores Bergel y Palomino, podemos abordar su estudio desde el significado cultural que presenta hasta su imbricación con el mercado; desde su rol en la definición de identidades nacionales o de género, hasta su práctica diferenciada entre las distintas clases y grupos sociales.

En este capítulo nos abocaremos a rescatar la presencia del deporte y los deportistas en la localidad de Puelches, y el modo en que se constituyó en una práctica importante dentro de la vida social del pueblo.

Ámbitos para la práctica deportiva

El 7 de agosto del año 1985 se fundó el Club Social y Deportivo Puelches. Esta institución obtuvo su personería jurídica en agosto de 1992, siendo su primer presidente Eulogio Baldomé. Actualmente, la comisión directiva se encuentra integrada por Raúl Seibel (quien fuera su secretario por un lapso de 15 años) como presidente, Alejandro Baldomé como secretario y tesorero, Alfredo Calzada como vicepresidente, y José Luis Gerez como primer vocal, entre otros.

El deporte por excelencia que se practica en el club es el fútbol. También se organizan campeonatos de bochas, y en otras épocas esta institución realizó reuniones hípicas que convocaban a los pobladores de la zona y localidades cercanas.

Foto N° 15.1: Representantes de Puelches en el Campeonato Argentino de Bochas 2007, Tucumán. Esta fue la primera oportunidad en que participaron vecinos de esta localidad (gentileza Rodolfo Marmioli).

Otros ámbitos propicios para la práctica deportiva son el Polideportivo (inaugurado el 8 de diciembre de 2006) y la pileta de natación -a pesar de inaugurarse

en el año 1999 comenzó a utilizarse en el 2003 por problemas en la construcción- que funciona en el predio municipal. Allí realiza sus actividades la colonia de vacaciones (en horario de mañana) y por la tarde el lugar está disponible para la población en general.

Foto N° 15.2: Niños puelchinos en la pileta municipal (gentileza Rodolfo Marmioli).

En lo que respecta a la práctica de fútbol Puelches integra la Liga de Fútbol del Oeste. La misma surgió en el año 2004 y sus objetivos fundamentales están centrados en los aspectos sociales y recreativos, convirtiéndose en un lugar de encuentro para la gente de los pueblos que la conforman. Integran esta liga las siguientes localidades: Santa Isabel, Algarrobo del Águila, La Humada, Puelén, 25 de Mayo, La Reforma, Chacharramendi, Puelches, Gobernador Duval, Cuchillo Co, La Adela. En la inauguración de la liga, realizada en Gobernador Duval, participaron los intendentes de las respectivas localidades, además del representante de la Subsecretaría de Políticas Sociales, Pedro Arcuri, y el flamante presidente de la Liga Deportiva del Oeste, Julio Gerez. En el primer campeonato, el equipo de fútbol de Puelches obtuvo el primer lugar.

Equipo de fútbol de Puelches

En el año 2004 el equipo de fútbol de Puelches que participó de la Liga del Oeste estaba integrado por los siguientes jugadores: Orlando Díaz, Sergio Werner, Iván Intiman, S. Quintriqueo, Elías Colado, Héctor Lagos, E. Quintriqueo, Juan Lagos, Martín Cañete, Fausto García y David Fernández. Los suplentes eran Andrés Cañete, Oscar Chaimel, José Luis Gerez, Ángel Villegas y Raúl Palavecino. El director técnico era Raúl Seibel.

Foto N° 15.3: Equipo de fútbol de Puelches.

Foto N° 15.4: Logo de la Liga de Fútbol del Oeste.

En 1993 Puelches ganó por primera vez el Papi Fútbol, que organizaba un club de General Acha. En este campeonato se participaba desde 1986, aunque siempre se había perdido en las semifinales.

Otro acontecimiento importante relacionado con la práctica deportiva fue la inclusión de la localidad de Puelches en la “Vuelta Ciclista del Desierto Pampeano”, realizada los días 4, 5, 6 y 7 de mayo de 2006. El circuito que transitaron los ciclistas se organizó a partir de cuatro etapas, la primera de ellas comprendía el siguiente recorrido: Chacharramendi-La Reforma-Chacharramendi; la segunda etapa, El Carancho-Puelches; la tercera, Gobernador Duval-Cruce-Gobernador Duval; y finalmente la cuarta, Puelches-Casa de Piedra.

Sobre los deportistas

En 1993 por primera vez los niños de la Escuela N° 102 de Puelches participaron en competencias interescolares, enfrentándose a la delegación de la vecina localidad de Gobernador Duval. El grupo de Puelches estuvo integrado por 22 alumnos de cuarto, quinto, sexto y séptimo grado y fue acompañado por la profesora de educación física Ana Coria, con gran expectativa de la población. Varios alumnos lograron clasificar en la instancia zonal. En carreras, Verónica Patiño obtuvo el primer puesto en los 60 metros llanos (categoría I mujeres) y Patricia Suárez en los 80 metros (categoría II y III), mientras que en varones Cristian Chaimel resultó primero en los 60 metros (categoría I). En salto en alto Verónica Patiño logró el primer lugar en la categoría I, mientras que en la categoría II y III Patricia Suárez y Estela Espíndola clasificaron primera y segunda respectivamente. En la categoría I varones Hugo Sepúlveda quedó primero y en la categoría II y III Iván Antimán obtuvo el segundo puesto; en la categoría IV el primer lugar fue para Daniel Espíndola. En sóftbol el primer puesto de la categoría I mujeres fue para Rosa Millot y el segundo para Verónica Patiño; en la categoría II y III Patricia Suárez quedó primera. En tanto en la categoría I varones ganó Hugo Sepúlveda, seguido por Bonifacio Roldán; en la categoría II y III el

segundo puesto fue para Raúl Palavecino. En salto en largo Verónica Patiño logró el primer lugar en la categoría I mujeres, Patricia Suárez en la II y III, seguida por María Claudia Berot, quedando primero Cristian Chaimel en la categoría I varones y segundo Iván Antimán en la categoría II y III. En la carrera de postas, obtuvo el primer puesto en la categoría I mujeres el equipo integrado por Yessica Maggio, Silvana Alí, Verónica Patiño y Yanina Arrese. En la final del Encuentro Zonal de Atletismo, organizado por la Dirección de Nivel Inicial y Primaria, Patricia Suárez logró el segundo puesto en salto en largo categoría A (mujeres de 10, 11 y 12 años) y en fútbol.

Foto N° 15.5: Partido de la final de fútbol de la Liga del Oeste, 2007 (gentileza Rodolfo Marmioli).

En el año 2002 alumnos de la escuela de Puelches también participaron de los Juegos Deportivos Pampeanos, destacándose en la etapa zonal, realizada en 25 de Mayo, Carlos Salas con el primer puesto en lanzamiento de bala y Domingo López Alacha en lanzamiento de disco.

En tanto Atilano Sepúlveda obtuvo la medalla de bronce en la final de los Juegos Deportivos Pampeanos, al compartir una posta 4 x 400 con los macachinenses Emanuel Rivero y Leandro Redondo. El joven Sepúlveda, en ese momento de 13 años, se trasladó en el año 2002 junto con su profesor de educación física Alejandro Córdoba a Chapadmalal para participar en la final de los juegos deportivos nacionales en representación de La Pampa.

Algo más que el deporte

Si bien es cierto que en su mayoría los clubes se conformaron como instituciones deportivas, el desarrollo de actividades culturales y sociales también vertebraron el accionar de dichas entidades. El Club Social y Deportivo Puelches, como su nombre lo indica, además de la práctica deportiva realiza actividades sociales. Así, los bailes y reuniones permitieron y permiten la convocatoria de los pobladores de la zona y localidades cercanas. Estos encuentros generan espacios para la sociabilidad de las personas, permitiendo la interrelación entre las mismas, el intercambio de ideas y

forjando espacios de participación no sólo para los socios del club, sino también para todos los asistentes.

Además de fiestas, bailes y encuentros también se generaba y genera un espacio de reunión e interrelación a partir de la práctica deportiva. Con la fundación del club y la creación de la Liga del Oeste, en Puelches surgió un espacio de recreación para los jóvenes del pueblo y para el público que accede a dicho espectáculo.

En ese mismo sentido, como argumenta la investigadora Brenda Elsey, el deporte en el marco de la vida cotidiana es un espacio de interacción social y un ámbito de creatividad cultural, factores centrales para la comprensión del desarrollo y la construcción de identidades colectivas. De esta manera, los colores del club se vuelven un referente identitario, favoreciendo la conformación de una identidad relacionada con lo local.

**Capítulo 16: Entre estancias, ranchos y boliches.
Misioneros volantes y “nuevos fieles” en estas “nuevas” tierras**

Ana María T. Rodríguez

La Iglesia católica tuvo presencia en las pampas argentinas aún antes de la llamada “Conquista del Desierto”. Franciscanos y salesianos fueron los principales protagonistas del proceso que pretendió construir una sociedad pampeana católica. Desde fines del siglo XIX las giras apostólicas, aquellas en las que los sacerdotes recorrían las extensas dimensiones del territorio, fueron una de las prácticas habituales del quehacer religioso en este espacio. Como parte de su recorrido misional, los sucesivos clérigos que incursionaron por estos lares depositaron su atención en Los Puelches. Inicialmente de modo provisional y, en la medida en que las misiones *ad gentes* se formalizaron con sede en el territorio pampeano, fueron adquiriendo continuidad.

¿Quiénes fueron los sacerdotes que misionaron en este poblado? ¿Cómo se llevaba a cabo la misión? ¿Cuáles eran sus intenciones? Estas cuestiones se intentan hacer explícitas en las próximas líneas.

De las visitas esporádicas a la misión de los parajes del oeste pampeano

Una década antes de que la Ley del Hogar del Poder Ejecutivo Nacional fundara la Colonia Los Puelches varios misioneros incursionaron en el Departamento Curacó en la búsqueda de nuevos fieles. En su mayoría eran sacerdotes que pertenecieron a la congregación salesiana. En un momento inicial llegaban desde la Patagonia, donde la estructura eclesial en manos de los salesianos estaba en pleno desarrollo. Tal fue el caso del Pedro Bonacina, quien en los primeros años de la década del 1890 partió en misión desde el Colegio Ángel de la Guarda de Guardia Mitre hacia Choele Choel, y luego de cruzar el río Colorado entró en la Pampa. Procedente de General Roca, los padres Ismael Salvioni y Pedro Martinengo también llegaban por estas tierras. Señalan las crónicas que el Padre Ismael Salvioni registró en esas inmediaciones dos matrimonios: el de Juan Córdoba y Ángela Madrid, y el de Pedro Aspiazú y Carmen Cardosa.

También las crónicas registran que el padre Martinengo luego de transitar por Puelén, Chicalcó, Chalileo y Limay Mahuida, terminó en Curacó con un total de 1.138 bautizos en 65 puestos. Al arribar a La Dulce, La Chata y Puelches realizó 38 bautizos.

Las misiones *ad gentes*

El Concilio Vaticano I (1869) por iniciativa del papa Pío VII (1800-1869) promovió una acción apostólica especial dedicada a comunidades no evangelizadas. De este modo adquirieron forma las denominadas *misiones ad gentes*. La historiadora María Andrea Nicoletti señala que las misiones fueron orientadas y unificadas mediante la instrucción *Neminen profecto letere potest* de 1845, base y núcleo de lo que con posterioridad ha constituido la doctrina misional pontificia. Asimismo fueron dirigidas por el Colegio de Propaganda Fide, creado en 1622 por el Papa Gregorio XV y reorganizado por el papa Pío VII para la acción misionera en los territorios de reciente descubrimiento.

Instalados los salesianos en el territorio pampeano y fundada la Casa de General Acha en 1896, las giras apostólicas partieron de esta residencia, que se constituyó en un centro misional. El salesiano José Hellerstern desde 1899 trabajó como misionero rural, visitando los parajes que abarcaba la jurisdicción de esa localidad, por aquel entonces capital territorial y sede también de las autoridades eclesiásticas en el espacio pampeano. Hellerstern misionó regularmente llegando al otro lado del Salado, fue el primer misionero de habla alemana en La Pampa y el primer salesiano fallecido en este territorio (1909).

Las visitas esporádicas en las que se alternaban sacerdotes procedentes tanto del sur como de General Acha adquirieron mayor periodicidad desde 1904. Fue el padre Luis Cencio quien, a partir de este año y hasta 1909, se ocupó especialmente de la atención de Los Puelches. Su tarea pastoral se focalizó en la población indígena (ver recuadro).

La visión del padre Luis Cencio sobre Puelches en 1909

Según reseña Antonio Dumraut, Cencio “*recorrió aldeas, estancias, puestos y ranchos, extendiendo su siembra también entre los huraños voroganos de la colonia pastoril Los*

Puelches y en los toldos de los indígenas del Salado...” (p.101, tomo III). El padre Valla por su parte relata: “*primero pasa por La Asturiana, donde se realiza una alegre fiesta familiar al casar por Iglesia a Don Ramón Otero Coya con Justina Portas saliendo de padrinos José Arrarás y su esposa Eladia. Oportunidad en que administra varios bautismos (...) La crónica señala que al llegar a Puelches, los indios puros ya estaban todos, hasta cierto punto, civilizados. Había casi mil personas. ‘Todos usan casitas de palo y barro; muy pocos viven en Toldos. Hablan su idioma. Se ocupan de la ganadería y las mujeres en tejer matras, mantas, frazadas, a veces de considerable precio. Contados son los que saben leer lo cual hace inútil entregar catecismos. ¡Pobres! Apenas si oyen un catecismo de media hora cuando cristiana al hijo y nada más. Los ensayos de escuela fueron solemnes fracasos.’ En Los Puelches y Curacó anota veinte bautismos. En el segundo viaje, la obra pastoral tiene alta significación. El 6 de enero de 1906 emprende su segundo viaje. Administra 45 bautizos en Curacó y otros 553 en Los Puelches. Su viaje termina el 31 de enero con varios matrimonios, 48 bautizados en Puelches y 18 confirmaciones en Curacó”.*

Fuente: Celso J. Valla (2000). *Puelches: Primeros pobladores anotados por la Iglesia. 1900-Centenario de Puelches-2000*, General Acha: Editora L & M. p. 4

A partir de 1910 el proyecto salesiano previó la implementación de misiones destinadas a las principales colonias indígenas: Emilio Mitre y Los Puelches. Los padres Durando y Buodo fueron los sacerdotes responsables de ellas. La impronta de Don Bosco se instalaba en el territorio pampeano; su predilección por los indígenas de la Patagonia y de la Pampa daba sustento a estas misiones. María Andrea Nicoletti señala que uno de los objetivos que la congregación se había propuesto era el de la “*evangelización del indio por el indio*”, y la promoción de la figura de Ceferino Namuncurá apuntaba a ese objetivo (ver recuadro).

Ceferino Namuncurá

Nacido sobre el río Negro en 1886, era hijo del cacique Manuel Namuncurá, fue bautizado al año de vida por el padre Domingo Milanesio, y educado por los salesianos desde una edad muy temprana. Tras recibir educación en una escuela-taller de la Marina

en el Tigre (Buenos Aires), las gestiones de su padre lograron que ingresara a estudiar en el Colegio Pío IX; luego de un tiempo partió -en 1904- para Roma con el cardenal Cagliero, donde se entrevistó con León XIII. Un año después fallecía, a los 18 años, para convertirse más tarde en una figura muy popular entre los paisanos del oeste pampeano, descendientes en su mayoría de indígenas. En la actualidad existen numerosas ermitas erigidas a Ceferino a la vera de los caminos de la provincia, y según los testimonios de sus pobladores, en los puestos de la zona de Puelches no faltaban este tipo de monumentos, ubicados a escasos metros de las casas.

En 1961, el padre Celso Valla recordaba: *“don Martín (Lima, cacique) se prendió de la imagen del venerable Ceferino, dando un profundo suspiro, para recibir luego con respetuoso silencio el mensaje evangélico. Es que para ellos, los de la piel cobriza, Ceferino es más que un familiar, y para mí el mejor auxiliar para acercarlos a Cristo. (...) Cuando en 1976 monseñor Arana vio diseminadas tantas mayólicas con la imagen del Señor y de la Virgen, teniendo en un ángulo a Ceferino enseñando a decirles: ‘Perdón, Señor... Confío en Ti’, monseñor Arana me dijo: -Padre Valla, llene el Oeste con estas imágenes”* (Valla, Celso, “Chalileo y Chicalcó: Primeros pobladores anotados por la Iglesia”, General Acha: Editora L & M, año 2000).

Desde el año 2004 la imagen de Ceferino ocupa también un lugar preferencial en el frente de la nueva iglesia de Puelches, ubicada frente a la plaza, en una especie de atrio que se construyó para que los habitantes pudieran orar cuando la capilla estuviera cerrada.

Claudia Salomón Tarquini

Con la llegada de Ángel Buodo a General Acha la actividad misional adquirió un carácter sistemático. Este salesiano emprendió la “Misión del Campo. Parajes del Gran Oeste Pampeano” que comprendía un recorrido por diferentes departamentos: Limay-Mahuida, Curacó, Lihuel Calel, Caleu Caleu y Puelén.

Recorriendo las pampas

Relata Lorenzo Massa en su libro *Historia de las Misiones Salesianas de La Pampa* que Buodo “recorrió, no solamente la zona de la parroquia de General Acha, sino también

las de Santa Rosa y de las capellanías vicarias de Santa María de Unanue y de Guatraché (...) aunque no pertenecieran a la parroquia de General Acha”.

Fuente: Lorenzo Massa, *Historia de las Misiones Salesianas de La Pampa*, Buenos Aires: Instit. Salesiano de Artes Gráficas., 1967, tomo II, p.p. 448-449.

Por su parte, Antonio Dumraut reseña que *“el padre Buodo comenzó su tarea misionera trasladándose en compañía de viajantes. Luego contó con un humilde sulky, que adquirió gracias a las donaciones recibidas a tal fin. Le regalaron dos mulas y un “mulito” y los aperos. Con originales nombres fueron bautizados los jumentos: Niño Jesús, María Auxiliadora y San José. El 30 de de enero de 1920 lo sustituye por un charré que no le dio buen resultado y en agosto ya trataba de venderlo. El año de 1927 dejó las mulas y compró un Ford a bigotes por \$1300. Cuatro años le duró el Ford T. En 1931, con una nueva suscripción, compró en \$2.500 una camioneta Ford. Nunca consiguió que le dieran un coadjutor que lo acompañara y se hiciera responsable del vehículo. Las reparaciones eran caras y cuando una de ellas llegó a \$ 200, dejó su camioneta y volvió a lo de 1914 (...). Miles de kilómetros recorrió en esos vehículos. Pero muchos más en tren. Fue el apóstol del tren, porque en él predicó, confesó, realizó matrimonios, aconsejó, ejerció el apostolado de la buena prensa (...) llevó gran parte de su vida misionero sobre los rieles y los ingleses le ayudaron (...) con pasajes sin cargo, con bonificaciones de hasta el 50 %”*

Fuente: Antonio Alberto Dumraut, *Pertenecer al Señor*, Bahía Blanca: Editorial Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia Norte, 1988, tomo II p. 250.

Los misioneros registraban en sus diarios los trayectos transitados. Este tipo de documento tiene el valor de la redacción *in situ*, y generalmente es muy rico en descripciones de la geografía, la fauna, la flora y la situación humana de los habitantes originarios de estas tierras. El padre Buodo acostumbraba a redactar con asiduidad sus *Diarios* en cuadernos o libretas; hoy en día estos documentos se encuentran en el Archivo Central Salesiano de Buenos Aires y en el Museo Capilla Ángel Buodo.

Desde 1914 a 1940 este misionero estuvo en 24 oportunidades en Puelches. En las sucesivas visitas realizó 318 bautismos, otorgó numerosas comuniones, confirmaciones y legalizó uniones matrimoniales.

Era habitual que los misioneros volantes evaluaran en sus diarios el “éxito” o “fracaso” obtenido. Los resultados de la misión se ponderaban en relación al número de lugares recorridos, y la cantidad de bautismos, comuniones, y matrimonios o uniones legitimadas. Lorenzo Massa sostiene que los años 1919 y 1920 fueron considerados los más fecundos en “frutos de apostolado”.

Cosmogonía indígena y religiosidad popular

Durante la *Encuesta Nacional de Folklore* realizada en 1921 se tomaron numerosos testimonios que hacían referencia a prácticas rituales asociadas a los mapuches. Dos de las entrevistadas fueron Paula Calderón (60 años) y Lorenza Tripailao (76 años), viuda del cacique Francisco Ñankufil Calderón. La mayor parte de los testimonios parecen referirse al pasado, y estimamos que corresponden a su juventud y adultez, en un período anterior a las campañas militares de 1878-89. Se hace referencia allí a frases y oraciones para que dejara de nevar, prácticas para sanar a los animales, o para evitar distinto tipo de males.

Según su testimonio, por ejemplo, y siempre de acuerdo a la interpretación que habría hecho de esta creencia el maestro que administró la encuesta, el “brujo” Calcú tenía a sus órdenes dos mandados que aparecían como figuras de lechuza y lechuzón, uno se llamaba *Anchi-Mallen* y el otro *Fata-que matraa-Pata largas*. Espiaban a la gente a la que querían hacer mal, y cuando los veían, con las alas producían fuegos de un lado para otro gritando, hasta que los mataban de miedo. Cuando estos morían les chupaban la sangre, alimentándose de ella. Para que no entrara el brujo en las casas, las personas rayaban el suelo, las paredes y las puertas con el cuchillo y tiraban tajos al aire. Cuando un paisano alcanzaba al brujo lo atrapaba con el lazo para castigarlo, y decía “*Anuytuaymi-miñinquemú*”, para que se fuera. Cuando descubrían quién era el que les hacía mal lo denunciaban ante el cacique en presencia de la adivina, éste lo hacía venir y lo ataban de las manos con dos cinchones y lo pasaban entre las llamas de un fuego grande. La adivina le preguntaba por qué hacía mal y él contestaba que porque le habían negado alimentos o servicios. También hay en los testimonios referencias a los fuegos o luces malas, como fenómenos producidos por Calcú (el brujo) para atemorizar y hacer

mal a alguna persona. Para correrlo trenzaban cerdas formando un látigo y con él castigaban en la dirección en que se producía el fenómeno, insultándolo.

Hemos resumido aquí sólo unos pocos ejemplos, pero el legajo de Puelches es el más voluminoso de todo el Territorio para la Encuesta Nacional de Folklore (el único que tiene dos tomos). El hecho de que Paula Calderón fuera reconocida como curandera por varios pobladores y mencionada en distintas fuentes como tal, y la gran claridad y especificidad de sus descripciones dan cuenta de una presencia importante de estas visiones en la religiosidad popular en la zona de Puelches, y aunque no tenemos registros de las prácticas concretas en las fuentes, es posible que a pesar de los intentos de los misioneros quedaran al menos en la memoria de sus pobladores por muchos años más.

Claudia Salomón Tarquini

Con el transcurrir de los años, en estas “lejanas” tierras, con baja densidad demográfica e incipiente urbanización, la Iglesia católica sólo pudo garantizar su presencia a través de estas giras apostólicas. Le sucedieron a Buodo como capellanes de Puelches los sacerdotes Manuel Pisano, Myles Somonte King, Enrique Olivares, Juan Doll, Celso Valla, Carmelo Marmmana, Roberto Grosso, Gabriel Wade, Serafín Molino, José M. Barbano, Valentín Holzman y Celso Valla nuevamente hasta su fallecimiento.

A lo largo de las últimas tres décadas a esta labor sacerdotal también se ha sumado la acción de otras congregaciones y grupos religiosos católicos que han concurrido a Puelches a misionar. Es el caso de las Hermanas de María Auxiliadora, que llegaban desde General Acha y Santa Rosa en los años '80 para enseñar labores y costura a las mujeres de la localidad, a veces con viáticos pagados por el Estado. Según el relato de la ex religiosa Juana Talia: *“Recordamos a Sor Lidia de la Cruz, Sor Angelina Valdez, a las hermanas directoras Sor Cristina Carrizo y Sor Teresita Fuhr. Esas venían de Acha y enseñaban labores y costuras en ese salón. A Sor Lidia le mandaba 20 pesos para que viniera, para el colectivo, el Gobierno de La Pampa”*.

Posteriormente también misionaron en Puelches el grupo Huerquén de Santa Rosa, a cargo del cura Ricardo Ermesino, y un grupo de la ciudad de La Plata.

Las excursiones apostólicas

La primavera y el otoño, en una época cercana a las Pascuas, eran las ocasiones elegidas para iniciar las giras, pues según la experiencia de los sacerdotes, era preciso evitar las épocas de trabajos en los campos como las esquilas, las cosechas y las siembras.

Foto N° 16.1: Misioneros preparándose para la misión (Archivo Central Salesiano).

Una vez establecida la fecha y el recorrido que se llevaría a cabo, el misionero enviaba un aviso impreso a las casas de comercio de la zona solicitando que se difundiera su arribo y se asegurara la posibilidad de improvisar una capilla y un lugar de alojamiento. En el aviso, además de la convocatoria, se indicaban cuáles eran los requisitos necesarios para recibir los sacramentos y, para el caso de solicitar la unión en matrimonio, los documentos legales que permitirían realizar la ceremonia. En Puelches era la casa de comercio Ramón Otero Coya la que cumplía estas funciones anticipatorias a la llegada del misionero.

El trayecto programado establecía que el salesiano se detendría por dos o tres días a misionar en los pequeños poblados, estancias, casas de comercio, fondas, hoteles, etc. Una vez iniciado el viaje, y ante el encuentro de población “infiel” o feligresía católica, interrumpía su planificación y “prestaba sus servicios” en los caminos, ranchos, parajes. Las circunstancias hacían que ni bien iniciado el recorrido el mismo fuese reformulado.

Foto N° 16.2: Misioneros con indígenas (Archivo Central Salesiano).

La Iglesia romana, y la congregación salesiana en particular, normalizaban la implementación de estas misiones *ad gentes*. La realidad cotidiana de los clérigos al recorrer estas pampas generaba en muchas oportunidades situaciones que las reglamentaciones no contemplaban. Los sacerdotes debían resolver problemas no previstos en la normativa; a medida que su experiencia se acrecentaba adquirían mayor autonomía. Esta situación preocupaba a las autoridades eclesiásticas. Al respecto

Cayetano Bruno relata que el “*Padre Buodo no hilaba muy delgado en lo de someterse a las disposiciones canónicas, aún en puntos de mucha consecuencia. Y hubo que llamársele repetidamente la atención, no sólo por el uso de la salvadora epiqueya, en la que se le iba excesivamente la mano, sino también por otros asuntos...*” (Cayetano Bruno, *Los salesianos y las hijas de María Auxiliadora en la Argentina. Volumen segundo 1895-1910*, Buenos Aires: Instituto Salesiano de Artes Gráficas, vol. 3. 1984, p. 518).

Impartir los sacramentos, ofrecer misas y charlas, encabezar procesiones, visitar a los enfermos y a los cementerios, estar presente en los funerales eran las prácticas habituales que conformaban los diversos rituales religiosos de los misioneros. En una carta del padre Buodo a su amigo Lorenzo Martín (de Bernasconi) sobre sus “correrías por el Oeste”, cuyo recorrido incluía a Curacó manifestaba: “*He hallado familias enteras en cama. Tuve que ser médico mas que sacerdote en algunas partes. Celebré en medio de enfermos envueltos en un triste poncho, en el suelo y sin recursos. Auxilié algunos moribundos. Libré a un endemoniado, mi peón se escapó; entre cuatro hombres no lo podía tener. ¡Qué gran miseria es el espiritismo!... ¡Cuánta miseria! Tuve que amonestar, amenazar con la justa cólera de Dios... Huérfanos, hijos del amor libre, por todas partes... y mientras atendiendo a esto, allá se me pierde todo... y no hay sacerdotes...!*” (25 de octubre de 1919).

El estado material de la población indígena, caracterizado por situaciones de pobreza que se hacían visibles ante los ojos del misionero, se tornó en un aspecto de creciente preocupación. Por eso desde la propia misión intentaron subsanar carencias como la falta de alimentos, medicamentos y vestimentas. Raúl Extraigas, en su libro *El hornero de Dios*, rememora que Buodo solía emprender sus giras a principios de octubre en su sulky o chatita donde llevaba desde enseres de culto hasta herramientas para enseñarle a la gente ciertos trabajos (como tijeras de esquilar para la poda, por ejemplo).

La presencia del misionero resultaba insuficiente para los fines que la propia Iglesia se proponía: evangelizar estas “lejanas tierras” de las pampas. Entonces, ¿cómo construir una sociedad católica en un contexto de baja densidad de población, y

espacialmente dispersa, con grandes distancias para recorrer y pocos sacerdotes? La respuesta debemos buscarla en la propia sociedad.

El padre Buodo ensayó una táctica: buscó cooperadores y cooperadoras. Ellos eran quienes se adelantaban a la llegada del sacerdote, trabajando para el “éxito” de la misión, y en ausencia del sacerdote se instituían en los “guardianes” de los valores cristianos. Según señala Celso Valla en *El desierto ayer y hoy*, los principales colaboradores de Buodo en Puelches en estas tareas eran Ramón Otero Coya, Julio Jullierat (juez de paz) y el Sr. Tabaré (comisario), quienes le ayudaban con dinero, alimento para los animales y combustible para su vehículo.

En muchos poblados los laicos asumían la responsabilidad de erigir un templo. Este no fue, precisamente, el caso de Puelches, que recién en 1963 tuvo su propia capilla. Al respecto Buodo recordaba que “*en los primeros años nadie soñaba ni deseaba capillas y templos*”. La pobreza, las grandes distancias a recorrer hacían imposible concretar un templo. Las prioridades del misionero y sus colaboradores oscilaban entre brindar una atención espiritual elemental y la ayuda material a la población. Estancias, almacenes, ranchos, boliches, caminos eran su escenario; pareciera que, en este contexto, no eran percibidos como un obstáculo para llevar a cabo la misión.

Las dos capillas de Puelches

Sobre la fundación de la primera capilla de Puelches, ubicada a la vera de la ruta nacional 152, relata Celso Valla que, a los pocos meses de radicarse en General San Martín, levantó junto al río Salado “*una capilla pre fabricada con torre y frente de piedra. Contando con la donación de 14 vacunos, un subsidio de \$20.000 y la dádiva de Otero Coya Hermanos di cima a la obra que se bendijo en honor al Santo Angel el 2 de mayo de 1963. La bendijo mons. Mayer. Conté con el apoyo de Julia de Arrarás, Victorino Gómez, Pedro Gauna y Tomás Hnos*”.

En tanto cuenta Juana Talia, ex religiosa que desde 1975 es la encargada de organizar las actividades de la iglesia católica en Puelches, que en 1999, al crecer la población y quedar chica la primera construcción, comenzó a edificarse una nueva capilla en un terreno ubicado frente a la plaza, donde en 1976 se había colocado la piedra

fundamental. La obra también fue impulsada por Valla, quien solicitó subsidios al gobierno pampeano para su construcción y consiguió diversas colaboraciones de personas y empresas de Santa Rosa y General Acha. Entre los vecinos de Puelches que impulsaron la obra con sus aportes se destacan Mauro Alonso, Horacio Bus, Miguelina Gil de Echaves, Aniceto Echaves, Héctor Echaves, Elio Bus, Pascual Albornoz, Hilarión Arrese, María Aramendi, Bernardo Cueto, Horacio Alonso, Luis Arévalo, Vicente Arévalo, Teresita de Arturi, Daniel Arturi, Nora de Tomás y Juana Talia. Por su parte Mario Frecentese colaboró tallando varias imágenes religiosas en madera de caldén que adornan el altar y los muros de la iglesia.

En la actualidad Puelches sigue sin tener un sacerdote en forma permanente. Una vez por mes viaja un cura de la congregación salesiana para oficiarse la misa, en tanto un grupo de maestras y vecinas -entre ellas Juanita Talia y María Andrea Viano- se ocupan de impartir las clases de catecismo a los niños de la localidad.

Para cubrir el “déficit” de la presencia sacerdotal, los misioneros fomentaron los padrinzagos y madrinazgos. En este sentido, fue habitual que los misioneros eligieran a padrinos y madrinas entre los “benefactores” y catequistas, o bien entre cooperadores y cooperadoras salesianas. El padrinzago, entonces, se instituía en un componente necesario de las misiones; en última instancia eran quienes de manera cotidiana resguardaban los principios católicos.

¿Padrinos o laku?

Desde el punto de vista de las familias indígenas, es probable que la ceremonia del bautismo haya tenido una significación distinta a la que suponían los salesianos. Entre los grupos indígenas de pampa y nordpatagonia, y para los mapuche transcorderos, existía una ceremonia (registrada desde siglos anteriores) llamada *lakutun*, por la cual el abuelo paterno donaba a su nieto -el primogénito varón por lo general- su nombre, convirtiéndose ambos en *laku*, lo cual implicaba un lazo especial que significaba una serie de derechos y obligaciones recíprocos, y del donante del nombre (el *güi*) hacia el padre del hijo. Esta ceremonia comenzó a practicarse entre estos grupos para convertir en *laku* de niños indígenas, a adultos varones cuya amistad querían reforzar sus padres a

través de este parentesco ritual. De esta forma, a mediados del siglo XIX, el cacique Pichuiñ quiso que su hijo mayor fuese *laku* del refugiado político criollo Manuel Baigorria -que vivía hacía ya algunos años entre los ranqueles. Tiempo atrás, el padre de Pichuiñ -Yanquetruz- había considerado a Baigorria como su propio hijo, y el mismo Pichuiñ pretendió reforzar este lazo de hermandad través de esta ceremonia. Así, el hijo mayor de Pichuiñ pasó a llamarse “Manuel Baigorrita”. De similar manera, en el célebre caso relatado por Lucio V. Mansilla (1980), cuando Mariano Rosas lo eligió como “padrino” de una de sus hijas, ello implicaba para ambos el establecimiento de una serie de derechos y obligaciones recíprocos que fortalecían sus lazos interpersonales. Es muy posible que lo que los grupos indígenas conocían como *lakutun* fuera asimilado estratégicamente al bautismo, pues no sólo no oponían mayores reparos a la práctica de esta ceremonia cuando los sacerdotes ingresaban esporádicamente a tolderías en épocas en que los grupos indígenas aún mantenían su autonomía sino que incluso esta instancia del bautismo parece haber sido aprovechada por ellos para generar y/o fortalecer sus relaciones interpersonales. No sería descabellado suponer que el padrinazgo en los años posteriores a las campañas militares les asegurara eventuales “benefactores” en contextos de altísima escasez de recursos.

Claudia Salomón Tarquini

No sólo “conversión” de los “infieles”

En 1900, en el Segundo Congreso Salesiano se había planteado, en consonancia con las ideas de Don Bosco, un plan misional que se proponía “*reducir los indígenas a la vida cristiana por medio de sus hijos*”. Asimismo, se había dispuesto “*reducir los indios a la vida civilizada por medio del trabajo manual productivo*”.

La misión de Puelches se orientaba en este sentido. Al mismo tiempo que los misioneros recorrían el Departamento Curacó en su rol pastoral, trabajaban para la integración del mundo indígena al “nuevo” espacio social que los blancos construían en este nuevo Territorio Nacional. Tal como lo ha señalado María Andrea Nicoletti en su estudio sobre los salesianos en la Patagonia, “*los planes misioneros salesianos se resumieron en el binomio “civilización-conversión”, apoyándose en la educación en las escuelas y el trabajo agrícola. La herramienta fundamental que señalaba la Iglesia de*

aquellos tiempos para alcanzar la “civilización” de los “infieles” descansaba sin duda en la educación”.

Foto N° 16.3: Imagen de Ceferino Namuncurá. Se encuentra en el exterior de la nueva capilla de Puelches.

En este sentido, se fomentó que los indígenas y, de manera especial los caciques, enviaran a sus hijos a las escuelas salesianas. La educación formal constituía un dispositivo necesario para el progreso de estas tierras “bárbaras” en tanto era percibida como un medio para garantizar que los hijos de caciques educados en las pautas culturales del “mundo civilizado” se instituyesen en agentes de cambio social al retornar a su propia comunidad. Según una cita volcada en la obra *Puelches: Primeros pobladores anotados por la Iglesia*, de Celso Valla, el padre Buodo decía sobre uno de sus recorridos: *“El cacique más progresista, de cuando conocí a Puelches, es Bernardo Pichicurá casado con Enriqueta Unaeché, que en 1920 contara con 20 familias propietarias. Buen escribano con excelente letra y regular ortografía. Educado en el Colegio Don Bosco mostró siempre una verdadera sed de instrucción, lo que disponía bien a él y a su gente para aprovechar las visitas del misionero”.*

Preocupado por los problemas morales de la población indígena, el misionero salesiano señalaba la posibilidad de cambios si se lograba la adhesión de los caciques a los principios del catolicismo. En la obra que citamos anteriormente, Valla transcribe una cita de Buodo al respecto: *“los más conservan las antiguas y bárbaras usanzas. No reconocen en su mayoría ningún matrimonio civil ni religioso. No se preocupan por bautizar a sus hijos y oyen con indiferencia lo que les enseña el misionero. Sin embargo cuando hay algún jefe bien dispuesto, como lo era Pichicurá, es mucho el bien que se obra”.*

Foto N° 16.4: Antigua capilla de Puelches, actualmente sede del Museo.

Para los salesianos, la educación en escuelas religiosas, en última instancia, favorecía en un futuro no muy lejano la inclusión de más fieles y la incorporación de

estos espacios marginales al mundo capitalista. En lo cotidiano, esta práctica significaba, como lo ha explicitado María Andrea Nicoletti, “*vivir en poblado con casa y familia, cultivar la tierra, criar ganado, respetar la propiedad ajena y administrar los bienes. Esa civilidad comprendió básicamente: el aspecto individual –vestirse, dormir en camas, etc.-; el aspecto familiar –tener vivienda y familia monogámica-; el aspecto laboral –aprender un oficio, administrar los bienes propios-, y el aspecto social –autogobernarse-. Tanto en las reducciones como en las misiones volantes salesianas, el modelo de “civilización” pasaba por fijar a los indígenas a un sitio y adaptarlos al trabajo de la tierra, que le permitían al misionero quedarse un lugar fijo y predicar”.*

Además de los valores y preceptos estrictamente religiosos, fue la socialización en la cultura del trabajo la principal tarea a la que se abocaron los misioneros. Les inquietaba verificar que los trabajos preponderantes fueran los del arreo, el transporte de carros y la esquila (todos trabajos que implicaban una altísima movilidad espacial), y en este sentido, el perfil “agrónomo” de Buodo fue un factor que incidió para cambiar esta situación: propició el cultivo de vides, la siembra de hortalizas, las podas y el corte de pastos para el forraje. Su impronta no pasó desapercibida.

Por último, un dato no menor es que estos misioneros que recorrían las enormes extensiones en muchas oportunidades cumplían funciones propias del Estado. Fue una práctica habitual que los gobernadores del Territorio autorizaran a los salesianos como comisionados del Registro Civil. A través de decretos, los gobernadores otorgaban permisos a los sacerdotes para ejercer en “comisión especial” las funciones de encargados de Registro Civil. La autorización se circunscribía a un período de seis meses, y lo hacían porque Puelches estaba situado a más de veinte kilómetros del asiento del Juzgado de Paz del Departamento. En el proceso de construcción del aparato estatal territorial, la Iglesia -también en la etapa inicial de construcción de su institucionalidad- se convirtió en un pilar imprescindible, en una pieza fundamental para garantizar el funcionamiento de la endeble maquinaria estatal, al ocuparse del registro de las personas. Aunque este aspecto había generado unos años antes fuertes disputas y enfrentamientos entre el Estado y la Iglesia católica, en este ámbito de frontera estos conflictos tendían a diluirse.

A través de las misiones, los salesianos llegaban donde no lo hacía el aparato estatal, de ahí que las autoridades vieran con beneplácito su accionar y por esta razón facilitarían su desempeño. El carácter cristiano de la civilización que debía implantarse en las tierras sustraídas a la “barbarie” parecía incuestionable. En la medida que “nuevos” fieles se integraban al “mundo civilizado” las sociedades originarias se desintegraban y sus procesos de diferenciación étnica se diluían.

Si bien este capítulo se ha ocupado en forma casi excluyente del accionar de la Iglesia Católica, y en particular de los misioneros salesianos debido a su prolongada presencia en la zona, dedicamos el párrafo final a los nuevos cultos que, a partir del año 2000, han establecido congregaciones en Puelches, específicamente la Iglesia Asamblea de Dios y la Iglesia Pentecostal Argentina. En los últimos años estos dos grupos religiosos han logrado un importante arraigo entre la población puelchina, en especial la Iglesia Asamblea de Dios, que en 2008 ha ampliado su sede frente a la ruta nacional 152, a pocos metros de la antigua capilla de piedra, hoy reconvertida en museo.

ANEXO I

La comarca poética de Juan Carlos Bustriazo Ortiz

Dora Battistón

Costeña de ojos puelches,
mantita fina,
un aire de flamencos
llega con vos.
Te veo en las canteras urrelauqueñas
por la huella alazana
de la oración.

“Niña del Curacó”¹

Suele decirse que la circunstancia biográfica del autor no debería influir en el análisis de su obra literaria. Sin embargo, en casos como el de Juan Carlos Bustriazo Ortiz, no podría el lector y menos aún el crítico encontrar un hilo más fiel para conducir al centro del laberinto que la mención de los lugares donde una fuerte experiencia de vida determinó la mimesis poética. En este caso, Puelches, el lugar que la escritura convierte en mito.

En la década de 1980 comencé a escribir acerca de Bustriazo Ortiz. Uno de esos textos, publicado en *Caldenia*², trata de exponer, de un modo impresionista, el impacto de *Los Poemas Puelches*, su primer poemario de 1956:

Los esquemas métricos ya están dados en la tradición heredada y asumida por el poeta en este primer momento de su obra. Estilos, zambas, milongas, huellas: en estos antiguos moldes va describiendo y a veces transfigurando el medio ambiente al que tanto influyó en su obra y vida. Es el territorio de Puelches, un desierto que ingresa a este cancionero con su código de sal y niebla, de piedra y silencio, con sus sufridas formas vivientes; y ahí están los habitantes de este desierto, la vieja raza, las dinastías olvidadas y confinadas en pobres caseríos, a través de desoladoras distancias donde el mismo nombre del agua suena a

¹ Bustriazo Ortiz, Juan Carlos, *Aires de cobre y sal* (1954-1963).

² Battistón, Dora, “El mundo poético de Juan Carlos Bustriazo Ortiz, Nota II. En suplemento cultural “Caldenia”, *La Arena*, domingo 23 de agosto de 1987.

nostalgia, a rezo, a imposible milagro.

Más adelante, en 1991, cuando se publicó este libro³, propuse, a modo de comentario:

En plena década del cincuenta, al regreso del Oeste, Juan Carlos Bustriazo Ortiz escribe Los Poemas Puelches, dando así la primera señal artística de una experiencia vital que definió, en temas y formas, toda su creación literaria posterior. Son los gestos y los rostros de aquella geografía los que van dejando su imagen en estos versos, tejiendo sus destinos con el misterio del lugar y con su dramática condición de pobladores del desierto.

Estas lecturas, retomadas recientemente al momento de prologar y anotar la edición del Tomo I del *Canto Quetra*⁴, ampliaron su espectro y resonancia. La visión conjunta de *Los Poemas Puelches* (1956), *Huellas de La Pampa Honda* (1957), *Aires de Cobre y Sal* (1954-1963), *Zambas del Piedra Juan* (1954-1959), *Ultimas Zambas del Piedra Juan* (1960-1964) y *Canciones del Campamento* (1960), los seis libros que configuran la etapa lírica inicial y marcan un claro período regionalista, mostraba al poeta en el largo itinerario determinado centralmente por el topónimo Puelches.

Más allá de los límites geográficos, lo que decide la imagen recurrente y el temple de la evocación literaria es la impronta emocional, el permanente recuerdo de sus primeros oficios, de su primer amor, del primer paisaje. Puelches define tema, tono y melodía, impacta en el poeta y proyecta su dominancia en todos los registros. “Vidalita puelche”, “costa puelche”, “muchachos puelches”, “viento puelche”, “ojos puelches”, “Rosa Puelches”... La extendida nominación, que abarca los confines de aquel mundo lejano, posiblemente haya salvado significativo y significación de la experiencia temprana del hombre que ya en Santa Rosa, en la escena final del libro, pasa en limpio los manuscritos, y esté señalando, además, el nacimiento y la evolución de una lengua poética que dejará su signo y su nostalgia en toda la obra posterior.

³ Bustriazo Ortiz, Juan Carlos, *Los Poemas Puelches (1954-1959), Quetrales, Cantos del añorante (1961)*, Santa Rosa, Ediciones “La Arena”, 1991.

⁴ Título que el poeta ha dado a su obra total.

La ruca de Taconao

*Iba su sombra pobre saliendo
del boliche.
Iba su sombra pobre cavándolo
al salitre...*

Hace unos días pasa Taco
con un hacha y una pala
hacia el bajo del salitre
donde duelen las mañanas.

Taconao levanta un toldo
de oscuro barro y jarilla;
al quincho lo hará de ramas
y al piso de tierra fría.

Su compañera le lleva
las pilchas y los enseres;
sus hijos arrear chivitos
desde las casas del este.

*Taco Peralta trabaja
porque el invierno anda cerca.
La pobreza lo acorrala,
lo ronda la helada negra...*

La ruca vieja del Taco
coronaba unas barrancas
de rosados piedreríos
brillando en la tierra parda.

El hombre es nómada y anda
al par de las estaciones;
junio lo muerde, y él huye;
enero quema y lo corre...

Por eso pasa y repasa
con el alma perseguida,
la sangre puro aguardiente,
y el viento, que lo castiga...

*Taco Peralta descansa.
La tarde puelche lo ahonda.
Rojeando está el cerrerío,
y ya lo llama la Rosa...*

Bustriazo Ortiz, Juan Carlos, *Los Poemas Puelches (1954-1959)*, *Quetrales. Cantos del añorante (1961)*, Santa Rosa, Ediciones La Arena, 1991, pág.9

La tejedora puelche

*Andaba doña Gregoria el caserío,
ofreciendo sus matras. Un día se fue
del pago. Los paisanos conservan
sus trabajos todavía, llenando con sus
colores los humildes recintos de los
ranchos...*

Aquí viene llegando
la tejedora puelche,
la que tejía sus matras
lo mismo que su suerte.

Venía siempre al pueblo
en busca de la gente,
saliendo de la tarde
como una chilca verde.

Llegaba despacito
subiendo desde el este,
allá donde el río seco
se junta con la muerte.

*Chamal rojizo y verde,
calor que trae la suerte;
ay tejedora puelche,
tu sombra siempre vuelve!*

Hoy suben de la tierra
tus raíces silvestres,
los vivos colorinches
de tus lanas alegres.

Loco el viento de junio
castiga, pardo y fuerte:
con tu matra yo tengo
la sola patria puelche.

Y aquí te dejo, viva
memoria del Oeste,
derramada en mi canto
como un río ferviente.

*Chamal rojizo y verde,
calor que trae la suerte;
ay tejedora puelche,
tu sombra siempre vuelve!*

Bustriazo Ortiz, Juan Carlos, *Los Poemas Puelches (1954-1959)*, *Quetrales. Cantos del añorante (1961)*, Santa Rosa, Ediciones La Arena, 1991, pág.11

***Maestra en Puelches:
Relatos de Renée Montesi***⁵

La profesora Dora Battistón ha revisado y recomendado la publicación de estos textos ya que fueron escritos en el ámbito del Taller Literario del Programa Adultos Mayores de la Universidad Nacional de La Pampa. Las notas al pie de página corresponden a la prof. D. Battistón.

CREENCIAS

Al bajar la loma para llegar al pueblo, lo primero que se divisaba era una antigua casa, cuyo frente era muy extenso; una parte pintada de blanco y la otra construida en chapa, con un estilo indefinido y varias entradas.

Observando el panorama parecía que lo único que constituía el pueblo era esa casona. No había nada a su alrededor, sólo monte bajo y fachinal.

Al acercarme pude leer un cartel que decía “HOTEL”; siguiendo la vereda, una vidriera y otro cartel: “RAMOS GENERALES”, y al final “TELÉFONO PÚBLICO”. Enfrente, un orgulloso surtidor señalaba “HAY COMBUSTIBLE”. Detrás de la casa, sobre la ruta, se levantaba un majestuoso puente, y nada hacía pensar que debajo corría el cauce de un río seco.

Al entrar al hotel nos recibía un espacio amplio con faroles a kerosene, un aljibe al costado y varias mesas y sillas; algunas ocupadas por parroquianos que dejaban pasar el tiempo jugando a las cartas en compañía de un vaso de vino. El lugar era a su vez bar y salón comedor.

Una arcada comunicaba con el sector de la cocina, amplio y luminoso. Un fuentón sobre la mesada nos indicaba que ahí se lavaban los utensilios y dos baldes con agua nos hacían ver la escasez del vital elemento.

La cocina a leña estaba al rojo vivo y el olor hacía suponer que la cena estaba próxima a ser servida. En ese lugar la dieta no era muy variada; no se conseguían verduras ni frutas, por lo cual el principal ingrediente lo constituía la carne de cordero

⁵ Renée Montesi de Aguilar nació en General Pico y estudió en Santa Rosa, donde reside actualmente. Durante el período 1964 – 1976 vivió y ejerció la docencia en Puelches, en la escuela común dependiente del Ministerio de Educación de la Nación. En estos relatos evoca con precisión y sobrio realismo algunas facetas de aquella incomparable experiencia.

en todas sus formas posibles. El pan era otro gran tesoro a conseguir. La “galleta de campo” una vez por semana se traía en bolsa desde el pueblo vecino, distante a 152 km.

La cocinera, de origen indígena, hablaba muy poco, inexpresiva y serena. El tiempo y los años habían arrugado y curtido su piel pero la edad era indefinida: difícil calcularla; podían ser más o menos años de los que uno pensaba. Contestaba parcamente a las preguntas con un sí o un no. Pero las pocas veces que se podía entablar una conversación con ella, uno infería que sus conocimientos y costumbres eran casi primitivos. Se llamaba Gregoria.

Nos preparábamos para la cena cuando alguien entró al salón y dijo:

- Che, ¡apareció otra vez la luz mala!

De un salto me acerqué al que hablaba y pregunté:

-¿Qué es la luz mala?

Gregoria salió de la cocina persignándose y me dijo:

-Es el alma de Don Ovidio que de vez en cuando se pasea frente a la tapera de la que fue su casa.

Asonbrada, temerosa y curiosa me acerqué a ella y le pedí que me contara la historia.

-Hace muchos años, cuando aún el río pasaba bajo el puente, vino una crecida y se llevó con él la familia de Don Ovidio. Él estaba en el campo cuando le avisaron lo sucedido. Al llegar su vida había cambiado, nada quedaba de sus cosas y de sus afectos. Buscó días y noches interminables. De madrugada ensillaba su caballo y salía a gritar sus nombres; sólo respondía el eco de su voz. Nunca dejó de buscar. Pasaron los años y sus alucinaciones fueron constantes hasta que un día se tiró al río creyendo que lo llamaban.

Con la misma convicción, continuó:

-Son los espíritus malignos que lo tienen cautivo, pero hay noches en las que logra escapar y su alma vuelve a recorrer los lugares buscando su familia.

Escuché con atención lo narrado e impulsivamente decidí salir a verla.

Gregoria me tomó de los brazos y me pidió por favor que no lo hiciera porque había que dejarlo vagar en paz.

Sin pensarlo mucho, me puse un saco sobre los hombros y corrí hasta el puente. Me senté sobre él para poder ver bien el cauce del río. A esa hora era una sombra impenetrable, no se veía absolutamente nada.

A mi alrededor sólo la luna, algún pájaro nocturno y una leve brisa que hacía mover las jarillas.

Y allí estaba. No era muy grande, sí muy luminosa y correteaba de un lado a otro sobre las barrancas; se detenía, subía, bajaba, se acercaba, se alejaba y continuaba su recorrido.

La observé un buen rato, recé un Padrenuestro. De pronto observé que estaba quieta como mirándome, noté que de a poco se iba acercando. Sentí miedo, me cubrí la cabeza con el saco y me quedé expectante. Detrás de mí sentí unas risas y al darme vuelta, dos jóvenes me miraban asombrados.

Grande fue mi sorpresa al notar lo que llevaban en sus manos: era una lata con una linterna grande adentro que hacía las veces de reflector para encandilar las aves nocturnas y cazarlas.

Aquí se develó el misterio de la luz, por lo que podemos estar seguros que Don Ovidio descansa en paz.

Por supuesto, Gregoria siguió firme en sus pensamientos.

SOLEDAD

Era siempre en el mes de octubre, cada cuatro años, cuando las autoridades provinciales disponían que debía realizarse el Censo Nacional de Población y Vivienda para el cual enviaban las indicaciones y el material correspondiente. El Ente Provincial del Río Colorado proporcionaba un automotor Rastrojero doble tracción, ya que no había caminos, sólo huellas y en algunas partes médanos que cruzar y únicamente con un vehículo de esas características se podía llevar a cabo aquella tarea.

Don Enrique⁶ era la persona idónea para acompañarnos en la tarea censal. Conocía palmo a palmo el departamento ya que una vez por mes lo recorría distribuyendo mercadería que le encargaban y comprando cueros, lanas y animales.

Era un español que se había afincado en los años cuarenta y había puesto un negocio de ramos generales, luego el hotel, venta de combustibles y barraca. De gesto adusto, buenos modales, amable y respetuoso de la gente, cualquiera fuera su condición social; en él los lugareños tenían absoluta confianza, su palabra valía más que un documento. Prueba de ello es que depositaban el dinero en su negocio y sabían que siempre estaba disponible al momento en que lo necesitaran.

Realizar con él el censo era vivir una grata experiencia; cada lugar que se recorría tenía siempre una historia para ser contada.

El Departamento Curacó es el más grande de La Pampa pero a la vez, por su particularidad de clima y suelo, el de menor población. Su suelo pedregoso, desértico, uniforme en el color, del mismo tono verde terroso matizado por el amarillo de las flores de la jarilla, que parecen pequeños soles y le dan un toque diferente a tanta inmensidad desértica. Rompiendo esta monotonía, el vuelo de algún pájaro o la carrera imprevista de alguna vizcacha o peludo atemorizados ante el ruido del motor. La única sombra durante el trayecto era la de algún algarrobo, donde muchas veces nos sentábamos a almorzar o realizar un alto en el camino cuando los rayos del sol se hacían insoportables y el calor agobiante. Observando ese pedazo de pampa infinito, parecía imposible que el hombre en algún momento pudiera habitarla.

Pero a lo lejos, una columna de humo que se elevaba al cielo nos indicaba que allí había vida; que alguien allí luchaba contra la naturaleza hostil, arrancándole lo poco que se podía para sobrevivir.

Su gente era igual que el paisaje: triste, gris, de pocas palabras, la mayoría analfabetos; habían visto el mundo por primera vez en ese lugar y afincados en él permanecían hasta el final de su existencia. No tenían otra idea del mundo más que el sitio que los rodeaba. Sus casas eran precarias, algunas hechas de barro y jarilla; otras de adobe; unas tenían cocina a leña y otras simplemente un fogón, y se alumbraban con un pequeño candil o lámparas a querosene. Siempre al lado de la casa se encontraba el

⁶ Se refiere a don Enrique Tomás.

corral de las cabras, que para muchos constituía el único sustento como alimento o capital. Recibían al viajero con cierta desconfianza, sólo cuando lo veían a Don Enrique se animaban a entablar una conversación o contestar las preguntas del censo.

Así llegamos un día, luego de recorrer huellas y desierto, a la casa de los Quilao. Eran tres hermanos, un varón y dos mujeres. Al sentir el ruido del coche salieron al encuentro. Permanentemente se reían. Se alegraron y efusivamente se acercaron a saludar cuando lo vieron a Don Enrique. Éste nos presentó y les explicó con lenguaje sencillo la misión que debíamos cumplir allí. El hombre, que llevaba la voz cantante, dijo:

- Pasen, pasen, tomemos unos mates.

Una de las hermanas repitió:

- Pasen, pasen, tomemos unos mates.

La tercera volvió a repetir:

- Pasen, pasen, tomemos unos mates.

Ya en el interior, comenzó a prepararlo, siempre atenta y observando a su hermano. La cocina era de adobe, amplia muy limpia, con escasos elementos. El hermano solicitó:

-Empiece a preguntar que si puedo les voy a contestar.

Rápidamente las dos dijeron exactamente lo mismo.

El diálogo se hizo difícil, pues a cada pregunta siempre había que esperar la respuesta de los tres y la permanente sonrisa ante cada opinión. Terminada la tarea, nos acompañaron hasta el vehículo, nos saludaron afectuosamente y nos pidieron, cada uno a su turno, que volviéramos.

Mientras regresábamos le preguntamos sorprendidas a Don Enrique el porqué de esa manera de expresarse y él contestó:

- No tienen relaciones con nadie, sus vecinos están muy lejos. Hace un tiempo les traje una radio para que se entretuvieran y se acercaran a la realidad. Está permanentemente encendida, pero las mujeres, por su escasez de conocimientos, no entienden el mensaje. El hermano les relata lo que él interpreta y ellas repiten. De esa manera están acostumbrados a manejarse, siempre siguiendo lo que su hermano mayor les dice y convencidos de que es la manera correcta de relacionarse con los demás.

Salí perpleja y pensando que el ambiente absorbe; no tenían dimensión de lo que había progresado el mundo, estaban como dormidos en el tiempo: sin esperanza, sin emociones, indiferentes al presente y sin idea del mañana.

Ése fue y es su lugar en el mundo: un paisaje, una nube, unas cabras, soledad. Dije esto y Don Enrique me respondió:

- No se preocupe, a su manera son felices, tienen lo que creen que es indispensable para vivir; no pueden desear y querer lo que no conocen.

REALIDADES

Nos tocaba realizar la tarea censal. Durante el día anterior, mientras preparábamos los víveres que llevaríamos para almorzar, el encargado censal, Enrique, nos dijo, “no lleven nada porque nos van a esperar en el campo de unos amigos”.

Recorrimos kilómetros y kilómetros de paisajes sombríos y agrestes, sólo nos acompañaba el sonido de alguna lechuga, el planear de los chimangos o el vuelo de cuervos que buscaban su alimento, que merced a la sequía reinante había en abundancia.

Luego de atravesar varios puestos, rápidamente, pues eran personas que habitaban solas, al fin llegamos, pasado el medio día, al campo de Chola y Augusto. Todo en la casa reflejaba una manera distinta de vivir. La dueña de casa solícita y atenta nos invitó a refrescarnos, nos sirvió una bebida fresca y nos hizo pasar al comedor; la mesa ya estaba preparada.

Cierta cultura se notaba en ambos, mientras nos servían un exquisito estofado de pollo, nos comentaron que ambos habían estudiado en la escuela hogar de Santa Rosa; cosa que ahora repetían sus cuatro hijos. Sentían gran afecto por la escuela y cierta nostalgia. La importancia que había tenido la educación para ellos era notoria; sin perder la identidad volvían a su lugar buscando otros logros, tenían otras expectativas para sí y para sus hijos.

Tal vez fue el precario desayuno tomado a las cuatro de la mañana o el vaivén incesante del coche sobre las huellas, pero lo cierto es que nuestro apetito era voraz, y demás esta decir que del delicioso estofado no quedo nada.

Terminada la sobremesa, había que volver a marchar. Rápidamente preparamos todo y nos despedimos con la promesa de que un día, sin apuro, volveríamos. Estábamos por salir cuando Chola dijo: “¿Van a pasar por el puesto de la Eleuteria?” A lo que Enrique respondió: “No creo que llegemos, vamos por el otro lado”. Chola insistió: “¿No pueden cambiar los planes y pasar por allí?” Y Enrique con algo de inquietud: “¿Por qué, qué pasa?” “Es que ayer mi esposo estuvo allí, una de las chicas tuvo familia, la quiso acercar al médico pero no quisieron”, dijo Chola, “y estoy preocupada.” “No hay problema”, resolvió Enrique, “si es así, hacemos primero ese lugar, y si hay que llevarla al medico, lo haremos, quédese tranquila”.

De nuevo en el camino, con la monotonía visual del paisaje; después de andar unas tres horas se divisaba una loma, que se levantaba blanca y desafiante ante tanta chatura. “¿Qué es eso?”, preguntó el chofer. “Son unas lomadas de yeso, este mineral aparece frecuentemente en el suelo”, respondió Enrique, “la gente del lugar le ha puesto de sobrenombre “Pájaro Blanco”, y a ese lugar tenemos que llegar”. Un pequeño rancho de jarilla y barro, con una enramada que hacía de cocina con un fogón en el medio, era la casa. Por lo que se veía, ahí vivían varias personas. Al acercarnos a la enramada, un animal colgaba de las ramas: “¿Qué es eso?”, preguntó Enrique. “Un gato montés”, contestó Eleuteria. “¿Quien lo cazó?”, volvió a preguntar Enrique, “Yo”, dijo Eleuteria, “se ve que anoche andaba rondando en el corral de las chivas y los perros lo asustaron, y se metió aquí abajo.” “¿Sola lo mató?”, preguntó Enrique asombrado, “Sí, anoche me levanté por el ladrido de los perros, cuando lo vi estaba enfurecido, pero alcancé a manotear ese palo y dárselo en la cabeza, así lo mate”, dijo Eleuteria, y luego siguió, “menos mal que lo madrugué, sino me mata”, concluyó. Todos comentamos que mas vale maña que fuerza, porque viendo ese animal parecía mentira que sola hubiera podido.

Enrique le explico que estábamos haciendo un censo y los datos que necesitábamos. Conformar la planilla familiar fue un verdadero rompecabezas; se mezclaban nombres, edades, algunos no estaban inscriptos, los llamaban por sobrenombres, otros eran nietos: había que adivinar. Mientras armábamos este cuadro familiar, Enrique preguntó: “¿Cómo está su hija? nos dijo Chola que no estaba bien”.

“Sí, está todo bien”, contestó Eleuteria, “ayer con unos cataplasmas de algarata que le hice, pudo despedir lo que quedaba del parto.” “Pero... no quiere que la acerquemos al medico?”, insistió Enrique. “¡Pa' qué, no le digo que ya está todo bien!”. Preguntó por el bebé y le dijo que no había ningún problema.

Viendo la cantidad de chicos que merodeaban, de distintas edades, humildemente vestidos, algunos descalzos, pensamos que era seguro que el buen Dios colaboraba para que resistieran sin enfermarse. Don Enrique siguió preguntando y adivinando edades y nombres; en un momento, en tono chistoso, ante la duda de la edad de uno de ellos, dijo: “Póngale dieciocho, total un año más o un año menos no cambia nada”. No sabemos lo que entendió Eleuterio; se enojó muchísimo, se acercó a la enramada y con el palo en la mano exclamó: “Ya me parecía que no venían por nada bueno”, y en tono amenazante: “¡¡Ahora se van ya!! ”. En vano fueron las disculpas y las formas que se intentaron para justificar el malentendido. No entró en razones, es más, cada vez que se le quería decir algo señalaba una huella con el palo, como diciendo “por ahí se van”.

El chofer, viendo que por esa huella no se podría pasar, le preguntó: “¿Se puede pasar por allí?, ¿no está cortada?”. “Mire que no van a pasar ustedes con eso -señalando el coche- si yo esta mañana pase a caballo sin problemas”, dijo Eleuteria aún con enojo.

La referida era una huella abandonada, donde el entramado de jarilla, piquillín, alpataco, más las cuevas de vizcachas, hacían imposible transitar. Tras varias idas y venidas, se encontró una que al final nos alejó de “Pájaro Blanco”. Salimos desconcertados, no por la actitud sino por toda esa familia, que vivía en semejante orfandad. “¿Viven todos?”, pregunto alguien. “Algunos deben morir”, respondió Enrique, “pero nadie se entera porque los entierran ahí mismo”.

Pensamos en la diferencia entre estas dos familias, ocupando el mismo espacio, pero una con el privilegio de tener posibilidades de educarse y conocer otras realidades, y la otra sin ninguna posibilidad, más la que de seguir librados a su suerte, marginados de todo contacto social, mimetizados con la agresividad del clima, el suelo y la distancia.

RECUERDOS

“Según los antiguos Incas, los recuerdos no se quedaban en la mente sino en el corazón”.

Ella guardó en su corazón el recuerdo de una mañana, en que iba a estrenar su título de maestra.

Una barraca (cedida por gentileza de su dueño) se transformó en escuela. Al frente un pequeño mástil y la orgullosa campana que colgaba de un alero y resaltaba aún más su característica de edificio escolar, y en el frente el escudo, rescatado del incendio del anterior edificio.

Cuando llegó, estaban formados frente al mástil 36 alumnos de todas las edades y de todos los grados; los miró, la miraron, se observaron mutuamente. Cuando la directora les dijo que era la nueva maestra, en avalancha se vinieron sobre ella.

Se preguntó: “¿me estaban esperando?”, ¿era tan importante para ellos que llegara?

Quedó desorientada: tanto afecto la encontró desprevenida, y quedó sin reacción.

Entraron al aula: paredes despintadas, bancos viejos de madera, un pizarrón al frente y una mesa como escritorio era todo el mobiliario; una puerta de dos hojas, que carecía de vidrios, era la entrada de luz y ventilación.

Todas las prácticas que había realizado en la escuela normal estaban preparadas para un grupo de alumnos homogéneo, con objetivos claros, que se sabía de antemano que se iban a lograr. ¿Y ahora qué? La realidad era un desafío; sintió impotencia, un gran desamparo, le pareció demasiada empresa para las pocas herramientas que tenía.

“Bueno... ¿cómo empiezo?”, se preguntó, y levantó la vista y los vio, como si recién los descubriera. Sentados en sus bancos, la miraban, le sonreían, estaban como esperando que les dijera algo. Ella trató de ofrecerles confianza, estimulándolos para que hablaran, y empezó preguntándole a cada uno su nombre: algunos no contestaban, sólo se reían, otros lo decían en forma confusa, y algunos de más edad hacían los comentarios auto referenciales.

“¿Qué hacen?”, les preguntó, y la mayoría relató que cuidaban las cabras, las ordeñaban, acarreaban leña para las cocinas o fogones, etc.

Así inició su camino en la docencia: conociéndolos, conociendo a su familia, y sabiendo que su esfuerzo era el que los iba a sacar adelante; lo que aprendieran iba a ser de su mano, pues no había otro agente socializador que no fuera la escuela.

Al principio algunos no conocían los elementos escolares; sus manitos curtidas por el frío y la sequedad del clima estaban endurecidas para esta tarea. Con el tiempo fueron cambiando: eran alegres, ruidosos, se les notaba el placer que sentían al concurrir a clases.

Un día vino uno llorando. “¿Qué te pasa?”, le preguntó la maestra. “Juan me lleva por delante empujándome”, le dijo el niño sollozando. Era verdad: Juan no sabía jugar, lo que hacía era imitar a los chivatos cuando se topaban, empujando a cada uno hasta que caían al suelo, ésa era su diversión. Otro día, en el aula, José gritó: “señorita, señorita”, “qué pasa”, pregunto la maestra, y el alumno dijo: “mire la Nelba se á cejiao, (efectivamente, Nelba se había depilado). Otra vez, para el día del niño, les regalaron una pelota; contentos salieron a jugar, pero Polo, la tomó entre sus manos y no dejó jugar a nadie, porque decía que la pateaban.

La siguiente anécdota ejemplifica lo que ocurre cuando, producto del desconocimiento del entorno, los docentes cometemos errores. La maestra estaba enseñando la letra V; dieron varios ejemplos y escribieron. Luego en el pizarrón se hicieron distintos dibujos cuyos nombres llevaban la letra V, entre ellos la maestra trató de dibujar un volcán, y con letra de color, bien grande, recalcó “Volcán”. Leyeron los alumnos y ella preguntó inocentemente “¿alguien sabe qué es un volcán?” Adalberto, que era muy entusiasta, levantó la mano: era el único; entonces la docente afirmó: “ahora Adalberto les va a decir qué es un volcán”. El aludido, sobrando la situación, dijo: “yo lo conozco, yo lo vi, así se llama la cocina de mi mamá. La maestra quedó perturbada ante el error cometido.

Un día, doña Gregoria, conocida porque curaba el empacho, mal de ojo y otras hierbas, vino a inscribir un niño, que le había dejado su mamá para que la acompañara y ayudara y que ella había decidido enviar a la escuela. Empezó primer grado, estuvo varios meses concurriendo, pero no terminó pues su mamá se lo volvió a llevar. Este alumno era

Oscar García Llaupi, que un día buscando las cabras en el monte se perdió y murió insolado y de sed; fue el mismo al que el escritor Bustriazo Ortiz, le dedicó una poesía.⁷

Del almanaque fueron cayendo las hojas de los meses, años, lustros. Fueron doce años. De allí aprendió a ser maestra, mejor persona, a valorar más los sentimientos que lo económico.

Los chicos los padres y vecinos, le demostraban a cada momento su cariño y lo valiosa que era para ellos.

La vida, a veces, ante una misma situación lo obliga a uno elegir entre dos opciones: una, la que no querías, y entonces te quedas padeciendo, sufriendo y llorando la adversidad; o la otra, donde pones a prueba tu creatividad, tu entusiasmo, tu confianza y tu equilibrio para lograr metas desafiando la comodidad, la seguridad, sin miedo a correr riesgos, pero sobre todo con una actitud positiva ante la adversidad. Fue una aventura maravillosa y fue muy feliz para la maestra que aprendió mucho de aquella gente, y para esos alumnos que, habiendo pasado tanto tiempo, aún hoy la recuerdan.

⁷ El poema “Salió buscando las cabras”.

ANEXO II:

Cien años y Puelches sigue creciendo...

1. Puelches en su Centenario

Puelches cumplió su Centenario el 24 de febrero de 2000, tomándose como fecha de conmemoración la que consigna el decreto de fundación de la Colonia Los Puelches.

Su escudo fue creado en 1997 por María Ester Ferreyra y María del Carmen Millot. Según la página web de la localidad *“La forma del escudo similar al de la provincia y el nombre de la población y la fecha de fundación que se destacan por sobre el resto del contenido, recuerdan su pertenencia a la misma y la bandera argentina flameando recuerda su pertenencia a la nación, el sol fuente de valor y los laureles las glorias pasadas. Las tacuaras por arriba y las divisas punzó por debajo la conquista del “desierto”. El indígena Puelche de la división superior vestido de cuero, su vivienda hecha de cueros multicolores y las boleadoras del lado derecho recuerdan y homenajean a los primitivos pobladores de la zona”* (en: <http://puelcheslapampa.com.ar>)

El programa de festejos del Centenario se inició con la recorrida de obras en ejecución por parte de las autoridades locales y provinciales, a la que siguió un desfile cívico- militar. Los pobladores recuerdan que desfilaron el antiguo carruaje del doctor Raúl Millot, con su tataranieta Luis Echaves; también una delegación de Gendarmería Nacional proveniente de General Acha, efectivos de la policía local, las bastoneras de Arata y los alumnos de la Escuela 102. Tras el desfile, tuvo lugar un almuerzo popular que se desarrolló en una carpa montada especialmente para el evento, al que también concurrieron antiguos vecinos de la localidad.

En una jornada plena de reencuentros y emociones, se entregaron distinciones a los pobladores más antiguos de Puelches. Recibieron sus medallas seis personas mayores de 80 años: Domingo Huinchivil, Isidoro Guanchul, Florinda Navarro, Hilarión Arrese, Paulino Rosas y Evangelina Villegas.

Desfile en el Centenario en Puelches, Archivo Histórico Provincial

Las actividades del centenario continuaron con una demostración de destrezas criollas en el campo de doma de la localidad, donde varios jinetes despertaron el entusiasmo de la concurrencia con sus habilidades. Por la tarde tuvo lugar un espectáculo folklórico de canto y danza, concluyendo el festejo con fuegos artificiales y un gran baile popular. La cantidad de asistentes superó holgadamente las expectativas de la comisión organizadora, encabezada por el entonces intendente Enrique Tomas: se esperaba una concurrencia de 1.000 personas y finalmente asistieron 1.800. La delegación del Gobierno Provincial estuvo encabezada por el ministro de Gobierno, Dr. César Ballari, y por la subsecretaria de Cultura, Prof. Norma Durango, además de la presencia de diputados provinciales y otros funcionarios.

Para esa ocasión, el Ateneo Ñankufil Calderón preparó la publicación *El Centenario de Puelches. Historia, testimonios, recursos naturales*, cuyos artículos fueron redactados, transcritos, diseñados y editados por Noelia Burgos, Marina Molina, Mario Frecentese y Oscar Bonifacio Roldán, con la valiosa colaboración del Prof. Raúl Hernández, el geólogo Rubén Siegel, el poeta Juan Carlos Bustriazo Ortiz y personal del Archivo Histórico Provincial. El trabajo incluye la descripción geográfica de la zona y un panorama de los recursos mineros, así como una referencia a las minas de cobre de Lihué Calel. También reproduce documentación referida a la creación de la colonia y al estado de su población hacia 1911, incorporando como broche de oro un reportaje a don Pedro Tura, un conocido poblador de la zona.

2. Una escuela también centenaria

Como se sostuvo en el capítulo respectivo, la Escuela N° 102 surgió a pocos años de fundada la colonia, y además de su función educativa incorporó, dentro de sus limitadas posibilidades, diferentes estrategias para suplir demandas elementales de salud y alimentación de la población. Al cumplir sus 100 años de existencia, en junio de 2006, docentes y alumnos de la institución prepararon una extensa publicación que reúne no sólo la historia de la Escuela sino también una síntesis de los principales episodios de la localidad. En la primera parte, el relato reseña aspectos geográficos, productivos, educativos, deportivos, sociales y culturales de la vida en Puelches, con especial atención a las últimas dos décadas y a la actualidad de la población. La segunda parte, titulada “Un recuerdo inolvidable”, incorpora el testimonio de Juanita Talia, una querida habitante de Puelches que llegó al pueblo en 1975 para desempeñarse como maestra, cargo en el cual se jubiló. A través de una narración poblada de emotivas descripciones, Juanita hilvana sus memorias de aquellos primeros años en la escuela, recordando a sus alumnos, los padres de estos y los vecinos del pueblo. La tercera parte de la publicación recopila diversos artículos periodísticos sobre Puelches, mientras que en la cuarta se reproducen fotografías de diversos momentos de la Escuela 102. Finalmente, la quinta sección recupera los nombres de los directores de la institución y de los primeros alumnos, así como del personal docente, no docente y egresados desde 1983 hasta 2006.

3. Puelches en la actualidad

El edificio comunal en el que funcionó la Municipalidad de Puelches hasta el corriente año había sido construido en 1973 para el funcionamiento de la que era por entonces la Comisión de Fomento.

Recientemente, el 18 de julio de 2008, se inauguró el nuevo edificio municipal, en base a la refacción y ampliación del anterior. La obra, con un presupuesto de alrededor de \$600.000, incluyó una recova que integra la Municipalidad, el Concejo Deliberante, el Juzgado de Paz, el corralón y Banco de La Pampa, así como la

construcción de dos nuevas oficinas para bloques del Concejo Deliberante, despachos para el intendente y secretario, archivos, sanitarios y áreas de servicio.

En el mismo acto quedaron inauguradas además dos viviendas del programa Provincia y Municipios, una antena de telefonía móvil de la empresa Claro y la radio FM Municipal.

Viviendas del programa Provincia y Municipios

Antena de telefonía móvil

Presentamos a continuación una galería de fotografías de la localidad de Puelches, que dan cuenta de la fisonomía del pueblo en la actualidad y de los principales servicios y comercios con los que cuenta:

1- Escuela 102	2- Comisaría
3-Plaza	4- Conjunto de viviendas

5- Posta sanitaria	6- Polideportivo municipal
7- Estación de rebaje eléctrico Transener	8- Iglesia católica
9- Iglesia evangélica	10- Puente sobre el río Salado
11- Estación de Servicios	12- Planta envasadora de sal
13- Tambo Caprino	14-Residencial Juanita
15- Hotel La Estrella	16- Restaurant La Estrella
17- Hospedaje Nueva Ruta	18- Carnicería La Granja

ANEXO III

Proyecto “Gestión de Patrimonio Cultural y Natural en la Comunidad de Puelches, Pcia. de La Pampa: Conservación y Desarrollo”. Algunas de las instituciones participantes.

Administración de Parques Nacionales

El manejo participativo del patrimonio como clave para el desarrollo cultural

Lorena Ferraro

Responsable del Programa

Manejo de Recursos Culturales de la APN

Introducción

A esta altura de la práctica en la gestión de los bienes patrimoniales nadie puede dejar de reconocer que esta tarea consiste en un trabajo interdisciplinario e intersectorial. El proyecto "Manejo de recursos naturales y culturales en la localidad de Puelches, provincia de La Pampa: desarrollo social y económico" (concebida, en nuestro caso, como el área de amortiguamiento del Parque Nacional Lihué Calel), nos ha permitido reafirmar esta idea desde sus comienzos en octubre del año 2002. En aquel momento se sentaron las bases de un primer acuerdo interinstitucional⁸ para un trabajo mancomunado cuyo objetivo primordial ha sido y es el de unir la conservación y el desarrollo, así como las áreas protegidas con aquellas donde la gente vive y desenvuelve sus actividades cotidianas. El espíritu participativo de la iniciativa está basado en la acción protagónica de la comunidad local y del esfuerzo de los organismos de diferente

⁸ El primer convenio, firmado en octubre de 2002, incluyó a la Municipalidad de Puelches (Dpto. Curacó, Pcia. de La Pampa), la Asociación Alihuén, la Administración de Parques Nacionales, la Subsecretaría de Cultura del Gobierno de La Pampa, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Unidad Académica Olavarría-Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano [INCUAPA]). En 2007 un nuevo convenio sumó a la Subsecretaría de Turismo del Gobierno de La Pampa, al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y al Instituto de Estudios Sociohistóricos de la Facultad de Ciencias Humanas la Universidad Nacional de La Pampa.

escala e índole, gubernamentales y no gubernamentales, que confluyen en el lugar a fin de establecer constructos comunes que incluyen el intercambio de experiencias y saberes, y el fortalecimiento de capacidades para la gestión sistemática de bienes patrimoniales.

La reunión de todos estos sectores para formar un mismo equipo es una de las primeras iniciativas en el ámbito del manejo participativo del patrimonio en nuestro país. Su persistencia a lo largo de estos seis años demuestra que los procesos en común, constantes y a largo plazo, pueden llevar a resultados cada vez más cercanos a las metas fijadas al principio de un determinado proceso de gestión patrimonial. Es así que a través de un marco evaluativo y reflexivo de proyecto (UICN 1997) hemos comenzado a ver frutos cada vez más tangibles del proceso de trabajo concebido con carácter sostenible y con una escala biorregional y (Miller 1996, UICN 1997).

La idea de trabajar para mejorar el estado de conservación y el vínculo del Parque Nacional Lihué Calel y de la localidad de Puelches, como también la calidad de vida de sus habitantes, ha crecido en varias facetas. Se ha incluido algo más que el objetivo de alcanzar un mayor desarrollo socioeconómico que mejore la calidad de vida local fundándose en la posibilidad de generar bienes y servicios de manera sustentable. La propia comunidad, en el marco de talleres participativos (*sensu* UICN 1997), ha planteado no solamente líneas de acción para obtener réditos económicos del patrimonio tangible e intangible sino, y fundamentalmente, para alcanzar un empoderamiento comunitario y un desarrollo cultural. Consistente, este último, en todas las acciones estratégicas para el fortalecimiento de la identidad colectiva. Para ello se ha partido de la propia reflexión e indagación sobre quiénes somos y qué bienes culturales y naturales comunitarios nos identifican como tales, así como del apoyo de las diferentes ciencias sociales y naturales involucradas en el proyecto, a fin de alcanzar los resultados deseados y la concreción de productos tangibles que encierran toda la riqueza cultural de la comunidad, su historia, lugar, memoria, pasado y presente. En este caso los elementos concretos sobre los que se ha trabajado con mayor énfasis son el museo, la historia de la localidad y su artesanato.

Este proceso, nos ha enseñado que no solo, y necesariamente, se buscarán alternativas económicas en torno a los recursos culturales en las comunidades sino

también, y en este caso primordialmente, un fortalecimiento de la identidad a través de espacios donde la gente puede definirse, establecer la historia en común y pensar en cómo quiere que la reconozcan las actuales y futuras generaciones, justamente a partir de un proceso de autoreconocimiento y (re)definición. Este desarrollo involucra la patrimonialización de determinados aspectos tangibles e intangibles de los elementos pasados y presentes del entorno. Aparentemente, como planteáramos en otras oportunidades, se trataría de un paso previo e preliminar para avanzar en el bienestar en los otros aspectos mencionados (Molinari y Ferraro 2005 [2001]). Por lo tanto, a la ecuación inicial del estrecho vínculo entre la conservación y el desarrollo humano (Allem 1980) agregaríamos este nuevo par de términos al considerar que no puede existir el desarrollo socio productivo, y económico en general, si no se da un desarrollo cultural y espiritual, y viceversa.

Antecedentes

Si nos remontamos a los inicios de este proyecto, es importante destacar las bases teórico metodológicas que alentaron y guiaron su elaboración y puesta en marcha así como el marco de trabajo previo.

El puntapié inicial fue la propagación de esquemas de gestión del patrimonio cultural desde las Áreas Protegidas Nacionales. De esta forma, la Administración de Parques Nacionales, que inició sus tareas sistemáticas sobre el manejo de recursos culturales hacia fines de la década de 1980 (Molinari 1998), comenzó a pensar un trabajo más allá de los límites de las Áreas Protegidas en el año 2000 (APN - INAPL 2000-2002; Molinari y Ferraro 2005 [2001]), con el propósito de hacer más exitosa la gestión de los bienes culturales existentes en ellos y a la vez irradiar prácticas y herramientas ya probadas en las Unidades de Conservación.

La propuesta del proyecto de vinculación entre el Parque Nacional Lihué Calel y la localidad de Puelches es la segunda en su tipo para aquellos Parques Nacionales concebidos como áreas modelo para el desarrollo del cuerpo teórico metodológico del Manejo de Recursos Culturales del Organismo: Perito Moreno, El Palmar, Mburucuyá, Talampaya, Otamendi y Lihué Calel. La primera experiencia fue la de enlazar al Parque

Nacional Perito Moreno con sus zonas de amortiguamiento e influencia de la provincia de Santa Cruz (APN - INAPL 2000-2002; Molinari y Ferraro 2004; Werber e Iriarte 2004): estancias colindantes o cercanas, como Menelik y Las Tunas; cuencas vinculadas, como las de Cardiel-Strobel y la de los Lagos Posadas y Pueyrredón; localidades vecinas como Gobernador Gregores e Hipólito Yrigoyen.

El avance en la estructura de gestión se dio a través del fortalecimiento de las líneas de acción del Manejo de Recursos Culturales: la investigación (antropológica, arqueológica, histórica), la conservación física, el uso público y la participación comunitaria del patrimonio cultural en jurisdicción de la Administración de Parques Nacionales (APN 2001 a y b). Mientras que la línea de acción del uso público es entendida no simplemente como la visitación de unidades patrimoniales preparadas para la difusión sino también como aquel que conduce a la recolección y sistematización de la información y opinión plural en torno a la expresión de expectativas, modos de ver y valorar el patrimonio, tomas de posición y empoderamiento de los bienes culturales. La participación comunitaria es el ámbito metodológicamente creado para la construcción de criterios compartidos para alcanzar consensos y compromisos en torno a las necesidades, posibilidades y prioridades de toma de decisión para la conservación y disfrute del patrimonio en el marco de beneficio y la responsabilidad primaria de la comunidad (Molinari y Ferraro 2005 [2001]).

Por otra parte, los modelos aplicados por la comunidad internacional en torno a la gestión de Áreas Protegidas nos indujo a experimentar con metodologías de trabajo ya probadas en otros países para fortalecer un tratamiento más armónico entre estos espacios y aquellos no protegidos (Miller 1996).

Este marco fue el que nos impulsó a plantear a mediados de 2002 una propuesta de trabajo con los habitantes y funcionarios de la localidad de Puelches y diversas instituciones.

Evaluación del proceso y autoevaluación

Así, a través del proyecto⁹ que nos impulsa se buscó desde un comienzo crear

⁹ Un resumen del proyecto es presentado por Iriarte y Werber (2003)

los espacios realmente participativos y democráticos (Talleres de Evaluación) para el diagnóstico de qué tenemos, en qué estado se encuentra, qué queremos hacer con ellos y de qué forma vamos a llevar adelante aquello que deseamos y acordamos hacer. Esta metodología nos permitió acercar entre todos, comunidad de Puelches e instituciones involucradas, a metas a mediano plazo y a estructuras para alcanzarlas, base de cualquier planificación estratégica.

Si bien los objetivos iniciales incluían la posibilidad de fortalecer un sentido de pertenencia (Walsh 1992) y su consecuente empoderamiento, no solo de la localidad de Puelches y sus bienes sino también del Parque Nacional Lihué Calel, desde los primeros Talleres de Evaluación y las subsiguientes reuniones de comisión, las cuestiones y líneas de acción prioritarias giraron alrededor de la propia localidad/entorno rural inmediato y para sus propios pobladores, antes que para aquellos visitantes al pueblo. Mientras que la Administración de Parques Nacionales, como parte integrante del Convenio Interinstitucional e impulsora del proyecto, sigue colocando en la agenda propia y común el fortalecimiento del vínculo con el Área Protegidas, atiende y aprende de este proceso endógeno de los lugareños y sus instituciones.

Realizar un balance de este y otros procesos nos permite pensar varios aspectos de las estrategias metodológicas y los proyectos de gestión de patrimonio cultural, que incluyen centralmente la participación comunitaria, desarrollados por el Programa Manejo de Recursos Culturales de la Administración de Parques Nacionales y, en consecuencia, su papel y aportes en este campo específico de la conservación (*l. s. ver APN 2001 b*) de los bienes tangibles e intangibles.

Por un lado, los Talleres de Evaluación sólo se han llevado a cabo en la localidad de Gobernador Gregores en Santa Cruz (Werber e Iriarte 2004) y en Puelches. Estas experiencias nos permiten afirmar que se pueden alcanzar resultados disímiles según la realidad local y la red de cooperación interinstitucional en cada comunidad así como en base a la evaluación, diagnóstico y establecimiento de necesidades y prioridades al que se arriba participativamente al inicio del proceso evaluativo. De hecho, los talleres dejaron de funcionar en Gobernador Gregores en el año 2005, habiéndose cumplido parcialmente con los objetivos iniciales.

Los trabajos en Puelches, que incluyen la realización, hasta el momento, de doce Talleres de Evaluación (en el período 2002-2008) y reuniones por comisión de trabajo (durante 2004 y 2005)¹⁰, muestra que los resultados no se alcanzan sino en una escala de tiempo que implica el mediano / largo plazo, lo cual refuerza la idea de que no se trata de acciones fijadas de forma aislada sino de líneas estratégicas reactualizadas y reevaluadas en cada taller de ocurrencia periódica y con la conjunción de voluntades, compromisos y acciones también a mediano / largo plazo, que actúan durante los períodos entre reuniones.

Nuestras experiencias también muestran que existen otras escalas espaciales y metodologías para la participación social, que con las mismas metas de vincular conservación y desarrollo cultural han logrado desenvolver acciones sobre unidades culturales de las Áreas Protegidas involucrando el trabajo mancomunado de la Institución, las localidades vecinas y otros aliados de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Estos proyectos cumplieron con el objetivo de alcanzar prácticas sustentables en el uso del patrimonio cultural de los Parques Nacionales y el fortalecimiento del sentido de lugar y pasado de ese lugar, de y con quienes lo habitaron o frecuentaron como protagonistas del proceso de planificación estratégica.

El (re)empoderamiento de los antiguos habitantes del actual Parque Nacional Mburucuyá (Spaggiari 2008), quienes se involucraron en un proyecto de acondicionamiento de sitio del ex casco de la Estancia Santa Teresa a partir de una metodología de investigación basada en la historia oral es otro de los resultados exitosos en la búsqueda de acciones sistemáticas y estratégicas de conservación participativa del patrimonio cultural de los Parques Nacionales.

También debemos mencionar los trabajos de readecuación del acondicionamiento para la difusión *in situ* del sitio arqueológico con arte rupestre Puerta de Talampaya en el Parque Nacional homónimo mediante la instalación de un Sendero de interpretación. La tarea se realizó con los guías locales que fueron, junto a sus antepasados, los primeros en valorar y patrimonializar los bienes naturales y culturales del lugar así como multiplicar este proceso de valoración alentando la

¹⁰ Para mayores detalles de los resultados alcanzados en cada una de estas instancias participativas ver Berón y Guastavino (2007).

declaratoria y acción gubernamental provincial, nacional e internacional (Ferraro 2005).

El trabajo desarrollado incluyó la participación comunitaria a través de metodologías de relevamiento y validación conjunta que apuntó a la articulación del conocimiento local y el científico sobre el pasado del lugar, respetando su uso tradicional. La necesidad prioritaria de reacondicionamiento del Puerta de Talampaya también surgió durante la elaboración participativa del Plan de Uso Público del Sitio de Patrimonio Mundial Ischigualasto – Talampaya (APN-UNSJ 2003) sin embargo los resultados en la aplicación de la metodología de validación del Sendero de Interpretación nos muestran que son necesarios ajustes adaptativos (*sensu* Molinari 2000) de los productos alcanzados (información gráfica, textual y, aún, conceptual de la cartelería interpretativa).

Conclusiones: ciclo de acción / reflexión

Crear el espacio para reflexionar sobre nuestras prácticas y sus resultados, para luego ponderar el mantenimiento o cambio de rumbo es parte del proceso de construcción y fortalecimiento de las capacidades de gestión. La evaluación anterior buscó revisar el devenir de la práctica de participación comunitaria en el proyecto “Manejo de recursos naturales y culturales en la localidad de Puelches, provincia de La Pampa: desarrollo social y económico” a través de sus propios resultados. También se permitió un espacio para reflexionar sobre el propio devenir de la praxis del manejo de recursos culturales que despliega la Administración de Parques Nacionales en torno a la línea de acción específica de la participación comunitaria y la meta del desarrollo cultural. Por lo tanto, se han podido analizar y evaluar no solo estrategias metodológicas sino también revisar los conceptos teóricos que impulsan el establecimiento de estrategias específicas, a partir del examen de los resultados de su aplicación.

El texto original del proyecto establecía que el desarrollo social es la base sobre la que se generará un desarrollo económico genuino y sustentable. A esta fórmula debemos sumar que es también a partir del desarrollo cultural, es decir, del fortalecimiento y estímulo de los procesos y vínculos identitarios con el patrimonio, a

través de la indagación de la propia comunidad así como en conjunto con los científicos que se pliegan a la estrategia de gestión¹¹. Es, entonces, que ha surgido desde los propios puelcheanos, como paso inicial para el posterior desarrollo de ofertas sostenibles y de calidad para mejorar materialmente la calidad de vida: en claros términos de salud, crecimiento, reproducción.

De esta forma, a la paradójica pregunta que nosotros hemos expuesto (Molinari *et al.* 2000) acerca de si no cuidamos el patrimonio porque estamos mal o estamos mal debido a que descuidamos el patrimonio, puede respondernos el proceso por el que atraviesa la gente local y las instituciones que forman parte de este proyecto. Todos nosotros estamos apostando, con este emprendimiento, a que a través de ámbitos horizontales y participativos de reflexión y toma de decisión, que posibilitan y a la vez, requieren del empoderamiento del patrimonio para poder conservarlo (usarlo y mantenerlo), estamos dando el paso previo a fin de generar, a partir de éste, alternativas para dejar de estar mal. Es entonces que el desarrollo cultural, en los términos descriptos, como fortalecimiento de la identidad y afianzamiento de vínculos sustentables con los bienes patrimoniales colectivos, es el que permitirá abordar con mayor ímpetu los aspectos socio productivos y económicos de la realidad local, como la generación de bienes y servicios que favorezcan a la comunidad como un todo.

Bibliografía

Administración de Parques Nacionales. 2001 a. Política de Manejo de Recursos Culturales. (Resolución HD N° 115/01).

Administración de Parques Nacionales. 2001 b. Reglamento para la Conservación del Patrimonio Cultural en Jurisdicción de la Administración de Parques Nacionales (Resolución HD N° 115/01 [1992]).

¹¹ Tal es el caso de los historiadores de la Universidad de La Pampa que han aportado con el ejercicio de su profesión a la recopilación de fuentes documentales de diverso origen y sobre determinados aspectos, como lo demuestran los capítulos de este libro que aportan a la construcción de la historia local.

Administración de Parques Nacionales y Universidad Nacional de San Juan. 2003. Plan Uso Publico Sitio Patrimonio Mundial Ischigualasto y Talampaya. La Rioja. Argentina.

Allen, R. 1980. La Estrategia Mundial para la Conservación: en qué consiste y qué significa para los Parques. *Manual para la capacitación del personal de áreas protegidas*. Vol.1. 1a. National Park Service. USA.

Berón M. y M. Guastavino. Manejo de Recursos Culturales y puesta en valor de historias regionales. Actas de la *Cuarta Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur (TAAS IV)*. Universidad Nacional de Catamarca. *En prensa*.

Ferraro, L. 2005. Los valores de nuestros bienes patrimoniales: proyecciones de los trabajos en Puerta Talampaya y en Los Pizarrones. *Parques Nacionales: nuestro patrimonio natural y cultural*. Año 2, nº 2. p. 26-27

Iriarte C. y P. Werber. 2003. Participación Comunitaria y Patrimonio en la localidad de Puelches (Pcia. de La Pampa) hacia el Desarrollo Social y Económico. I Jornadas Nacionales de Transferencia Universitaria hacia Proyectos de Interés Social y Comunitario. Buenos Aires.

Miller, K. 1996. *En Busca de un Nuevo Equilibrio. Lineamientos para incrementar las oportunidades de conservar la biodiversidad a través del manejo biorregional*. World Resources Institute. Washington D.C.

Molinari, R. 1998. Orientaciones para la gestión y supervivencia de los recursos culturales: Proyecto de Reglamento para la Preservación del Patrimonio Cultural en Areas Protegidas de la APN. *I Congreso Virtual de Antropología y Arqueología*.

Molinari, R. 2000. Rumbo a lo conocido: causas, condiciones y consecuencias en la difusión de sitios arqueológicos. *Desde el país de los gigantes: perspectivas*

arqueológicas en Patagonia: 635 -650. Río Gallegos. Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

Molinari R. y L. Ferraro. 2004. Estancia Menelik: implicancias para el Manejo de Recursos Culturales en la Zona de Amortiguación del Parque Nacional Perito Moreno. *Contra viento y marea. Arqueología de la Patagonia*. Comp.: M. Civalero, P. Fernández y A. Guraieb. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Sociedad Argentina de Antropología. Pp.: 625 - 634.

Molinari R. y L. Ferraro. 2005 [2001]. Articulando el arte: manejo para el desarrollo y beneficio de las comunidades de pertenencia. Editorial FADU - UBA. *En prensa*.

Molinari, R.; Ferraro, L.; Paradela, H.; Castaño, A. Y S. Caracotche. 2001 Odisea del Manejo: Conservación del Patrimonio Arqueológico y Perspectiva Holística. Ponencia presentada al 2do. Congreso Virtual de Antropología y Arqueología. Octubre 2000. www.naya.org.ar

Sayer, J. A. 1991. Rainforest buffer zones: Guidelines for protected area managers. IUCN, Gland, Switzerland and Cambridge U.K.

Spaggiari, N. 2008. Conservación del patrimonio cultural: manejo de recursos culturales en el Parque Nacional Mburucuyá (Pcia. Corrientes). Actas de las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. *En prensa*.

UICN. 1997. *Evaluación del progreso hacia la sostenibilidad: Enfoque, métodos, herramientas y experiencias de campo*. Equipo Internacional de Evaluación. UICN. Cambridge.

Walsh, K. 1992. *The Representation of the Past. Museums and heritage in the post-modern world*. Routledge. London and New York.

Werber P. y C. Iriarte. 2004. Los recursos culturales y las comunidades: manejo de información y conocimiento para el desarrollo. *Contra viento y marea. Arqueología de la Patagonia*. Comp.: M. Civalero, P. Fernández y A. Guraieb. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Sociedad Argentina de Antropología. Pp.: 635 - 642.

Subsecretaría de Cultura de la Provincia de La Pampa

Puelches y su museo

Angel Cirilo Aimetta

Subsecretario de Cultura de La Pampa

Lic. Mónica Becerra

Responsable Área Coordinación de Museos

En el 2009 quedará definitivamente creada una nueva institución en Puelches: el Eco-museo, denominado por los pobladores **“Tierra de recuerdos”**.

Puelches ya superó los cien años de su fundación, celebrados el 24 de febrero del 2000, y ha sido la gente del pueblo la que ha inspirado y demandado la creación de este singular Museo, con una activa participación en el proceso de concreción a través de su Municipalidad, junto a la Subsecretaría de Cultura de la provincia, la de Turismo, la UNLPam, la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires -Unidad Académica Olavarría INCUAPA-, la Asociación Alihuén, el INTA, la Administración de Parques Nacionales y la especial intervención de la Lic. Mónica Berón, investigadora del CONICET.

El trabajo se inscribe y ejecuta en el marco del Convenio de Intercambio y Cooperación Técnica suscrito por las entidades aludidas, para el **Programa Manejo de Recursos Culturales de APN denominado “Gestión de Patrimonio Cultural y Natural en la Comunidad de Puelches, Provincia de La Pampa: Conservación y Desarrollo”**.

Nos parece oportuno hacernos y tratar de responder aquí estas tres preguntas:

¿Qué es un Museo?

¿Por qué un Museo?

¿Para qué un Museo?

Américo Castilla dice que un museo es *“una institución consciente y por lo tanto responsable de su papel en la configuración de la sociedad civil. Un foro o lugar de*

conversación, encuentro e intercambio, de socialización y negociación de identidades, una puerta hacia la investigación y la inspiración de nuevas ideas”.

Nosotros queremos agregar que es un espacio social donde el pasado se vincula vívidamente con el presente a través de los objetos que resguarda, cargados de mensajes y significaciones, referencias de usos y costumbres, símbolos y mitologías del pasado que nos llegan hasta nuestros días; y todos ellos, a poco que los indagamos, nos interpelan y nos revelan que son parte constitutiva, de modo perceptible e imperceptible, de nuestra razón de ser, de vivir, de ver y soñar el mundo, el tiempo y el espacio que nos toca.

Nos parece atractivo (y una apostilla de color) traer a la memoria la etimología de la palabra (Corominas. Diccionario Etimológico, p. 408), pues, desde su origen no verificamos que haya sufrido la incorporación de nuevas acepciones, ya científicas, ya convencionales: **museo** viene del latín **musĕum**. De Musa ||canto|| poema. Y, según Pierre Grimal (Diccionario de Mitología Griega y Romana), **las Musas** (esas nueve hermanas hijas de Mnemósine -personificación de la memoria- y de Zeus), presidían el pensamiento en todas sus formas: elocuencia, persuasión, sabiduría, Historia, Matemáticas, Astronomía, entre otras áreas, otorgándole primacía a la música en el universo. Eran las diosas de la poesía, de las ciencias y de las artes; y oraban y cantaban sus himnos profiriendo palabras convincentes que aplacaban las almas y restablecían la paz en los recintos en los que imperaban aires melódicos para estimular el estudio, la contemplación, la memoria y el acuerdo entre los hombres.

“Museo llamaron los antiguos al templo de las Musas, a la colina de Atenas que a estas deidades estaba consagrada, y a la parte del palacio de Alejandría en que Tolomeo I reunió los sabios y los filósofos más célebres de su tiempo para que allí se entregaran al estudio de las ciencias y de las letras, justamente donde estaba la famosa Biblioteca. Estas indicaciones bastan para indicarnos el concepto de lo que siempre han sido los museos: centros de enseñanza por excelencia, tesoros del saber y de las riquezas científicas” (Dicc. Enciclop. Hispano-Americano. Edic. 1907/10).

Los siglos han pasado y no han cambiado para nada ni aquellos aires melódicos estimulantes, ni las simientes y propósitos más fértiles que imperan en los Museos del mundo: un sitio para el conocimiento, el reconocimiento, el estudio, la contemplación,

el espejo de nuestros antepasados, sus legados y testamentos y nuestro propio espejo; por último, un recinto para la reconciliación y el reencuentro con nuestros mayores y con nosotros mismos, con los tiempos pasados y los tiempos que vivimos.

*“...ó qué convite más delicioso para el gusto de
un discreto, como un culto MUSEO, donde
se recrea el entendimiento, se enriquece
la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata
el corazón, y el espíritu se satisface”*

Lorenzo Gracián.

Por otra parte, el ICOM (International Council of Museums - Consejo Internacional de Museos) define hoy al museo como *"una institución permanente, sin fines de lucro, al servicio de la sociedad y su desarrollo, y abierta al público, que se ocupa de la adquisición, conservación, investigación, transmisión de información y exposición de testimonio materiales de los individuos y su ambiente, con fines de estudio, educación y recreación"*.

Volviendo a Puelches, digamos que se repite aquí una constante de los pueblos centenarios de La Pampa que en el 2008 han arribado precisamente a un siglo de existencia. Todos se han lanzado a desandar desde la memoria y la reivindicación el camino recorrido para desentrañar su pasado y encontrarse con sus raíces. En esta búsqueda, el pasado se hace presente y se incorpora (*in corpore*) a la actualidad con su grueso espesor de vida y experiencia acumulada.

Por eso la comunidad de Puelches acordó con la comunidad científica y las instituciones aludidas, crear este Museo y darle la función de que reúna y atesore sus historias, sus relatos, sus aspiraciones y sueños, tanto como sus reclamos por un río quitado (Atuel-Salado-Chadileuvú-Curacó), proveedor milenario del agua para la vida, el asentamiento, el desarrollo y de todas las actividades humanas desenvueltas desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días.

Como lo advierte K. Hudson, *"les guste o no, en la actualidad todos los museos sean del tipo que sean, son, en mayor o menor medida, museos de historia social, en el*

sentido de que todo lo que poseen o exponen tiene implicaciones sociales". El Museo de Puelches tendrá ese carácter.

Por lo tanto, somos proclives a apoyar el carácter protagonista que por estos tiempos deben tener los museos para interactuar con la comunidad, constituyéndose en verdaderos centros de irradiación cultural mediante una cotidiana, activa e influyente articulación con los diferentes sectores sociales, especialmente la juventud y los niños, así como con las diferentes disciplinas del arte y la cultura; particularmente aquellas vinculadas a la promoción y construcción del conocimiento y los saberes, el discernimiento y debate sobre el devenir del presente. Además de ser ámbito de resguardo y tesoro del pasado, sus experiencias y riquezas.

La mayoría de los museos surge cuando se comienza a dar forma a colecciones, pensando cómo exhibirlas mediante técnicas propias de la museografía, catalogando e investigando los objetos dentro de las mismas, pero en Puelches el museo se origina en la necesidad de contar historias; sin colección, sólo con un espacio donde se puede realizar la exposición.

En un trabajo con la comunidad se analizaron las propuestas para detectar los ejes temáticos que representaran y conectaran la realidad sociocultural de la comunidad donde se inserta la institución con su entorno regional, nacional e internacional. Este tipo de museo se puede denominar eco-museos como los define Georges Henri Riviere, fundador del movimiento que considera que *"un eco-museo es un espejo, donde la población se contempla para reconocerse, donde busca la explicación del territorio en el que está enraizada y en el que sucedieron todos los pueblos que la precedieron, en la continuidad o discontinuidad de las generaciones. Un espejo que la población ofrece a sus huéspedes para hacerse entender mejor, en el respeto de su trabajo, de sus formas de comportamiento y de su intimidad"*.

A partir de la propuesta de construcción del museo se comenzó la indagación en los pobladores, a partir de narraciones, encuestas y documentos publicados en distintas circunstancias; pero recién con la investigación disciplinar realizada por alumnos y docentes de la UNLPam, que concluye con la edición de este libro, se organizaron los contenidos para la construcción del guión museológico.

La presente publicación, sus citas y las entrevistas realizadas serán explotadas al máximo en búsqueda de materiales, documentos y objetos para utilizar en la construcción de la muestra en el museo.

Ahora llegó el momento de interpretar y representar museográficamente, relatos y objetos de una larga historia de indios y gringos que compartieron y comparten un territorio signado por la sequía, las distancias con otros poblados y las decisiones políticas. El momento de pensar en el diseño y la presentación de la exhibición, el material de apoyo y los textos de una idea de curaduría bien fundamentada en la investigación realizada por docentes y alumnos de la UNLPam , de la Facultad de Olavarría, Universidad del Centro de la Prov. de Buenos Aires y del CONICET.

Subsecretaría de Turismo de la Provincia de La Pampa

La importancia de la conciencia turística en el desarrollo de una localidad del centro sur pampeano

Oscar D. Folmer

Alejandra M. Otamendi

Posición geográfica

Desde el punto de vista turístico se podría decir que la localidad de Puelches posee algunas ventajas comparativas relacionadas precisamente con su ubicación. La misma se encuentra localizada sobre la ruta nacional N° 152, importante eje de conexión para el flujo turístico que atraviesa nuestra provincia desde el norte con rumbo a los atractivos turísticos cordilleranos. A sólo 16 km hacia el oeste de Puelches esta ruta se divide permitiendo alcanzar el valle medio y superior de la vecina provincia de Río Negro, a través de los pasos ubicados junto a la Villa Turística Casa de Piedra, siguiendo por la misma ruta, y en la localidad de Gobernador Duval, por la ruta provincial N° 106.

Por otro lado, se halla también muy cerca del Parque Nacional Lihué Calel (aproximadamente a 32 km) y en medio del conjunto lagunar denominado “nivel de base” del Sistema Desaguadero-Salado-Chadileuvú. Éste se compone de un área de más de 500 km² de grandes lagunas, bañados y salitrales que poseen en sí mismos potenciales recursos turísticos basados fundamentalmente en la naturaleza de sus especies vegetales, animales y gran variedad de aves, lo que ha llevado al gobierno provincial a declarar a una vasta extensión como reserva natural.

A estos dos aspectos deben sumarse algunos atractivos propios de la localidad, como por ejemplo el hecho de haber sido declarada “centro geográfico del país” y por ese motivo ser elegida por agrupaciones de mochileros para una jornada anual de encuentro, la próxima construcción de un museo en la antigua capilla de piedra y el funcionamiento de un taller de telar que produce tejidos artesanales; así como su proximidad al río Curacó, la explotación de la salina San Máximo y la predisposición de la gente del pueblo para atender al visitante de la mejor manera posible. Todos estos

factores constituyen recursos fundamentales para el desarrollo de la actividad turística en Puelches.

Por tal motivo la Subsecretaría de Turismo del Gobierno Provincial se halla comprometida con el proyecto “Gestión de patrimonio cultural y natural en la comunidad de Puelches, Pcia. de La Pampa: conservación y desarrollo”, y entiende que es fundamental la promoción de la zona con fines turísticos, contribuyendo de alguna manera a otorgar mayores posibilidades de expansión y crecimiento en ese área.

Importancia de la actividad turística

El turismo comprende las actividades que realizan las personas durante sus viajes y estancias en lugares distintos al de su entorno habitual, con fines de ocio, por negocios y otros motivos. Por eso la estructuración de un producto turístico es compleja, ya que engloba elementos tangibles e intangibles (bienes y servicios). El turismo cobra de esta manera gran importancia para una localidad al generar puestos de trabajo y desarrollar en el largo plazo la calidad de la infraestructura urbana y los servicios; además de mejorar el nivel de la economía de la localidad o el lugar donde esta actividad tiene lugar.

Hay que considerar que el turismo identificado como cultural tiene como elemento distintivo la referencia al conjunto de procesos simbólicos que denominamos “cultura”, así como a sus productos. Asimismo está fuertemente vinculado a la idea de “patrimonio”, entendido éste -preliminarmente- como el uso o la posesión de los bienes producidos como consecuencia de estos procesos generadores de cultura. El patrimonio puede constituir una importante fuente de beneficios para las comunidades involucradas en un proyecto de turismo cultural, siempre de acuerdo a los usos sociales que estos sectores definan y planteen.

Dada su naturaleza plural y compleja, el turismo cultural sólo puede ser abordado como una actividad transdisciplinaria, con diversas dimensiones u órdenes a considerar, como económico, social, cultural, científico, educativo y ético, para mencionar sólo algunos. Además está destinado a que las sociedades humanas tomen conciencia sobre la necesidad de preservar el patrimonio cultural y natural, una responsabilidad que sin duda debe involucrar a la comunidad en su conjunto. Al

respecto es necesario precisar que el patrimonio cultural comprende los bienes muebles e inmuebles, tangibles o intangibles, cuyos valores intrínsecos los constituyen en únicos e irremplazables, o que se consideran de valor testimonial o de esencial importancia para la historia, la arqueología, el arte, la antropología, la arquitectura, el urbanismo, la tecnología, la ciencia, etc.; así como su entorno natural o paisajístico. Desde esta perspectiva, el concepto no se ciñe a lo antiguo o histórico únicamente, sino que también incluye a todos aquellos bienes de interés cultural de producción contemporánea, con la idea de revalorizar el presente y la historia de las futuras generaciones.

La posición de una sociedad respecto de su abordaje turístico debe ser leída desde una visión crítica y problemática, que implica situar el análisis en contextos muy amplios, que van desde lo transnacional hasta lo particular, y tener en cuenta la influencia de diversos factores socio-económicos e históricos en el desarrollo de esta actividad. En ese marco, resulta primordial aquello que los sujetos implicados en este proceso definen como turismo cultural. Esta importancia no sólo surge de un factor que podríamos llamar “ético” -el cual parte de una idea de “respeto” por la diversidad de formas culturales de la humanidad- sino también de una perspectiva pragmática, puesto que es suficientemente sabido que cualquier intento de transformación o gestión será inútil salvo que los protagonistas del mismo estén profundamente implicados en él. De este modo, la conjunción entre “lo turístico” y “lo cultural” implica crear espacios de interacción donde los visitantes y las comunidades puedan dialogar respecto del universo de significaciones y concepciones del mundo que posee la cultura a la cual se acercan, y de las distintas perspectivas que sus diferencias hacen posibles.

Es por eso que acercar “la cultura” al turismo implica darla a conocer como emergente de procesos históricos que se expresan en instituciones y prácticas sociales siempre cambiantes y contingentes, intentando trascender la visión que postula “la cultura” como un producto acabado, definido desde una concepción inmóvil. En este sentido, el turismo también forma parte de los procesos que contribuyen a la construcción, reconstrucción y modificación continua de esa red de significaciones que solemos denominar “cultura”. Aun más: el turismo cultural, en cuanto proceso histórico

y social también constituye relaciones de poder que se hacen visibles en los discursos y las prácticas de los interactuantes influyendo en sus formas de acercarse.

La reflexión acerca de las relaciones de poder generadas por el turismo entre miembros de culturas diferentes forma parte también de la práctica turística. Asimismo, y desde un punto de vista más general, el desarrollo de políticas culturales y la relevancia que adquiere el patrimonio gracias al turismo cultural suelen ser fundamentales al poner de relieve los derechos económicos y culturales de las comunidades, así como el reconocimiento de sus saberes y prácticas.

De este modo el turismo cultural constituye un espacio político en el que, desde una situación de diversidad cultural, se establece una relación entre muchas posibles. La pregunta con respecto a qué tipo de relación será ésta no es menor: el turismo cultural puede tanto constituir un espacio para un diálogo fecundo desde la conciencia de la mutua diferencia, como un agente más en una política de sometimiento continuo y continuado. Esta responsabilidad no puede ser soslayada ni ignorada, ya que de su asunción depende si el turismo será un factor de crecimiento que garantice los derechos de las comunidades al disfrute de su propia cultura, o una forma más de contribuir al desarrollo de la localidad.

Para que este proceso sea posible, es necesario incentivar una actitud de valoración positiva hacia los propios recursos culturales y naturales, mediante el conocimiento de los atributos del país, la región y la localidad. Tomar conciencia acerca del valor de lo nuestro y de la importancia del turismo como estrategia y actividad económica, es el primer paso hacia un desarrollo turístico que beneficie tanto a la localidad de Puelches, como a la región en la que se enmarca y a la provincia de La Pampa.

Ejercer la memoria, para un presente vivo y un futuro posible

Ing Agr (Dr). Ricardo Dominic Thornton
Director Regional La Pampa- San Luis del INTA

Ser parte de este libro es un honor para el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, más conocido por sus siglas: INTA. El recorrido que realizan los diversos autores en el texto nos sitúa en la cronología de los tiempos y los espacios evolutivos de un territorio con múltiples facetas, logros y contradicciones, como todo proceso de desarrollo manifiesta. Hay un excelente trabajo de recuperación de la memoria de Puelches, que nos lleva a su vez a preguntarnos acerca de la actualidad y el futuro de la localidad, porque como ha dicho Carlos Fuentes, *“la memoria salva, escoge, filtra, pero no mata. La memoria y el deseo saben que no hay presente vivo con pasado muerto y que no hay futuro sin la existencia de ambos”*.

Cuando nos referimos al territorio estamos hablando de un espacio geográfico caracterizado por: la existencia de una base de recursos naturales específica; una identidad particular (entendida como historia y cultura locales); relaciones sociales, instituciones y formas de organización propias que conforman un tejido o entramado socio-organizacional (resultado de las diversas interacciones entre actores público y privados) característico de ese lugar; y determinadas formas de producción y distribución del ingreso.

Esta caracterización se halla presente en Puelches, donde el INTA, a través de su Unidad de Extensión y Desarrollo Territorial (UE y DT) de General Acha, estuvo y está presente desde los inicios de la década de 1960 acompañando los procesos evolutivos productivos, como así también, de organización comunitaria.

Los recursos naturales y su manejo conservacionista, influenciado por ciclos climáticos tanto adversos como favorables –como bien menciona el texto-, generan diversos estados de incertidumbre en el *qué y cómo del hacer productivo*, que demanda

permanentemente diálogos de los crianceros y ganaderos vacunos con el INTA. Estos ciclos de vida productivos y laborales, muy atados al ambiente, van moldeando personas y *personalidades* cuyos valores e iniciativas dejan huellas -logros- y al mismo tiempo abren surcos y senderos de renovada esperanza.

El vínculo de INTA con Puelches y su zona de influencia es arte y parte de una sinergia de intereses de actores tanto públicos como privados del territorio, en una búsqueda permanente de (re)construcción de su identidad, donde la historia, el patrimonio cultural, los recursos naturales y la belleza paisajística confluyen en armonía con los objetivos de bienestar soñado de las personas y las organizaciones que conviven en la localidad y su zona de influencia.

A través de los senderos y huellas en sus primeras épocas, y del pavimento en tiempos más actuales, Puelches se ha vinculado con el país, proceso que se profundizará una vez que esté finalizado el tramo a pavimentar de la *ruta de la cría*. Esta es una obra que seguramente tendrá efectos importantes sobre la vida cotidiana de la localidad, y para ello habrá que estar preparados, con ideas e iniciativas innovadoras. Al respecto, cabe recordar una reflexión de John Stuart Mill que nos alienta en ese camino: *“Ninguna idea por absurda que parezca ha de ser reprimida porque, una de dos, o contiene una semilla de futuras verdades que convendría cultivar o, en el caso de que resulte falsa, aun así tendrá el mérito de obligar a los defensores de la idea verdadera al saludable ejercicio de la competencia intelectual”*. Cuando esta obra sea concluida, Puelches será una comunidad integrada a una *“nueva travesía”* del siglo XXI, a un eje vincular del noroeste argentino con las bellezas de la Patagonia andina, con lo que eso significa en términos de amenazas y oportunidades.

Por lo expuesto el INTA desea aportar propuestas y sumarse a las iniciativas que emerjan de la comunidad *de Puelches*. Hacemos votos para que este texto sea un aporte valioso a la historia de un pueblo que convive junto al Salado, pero también un elemento movilizador de nuevas y saludables iniciativas de equidad social, sustentabilidad ambiental y competitividad territorial.

FUENTES Y REPOSITARIOS

Fuentes editadas

Ambrosetti, Juan Bautista (1893) *Viaje a la Pampa Central*, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Tomo XIV, Buenos Aires: Imprenta M. Biedma,.

Anuario Kraft (1929) *Gran Guía General del Comercio*, Buenos Aires.

Araoz Alfaro, Gregorio (1946) “La difteria es una enfermedad vencida”, en: *Aquí Está*, año IV, n° 1056.

Barrera, M. (1937), “La peste rural en la República Argentina”, en: *Boletín Sanitario del Departamento Nacional de Higiene*.

COMISIÓN POPULAR DE DEFENSA DE LOS RÍOS PAMPEANOS (C.O.P.D.R.I.P.) (1973) *Una causa pampeana: la cuenca de los ríos Atuel-Salado-Chadileuvú*, Santa Rosa.

Cuelle, Luis (director) (1986). “De artesanos y artesanías de la patria baya”. Santa Rosa: Canal 3. Videgrabación.

De Fougères, Miguel (1906) *La Pampa. Guía descriptiva, demostrativa y administrativa del Territorio Pampa Central*, Primer año, Buenos Aires.

Díaz, Raúl B. (1910) *La Educación en los Territorios y Colonias Federales. Informes Generales 1890-1904*. Tomo I. Buenos Aires: publicación oficial.

Díaz, Raúl B. (1910) *La educación en los Territorios y Colonias Federales. Veinte años de inspector. 1890-1910*. Tomo III. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.

Duval, Miguel (1941) *Memoria presentada al Superior Gobierno de la Nación*, Santa Rosa.

Duval, Miguel (1946) *Memoria Gráfica*, Período de Gobierno 1939-1945, Gobernación de La Pampa, Ministerio del Interior.

Duval, Miguel (1946) *Aprovechamiento de la riqueza hídrica del Territorio Nacional de La Pampa*. Santa Rosa: Gobernación de La Pampa.

Ecignard, Juan (1914) *Guía de la Pampa*. Año I, Nro. 1, Santa Rosa.

Laguarda, Paula (2003). “Milenario mensaje de color y textura”, Suplemento *Caldenia*, Diario *La Arena*, 5 de enero de 2004, pp. 2-3.

Pérez Virasoro, Evaristo (1938), *Memoria presentada al Superior Gobierno de La Nación años 1936-1937*.

Mansilla, Lucio V. (1980) *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, tomos 1 y 2.

Mayor, Atanasio (1930), “La Pampa”, n° 42, Fojas 179, 2do envío, Los Puelches, en: *Catálogo de la Colección de Folklore*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Ruez, Luis F. (1929) *Los indios araucanos de la República Argentina. Antes y ahora*. Tomo I, Origen y Cultura, Buenos Aires.

Valla, Celso José sdb (2000) *Puelches: Primeros pobladores anotados por la Iglesia. 1900-Centenario de Puelches-2000*, General Acha: Editora L & M.

Zeballos Estanislao (1960) *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires: Hachette.

1- Inéditas

Archivo Histórico Provincial *Fernando Aróz*. Santa Rosa

- Fondo de Gobierno:

Expedientes N° 1403/40, 2352/40, 1305/44, 1432/44 y 1518/45

Libros Copiadores conteniendo informes y memorias elevadas por la Gobernación Nacional de La Pampa Central al Gobierno Nacional.

Libros Copiadores de notas de la Gobernación Nacional de la Pampa Central.

Año 1947, Noviembre de 1947, Letra P, Exp. G. A. 458/47, 6515, Gobernación de La Pampa.

Ministerio del Interior. Estadística Escolar. Escuelas nacionales. Gobernación de La Pampa. Octubre de 1942.

Expediente 1436. Año 1940. Comisión Nacional de Ayuda Escolar. Sobre haber elevado al Consejo Nacional de Educación, pedido de instalación de Escuela Hogar en Puelches.

Gobernación de La Pampa. Oficina de Prensa. “La instrucción pública en La Pampa”. Año 1943.

Cervantes Gascó “Informe sobre la gira efectuada por el Oeste pampeano por las Comisiones Encargadas de efectuar la propaganda, inscripción y concentración y traslado de niños para ser internados en esta Escuela Hogar”. Escuela Hogar N°5 “Raúl B. Díaz”. 3 de noviembre de 1943.

Gobernación de La Pampa. Oficina de Prensa. “Texto de la nota dirigida por el gobernador Miguel Duval al Poder Ejecutivo” 24 de febrero de 1945.

Expediente 24265- P-37. Ministerio del Interior. Cooperadora Escolar N° 102 sobre colocación mástil y designación de la localidad. 12 de julio de 1937.

Expediente 2476- P-38. Ministerio del Interior. Cooperadora Escolar N° 102 sobre instalación del telégrafo y perforación de agua potable. 15 de de marzo de 1938.

Expediente 442- S. A.-47. Ministerio del Interior. Policía de Chacharramendi. Informe estado lamentable de la población. 21 de octubre de 1947.

- Fondo Tierras:

Informes de Inspección de Tierras años 1906, 1907, 1909, 1911, 1920, 1925, 1926, 1927 y 1928 (secciones XV y XX).

Año 1898, Enero – Marzo, Legajo 5, Letra A, Exp. Letra N° 42, Larralde Martín, Archivo Histórico Provincial

Proyecto Embalse del Río Salado en Curacó, 1920, Fondo Tierras, Archivo Histórico Provincial “Fernando Araújo”

- Fondo Justicia:

Expediente judicial N° 494 (5/6/1928), Legajo 2128, Caja 494, Juzgado Letrado Penal N° 1. Archivo Histórico Provincial

Expedientes Judiciales. Expedientes N° 812. Legajo 659, año 1924; 534, año 1922; 73, Legajo 1627; 92, Legajo 1627; 444, Legajo 2151; 109, Legajo 2221; 340 y 341, Legajo 1698; 54, Legajo 2072; 494, Legajo 2128.

- Fondo Policía

Orden del Día, n° 1486, 21 de febrero de 1923, Archivo Histórico Provincial, Fondo Policía.

Orden del Día, n° 1707, 3 de febrero de 1926, Archivo Histórico Provincial, Fondo Policía.

- Cartografía:

Córdova Felix y Camisso José (1911) *Mapa catastral oro-hidrográfico del Territorio de la Pampa, con sus vías de comunicación y división territorial*, en Archivo Histórico Provincial.

Mapa catastral de Chapeaurrouge, 1923, Archivo Histórico Provincial

- Otros:

Carpeta de Pueblos -Puelches- (1930).

Fondos Periódicos, Tierras y Transportes. Santa Rosa: Departamento de Investigaciones Culturales. MCyE..

Encuesta Nacional de Folklore (1921).

Archivos de la localidad de Puelches

Libro Histórico de la Escuela N° 102 (1946-2006), Puelches.

Revista del centenario de la Escuela 102, Puelches, 2006.

Archivo Privado. Registros comerciales. Casa Tomás Hnos. Años 1947 – 1960.

Archivo Privado. Registros comerciales. Comprobantes de compras y ventas. Años 1947-1960.

Archivo Privado. Nota enviada a Enrique Tomás por Víctor Aurelio Themtham. Diciembre 31 de 1958.

“Puelches: Un pueblo centenario para conocer y disfrutar”, folleto turístico elaborado por la Municipalidad de Puelches, la Escuela N° 102, la Administración de Parques

Nacionales, la Asociación Alihuen, la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Bs. Aires, CONICET, y la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de La Pampa.

Archivo Central Salesiano

Vespignani, José - 1924 c. Nella Pampa Centrale, Manuscrito, versión inédita. Traducción José Francisco Minetto. Archivo Histórico El Archivo Central Salesiano (ACS), de la Inspectoría San Francisco de Sales, Buenos Aires.

Archivo parroquial de General Acha

“Appunti proposti come regolamento per le Missioni secondo indicazioni e per incarico ricevuto nell’ ultimo Capitolo Generale della nostra Pia Società”, en: Vespignani, José. *Circulares, cartas, avisos para el uso de los Salesianos de la Inspectoría Argentina de San Francisco de Sales*, Buenos Aires, SEI, 1922. Archivo de General Acha.

Secciones del Segundo Congreso Salesiano (1900). Sección tercera, que corresponde a la tercera jornada del Congreso. Aplicación de la cooperación a la acción salesiana con respecto a las misiones entre los indígenas y la asistencia de los inmigrantes y al fomentar las vocaciones eclesíásticas. En Vespignani, José. *Circulares, cartas, avisos para el uso de los Salesianos de la Inspectoría Argentina de San Francisco de Sales*, Buenos Aires, SEI, 1922. Archivo de General Acha.

Censos y estadísticas

Argentina (1898) *Segundo Censo Nacional*, levantado el 10 de mayo de 1895, Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso.

Argentina (1914), *Censo de población de los Territorios Nacionales, 1912*, Buenos Aires: Kraft.

Argentina (1917) *Tercer Censo Nacional*, levantado el 1° de junio de 1914, Buenos Aires Talleres Gráficos L. J. Rosso.

Argentina (1923), *Censo general de los Territorios Nacionales, Año 1920*, Tomo I, La Pampa, Misiones, Los Andes, Formosa y Chaco. Buenos Aires: Establecimiento gráfico de Martino.

Argentina (1939-40) *Censo Nacional Agropecuario*, levantado el 30 de junio de 1937, Buenos Aires, Kraft.

Argentina (1968), *Censo Indígena Nacional 1966-1968. Resultados definitivos*. Buenos Aires, 1968.

INDEC (1970) *Censo nacional de población, familias y viviendas 1970*, Buenos Aires: INDEC.

INDEC (1981) *Censo nacional de población y vivienda 1980*, Buenos Aires: INDEC.

INDEC (1994) *Censo nacional de población y vivienda 1991*, Buenos Aires: INDEC.

INDEC (2002) *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2001*, Dirección General De Estadística y Censos, Resultados Generales, Nº 11, Provincia de La Pampa, Serie 2, INDEC.

INDEC (2002) *Censo Nacional Agropecuario de 2002*, Provincia de La Pampa, resultados definitivos. Buenos Aires: INDEC

La Pampa (1942) *Censo General del Territorio Nacional de la Pampa-Año 1942*, Tomo I, Población. Santa Rosa

La Pampa, Dirección General de Estadística, Censos, Promoción Económica y Finanzas (1965). *Censo de Población y Vivienda 1965*, Santa Rosa.

La Pampa, Ministerio de Economía y Asuntos Agrarios (1976), Estadística Ganadera (1875-1974), Santa Rosa.

Dirección de Minas de la Provincia de La Pampa

Dirección General de Fabricaciones Militares (s/d). *Informe geológico minero sobre el distrito cuprífero Lihué-Calel, Dpto. Curacó*. (Mimeo)

Dirección General de Catastro la Provincia de La Pampa. Santa Rosa.

Duplicado de mensura N° 488, de colonia Los Puelches.

Páginas web

Puelches, Centro de Argentina, <http://www.puelcheslapampa.com.ar> [consultado octubre 2007]

RADAR (Red Agroeconómica de Administración de Recursos-Proyecto AgroRADAR). “Los incendios rurales en La Pampa. Primera parte”, en <http://www.inta.gov.ar/pro/radar/info/documentos/Teledeteccion/97.pdf> y <http://www.inta.gov.ar/pro/radar/info/documentos/Teledeteccion/98.pdf> [consultado julio 2008]

Sitio oficial del Gobierno de la Provincia de La Pampa, <http://www.lapampa.gov.ar> [consultado marzo 2008]

Programa de Asistencia Técnica para el Desarrollo del Sector Minero Argentino. Estudios Ambientales de Base PROVINCIA DE LA PAMPA - AMBIENTE BIOLÓGICO. <http://www.mineria.gov.ar/ambiente/estudios/dias/lapampa/biota.asp> [consultado diciembre 2007]

Prensa.

La Arena (1933- 1970). Archivo diario La Arena.

El Parque (19 de marzo de 1944). Fondo Carpeta de Pueblos -Puelches-. Archivo Histórico Provincial “Fernando Aráoz”.

La Autonomía (1917-1927). Archivo Histórico Provincial “Fernando Aráoz”.

La Verdad (30 de agosto de 1945). Fondo Carpeta de Pueblos -Puelches-. Archivo Histórico Provincial “Fernando Aráoz”.

Mariano Arancibia. *Revista de Educación de los Territorios Nacionales*. Año IV. Número 30. General Pico, Pampa Central, julio de 1913.

Revista de la Asociación de Maestros “Primer Centenario de Mayo”. Años 1911-1912.

La Capital. Años 1917-1920.

Noticias gráficas, 1943.

Boletín de la Asociación Cooperadora de la Escuela N° 102 y Hoja Escolar. Años 1940-1941.

Testimonios orales.

María Elena Álvarez (Santa Rosa, diciembre de 2007)
María Echaves (Puelches, octubre de 2007)
Julio Ramón Geréz (Puelches, octubre de 2005)
María Julia Gerez (Puelches, abril de 2008)
Josefina Maldonado (Santa Rosa, diciembre de 2007)
Rosa Maldonado (Santa Rosa, noviembre de 2005)
Graciela Millot (Puelches, abril de 2008)
Isaías Ortiz (Puelches, noviembre de 2005)
Ana y Rubén Oviedo (Santa Rosa, diciembre de 2007)
Dora Patiño (Santa Rosa, diciembre de 2007)
Margarita Peralta (Santa Rosa, diciembre de 2007)
Elsa Rodríguez de Pumilla (Santa Rosa, marzo de 2008)
Raúl Seibel (Puelches, abril de 2008)
Juana Talia (Puelches, abril de 2008)
Enrique Tomas (Puelches, octubre de 2007)

Bibliografía

Aguerre, Ana (2002). “Cabras, soledades y médanos. La arqueología del oeste pampeano”, en: A. Aguerre y A. Tapia (comps.), *Entre médanos y caldenes de la Pampa Seca. Arqueología, historia, lengua y topónimos*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 17-74.

Alonso, Fabio (2006). “La estructura de la producción y el desarrollo económico del medio oeste pampeano, Territorio Nacional de La Pampa, fines del siglo XIX y principios del XX”, en: M. S. Di Liscia, A. M. Lasalle y A. Lluch (ed), *Al oeste del paraíso. La transformación del espacio natural, económico y social en la Pampa Central /siglos XIX y XX*, Santa Rosa: EdUNLPam/REUN/IESH/Miño y Dávila, pp. 41-72.

Alvarellos de Lell, Edith; Hernández, Raül O. (1982). *Recursos Hídricos Pampeanos*. Biblioteca Pampeana, Folleto N° 29/82. Santa Rosa: Subsecretaría de Información Pública.

Álvarez, José H. (1999). *Los pueblos de la Pampa. Apuntes sobre su nacimiento, su historia*. Santa Rosa: Subsecretaría de Medios de Comunicación de la Provincia de la Pampa.

APA-Administración Provincial del Agua (1979). *Sistema de acueductos del Oeste Pampeano*. Santa Rosa: Ministerio de Obras Públicas.

Asquini, Norberto A. (2006). *Crónicas del fuego*. Santa Rosa: Amerindia.

Astorga, Pablo; Berges, Ame; Fitzgerald, Valpy (2005). “The standard of living in Latin-America during the twentieth century”, en: *Economic History Review*, Nro. LVIII, pp. 765 – 796.

Austral, Antonio (1971). “El yacimiento arqueológico de Vallejo, NO de la provincia de La Pampa. Contribución a la sistematización de la prehistoria y la arqueología de la Región Pampeana”, en: *Relaciones*, N° 5 (2), pp. 49-70.

Austral, Antonio (1972). “El yacimiento arqueológico de Badal, en el departamento de Chadileo, provincia de La Pampa”, en: *Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo* N° 26, pp. 99-109.

Austral, Antonio (1975). “El yacimiento arqueológico de Médanos Colorados”, en: *Relaciones*, N° 9, pp. 119-133.

Bergel, Martín; Palomino, Pablo (1999). “La revista El Gráfico en sus inicios: una pedagogía deportiva para la ciudad moderna”, en: *Educación Física y deportes. Revista digital*, Año 4, N° 17, Buenos Aires (<http://www.efdeportes.com>).

Berón, Mónica (1997). "Mobility and subsistence in a semidesert environment. The Curacó river basin (La Pampa, Argentina)", en: *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula*, Vol. 10, pp. 133-166.

Berón, Mónica (2003). "El sitio Chenque I. Un cementerio de cazadores- recolectores en la Pampa Seca (Parque Nacional Lihué Calel)", en: Revista *Atekna* "En la tierra", N° 1, pp. 241-272.

Berón, Mónica (2004). *Dinámica poblacional y estrategias de subsistencia de poblaciones prehispánicas de la cuenca Atuel- Salado- Chadileuvú- Curacó, Provincia de La Pampa*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Berón, Mónica y E. I. Baffi (2003). "Procesos de cambio cultural en los cazadores recolectores de la provincia de La Pampa, Argentina", en: *Intersecciones en Antropología*, N° 4, pp. 29-43.

Berón, Mónica; Baffi, Inés; Molinari, Roberto; Barrientos, Gustavo; Aranda, Claudia; Luna, Leandro (2000). "Estructuras funerarias de momentos tardíos en Pampa-Patagonia. El chenque de Lihue Calel", en: *Desde el país de los gigantes. Perspectivas arqueológicas en Patagonia*, Río Gallegos: Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Tomo 1, pp. 141-160.

Berón, Mónica; Baffi, Inés; Molinari, Roberto; Aranda, Claudia; Luna, Leandro; Cimino, Alberto (2002). "El chenque de Lihue Calel. Una estructura funeraria en las Sierras de la Vida", en: D. Mazzanti, M. Berón y F. Oliva (eds.) *Del Mar a los Salitrales. 10.000 de Historia Pampeana en el Umbral del Tercer Milenio*, Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Laboratorio de Arqueología, pp.87-106.

Berón, Mónica (2007). "Circuitos regionales y conflictos intergrupales prehispánicos. Evidencias arqueológicas de violencia y guerra en la Pampa Occidental argentina". Trabajo enviado en abril de 2007 para su publicación en las Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valdivia.

Berón, Mónica; Prevosti, Francisco (2006). "*Canis familiaris* en un contexto funerario de cazadores- recolectores prehispánicos de la Provincia de La Pampa", en: Libro de resúmenes de las *IX Jornadas Pampeanas de Ciencias Naturales*, Santa Rosa: EdUNLPam (Editorial de la Universidad de La Pampa).

Bruno, Cayetano (1984). *Los salesianos y las hijas de María auxiliadora en la Argentina. Volumen segundo 1895-1910*, Buenos Aires: Instituto Salesiano de Artes Gráficas, vol. 3.

Cabrera, Ángel (1976). "Regiones fitogeográficas argentinas", en: *Enciclopedia de Agricultura y Jardinería*, Fascículo 1, Buenos Aires: Ed. Acme.

Caldo, Paula (2006). “Cocinar y comer”, en: S. Fernández, *Identidad y vida cotidiana (1860-1930)*, Rosario: Diario La Capital y Prohistoria Ediciones.

Carli, Sandra (2002). *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires - Miño y Dávila.

Cayre, María Marta; Domínguez, María Marcela; Labionda, Gloria (2002). “En misión oficial: los inspectores en el Territorio de La Pampa (1880-1920)”, en: *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas*, Año IV N° 4, UNLPam, Facultad de Ciencias Humanas, Santa Rosa, pp. 27-38.

Cazenave, H. Walter (1995). “La desaparición de los bañados del río Atuel: un caso de acción antrópica negativa”, en: *Huellas*, N° 2, primavera de 1997, pp. 27-37.

Centro de Investigaciones Geográficas (C.I.G.) (1983). *La cuenca del Desaguadero*. Santa Rosa: A.P.A., M.O.P.

Cimino, Alberto; Pastorino, Guido (2007). “De conchas y cordones conchiles: procedencia de las valvas utilizadas para la confección de los elementos de adorno del sitio Chenque I”, en: C. Bayón, A. Pupio, N. Flegenheimer y M. Frère (eds.) *Arqueología de Las Pampas*, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, Tomo I, pp.385-400.

Colombato, Julio; Covas de García, María R.; Tourn, Mabel; Beneitez, O.; Pérez, Elpidio; Reynoso, H.; Urbisztond, A.; Capello, A.; Adams, F. (1983). *Estudio integral de la cuenca del desaguadero*, Santa Rosa: Centro de Investigaciones Geográficas.

Correa, Carolina y otros (2000). “Sabores de La Pampa. Dieta y hábitos de consumo en la frontera bonaerense”, en: C. Mayo, *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770 – 1870)*, Buenos Aires: Biblos.

Cortázar, Augusto Raúl (1980). *El folklore en el ámbito pampeano*. Santa Rosa: Departamento de Investigaciones Culturales, Subsecretaría de Cultura de La Pampa.

Cortés Conde, Roberto (1997). *La economía argentina en el largo plazo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Covas, María Regina (1998). “Los espacios socioeconómicos de la provincia de La Pampa”, en: *Huellas*, N° 3, pp. 11-27.

Depetris, José Carlos (1998). “Los ranqueles en General Acha”, en: J. Depetris y W. Cazenave, *Crónicas Ranquelinas*, Santa Rosa: Departamento de Investigaciones Culturales, pp. 36-41.

Depetris, José Carlos (2003). *Gente de la Tierra. Los que sobrevivieron a la conquista, con nombre y apellido. Censo de 1895. Pampa Central*. Santa Rosa: Ediciones De la Travesía.

Depetris, José Carlos; Vigne, Pedro (2000). *Los Rostros de la Tierra. Iconografía indígena de La Pampa. 1870-1950*. Santa Rosa: Amerindia-Universidad Nacional de Quilmes.

Di Liscia, María Silvia (2005). “Colonias y escuelas de niños débiles. Los instrumentos higiénicos para la eugenie. Argentina, 1910-1940”, en: M. S. Di Liscia y E. Bohoslavsky (eds.), *Instituciones y formas de control social en América Latina, 1840-1940. Una revisión*, Buenos Aires: EDULPAM-UNGS-Prometeo.

Di Liscia, María Silvia (2006). “Instituciones sociales en el interior argentino: una compleja construcción estatal (1884-1940)”, ponencia presentada en ICA- 52 Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla.

Di Liscia, María Silvia (2007). “Dificultades y desvelos de un estado interventor. Instituciones, salud y sociedad en el interior argentino (La Pampa, 1930-1946)”, en: *Anuario IEHS, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires*, N° 22, pp. 93-126.

Di Liscia, María Silvia; Lasalle, Ana María; Lluch, Andrea (eds.) (2007). *Al Oeste del Paraíso, La transformación del espacio natural, económico y social en la Pampa Central (siglos XIX- XX)*. Santa Rosa: Miño y Dávila.

Difrieri, Horacio (1980). *El río Curacó*. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones.

Difrieri, Horacio (1983). *Río Curacó. Cartografía Histórica. Aerofotointerpretación*. Santa Rosa: A.P.A. M.O.P.

Difrieri, Horacio (1983). *Historia del conocimiento del conocimiento geográfico e hidrología de los ríos de la cuenca Desaguadero-Salado-Chadileuvú-Curacó*. Santa Rosa: A.P.A., M.O.P. II Tomos.

Dumraut, Antonio Alberto (1998). *Pertenecer al Señor*. Bahía Blanca: Editorial Archivo histórico salesiano de la Patagonia Norte, I, II, III y IV.

Elsy, Brenda (2001). “Masculinidades: fútbol, polo y tango en Argentina”, en: *Apuntes de Investigación del CECYP*, Año V, N° 7, Centro de Estudios en Cultura y Política (CECYP), Fundación del Sur, Argentina, pp. 160-165.

Entraigas, Raúl A. (1961). *El hornero de Dios*. Buenos Aires: Editorial Salesiana.

Espejo, Patricia; Sotorres, Elsa (1996). *Programa INDUSMIN La Pampa, SEGEMAR – Delegación Regional Comahue, Dirección Provincial de Minería – La Pampa*.

Evangelista, Rubén L. (1987). *Folklore y música popular en La Pampa. Cantores, guitarreros y músicos populares*. Santa Rosa: Fondo Editorial Pampeano.

Fernández, Sandra (2006). *Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930)*. Rosario: Diario La Capital y Prohistoria Ediciones.

Fernández, Sandra (2006). *Identidad y vida cotidiana (1860-1930)*. Rosario: Diario La Capital y Prohistoria Ediciones.

Frydenberg, Julio D. (1997). “Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910”, en: *Entrepasados. Revista de Historia*, Año VI, N° 12, pp. 7-29.

Fundación Chadileuvú (1998). *El agua en La Pampa*. Santa Rosa: Fondo Editorial Pampeano.

Gaignard, Romain (1989). *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*. Buenos Aires: Solar.

García, Analía (2006). “Fiestas, entretenimientos, juegos y deportes”, en: S. Fernández (2006) *Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930)*, Rosario: Diario La Capital y Prohistoria Ediciones.

García Canclini, Néstor (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen.

Gobierno de La Pampa (1973). *Semana de La Pampa*. Santa Rosa: Biblioteca Pampeana, Consejo Provincial de Difusión.

Gollan, José (1958). “Zoogeografía”, en: *La Argentina. Suma de Geografía*, Buenos Aires: Peuser. Tomo 3, cap. 3, pp. 207-359.

Gradín, Carlos (1975). *Contribución a la arqueología de La Pampa. Arte Rupestre*. Santa Rosa: Dirección de Cultura de La Pampa.

Gradín, Carlos; Vayá, Carmen; Quintana, Manuel; Nami, Hugo; Salvino, Adriana; Berón, Mónica; Aguerre, Ana (1984). *Investigaciones Arqueológicas en Casa de Piedra*. Santa Rosa: Dirección General de Cultura y Ente Ejecutivo Casa de Piedra.

Guérin, Miguel (1980). “Consecuencias de la conquista en el Territorio Nacional de La Pampa”, ponencia presentada al *Congreso Nacional de Historia sobre la conquista del “desierto”*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

Guérin, Miguel A. (dir.) (1981). “Pesca comercial en el departamento Curacó (Territorio Nacional de La Pampa) entre 1940 y 1950”, informe Cátedras de Historia Americana I y II, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa.

Hernández, Raúl (1982). “Las minas de cobre de Lihuel Calel”, en: *Pampa Geológica*, Año II, Números 4, 5 y 6.

INTA (1980). *Inventario Integrado de los Recursos Naturales de la Provincial de La Pampa. Clima, Geomorfología, Suelo y Vegetación*. La Pampa: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

Interconsul Consultores Asociados- Ing. Civil Carlos Opezzo (1978). *Estudio preliminar de la sistematización fluvial del río Salado y del aprovechamiento del río Atuel en Santa Isabel*. Santa Rosa: A.P.A. M.O.P.

Latcham, Ricardo (1915). *Costumbres funerarias de los indios de Chile y otras partes de América*. Santiago de Chile- Valparaíso: Soc. Imprenta- litografía Barcelona.

Lluch, Andrea (2000). “Comercio, crédito rural y producción en los espacios agrícolas pampeanos a principios de siglo. Un estudio de caso (Territorio de La Pampa, Argentina)”, Ponencia presentada al *XXII International Congress of The Latin American Studies Association*.

Lluch, Andrea (2001). “Venciendo al desierto. Reflexiones sobre la dinámica comercial y productiva del “cercano oeste”, Territorio Nacional de la Pampa Central. (1884c.- 1920c.)”, en: A. Lassalle y A. Lluch (coords.) *Arando en el desierto. Itinerario fotográfico de la colonización francesa de Telén, Pampa Central*, Santa Rosa: Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, pp. 35-56.

Lluch, Andrea (2002). “Un largo proceso de exclusión. La política oficial y el destino final de los indígenas ranquelinos en La Pampa (Argentina) a través de un estudio de caso: Colonia Emilio Mitre”, en: *Revista Quinto Sol*, N° 6, pp. 43-68.

Lluch, Andrea (2005). “El mundo del fiado. Crédito, comerciantes y productores rurales, 1897 – 1930”, en: *Anuario IEHS* (Tandil, UNCPBA), pp. 409-434.

Lluch, Andrea (2006). “Las manos del mercado”. Hacia una identificación de los intermediarios comerciales del cercano este (1895 – 1914)”, en: M. S. Di Liscia, A. M. Lasalle y A. Lluch (ed), *Al oeste del paraíso. La transformación del espacio natural, económico y social en la Pampa Central (siglos XIX y XX)*, Santa Rosa: EdUNLPam/REUN/Miño y Dávila, pp. 15-40.

Maluendres, Sergio (2001). “El proceso de conformación de la frontera productiva en La Pampa”, en: A. Lasalle y A. Lluch (comps). *Arando en el desierto. Itinerario fotográfico de la colonización francesa de Telén. Pampa Central, 1900 – 1914*, Santa Rosa: Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, pp. 23-34.

Mandrini, Raúl (1987). “La sociedad indígena de las Pampas en el siglo XIX”, en: M. Lischetti (comp.), *Antropología*, Buenos Aires: EUDEBA, pp. 309-336.

Marre, Diana y Laurnagaray, Norma (1987). *Evolución de la gran propiedad en el Territorio Nacional de La Pampa, 1880-1930*. Santa Rosa: Facultad de Ciencias Humanas.

Mayo, Carlos (1980). “Riel, sociedad y frontera. El ferrocarril de la Pampa Central (1881-1887)”, ponencia presentada al *Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto*, Buenos Aires, T. III, pp. 553-569.

Massa, Lorenzo (1967). *Historia de las Misiones Salesianas de La Pampa*. Buenos Aires: Instit. Salesiano de artes gráficas., tomo II.

Medus, Norma; Hernández, Raúl; Cazenave, Walter (1982). *Geografía de La Pampa*. Santa Rosa: Editorial Extra.

Medus, Norma; Poduje, María Inés (1997). *Las manos de la memoria. Artesanías tradicionales de La Pampa*. Santa Rosa: Ministerio de Cultura y Educación de La Pampa- Nexo/di Nápoli.

Moreno Cha, Ercilia (1980). *El folklore musical pampeano*. Santa Rosa: Dirección General de Cultura de la Provincia de La Pampa.

Nicoletti, María Andrea (2002). “Misiones ‘ad gentes’: Manuales misioneros salesianos para la evangelización de la Patagonia (1912-1924)”, en: *Ricerche Storique Salesiane*, Roma: Istituto Storico Salesiano, XXI, 1, (40), gennaio-giugno 2002, pp. 1-40.

Nicoletti, María Andrea (2003). “Bases y principios para la evangelización salesiana en Patagonia: el primer reglamento misionero de Domenico Milanese (1912)”, en: *Atek-na [En la tierra]*, Nro 1, pp. 115-136.

Olmos, Selva (2005). *Los criadores de los márgenes*. Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa (publicada en CD en *Anuario de la Facultad de Cs. Humanas*, N° 7).

Olmos, Selva (2006). “Mano de obra en las explotaciones ganaderas del sur pampeano (1919 – 1939)”, en M. S. Di Liscia; A. Lasalle y A. Lluch (ed), *Al oeste del paraíso. La transformación del espacio natural, económico y social en la Pampa Central /siglos XIX y XX*, Santa Rosa: EdUNLPam/REUN/IESH/Miño y Dávila, pp. 41-72.

Oszlak, Oscar (1997). *La formación del estado argentino*. Buenos Aires: Planeta.

Palma-Alvarado, Daniel (2004). “De apetitos y de cañas. El consumo de alimentos y bebidas en Santiago a fines del siglo XIX”, en: *XV Jornadas de Historia de Chile*, Santiago: Universidad Andrés Bello, noviembre de 2003.

Pinto Rodríguez, Jorge (1996). *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*. Temuco: Universidad de la Frontera.

Poduje, María Inés (1999). *El folklore en La Pampa*. Santa Rosa: Departamento de Investigaciones Culturales, Subsecretaría de Cultura de La Pampa.

Poduje, María Inés (2000). *Viviendas tradicionales en la Provincia de La Pampa*. Santa Rosa: Departamento de Investigaciones Culturales, Subsecretaría de Cultura de La Pampa.

Poduje, María Inés (2003). *Señas de identidad*. Santa Rosa: Departamento de Investigaciones Culturales, Subsecretaría de Cultura de La Pampa.

Rastelli, Luciana; Gouts, Nery (s/d). Proyecto: “Manejo de Recursos Culturales y Naturales en la Comunidad de Puelches, Pcia. de La Pampa: Desarrollo social y económico. Recursos Naturales de la localidad de Puelches” (mimeo).

Ratto, Silvia (1998). “Relaciones inter-étnicas en el Sur bonaerense, 1810-1830. Indígenas y criollos en la conformación del espacio fronterizo”, en: D. Villar (ed.), J. F. Jiménez y S. Ratto. *Relaciones inter-étnicas en el Sur bonaerense, 1810-1830*, Bahía Blanca -Tandil: Departamento de Humanidades UNS- Instituto de Estudios Históricos Sociales UNCPBuenos Aires, pp. 19-46.

Rocchi, Fernando (1998). “Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado”, en: *Desarrollo Económico*, Vol. 37, Nro. 148, Buenos Aires.

Rodríguez, Ana M. T. (2008). “El campo religioso territorialiano”, en A. Lluch y C. Salomón Tarquini (eds.), *Historia de La Pampa- Sociedad, Política, Economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización*, Santa Rosa: EdUNLPam (en prensa).

Salomón Tarquini, Claudia (2005). “‘Gracias a la Fé’: Misioneros franciscanos y salesianos e indígenas en la Pampa Central (1860-1930)”, en: *Anuario de la Facultad de Cs.Humanas*, Año VII, N° 7, ISSN 1514-6227, pp. 83-98.

Seara, Carlos A. (1972). *El Salado (Chadileuvú)*. Santa Rosa: Biblioteca Pampeana, Consejo Provincial de Difusión, Folleto N° 18.

Steibel, Pedro Eduardo (1997). “Nombres y usos de las plantas aplicados por los Indios Ranqueles de La Pampa (Argentina)”, en: *Revista de la Facultad de Agronomía*, Vol. 9, N° 2, Universidad Nacional de La Pampa, pp. 1-40.

Stine, Scott (1994). “Extreme and persistent drought in California and Patagonia during mediaeval time”, en: *Nature*, N° 369, pp. 546-549.

Stine, Scott (2000). “On the Medieval Climatic Anomaly”, en: *Current Anthropology* 41 (4), pp. 627-628.

Tavella, Roberto J.; Valla, Celso (1974). *Las misiones y los salesianos en La Pampa 1875-1975*. Santa Rosa: Consejo Provincial de Difusión de la Provincia de La Pampa.

Umazano, Aldo; Adema, Edgardo; Aimar, S. (2004). *Tajamares: una tecnología alternativa para la zona árida-semiárida de La Pampa*, Anguil: INTA, Publicación técnica N° 56.

Ulanovsky, Carlos; Merkin, Marta; Panno; Juan José; Tijman, Gabriela (1995). *Días de Radio. Historia de la Radio Argentina*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Valla, Celso (1982). *Centenario de la Mision del Colorado, 1991-1981. R. P. Pedro Martinengo. Primer Apóstol de Casa de Piedra, Catriel y 25 de Mayo*. Santa Rosa.

Valla, Celso (1985). *El desierto ayer y hoy. Evangelización misioneros recuerdos*. La Pampa.

Valla, Celso José. (s/d). *El monumento de Padre Buodo*. La Pampa.

Valla, Celso (1999). *Padre Angel Buodo. Un ramillete de recuerdos. 1898-1998. Un siglo de su arribo a la Argentina*. General Acha: Editorial L & M.

Valla, Celso José (2000). *La Iglesia y la Policía. 1975-2000, Bodas de Plata de la Capellanía Policial*. La Pampa.

Valla, Celso José (2000). *Puelches: Primeros pobladores anotados por la Iglesia. 1900-Centenario de Puelches-2000*. General Acha: Editora L & M.

Valla, Celso José (2004). *Iglesias y Capillas del Oeste, 1934-2004*. La Pampa.

Villar, Daniel; Jiménez, Juan Francisco (2003) “La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización (Araucanía y las pampas, 1780-1840)”, en: R. Mandrini y C. Paz (comps.), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*, Tandil: UNCPBA y Universidad Nacional del Comahue.

VV.AA. (2007). *Síntesis socio económica de la provincia de La Pampa* (noviembre de 2007). Santa Rosa: Subsecretaría de Planificación y de Control de Gestión del Gobierno de La Pampa, cuarta edición (en página web del Gobierno de La Pampa: <http://www.lapampa.gov.ar>).

Zeberio, Blanca (1999). “Un mundo rural en cambio”, en: *Nueva Historia Argentina*, Vol. IV, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 293-362.

INDICE DE IMÁGENES

- Foto N° 1.1: Salinas San Máximo
Foto N° 1.2: El río Salado
Foto N° 1.3: Laguna La Dulce
Foto N° 1.4: Chilladora (*Chuquiraga erinacea*).
Foto N° 2.1: Fragmentos de alfarería con decoración incisa, sitio 1 de la Localidad Tapera Moreira
Foto N° 2.2: Fragmentos de alfarería de tipo Vergel-Valdivia, procedentes de los Departamentos Curacó y Lihuel Calel
Foto N° 2.3: Toldo de cuero de familia tehuelche
Foto N° 2.4: Médanos en el norte del Departamentos Curacó. En las hoyadas intermedias se concentra el material arqueológico de los antiguos campamentos
Foto N° 2.5: Excavaciones en Rinconada Giles, área Casa de Piedra, en 1985
Foto N° 2.6: Excavaciones en el sitio 1 de la Localidad Tapera Moreira, año 1991
Foto N° 2.7: Placas y guijarro grabados, procedentes del sitio 1 de la Localidad Tapera Moreira
Foto N° 2.8: Vista general de tareas de excavación en el Sitio Chenque I, Parque Nacional Lihué Calel
Foto N° 3.1: Carátula del expediente del Duplicado de Mensura de la Colonia Los Puelches
Foto N° 3.2: Toma de un mapa anónimo datado entre 1925 y 1930
Foto N° 3.3: Familia del cacique Maldonado, década 1920
Foto N° 3.4: Edificio de la Subcomisaría, año 1938
Foto N° 3.5: El Juzgado de Paz en 1928
Foto N° 3.6: El Juzgado de Paz antes de las refacciones de julio de 2008
Foto N° 3.7: Familia de Basilio Montiel, hijo de un cacique de Puelches, década de 1920
Foto N° 3.8: Acta de creación de la Comisión de Fomento
Foto N° 3.9: Trazado original del ejido
Foto N° 3.10: Lino Rogelio Godoy, propietario de una casa de comercio y vice-presidente de la primera Comisión de Fomento
Foto N° 3.11: La familia Lara en el frente de la Estación Meteorológica de Puelches
Foto N° 3.12: Homenaje a Francisco Ñankufil Calderón
Foto N° 3.13: Muestra de partes de edificios del lado oriental del puente
Foto N° 4.1: Distancia de Puelches a Santa Rosa por la ruta nacional 152
Foto N° 4.2: El puente sobre el río Salado, una postal característica de Puelches
Foto N° 4.3: Hostería del Automóvil Club Argentino
Foto N° 4.4: Camión Ford 'A' modelo '34. Unidad afectada al Servicio de Correos a Puelches, propiedad de Laureano Cardin. En las fotos, sus hijas Eloísa e Hilma
Foto N° 4.5: Camión del correo General Acha-Curacó, década de 1920
Fotos N° 4.6 y 4.7: Edificio de la Estafeta de Minerales y estampilla
Foto N° 4.8: Antena inaugurada en octubre de 1998
Foto N° 4.10: En la construcción de Hidronor, año 1972. Oscar Suárez, Pele Molina y otro obrero no identificado
Foto N° 5.1: Trabajadores de Puelches rumbo a una esquila alrededor de 1965
Foto N° 5.2: Pobladores de Puelches en una esquila
Foto N° 5.3: Imagen de quesos producidos en el Tambo Caprino
Foto N° 6.1: Mina abandonada en una zona aldeaña a Puelches
Foto N° 6.2: Salina, área de extracción
Foto N° 6.3: Envasado de bolsas de sal, planta de Puelches
Foto N° 7.1: Pescadores en Laguna La Dulce. Ubaldo Cuevas, Jorge Calvo y Lubones

- Foto N° 7.2: pescadores en Laguna La Dulce
Foto N° 7.3: Pescadores con sus redes, Laguna La Dulce
Foto N° 7.4: N. Fernández y Carlos Magallanes en un camión Ford 1946, para transporte de peces desde la Laguna La Dulce
Foto N° 7.5: Pescadores en Laguna La Dulce
Foto 8.1. Sogas hechas de cuero
Foto N° 8.2: Billetera de cuero de avestruz
Foto N° 8.3: Matra hecha en telar
Foto N° 9.1: Hotel Cura-có
Foto N° 9.2: Membrete de la casa de comercio de Francisco Marrón en 1943
Foto N° 9.3: Frente de la casa de comercio de Godoy con su auto Chevrolet modelo 1928
Foto N° 9.4: Enrique Tomás y su nieta en su casa de comercio, alrededor de 1970
Foto N° 10.1: Laguna de Puelches
Foto N° 10.2: Cuenca Desaguadero-Salado-Chadileuvu-Curacó
Foto N° 10.3: El río Salado en la actualidad
Foto N° 10.4: Jagüel
Foto N° 10.5: Puente del Salado en Puelches
Foto N° 10.6: Dique Lara
Foto N° 10.7: Confluencia Curacó-Colorado
Foto N° 10.8: Tapón de Alonso
Foto N° 11.1: Actividades en la Escuela en 1938
Foto N° 11.2: Acto en la Escuela, 25 de Mayo de 1938
Foto N° 11.3: Acto del 9 de Julio de 1939
Foto N° 11.4: Alumnos de la Escuela N° 102, año 2006
Foto N° 11.5: La directora actual, Liliana Goyosa, en los actos por el Centenario de la Escuela
Foto N° 12.1: Postal enviada al Dr. Raúl Millot
Foto N° 12.2: Instrumental utilizado por el Dr. Raúl Millot
Foto N° 12.3: Dr. Raúl Millot
Foto N° 12.4: Certificado de vacunación antivariólica, 1937
Foto N° 12.5: Centro de Salud en la actualidad
Foto N° 13.1: Construcción de paredes de chorizo
Foto N° 13.2: Corral de chivas con ramas de jarilla
Foto N° 13.3: Jagüel con roldana
Foto N° 13.4: Zona rural, alrededor de 1965
Foto N° 13.5: Cumpleaños en el campo de Millot, 1975.
Foto N° 13.6: Almacén de Tomás, 1970.
Foto N° 13.7: Actual sala velatoria
Foto N° 14.1: Bar del almacén de Tomás Hnos, 1966 ó 1967.
Foto N° 14.2: Asado después de una señalada
Foto N° 14.3: Carrera de sortija, fines de la década de 1930
Foto N° 14.4: Asado, casa Tomás, alrededor de 1966
Foto N° 14.5: Guitarreada en casa de los Tomás, Puelches, alrededor de 1966
Foto N° 14.6: Picnic en los médanos
Foto N° 14.7: Fiesta en el campo de doña Elvira Espíndola, principios de la década de 1970
Foto N° 15.1: Representantes de Puelches en el Campeonato Argentino de Bochas 2007, Tucumán.
Foto N° 15.2: Niños puelchinos en la pileta municipal
Foto N° 15.3: Equipo de fútbol de Puelches
Foto N° 15.4: Logo de la Liga de Fútbol del Oeste
Foto N° 15.5: Partido de la Final de Fútbol de la Liga del Oeste, 2007

Foto N° 16.1: Misioneros preparándose para la misión

Foto N° 16.2: Misioneros con indígenas

Foto N° 16.3: Imagen de Ceferino Namuncurá en el exterior de la nueva capilla de Puelches

Foto N° 16.4: Antigua capilla de Puelches, actualmente sede del Museo

Sobre los Autores:

-Leandro ALTOLAGUIRRE

Ingeniero Agrónomo, Especialista en Planeamiento Paisajista y Medio Ambiente y Docente de Geografía de la Fac. de Ciencias Humanas de la UNLPam. Presidente de la Asociación Alihuen, impulsora del Proyecto: Manejo de Recursos Culturales y Naturales en la Comunidad de Puelches, Pcia de La Pampa: Desarrollo Social y Económico

-Mónica BERON

Dra. en Arqueología. Investigadora del CONICET. Docente investigadora de la UBA y de la UNPCBA. Autora de numerosas publicaciones en revistas nacionales e internacionales sobre la arqueología de la región centro del país.

-María José BILLOROU

Docente investigadora de la Universidad Nacional de La Pampa. Magíster en Estudios Sociales y Culturales. Integrante del Instituto de Estudios Socio-Históricos y del Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (UNLPam).

-María Eugenia COMERCI

Docente Investigadora de la Universidad Nacional de La Pampa. Profesora y Licenciada en Geografía. Becaria CONICET. Magíster en Estudios Sociales y Culturales.

- Stella CORNELIS

Docente Investigadora de la Universidad Nacional de La Pampa. Profesora de Historia. Integrante del Instituto de Estudios Socio-Históricos y del Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (UNLPam).

- María Silvia DI LISCIA

Profesora del Departamento de Historia de la FCH-UNLPam y Directora del Instituto de Estudios Socio-Históricos de esa Facultad. Doctora en Historia por el Instituto Universitario Ortega y Gasset (Madrid, España) y autora de publicaciones referidas a historia regional, entre otras temáticas.

-Raúl O. HERNANDEZ

Profesor en Historia y Geografía. Docente de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNLPam y en niveles EGB3 y Polimodal. Desempeña tareas en la Secretaría de Recursos Hídricos y Archivo Histórico Provincial. Autor de diversas publicaciones y guiones televisivos relacionados con aspectos históricos y geográficos regionales.

-Carlos KUZ

Magíster en Antropología Social. Docente investigador de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNLPam y de la Fac. de Filosofía y Letras de la UBA.

-Paula Inés LAGUARDA

Licenciada en Comunicación Social, egresada de la Universidad Nacional de La Plata. Becaria de CONICET. Sus antecedentes incluyen la docencia universitaria (UTN y UNLPam) y el periodismo cultural, y trabaja en su tesis de doctorado sobre cine argentino. Integrante del Instituto de Estudios Socio-Históricos (UNLPam)

- Leonardo LEDESMA

Estudiante de la Licenciatura en Historia. Integrante del Instituto de Estudios Socio-Históricos (UNLPam).

-Andrea Mari LLUCH

Investigadora / Docente UNLPam, en el Instituto de Estudios Sociohistóricos. Investigadora Adjunta CONICET. Research Fellow Harvard Business School. Harvard-Newcomen Postdoctoral Fellow (HBS, 2006/2007). Doctora en Historia (UNCPBA 2004).

- Ana María T. RODRIGUEZ

Docente investigadora de la Universidad Nacional de La Pampa. Magíster en Estudios Sociales y Culturales. Integrante del Instituto de Estudios Socio-Históricos (UNLPam).

- Claudia SALOMON TARQUINI

Docente investigadora de la Universidad Nacional de La Pampa. Becaria CONICET. Profesora y Licenciada en Historia. Integrante del Instituto de Estudios Socio-Históricos (UNLPam).